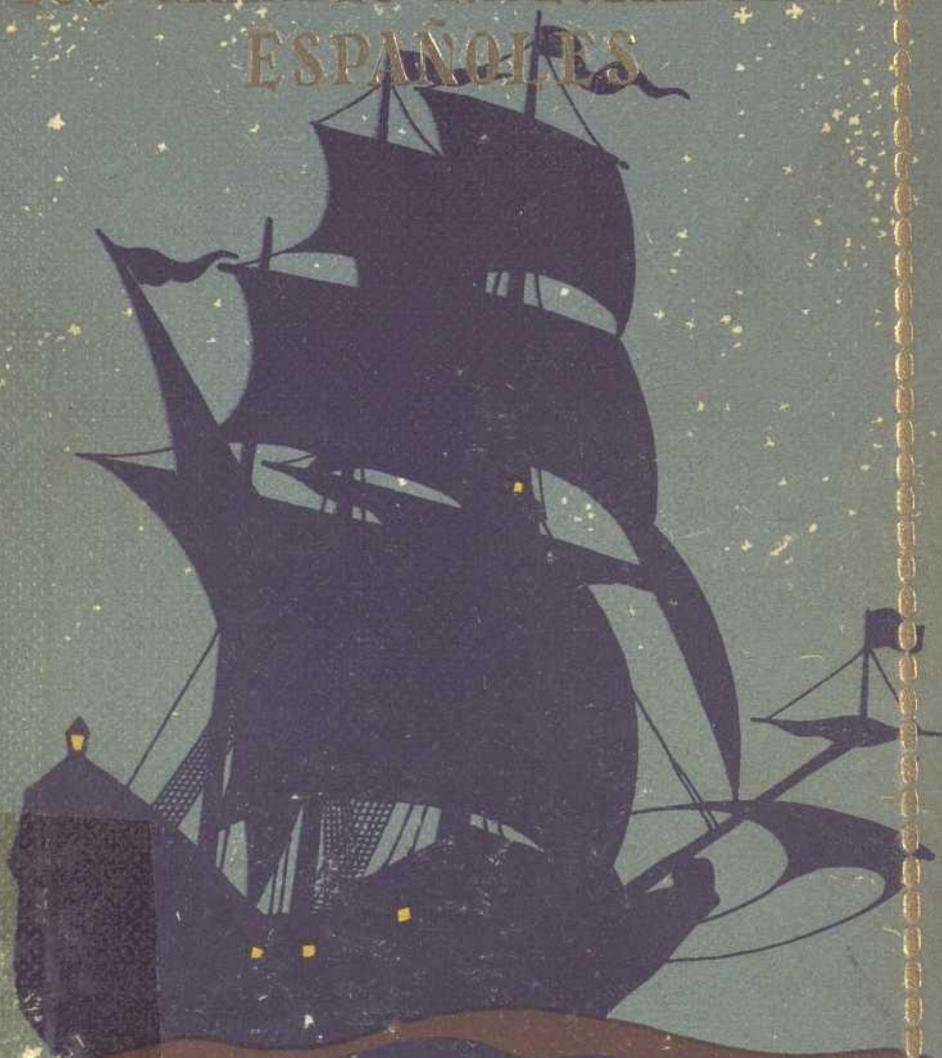


LOS GRANDES EXPLORADORES  
ESPAÑOLES



EL DESCUBRIMIENTO  
DEL PACÍFICO

LOS GRANDES EXPLORADORES  
ESPAÑOLES

A

16

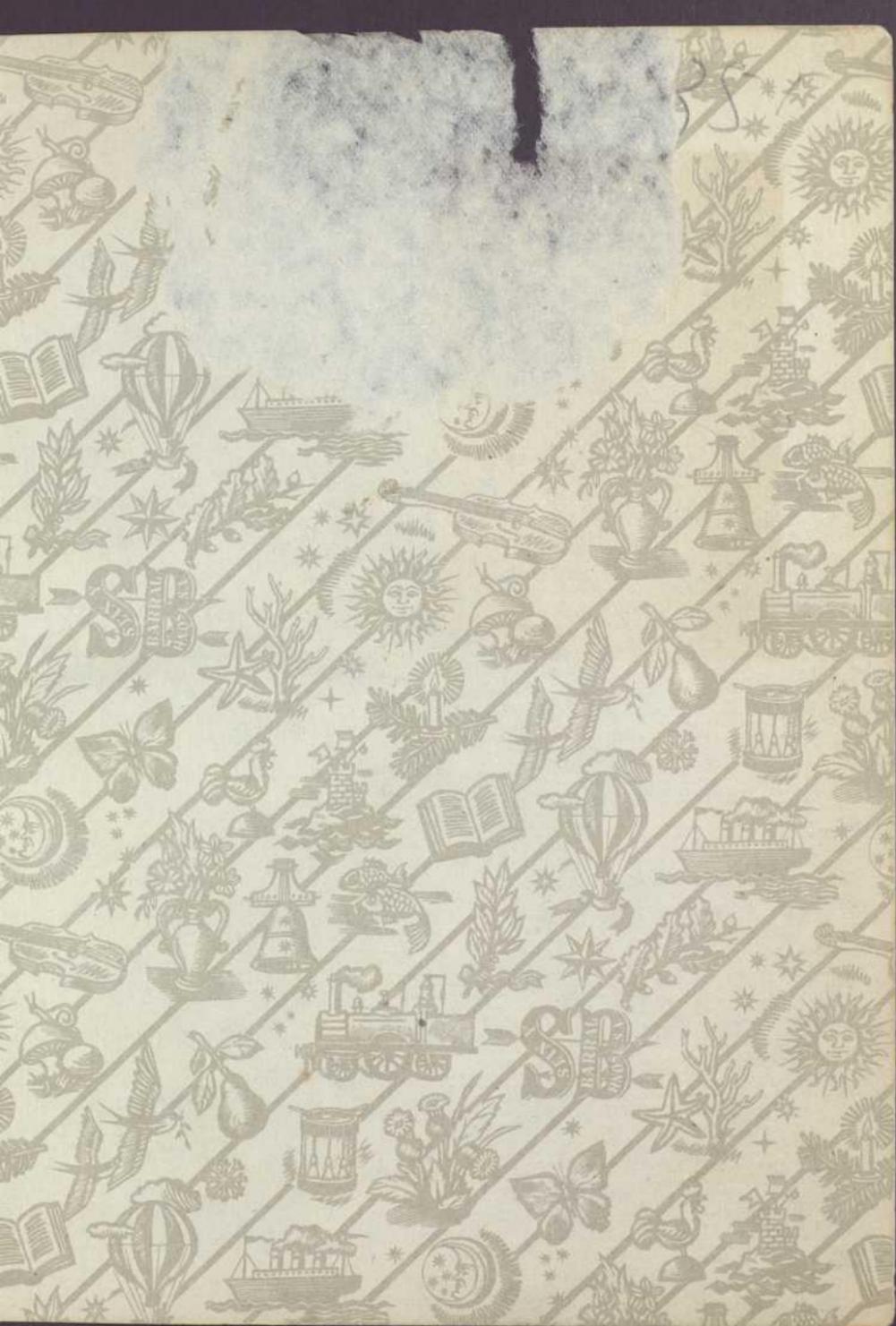
LIBRERÍA

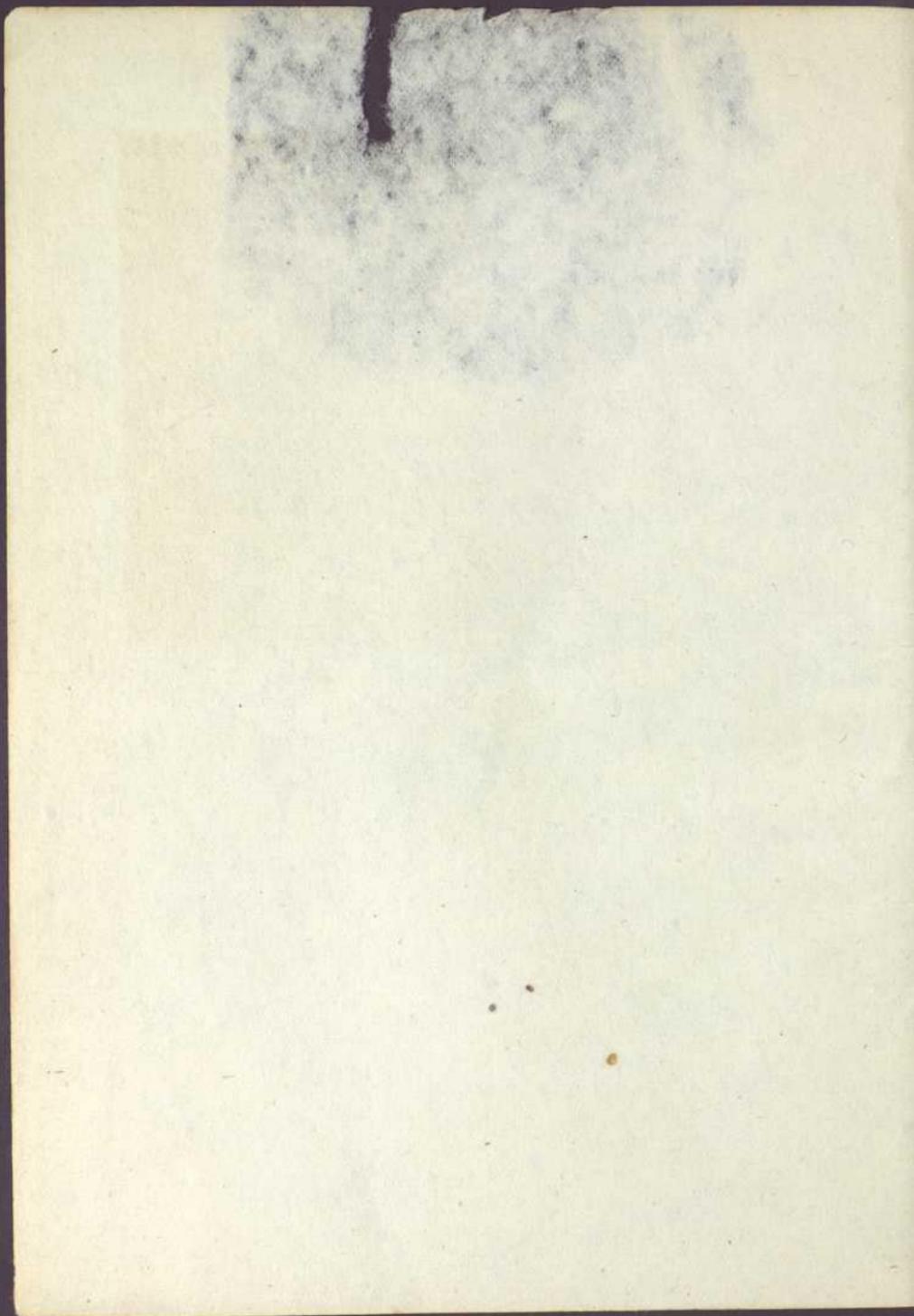
Biblioteca Pública de Teruel

Sala .....

Estante .....

Signatura ~~9.11-12~~





FA 5556

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA



VOLÚMENES PUBLICADOS

EL DESCUBRIMIENTO DEL PACÍFICO

*Vasco Núñez de Balboa*

LA FUENTE ENCANTADA

*Juan Ponce de León*

LA CONQUISTA DE MÉJICO

*Hernán Cortés*

EL HIJO DEL SOL

*Pedro de Alvarado*

EL PAÍS DEL ORO

*Francisco Pizarro*

NUEVE AÑOS DE VIDA ERRANTE

*Alvar Núñez Cabeza de Vaca*

LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO

*Juan Sebastián de Elcano*

EL VENCEDOR DE CAUPOLICÁN

*Don García Hurtado de Mendoza*

FA-5556

LOS GRANDES EXPLORADORES ESPAÑOLES

Vol. I

Vasco Núñez de Balboa

o  
El Descubrimiento del Pacífico

NARRACIONES NOVELESCAS DE LA CONQUISTA DEL NUEVO MUNDO

por

JOSÉ ESCOFET

CUARTA EDICIÓN



nR-4089  
~~R-8607~~

I. G. SEIX Y BARRAL HNOS., S. A. - BARCELONA

1950

ES PROPIEDAD  
PRINTED IN SPAIN

---

Industrias Gráficas Seix y Barral Hnos., S. A. - Provenza, 219. - BARCELONA



Muy pocas palabras han de bastarle al lector para comprender la intención de quien ha escrito este libro, primero de una serie donde aparecerán narradas, en forma novelesca, las aventuras maravillosas de los españoles que, en el siglo XVI, exploraron y colonizaron la virgen América.

Diffícilmente podría ofrecerse a un escritor español, amante de las glorias de su patria, un tema histórico más propicio a despertar el interés de la juventud, para la cual hemos comenzado a escribir estos libros, seguros de merecer su simpatía. No hay en la historia de la humanidad un ejemplo más emocionante de perseverancia que aquel, mil veces repetido y mil veces asombroso, que dieron unos pobres y desarrapados aventureros, a quienes el destino tenía encomendada la misión, infinitamente superior a sus fuerzas, de conquistar para España un Nuevo Mundo.

Ni antes ni después de la exploración y conquista del continente americano, han realizado los hombres de España ni los de ningún otro país, hechos que, por su ejemplaridad heroica, superen los que hicieron, por verdadero milagro de la fe, los Vasco Núñez de Balboa, los Ponce de León, los Cortés, los Pizarro, los Valdi-

via y tantos otros capitanes españoles de la epopeya de Indias, comparados justamente con los héroes legendarios. Tampoco, ni dejando volar libremente la imaginación más fértil en fantasías, podría inventarse una novela de aventuras donde las hubiera más extraordinarias que las corridas por aquellos guerreros y navegantes que no temieron sino a Dios y desafiaron todos los peligros de los mares ignotos y de las tierras vírgenes, dando en toda ocasión y hasta en la hora de la muerte, emocionantes pruebas del temple de su alma.

Y aquí hallará el lector la razón por la cual hemos querido escribir estos libros. Nos parece que nada puede servir de estímulo a la juventud española e hispanoamericana, como el ejemplo incomparable de los exploradores castellanos del siglo XVI. Claro está que no se educan nuestras juventudes para emplearse en la exploración de mundos desconocidos ni es la actual una época a propósito para repetir las hazañas de Hernán Cortés. Pero hoy, como siempre, se necesita, si se quiere salir victorioso de la lucha por la vida, tener una voluntad firme y una constancia capaz de resistir a las pruebas más duras y crueles. Y es por demás conveniente que los jóvenes de España y de la América española, busquen en su misma raza los antecedentes históricos que puedan enseñarles a ser hombres de fe inquebrantable, de tesón inflexible y de valor sereno, como fueron nuestros gloriosos antepasados.

Ahora bien: al emprender la difícil labor que nos hemos impuesto, nos anima el propósito de enseñar deleitando, y, a este efecto, hemos dado a nuestras narraciones una forma novelesca que no altera la verdad histórica en lo más mínimo. Los hechos sobresalientes, que forman, por decirlo así, la armazón de estas novelas, serán siempre rigurosamente exactos. No hemos inventado una fábula, porque no hace falta. Con repetir lo mismo que escribieron los antiguos cronistas de Indias, arreglado de modo que resulte ameno y fácil de entender, esperamos darle al joven lector una agradable sorpresa; pues seguramente son una inmensa mayoría los jóvenes a quienes la Historia no parece interesante. Y es que sólo la encontraron hasta ahora en libros áridos, de prosa muy apretada y erudita, y no en páginas de amable literatura, donde alterne la descripción del ambiente y del paisaje con el diálogo animado y pintoresco de los personajes; donde la vida remota de los héroes castellanos parezca latir todavía, y donde la verdad que aceptan los historiadores destaque iluminada por un rayo de ilusión.

En fin, aparecerán combinados, en estos libros, elementos de la Historia y de la fantasía; pero proyectándose ésta únicamente sobre lo secundario y accesorio, sin desfigurar los hechos principales que citan los textos antiguos, aunque supliendo las deficiencias de las fuentes de información hasta donde puede hacerlo

lícitamente un escritor veraz y cuidadoso de lo que escribe. Por esto no desfilará por las páginas de nuestros libros ningún personaje del cual no exista ninguna referencia documental; todos, absolutamente todos, hasta los más insignificantes, son hombres citados por los cronistas primitivos, y, al reconstruir su vida, hemos procurado ceñirnos, cuando no a la verdad histórica, por ser ésta de cortos alcances, a la verosimilitud derivada del estudio de sus acciones conocidas. Del mismo modo, para la descripción de los paisajes y costumbres de los indios, hemos tenido en cuenta, además de lo visto con nuestros propios ojos en tierras americanas, los informes preciosos que da Gonzalo Hernández de Oviedo en su *Historia Natural de las Indias*.

Quizá no responda el mérito literario de la obra por nosotros emprendida, a la buena intención que guía nuestra pluma. Sobre este punto nada tenemos que decirle al lector. Ya se lo dirán los críticos, si alcanzáramos el honor de tenerlos.

# C A P I T U L O   P R I M E R O

## Los argonautas

Era una noche cálida y hermosa, con un cielo enojado de luminarias. Corría el año de 1510 y se habían cumplido diez y ocho desde que la proa de una carabela española, aquella donde navegara Cristóbal Colón con rumbo a lo desconocido, rasgó el último velo de tinieblas, tras el cual vivía oculto un nuevo mundo.

La ciudad colonial de Santo Domingo dormía en sosiego, envuelta luminosamente en un baño de luna. Era el establecimiento de más importancia de cuantos habían logrado afirmar los descubridores, hasta entonces, en las tierras vírgenes de América. Destacaban algunas casas grandes, de gruesos muros de tapia, sobre los techos pajizos de los bohíos, y, por encima de todas, surgía la esbelta silueta de un campanario, alzada la cruz en lo más alto, para estar más cerca de las estrellas.

Un Nordeste fino, una brisa mansa, arrancaba misteriosas protestas de las masas de plátanos y tamarindos, sin lograr reverencia de las majestuosas palmas reales, más altas que el campanario y que la cruz. De la tierra húmeda, efecto de un reciente chubasco torrencial, subía un vaho caliente, combatido tímidamente por la brisa fresca del mar. Éste rompía sus olas en la playa próxima, con empuje suave y un rumor somnoliento.

Por las calles de la colonia no se encontraba un ser humano, pero en algunas casas debía velarse, porque había luz. Además, en medio de la noche, percibíanse, aunque distantes, muy claros, los acordes de un instrumento de cuerda, y al fin, sonó, armoniosa, una voz de mujer que cantaba:

*Yo m'era mora, moraina,  
Morilla de un bel catar:  
Cristiano vino a mi puerta,  
Cuitada, por m'engañar...*

Siguió la canción, desmayada por efecto de frecuentes caídas. Entonces se destacó de un bohío el bulto de un hombre medio desnudo, pues iba en mangas de camisa. Avanzó resueltamente hacia la iglesia, y, al dar la vuelta por el ábside, descubrió a otro hombre, que seguramente le estaba esperando.

— ¡Hola! ¿Estáis aquí? — dijo el que llegaba.

— Acércate, Bartolomé, y dame la buena nueva — contestó el otro.

Se acercaron. El que iba en mangas de camisa era de poca estatura, flaco y patizambo. El otro, en cambio, tenía sobrada talla y gallardo continente; pero vestía de un modo extraño y pobre, no pudiendo decirse, por su indumentaria, si era soldado o labrador.

— ¿Cuándo es la marcha? — preguntó con voz recia, que revelaba en él una indudable superioridad.

— Mañana a la salida del Sol. Ya los bastimentos están en el barco y quedan por cargar pocas cosas.

— ¿Y podré ir con vosotros?

— Espero que podréis venir, pero no sin riesgo.

— No le temo al peligro; bien lo sabes.

— Lo sé, y por eso no he dudado en serviros. Ahora seguid-

me, porque ya es tiempo de que preparemos todo lo conveniente.

Dió la vuelta el llamado Bartolomé, y le siguió el otro con paso decidido.

Comenzaron a ladrar algunos perros, circunstancia que hizo caminar más de prisa a los dos extraños personajes. Todavía sonaban la vihuela y la copla:

*Yo m'era mora, moraina,  
Morilla de un bel catar...*

Pero los dos hombres que se habían reunido en el ábside de la iglesia debían ir acuciados por un negocio urgente; no les mereció la música la menor atención. Pronto llegaron al bohío de donde había salido uno de ellos, y en el bohío se entraron, cerrando tras sí la puerta. El bohío era una pobre choza, donde no había sino una mesa, toscamente labrada, y dos taburetes rústicos. Por lecho, en un rincón, dos brazadas de paja de maíz. Véfase también una barrica grande en otro rincón y, colgando de la pared, una espada de Cuéllar y un arcabuz. Sobre la mesa ardía, vacilante, el pico de un candil.

El dueño del bohío ofreció al que acababa de entrar en él, un vaso de aguardiente.

— ¡Gracias! — dijo el invitado —. No hace falta. Estoy impaciente por conocer tu plan.

Y se sentó en un taburete, cruzando una pierna sobre la otra, a tiempo que descansaba un brazo sobre la mesa. Vióse entonces, pues le daba de lleno en la cara la luz del candil, que era su rostro agraciado, moreno, de ojos oscuros y muy vivos, nariz ligeramente curvada y boca grande, torcida por un mohín que parecía la iniciación de una sonrisa. No tendría arriba de treinta y cinco años y llevaba muy crecida y des-

cuidada la barba, negra y espesa. La contracción habitual de sus labios armonizaba admirablemente con el fulgor de su mirada fina, inteligente, escudriñadora; pero, al mismo tiempo, no exenta de cierta atrayente dulzura. Se advertía en su persona una disposición bizarra, mal avenida con la pobreza de su traje. Mejor ataviado de ropa, no habría podido hallarse un más cabal caballero.

El dueño del bohío era rubio, de semblante pálido, despedido de pelo y cruzado de varias cicatrices. Se adivinaba en seguida la vulgaridad de su cuna, pero producían, en cambio, muy buena impresión la viveza de sus ojillos pardos y una hermosa dentadura, muy blanca y recia, que enseñaba al sonreír.

Bebió un trago de aguardiente, de un jarro que había sacado de la alacena, y se pasó después el brazo por la boca.

— Mi plan lo conocéis ya — dijo, relamiéndose —. Es el mismo que os comuniqué ayer. Se trata de correr la suerte, desafiando la cólera del bachiller; pero vos tenéis amigos...

— Sí. ¿Y por qué me has hecho esperar en la iglesia, si habíamos de acabar viniendo a tu casa?

— Temía que pasase la noche aquí una persona cuyo encuentro podía contrariaros.

— Alguien a quien debo dinero.

— ¡Por vida de!... Lo habéis adivinado.

— No me digas su nombre; es lo mismo que se llame Pedro o Juan. No hago cuenta de mis acreedores, que deben ser tantos como estrellas he visto brillar esta noche. Me persiguen, me acosan. El oro de la Tierra Firme es mi esperanza.

— Y la de todos. Pero más hambres tengo pasadas por verle el brillo a ese esquivo metal que pelos componen vuestra barba, con perdón sea dicho. Así me veis de amarillo por correr tras del oro, que parece que me sale la afición a la cara.

— Ten paciencia, Bartolomé Hurtado, y no desesperes sino cuando te veas morir.

Al terminar estas palabras, dió aquel Hércules un puñetazo en la mesa y se levantó.

— ¡Ea! No hemos venido aquí a pasar la noche en amable plática. Dime pronto lo que tengo que hacer y si ya es tiempo de hacerlo, porque me parece que va a tardar un siglo en salir el Sol.

— Lo que debéis hacer es muy sencillo. Ved si cabéis dentro de esta barrica.

Y Bartolomé Hurtado señaló con el dedo la que había en un rincón.

El otro se acercó a la barrica, miró su interior y estuvo un momento vacilando.

— Mi cuerpo cabe aquí perfectamente, pero esta será la peor y más estrecha de las cárceles. No importa. Resistiré el tormento, y ¡que Dios me lo tenga en cuenta!

Acercó luego un taburete, para que le sirviera de estribo, y se metió en la barrica, tratando de sentarse en el fondo.

— Así quisiera verme yo, pero bañándome en vino— observó Bartolomé—. ¡Por mi abuela que me quedaba seco en menos tiempo del que emplea un fraile en hacer un sermón!

Al de la barrica le estorbaba la espada; hubo de quitársela del cinto. Se acomodó mejor.

— No se está tan mal— dijo, riendo—; pero, con los tumbos y vueltas, voy a marearme. Cuando salga de aquí, no sé si podré tenerme firme.

— Del fondo de una barrica no se puede salir sino borracho—hubo de advertir Bartolomé, con aire de filósofo.

— Bien está; tapa ahora, si quieres.

— Esperad. Un poco de paja os servirá para resguardaros las costillas.

Y fué a buscarla a su lecho. Su amigo protestaba:

— ¡Hombre, no, que voy a ahogarme!

— Es necesario — dijo Bartolomé, comenzando a meter hojas de maíz en la barrica —. Después advertiríais la falta. Así... Más aun...

— ¡A qué precio me hacéis pagar, Señor, la libertad! — exclamó el prisionero, mientras arreglaba la paja alrededor de su cuerpo —. ¡Basta! ¡Basta! No traigas más; está bien así. Creo que, apoyándome con las manos y los pies, resistiré los tumbos sin rendirme. ¿Quieres tapar ahora? Temo que se nos vaya el tiempo en estos trabajos.

— Voy a tapar en seguida. ¿Se os ofrece algo?

— Sí; cuida de dejar una rendija por donde entre el aire.

— Ya lo tenía pensado. ¡Ea, que descanséis y que dure poco el encierro!

Bartolomé no perdió el tiempo. Tapó en seguida la barrica, apretando los cercos a martillazos, y dijo:

— Estad alerta, que voy a llevaros a la playa, y será rodando.

Se oyó una voz sorda, profunda, que decía.

— ¡Adelante!

Bartolomé volteó la barrica y la empujó hacia la puerta. Todavía allí, antes de salir, volvió a preguntar:

— ¿Se os ofrece algo?

Y la voz apagada de antes repitió:

— ¡Adelante! ¡Adelante!

Un nuevo y poderoso empujón, y la barrica salió rodando. La llevó Bartolomé, siempre dando vueltas, con dirección al mar. Las calles seguían desiertas. No se percibía otro rumor que los crujidos de la barrica, más o menos fuertes según iba rodando fácilmente o tropezaba con alguna piedra, y el canturreo melancólico del oleaje. Muy leve, dejábase oír también

la queja cadenciosa de los árboles, al ser mecidos blandamente por el viento.

Al llegar a la playa, dió Bartolomé grandes voces.

— ¡Eh! ¡Centinelas! ¿No hay nadie aquí?

— ¡El diablo me lleve si no es Bartolomé Hurtado el que grita! — dijo un hombre, acercándose, pero sin quitar mano de la ballesta.

— El mismo soy por mis pecados y un poco más crecido de cómo me conoció mi abuela.

Dijo esto desamparando la barrica, que rodó, rápida, hacia el mar, a causa de haber pendiente.

— ¡Cielos! ¡Que se va al agua! — gritó Bartolomé, echando a correr tras la pipa.

Afortunadamente, ésta se había detenido por atravesarse un obstáculo en su camino. Era el obstáculo un montón de cuernas y troncos de árboles para mástiles de navío. La playa estaba allí obstruída. Además de los mástiles tumbados, había unas cuantas chalupas necesitadas de reparación, anclas y otras muchas cosas afectas a la industria naval.

Bartolomé, dueño nuevamente de la barrica, la llevó a un lugar donde se arringleraban otras varias, dispuestas para el próximo embarque.

— ¡A ver si te estás quieta aquí! — dijo.

— ¿Es de vino? — preguntó el centinela.

— ¡Sangre de mis viñas españolas, por qué te han recordado! — suspiró Bartolomé —. Por un trago de aloque daría yo ahora dos años de vida.

— ¿Eres de los que se van mañana con Enciso, eh?

— Sí soy; allí está la carabela que ha de llevarme.

Miró Bartolomé a la mar. Había varios barcos que se balanceaban majestuosamente. La luz plateada de la Luna se rompía sobre las olas inquietas.

— ¡Buena suerte! — dijo el centinela —. ¿No quieres aprovechar lo que queda de noche para dormir?

— A eso voy. ¡Ea! ¡Hasta muy pronto!

Y Bartolomé se volvió a su tabuco. Entrado que hubo otra vez en él, abrió la alacena, dióle dos tientos al jarro del aguardiente y se tumbó luego en su lecho de paja. Un instante después, dormía como el más feliz y descuidado de los mortales, roncando con el estruendo de una trompa de caza.

\* \* \*

Al romper el alba, debía partir, rumbo a las costas de Tierra Firme, un barco del letrado Martín Fernández de Enciso, socio de un famoso descubridor: Alfonso de Ojeda, que había salido un año antes con intención de establecerse en el golfo de Urabá, llamado también del Darién, en el Mar Caribe. Habían pasado diez y ocho años desde que descubriera Colón la existencia del Nuevo Mundo, pero la parte dominada del mismo, era todavía insignificante.

Hallábanse los navegantes españoles en circunstancias parecidas a las de un hombre curioso que entrara en un palacio, para recorrer todas sus dependencias, y no pudiera pasar de la portería. Ninguno de los descubridores tenía una idea aproximada de la tierra cuya existencia se les había revelado por un milagro. Diez y ocho años de exploraciones por el Mar de las Antillas, les permitieron establecerse en varias islas y tocar la costa continental, que llamaron Tierra Firme, porque no alcanzaban a descubrir su término ni por el Norte ni por el Sur. Hacia el Sur había avanzado Colón, en 1498, dejándose atrás las costas de Paria y Cumaná; pero

ni en éste ni en otros viajes que emprendió más tarde, pudo penetrar en la Tierra Firme.

Ninguna colonia prosperaba en el continente. Hubo exploradores intrépidos que siguieron la misma ruta del Almirante, siempre atraídos por los países del Sur más inmediatos a la isla La Española, aquellos países que hoy conocemos por los nombres de Panamá, Colombia y Venezuela. Sin embargo, la Tierra Firme les rechazaba siempre, y volvían a las islas los que podían volver, que no eran todos los osados perseguidores del misterio.

Nunca lograban establecer un poblado europeo en el continente, porque los indios se resistían a la invasión. Dominar una isla era empresa fácil, aun en aquellos tiempos y para aquellos hombres de escasos recursos. A una isla la cerca el mar, y en el mar dominaban los españoles con sus barcos; pero la Tierra Firme, sin límites conocidos, poblada tal vez de millones de hombres, con montañas ingentes y una naturaleza cuyos secretos ni siquiera cabía presentir, representaba un cúmulo de fuerzas enormes, inmensurables, opuestas a la porfía de un puñado de locos.

Imaginémonos a una hormiga en lucha con un elefante, para comprender así la tremenda desproporción que existía entre el empeño delirante de los españoles, lanzados a la buena suerte en grupos de tres o cuatrocientos, y la magnitud del mundo nuevo que se proponían descubrir y someter, en servicio de su fe, de su rey y su propia ambición.

Alfonso de Ojeda y Diego de Nicuesa, habían sido autorizados por Fernando *el Católico* para poblar en el sur de Tierra Firme, y en 1509 partieron de España, con ocho bajeles bien pertrechados, haciendo rumbo a Santo Domingo, el importante establecimiento colonial de la isla La Española. Lo mismo Ojeda que Nicuesa habían ya tomado parte

en otras expediciones. Era el primero castellano, de Cuenca, y el otro andaluz, de la provincia de Jaén, ambos muy valientes y esforzados. Al llegar a Santo Domingo, riñeron por cuestión de intereses, no llegando a las manos porque intervino el gobernador, don Diego Colón, que consiguió conjurar la tormenta. Pero Ojeda y Nicuesa se separaron, quedándose aquél con tres navíos y éste con los cinco restantes. El bachiller Fernández de Enciso iría después a reunirse con Ojeda, su socio, preparando, al efecto, una novena nao con elementos de la isla.

Estos viajes de exploración y aventura se emprendían casi siempre por cuenta y riesgo de los expedicionarios, es decir: constituían una empresa en la cual se jugaban sus caudales los jefes de la expedición, con la esperanza de acrecentarlos si encontraban oro. A la busca de este rico metal iban los aventureros, y quienes no tenían otra cosa que arriesgar en negocio tan lleno de peligros, ofrecían su esfuerzo y su vida. El Rey debía autorizar las expediciones y señalar los límites de jurisdicción a cada jefe, por lo que atañe a las tierras descubiertas. Alfonso de Ojeda fué, pues, autorizado para poblar y gobernar la costa comprendida desde el cabo de la Vela hasta la mitad del golfo de Urabá, comenzando allí la jurisdicción de Diego de Nicuesa, que subía hasta el cabo de Gracias a Dios.

Desde que Nicuesa y Ojeda partieron de Santo Domingo, rumbo a sus respectivas jurisdicciones, no se había sabido nada más de su suerte. Pero esta circunstancia era perfectamente normal en aquellos tiempos y en semejantes empresas. En un viaje de exploración se empleaban meses, a veces años, y aun con frecuencia no se volvía a tener noticia de los exploradores, suponiéndose en este caso que se los había sorbido el mar o que perecieron en su lucha con los indios. Se enviaba

algún barco a socorrerles, que volvía sin haber encontrado rastro de los desaparecidos o desaparecía él también; pero estos desastres no eran bastantes a contener la energía formidable de los españoles de aquel tiempo, quienes hallaban en cada fracaso un estímulo para persistir en sus propósitos.

Por esto tenía dispuesta su nave de refuerzo o socorro el bachiller Fernández de Enciso, para correr la suerte de Ojeda en el golfo de Urabá. Y tres horas después de haber dejado en la playa de Santo Domingo, el tranquilo Bartolomé Hurtado, una barrica donde se escondía un hombre, comenzaron los preparativos para la marcha.

\* \* \*

Se acusaba el día con sus primeras vislumbres cuando se desperezó la colonia. Afluyeron sus habitantes a la playa, que fué animándose rápidamente. Unos cuantos indios, desnudos desde la cintura para arriba y al aire las piernas, acercáronse a una chalupa que estaba en seco y la empujaron al mar. Esta maniobra la dirigía un español dando grandes voces, a tiempo que se quitaba y volvía a ponerse su casco de acero repetidas veces, como si le molestara por haber perdido la costumbre de llevarlo. El casco y la coraza brillaban, al recoger la luz sidereal; en cambio, el cuerpo de los indios, del color del bronce, parecía más obscuro a medida que iba acentuándose la aparición del día y perdían las estrellas la intensidad de su fulgor.

Las campanas de la iglesia tocaron a la oración matinal del *Ave María* y toda la ciudad pareció inquietarse y rebullir a la llamada de los clarines, que cargaron el aire de estridencias.

Llevados de la brida por sus dueños, corrieron hacia la

playa algunos caballos. La misma dirección seguía una larga fila de hombres de color con banastas llenas de fruta y pescado, que llevaban en la cabeza. La fila se prolongó de un modo pintoresco, como un friso viviente destacado sobre el paisaje, todavía sumido en la media luz. Ésta iba progresando, aumentando muy lentamente, y era azul, de un azul verdoso, como el color de la turquesa.

Ya en la playa, los indios avanzaron mar adentro, hasta llegarles el agua a la cintura, y dejaron sus banastas en las chalupas, que los marineros se llevaron, remando hacia la carabela. Mientras tanto, se hacía galopar a los caballos, montados al pelo, seguramente con el propósito de cansarles. Embarcaron también en las lanchas muchos hombres, con aspecto de soldados, que llevaban desmontadas corazas y armaduras, convertida en carga la que había de ser su defensa en los combates. Llegaron otros indios, abrumados todos por el peso de haces de lanzas y montones de rodelas, y estos hierros fueron cayendo en el fondo de otra lancha estrepitosamente. Un escándalo mucho mayor promovían los perros, conducidos a la playa en cuadrillas; pugnaban los cañes por soltarse y brincar a sus anchas. Eran perros de combate, a veces más útiles en la guerra que los mismos hombres. Ladraban desahoradamente, por hallarse poseídos de la alegría o porque reclamaran la libertad.

— ¡Eh! ¡Quietos! ¡Silencio! — les gitaban sus guardianes, amenazándoles con el puño o tirando de la cuerda para contenerles —. ¡Por vida de!... ¡Mal viento os lleve a todos! ¡¡Quietos!!

Finalmente, la luz del día se hizo intensa, coloreándose el cielo por un atisbo de sol. La bahía se extendía como un lago, como un lienzo azul, destacando en sus riberas las palmas reales, cuyos altos airones de hojas desmayadas se

movían, diríase que imitando el balanceo de los grandes barcos. La atmósfera era pura, diáfana, bañada en albores sonrosados. Se recostaban en la ensenada varios barquichuelos y había, cerca de la playa, la carabela a la cual se llevaban barcadas de hombres y provisiones.

Estas idas y venidas de las chalupas no se sucedían sin juramentos de los marineros ocupados en los trabajos de embarque. Sobre todo el traslado a bordo de los caballos, fué empresa difícil. El animal se resistía a entrar en la lancha o no acertaba a meterse en ella, manoteando con una torpeza que desesperaba a sus conductores. Sólo se metía un caballo en cada chalupa, y al llegar ésta al costado de la carabela, el noble bruto era suspendido por la cincha y elevado por medio de una cabria afecta al puntal del palo mayor. Uno tras otro, se embarcaron hasta veinte caballos, alternando este embarque con el de cerdos, canes, sacos, barricas, armaduras y banastas.

Las órdenes dábanse a gritos o con toques de clarín, según fuera la maniobra, y, cuando, al fin, resplandeció el Sol, todos los habitantes de Santo Domingo, indios y europeos, esperaban en la playa la partida del bajel.

Uno de los últimos en embarcar fué el jefe de la expedición, Martín Fernández de Enciso. Era un hombre ya maduro, de mediana estatura y entrado en carnes, que estuvo hablando con un fraile jerónimo hasta el mismo momento en que fueron a buscarle para trasladarle a bordo.

— Os deseo buena suerte, hijo mío, y que vuestra empresa ensanche los dominios del Rey nuestro señor. ¡Quiera Dios que encontréis presto a Alfonso de Ojeda y que juntos podáis llevar a feliz término ese noble negocio que acometéis y que espero será glorioso para la causa de Cristo!

Eso dijo el fraile, abrazando a Fernández de Enciso, quien hubo de contestar con palabras de gratitud:

—Gracias, padre. Llevo conmigo ciento cincuenta hombres de los más esforzados; con Alfonso están cerca de trescientos, y tenemos, además, buenas armas, caballos, yeguas, bastimentos para la boca y semillas y herramientas para el cultivo de la tierra. Con la ayuda de Dios, espero que con tales medios lograremos mucho en provecho de la fe y en el propio.

Arrodillóse, y el fraile le dió su bendición.

Se había destacado de la carabela un esquife que se aproximó a la playa. En él debía embarcar el capitán, quien, por títulos obtenidos en España, era más conocido como alcalde mayor de la expedición de Ojeda. Se acercó a don Martín un marinero y le ofreció sus hombros; pues era costumbre llevar en hombros, hasta la lancha, a las personas de calidad y rango, al efecto de que no tuvieran que embarcar metiéndose en el agua hasta las rodillas.

Cabalgando Enciso en hombros del marinero, llegó al esquife y ordenó que se bogara hacia su nave. El alcalde mayor, tal vez por ser letrado, vestía de negro. Los remeros enseñaban medio cuerpo completamente desnudo.

Momentos después, la carabela levaba anclas y extendía las velas castellanas en sus tres palos. Las velas eran unas cuadradas y otras redondas. Dió en ellas el viento, hinchándolas, y el barco comenzó a cabecear, levantando y hundiendo, alternativamente, el castillo de proa. Luego se deslizó suavemente, inclinándose sobre uno de sus costados. Estaba en marcha y llevaba a remolque una barcaza vacía, que los marineros de aquel tiempo llamaban *batel*.

Desde la playa daban gritos de despedida a los expedicionarios y se agitaban en alto los pañuelos.

— ¡Que Dios os proteja! ¡El Señor os tenga de su mano!  
¡La Virgen os ampare!

Algunas mujeres y muchos indios se arrodillaron sobre la arena, juntando las manos e inclinando la frente, en actitud devota. También se había arrodillado el religioso, teniendo pegada la barba en el pecho y entregándose, por unos instantes, al recogimiento de la oración.

Y esto ocurría mientras los embarcados en la carabela hacían salvas con sus arcabuces y enviaban el último adiós con un toque de clarín.

El Sol seguía elevándose en su trono de fuego y extendía sobre el mar su regio manto de luz, amarilla como el oro que los nuevos argonautas pensaban encontrar en Tierra Firme.



## II

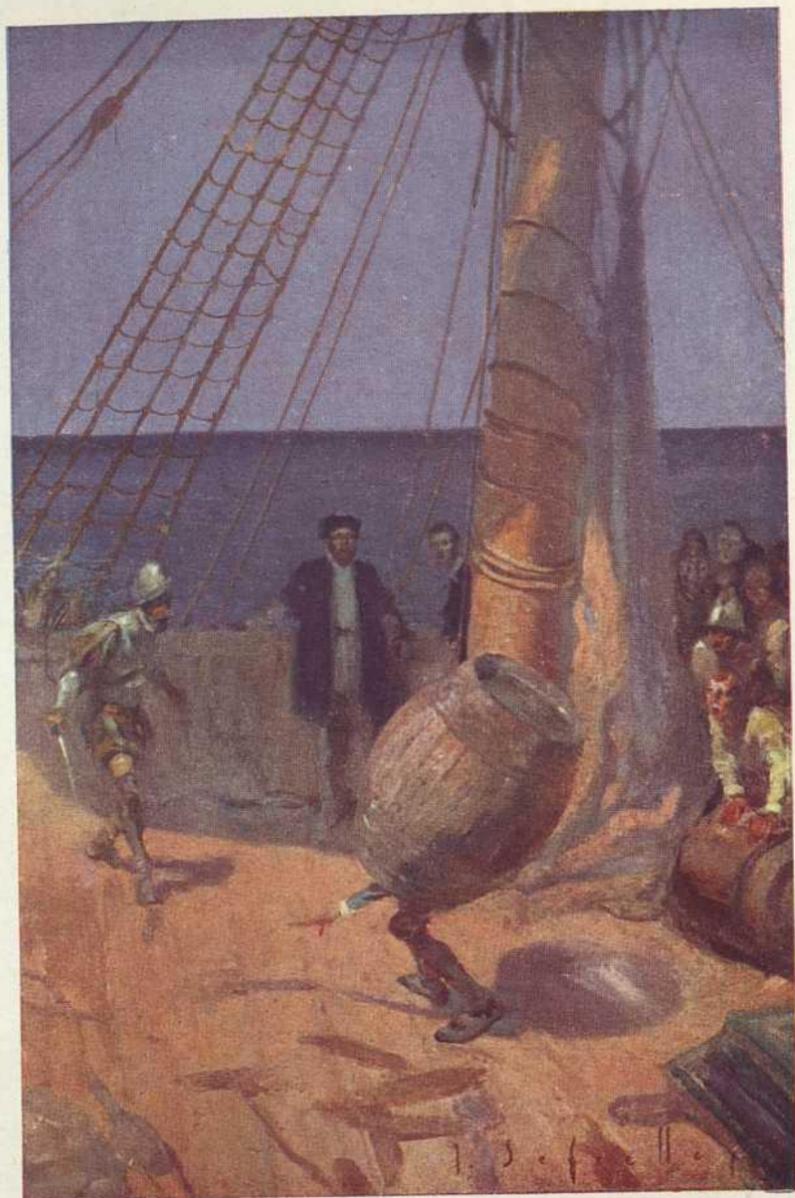
### Primeros desengaños

Iba la carabela navegando rumbo al Sur con viento en popa. El mar estaba llano, tranquilo, notándose apenas en la móvil superficie una ligera ondulación. En el aire parecía flotar un polvillo dorado, efecto de los rayos oblicuos del Sol. Los golfinos surgían a bandadas, saltando fuera del agua, para luego sumergirse otra vez y aparecer de nuevo cerca del barco. Se les veía venir de muy lejos y daban terribles coletazos, como si de este modo aceleraran su carrera.

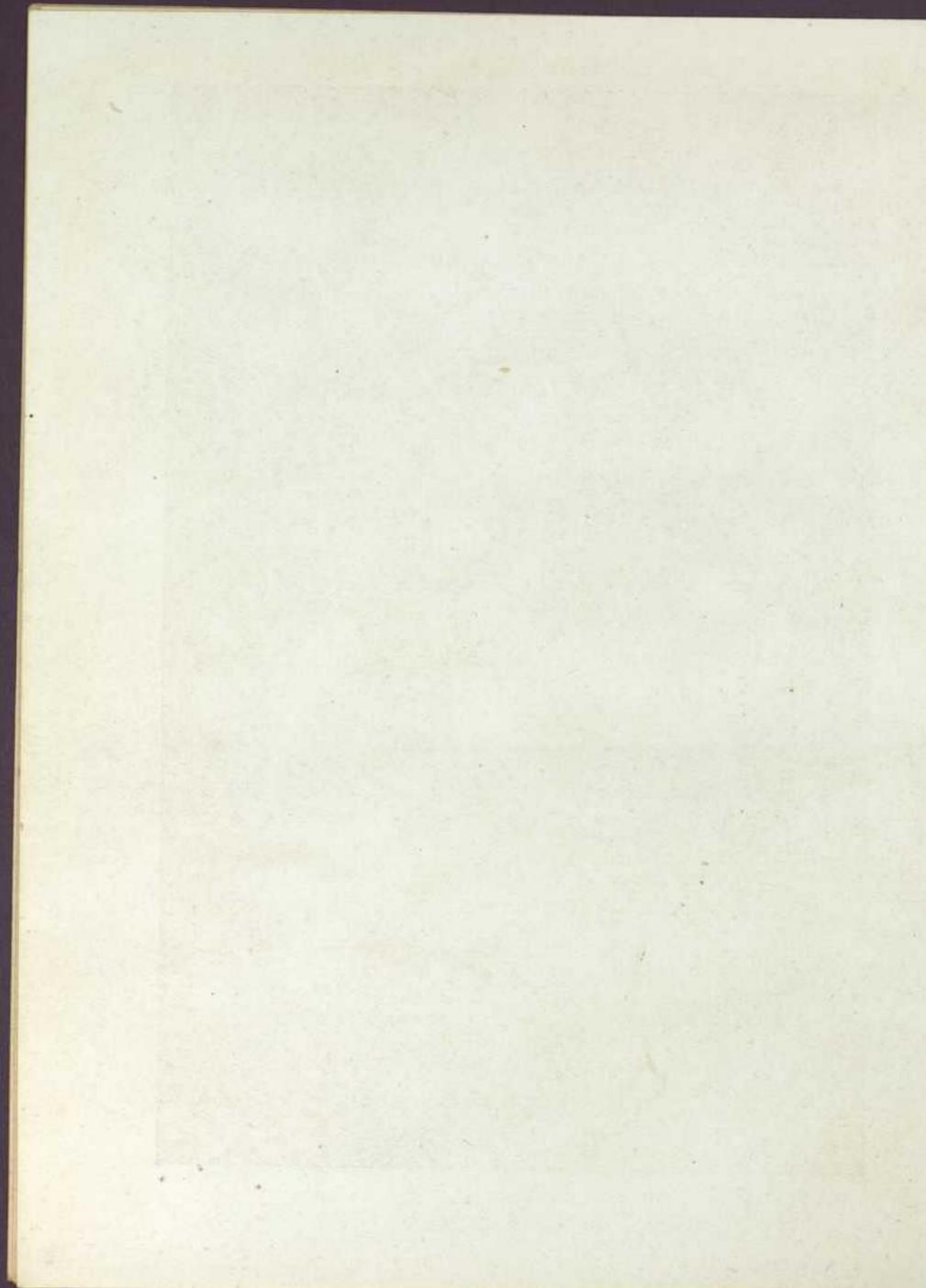
La gente de a bordo arrojaba a los golfinos los restos despreciados del rancho matinal, que estaba consumiendo en aquellos momentos. Pero no todo era alegría en la cubierta del buque. Entre los expedicionarios, los había que, por no ser hombres de mar, comenzaban a sentir los efectos del mareo. Se tumbaban algunos, buscando un alivio en la posición supina, y otros, de bruces sobre la baranda, dejaban que cayese al agua lo que no podía resistir su estómago, rancho trasegado que aprovecharían tal vez los peces.

Como quiera que los mareados eran los menos, tenían que resistir las burlas de los más, orgullosos de su temple y fortaleza. Entendían éstos que el marearse era propio de mujeres.

— ¡Pobre gente para los trabajos de esta empresa! — dijo



... y la barrica se irguió en medio de un público estupefacto



Bartolomé Hurtado, dando con el pie a uno de los que se hallaban tendidos.

— ¡Dejadme! — protestó el infeliz —. Tengo el corazón en la boca, y voy a echarlo.

Un marinero imitó sus arcadas grotescamente y hubo coro de risas. No faltó bravonel que propusiera azotar a los mareados, con las espadas de plano, para ver si así les pasaba la basca.

— ¡Aquí mis hombres! — gritó, desenvainando la tizona.

Uno de los indispuestos era el alcalde mayor, capitán de la expedición, quien, discretamente, buscó refugio en la *chupeta*, su camarote.

En el preciso momento en que Fernández de Enciso se metía en la chupeta, para ocultar su debilidad, ocurrió que una barrica de las que había sobre cubierta volcóse por propio impulso y comenzó a rodar de un lado a otro. Iban algunos hombres a detenerla, cuando se detuvieron ellos, sorprendidos por un ruido extraño que partía del interior de la pipa. Más insólito fué el caso de saltar, hecha astillas, una de las tapas, asomando luego unos pies, que se afirmaron en el suelo, y la barrica se irguió en medio de un público estupefacto. Hubo quienes se sintieron repentinamente curados del mareo y otros que echaron mano a la espada para repeler una probable embestida del tonel misterioso.

Pero asomaron por debajo de la barrica unas manos, como antes habían asomado unos pies, y la barrica subió hasta descubrir completamente a un hombre. Éste acabó arrojando a un rincón aquella extravagante envoltura. Luego se tapó los ojos con una mano y sentóse en el suelo.

— ¡Yo conozco a ese hombre! — dijo Juan de Ezcaray, uno de los notables de la expedición, que había avanzado resueltamente hacia el aparecido.

Otro de los circunstantes, Pedro de Arbolancha, también notable, mozo que gozaba de cierta autoridad por su ilustración y antecedentes de familia, lanzó una exclamación de alegría:

— ¡Es Vasco Núñez de Balboa, mi grande amigo!

— El mismo que viste y calza — corroboró Bartolomé Hurtado, que fingía sentirse tan sorprendido como los demás.

— ¡Pues lo echaremos al agua! — dijo el bravucón a quien antes se le ocurriera apalea a los mareados.

— ¡Al agua! ¡Al agua! — gritaron algunos, sin detenerse a razonar el motivo de su colérica actitud.

Juan de Ezcaray y Pedro de Arbolancha se interpusieron entre el hombre salido de la barrica y los que hacia el mismo avanzaban, amenazadores. Arbolancha desenvainó su espada, dispuesto a rechazar un posible ataque. Pero ya Balboa se había levantado del suelo y sonrefase tranquilamente, seguro de que nada desagradable podía ocurrirle.

— ¿Por qué este enojo, amigos? — preguntó —. Todos me conocéis; algunos de vosotros compartisteis conmigo las miserias de una empresa desventurada. Dejadme otra vez ser vuestro compañero.

— ¡Eso estaría bien si pagarais vuestras deudas! — advirtió, impertinente, el bravucón.

— ¡Para pagarlas, vive Dios, quiero ir con vosotros! ¿Por qué tengo deudas? Porque iban mal mis negocios en la isla, porque se perdían las cosechas, porque malgastaba mis esfuerzos en una lucha desesperada con la tierra. Por aquel camino, era imposible que pudiera satisfacer las justas demandas de mis acreedores. Vosotros vais a buscar oro. Dejad que os acompañe, y así pagaré lo que debo a los hombres, si no muero y tengo que rendir a Dios otra cuenta más importante.

Hablaba Vasco Núñez con tanta energía y tenían sus

palabras tales acentos de sinceridad, que se disipó la tormenta, un momento cernida sobre su cabeza.

— ¡Lleva razón! ¡Dejadle! — dijo uno.

— ¡Es un hombre valiente y conocedor de Tierra Firme! — añadió otro.

— Falta que el capitán le perdone la burla — advirtió un tercero.

Martín Fernández de Enciso no tardó en presentarse. Le habían dado aviso de haberse metido un hombre en el buque, oculto dentro de una pipa, y el capitán de la expedición se mostraba indignado. En vano intentaron detener su cólera Arbolancha y Ezcaray; el bachiller levantó el puño amenazador y juró hacer un escarmiento. Estaba pálido, parte por efecto de la indignación y parte a causa del marco.

— Os había prohibido embarcar — dijo a Balboa —, y os habéis burlado de mí. No esperéis conmovirme. Os dejaré en la primera isla desierta que encontremos.

— Señor bachiller, esa sería excesiva pena para tan leve culpa — alegó Vasco Núñez —. Ved que no os he traído ningún perjuicio; muy al contrario, mi esfuerzo puede servirlos. Soy joven, fuerte, y no hay seguramente entre todos estos hombres que nos rodean quien mejor pueda resistir a la fatiga. Este brazo de hierro, que ha sostenido cien veces una lanza vencedora, es toda mi hacienda, y lo pongo a vuestro servicio. Soy diestro en las armas y conocedor de estos mares. Más os conviene tenerme a vuestro lado que dejarme morir en la triste soledad de una isla desierta.

Fernández de Enciso manteníase inflexible. Golpeó, impaciente, el suelo con el pie y dió orden a los soldados de apoderarse de Balboa.

— ¡Atadle! — gritó —. Tentado me siento de meterle otra vez en la barrica y echarle al mar.

El primero en avanzar hacia Balboa fué el bravonel. Nunca lo hubiera hecho, y se habría librado así de un lance donde vino a demostrarse la falsedad de su bravuconería. Balboa, con movimiento rápido, sujetóle por la espalda, una mano cogida en la cincha de los gregüescos y otra en el cuello del jubón. Levantóle en vilo, cuando así le tuvo, y mientras le mantenía pataleando encima de su cabeza, dijo:

— Señor bachiller, no me haréis la injuria de hacerme prender por este gallofero. Ved que soy yo mucho más hombre.

Los circunstantes soltaron la carcajada.

— Si estuviéremos en una galera — advirtió Bartolomé Hurtado, señalando con el dedo al bravucón, que pataleaba y juraba como un condenado —, a éste le haríamos saltar ahora de banco en banco como una pelota.

— ¡Que nos dé licencia el capitán, y probaremos! — dijo un soldado, que debió ser, en otro tiempo, galeote.

Comprendió Enciso que los ánimos se inclinaban ya en favor de Vasco Núñez y juzgó prudente moderar su enojo.

— ¡Ea! ¡Soltad a este pobre diablo! — dijo a Balboa —. Bien veo que sois hombre esforzado y que podéis servirme. Os perdono.

— ¡Gracias, capitán!

Y al dar Balboa las gracias, soltó al bravonel; pero volvió a cogerle en seguida de una mano, le atrajo hacia sí y le dió un abrazo, diciendo:

— También vos habréis de perdonarme. Seguro estoy de que, si os hubiera dado tiempo a sacar la espada, os habríais defendido como un león. Yo declaro aquí, ante todos, que sois un valiente, y el que me contradiga tendrá que habérselas conmigo.

Vasco Núñez de Balboa poseía el verdadero valor y tenía conciencia de su propia superioridad. Por esto mismo era be-

névolo y considerado. Conseguido el perdón de Enciso, no quería dejar resquemores en su derredor y procuraba atenuar el efecto producido por su alarde de fuerza; entendía que nunca resalta tanto el mérito de un hombre como cuando se acompaña de la sencillez.

Sin embargo, Enciso había perdonado contra su voluntad y estaba muy lejos de sentirse satisfecho.

— Quisiera saber — dijo — quién de los que están aquí ayudó a Vasco Núñez a esconderse en la barrica.

— ¿Vais a premiarle? — preguntó Bartolomé Hurtado.

— Merecido tiene que le mosqueen la espalda con un corbacho.

— Nunca los azotes han sido un premio — repuso Hurtado —, y no creo que se descubra el escondedor.

— Pues lo siento — insistió el capitán —. Sería para mí un placer verle azotar.

— No será posible por ahora daros ese gusto, si el culpable estima en más su piel que vuestros placeres — siguió diciendo Hurtado —. Y soy de opinión que, pues ha terminado este negocio sin pérdidas para nadie, deberíais perdonar al que prestó su barrica.

— ¡No le perdono!

— Pues estad descuidado, que no sabréis quién fué ni de aquí a cien años, ¡y permita Dios que los viváis!

Con esto terminó el incidente y se volvió el capitán a su camarote, murmurando entre dientes, como si masticase su cólera.

Un numeroso grupo de soldados y marineros rodeó a Balboa, a quien sus amigos Ezcaray, Arbolancha y Hurtado felicitaban con efusión. El último de los citados amigos, hombre frío y práctico, recordó que Balboa, metido en su barrica, no había comido, seguramente, desde la noche anterior; y hecha

esta oportuna observación, en el acto le fueron ofrecidos a Vasco Núñez, por los que ya podían llamarse sus admiradores, un plato de rancho, varias lonjas de pernil, vino y galletas de a bordo.

Pasáronse todos a popa, y sentados unos en los bandines, otros en el suelo, quienes en un rollo de cuerdas y alguno en el borde de la baranda, contemplaron largo rato al héroe, que comía con muy buen apetito y bromeaba con todos. A Bartolomé Hurtado comenzó a llamarle cariñosamente *Tomé*, y con Ezcaray y Arbolancha se mostraba, además de cariñoso, muy agradecido. El mismo bravucón, que tenía sobrados motivos para mirar a Balboa con malos ojos, fué desarmado por las atenciones que éste le consagraba y acabó por sentirse orgulloso de ser amigo de un hombre tan valiente y forzado.

Le propuso Tomé, para divertir a la reunión, que midiera con él sus fuerzas, tirando uno y otro de los extremos opuestos de una lanza. Lo hicieron así, y Tomé se dejó vencer por dos veces seguidas; pero a la tercera, viendo a su contrincante tirando con toda su alma de la lanza, soltó él el otro extremo, dándose el bravucón un costalazo tremendo, que fué celebrado por los mirones con grande alborozo. Tomé, serio, imperturbable, se acercó al caído para decirle:

— ¡Ved aquí amigo mío, cuán cara se paga, a veces, la victoria!

\* \* \*

Los días pasaban lentos a bordo; pero Balboa, aparentemente inactivo, no perdía su tiempo. Era ambicioso y comprendió su incontrastable superioridad sobre todos los hombres de la expedición, sin exceptuar al capitán. Procuró, no obstante, no destacarse demasiado, al objeto de dar tiempo a

que se aplacaran los recelos de Enciso. Antes bien, se esforzaba por merecer la confianza de su jefe, siendo él humilde, como subordinado; pero sin humillarse. Enciso tenía título de alcalde mayor, otorgado por Alfonso de Ojeda, a quien el Rey había señalado una jurisdicción para que gobernase en ella. En cambio, Balboa, no pasaba de ser un oscuro aventurero, sin amigos en España, sin fortuna y sin otros medios para lograrla que su valor, su fuerza y su inteligencia.

Era Vasco Núñez de Balboa extremeño, nacido en Jerez de los Caballeros, y pertenecía a una familia de hidalgos venida a menos. Tan pobre nació, que al llegar a mozo, tuvo que ganarse el pan sirviendo como humilde criado a un rico personaje. Acababa de abrirse entonces a la ambición de los desheredados el camino de las Indias, y Balboa fué uno de tantos que salieron a buscar, mar adentro, la gloria y la riqueza. Se alistó en la expedición de un intrépido navegante, Rodrigo de Bastidas, a quien acompañó a Tierra Firme en un viaje hecho con el exclusivo objeto de negociar con los indios. Después se estableció en La Española, en la villa de Salvatierra, dedicándose al cultivo de un terreno. No le ayudó la suerte en sus negocios agrícolas y se cargó de deudas. Creyéndose reservado para mayores empresas y mal avenido con la vida miserable a que le condenaban sus acreedores, solicitó de Enciso que le llevara con él; pero había un edicto del gobernador de la isla, que prohibía embarcar a todos aquellos que no tuvieran saldadas sus cuentas. Enciso recordó a Balboa el edicto, con el cual quería evitar, el gobernador, la fuga de los deudores; pero el triste colono de Salvatierra estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo. De ahí que se sirviera de su amistad con Bartolomé Hurtado para esconderse en una pipa y deslizarse así, subrepticamente, entre los hombres de la expedición.

Fiaba Vasco Núñez en su talento, en su bravura, en sus fuerzas hercúleas y en su destreza en el manejo de las armas, para hacerse valer y estimar. Además, era instruído en letras y experimentado en los azares de las exploraciones por mar y por tierra. Estaría al acecho de una ocasión propicia para avanzar resueltamente en su carrera, como hombre que sabe someterse al rigor de las circunstancias; pero que tiene, al mismo tiempo, una voluntad de hierro.

Mientras duraba la travesía, se dedicó Balboa a captarse adhesiones amistosas. No sólo procuraba hacerse agradable al bachiller; además, iba conquistándose poco a poco las simpatías de sus compañeros, que admiraban su disposición bizarra y la solicitud con que atendía a los trabajos más rudos de a bordo, aunque no era deber suyo ocuparse en ellos. Pero Balboa no podía ver a un soldado o marinero, fatigándose en una tarea difícil, sin ofrecerles en el acto su ayuda. Prestaba atención a todos los que querían contarle sus penas, y a todos consolaba y daba aliento y consejo, manteniendo en sus almas la esperanza de un feliz cambio de fortuna. Bebía poco y jugaba menos, porque decía eran los vicios los peores enemigos del hombre, y exhortaba a los jugadores a que dejaran su costumbre ruin, motivo de pendencias y verdadera causa de que llevaran todos una vida azarosa y miserable.

Pasó el tiempo. La nave hacía su camino con desesperante lentitud. Balboa veía aumentar cada día el número de sus amigos, y el mismo Enciso, aunque sin abandonar sus recelos, pues era naturalmente desconfiado, iba comprendiendo que aquel hombre que entró en el barco escondido en una pipa, si al fin no se alzaba contra su autoridad, sería un elemento precioso para emplearlo en la realización de sus empresas.

Llevaban navegando ya muchos días cuando, hallándose muy cerca de Cartagena, en un lugar de la costa que conocían los navegantes de aquel tiempo por el nombre de Cochibocoa, vieron un bergantín desmantelado que marchaba a la deriva. Dió orden en seguida el capitán de acudir en su socorro, y maniobró gallardamente la carabela, marchando a sotavento. Los del bergantín hacían señales y agitaban al aire los brazos, sin duda poseídos de la mayor alegría. La distancia que separaba a los dos buques fué acortándose, y, al fin, desde la carabela, les fué arrojada a los náufragos una maroma.

La mar se había picado un poco y el transbordo se presentó difícil. Sin embargo, la impaciencia de los salvados no les permitía esperar, y a riesgo de caerse al agua y ser estrellados por las olas contra el casco de una u otra nave, transbordaron todos, dejando solo y al remolque el bergantín. En estos trabajos de salvamento, fué Balboa el que más se esforzó, dando el ejemplo a sus compañeros.

Ordenó el capitán dar la vela otra vez hacia el interior del golfo, y preguntó a los náufragos quién era el que les mandaba. Destacóse de entre aquéllos un hombre alto, seco, moreno, barbudo, que no tendría arriba de treinta y seis o treinta y ocho años. Como sus compañeros, iba medio desnudo, hecha jirones su ropa.

— ¿No me conocéis, señor bachiller?

El capitán no le conocía; pero, en cambio, le reconocieron muchos de los expedicionarios, y el primero que le llamó por su nombre fué Tomé.

— Es Francisco Pizarro — dijo éste —, soldado de Alfonso de Ojeda, como todos los que le acompañan. Pero ¡cuernos de Lucifer, apenas se les conoce! Parecen almas en pena.

En efecto, el aspecto de aquellos hombres era no solamente

desolado, sino espantoso. Estaban descoloridos y, algunos, llenos de costras y cicatrices. Tenían los ojos hundidos en sus cuencas y se acusaba el relieve de la calavera bajo la piel arrugada de sus caras. Podían contarse a simple vista sus costillas, y sus brazos, desnudos y flácidos, caídos a lo largo del cuerpo, eran brazos descarnados, esqueléticos, que al mismo tiempo movían a compasión y daban miedo.

—¿Qué se ha hecho de Alfonso?—preguntó Enciso a Francisco Pizarro.

Éste se encogió de hombros.

—Nos abandonó en la costa —dijo—, dejándome a mí por teniente suyo. Prometió volver antes de que pasaran cincuenta días, y no le hemos visto más. Nosotros nos embarcamos para volver a Santo Domingo, pero hemos corrido muy mala suerte. Ved si no: trescientos éramos los que salimos con Ojeda de La Española, y sólo vivimos treinta y cinco. Los que faltan han muerto todos, unos de hambre, otros a manos de los indios y no pocos tragados por el mar.

—¡Buenas noticias para alentarnos a nosotros!—exclamó Tomé.

—¡Pues yo digo que es ahora cuando empieza a interesarme la empresa!—advirtió Fernández de Enciso, echándose de esforzado ante su gente—. Pero eso que me contáis —añadió, dirigiéndose a Pizarro— puede ser invención vuestra. Tendréis que darme más pormenores y demostrarme después, con pruebas seguras, que decís verdad. Bien pudiera ser que os hubierais separado de Ojeda por otras razones que os conviene tener ocultas.

Enciso recelaba de todo el mundo, sospechando sistemáticamente la traición. Los naufragos pusieron a Dios por testigo de su inocencia, y Pizarro, conteniendo su ira, dijo:

— Señor bachiller, no tenéis derecho a sospechar de noso-

tros antes de oírnos; pero la historia de nuestras desdichas es muy larga, y haríais una buena obra si, antes de hacernos hablar más, nos dierais algún alimento.

Arbolancha, el caballero amigo de Balboa, dijo que, si quiera por misericordia, debía socorrerse a los náufragos, cuyos semblantes descoloridos y el estado lastimoso en que se hallaban, eran la mejor prueba de su sinceridad. De la misma opinión fueron Balboa, Ezcaray, Hurtado y otros muchos.

— Obrad primero como cristiano — insistió Arbolancha, hablándole al bachiller con cierta acritud —, y sed juez luego, si os place, ¡que para todo hay tiempo, vive Dios!

Francisco Pizarro y sus compañeros fueron atendidos, dándose a todos algo que comer y ropa que ponerse, y después que hubieron recobrado parte de las perdidas fuerzas y tuvieron alientos para contestar a todas las preguntas, hicieron un minucioso relato de su odisea, que maravilló a cuantos lo oyeron. Comenzó la historia Pizarro; anudó otro, a poco, el hilo, en el recuento de sus desventuras; siguió después un tercero la narración, y así, hablando todos, lograron dos resultados a cual mejor: uno, no fatigarse, y otro, convencer a su auditorio de que decían verdad, por el lógico enlace de sus referencias y declaraciones. Y lo que contaron, resumido, es lo siguiente:

Ojeda llegó a Cartagena con sus trescientos hombres y atacó a los indios, que se le mostraban hostiles. Venció a los de la costa, matando a muchos, y se aventuró tierra adentro, llevando por guías a los que hizo cautivos. Su valor era temerario. Llegó a una aldea habitada por gente feroz, que comía la carne humana, e intentó su asalto. Defendiéronse los indios como correspondía a su ferocidad, es decir, como fieras, y mataron setenta españoles entre ellos un experto

piloto andaluz, Juan de la Cosa, el primero que trazó un mapa de las tierras de América. Las setenta víctimas de la imprudencia de Ojeda fueron devoradas por la tribu vencedora.

Los indios eran diestros en el manejo de sus toscas armas, espadas de palo y piedra, flechas con puntas de hueso y pedernal, dardos y escudos de hojas de palma para defenderse de los golpes del enemigo. A lo que más temían los españoles era a las flechas, por tener sus puntas envenenadas con ciertas hierbas, y herida que causaban, por leve que fuese, producía la muerte, precedida de una agonía horrible. Afortunadamente para Ojeda y sus hombres, les llegó un refuerzo importante cuando menos lo esperaban. Diego de Nicuesa había ido a recalar también a Cartagena, y aunque le separaban de Ojeda hondos resentimientos, hizo las paces con él y le prestó su poderosa ayuda. Los setenta españoles muertos y comidos por los indios fueron una noche vengados; los bohíos de la aldea que antes se había intentado asaltar con tan adversa fortuna, ardieron todos, y sus salvajes moradores, atravesados por las espadas castellanas, acabaron allí su vida, mientras el incendio se propagaba a la selva, iluminando trágicamente una escena de matanza. Al día siguiente se embarcaron los españoles, alejándose a toda vela de aquella tierra que creían maldita.

Pero no terminaron allí sus desgracias. Ya en alta mar, Ojeda y Nicuesa se separaron, tomando este último la vía de Veragua, mientras Alfonso buscaba otro punto en el golfo donde establecerse. Su deseo era encontrar el río Darién, famoso ya entonces, porque decían los indios que tenía arenas de oro. Recorrió la costa sin éxito, pues no encontró el río, y, en cambio, en distintos puntos hubo de combatir contra los indios y perdió, en varios encuentros, gran parte de

su gente, siendo el mismo Ojeda gravemente herido en un muslo. Finalmente, viendo que se acababan las vituallas y que se sentían sus hombres descontentos, determinóse a fundar un pueblo sobre unos cerros, en la parte oriental de la ensenada, al que dió el nombre de San Sebastián; y allí ensayó algunos cultivos. Sin embargo, los naturales del país arremetieron repetidas veces contra los colonos, sobre todo cuando éstos se aventuraban en el interior, con intención de explorar o yendo de caza. Envenenaban los indios sus flechas, costumbre que parecía muy extendida entre los caribes, con lo cual se hacía allí la vida imposible. El cultivo de la tierra hubo de ser abandonado, porque, en su desesperación preferían los españoles la lucha; y cuanto más les atacaban los indios, más avanzaban ellos tierra adentro, persiguiendo al enemigo implacable.

Llegó en esto a San Sebastián una nave de refuerzo, que un amigo de Ojeda, Bernardo de Talavera, había podido traerse de la isla La Española, sin conocimiento del gobernador. Talavera aportaba un socorro de setenta hombres y algunos bastimentos; pero la situación en la colonia era desesperada: la gente de Ojeda amenazaba con sublevarse si no se volvía a Santo Domingo, y diariamente entregaba su alma a Dios algún colono. Se esperaba el socorro del bachiller Fernández de Enciso, que no llegaba nunca, y Ojeda, muy enfermo, a causa de su herida, no sabía ya qué partido tomar. Tomó el más cómodo, que fué el de marcharse con su amigo Talavera, al objeto de ir en busca de Enciso; pero prometió volver antes de que pasaran cincuenta días. Mientras durara su ausencia, se encargaría del mando su teniente Francisco Pizarro, y si no volvía dentro del plazo que señalaba, podían los pobladores de San Sebastián hacer lo que quisieran.

Pasaron los cincuenta días señalados; Ojeda no volvió.

Ya sólo quedaban en la colonia setenta españoles, resto de una expedición de trescientos. Querían todos volverse a España, cansados ya de los trabajos y miserias de su porfía en tierras indianas. No contaban más que con dos bergantines, y los setenta hombres no cabían en aquellos navichuelos. Tuvieron que esperar a que el hambre y las enfermedades les redujesen a menos; mas la espera no fué larga, porque, en pocos días, murieron muchos. Se embarcaron, por fin, aunque con mala fortuna: a poco de haber dejado la costa, se desató un temporal que hizo zozobrar a uno de los barcos.

Al llegar a este punto de su espantosa narración, uno de los náufragos recogidos por la nave de Enciso, dijo:

— El barco se hundió a causa de un coletazo que le dió un pez grandísimo. Por estar la mar agitada, se salió el pez fuera del agua y pareció que iba a tragarse el bergantín, con todos los que estábamos a bordo. Pero no hizo más que dar un zurriagón con la cola y fué bastante. Quedó el timón deshecho y comenzó a entrar agua en el barco. Con esto nos espantamos todos, creyendo que el aire, la mar y los peces, lo mismo que los indios y animales feroces de la tierra, se habían revuelto contra nosotros.

Este fué el horrible relato de su odisea hecho por los náufragos, a quienes Enciso, que vivía siempre bajo la obsesión del mal y de la asechanza, sospechaba traidores. Y sin embargo, eran sus tristes figuras la mejor ilustración y el más fiel testimonio de su infortunio.

\* \* \*

Fernández de Enciso mandó a su timonel que hiciera rumbo a la abandonada colonia de San Sebastián. En vano Fran-

cisco Pizarro y sus míseros compañeros le advirtieron que no podía tomar mejor camino para llevarles a todos a una muerte segura. El bachiller era terco y cerraba su oído a toda prudente advertencia.

— Aquí no hay más autoridad que la mía, faltando Ojeda — dijo —. Soy el alcalde mayor, y tengo cédula del Rey. En San Sebastián encontraremos las casas que vosotros levantasteis y los campos que comenzasteis a cultivar. Abandonar lo comenzado es propio de cobardes. Tened confianza en mí, que miro por el bien de todos. Os doy mi palabra de haceros ricos.

No hubo modo de hacerle cambiar de resolución. Tenía una visión estrecha y rectilínea de las cosas. En la angostura de su espíritu se agitaba aún la duda como un obstáculo que le impedía ver claro el peligro. Él esperaba encontrar a Ojeda en San Sebastián y descubrir allí la sospechada patraña de los naufragos, que suponía alzados contra la autoridad de su socio o quizá huídos con el producto de un robo, que después perdieron en el naufragio. ¿Por qué se resistían, si no, a volver a la colonia?

Balboa comunicó aparte a Pizarro que el capitán seguía recelando. Estaba Balboa sentado al pie del trinquete y recreábase viendo comer a un perro suyo muy querido, que Bartolomé Hurtado había hecho embarcar junto con los demás perros. Pizarro se acercó, atraída su atención por el can, que era grande, hermoso, de hocico corto y mirada inteligente, bermejo el color y recias las patas. Roía unos huesos con afanosa afición y miraba a su amo, de vez en cuando, como si le agradeciera la compañía.

— ¿Os gusta mi perro? — preguntó Vasco Núñez.

— Sí; debe ser valiente en el combate — dijo Pizarro.

— No lo hay más fiero. Es hijo de la isla de San Juan, y su

padre, que se llamó *Becerrico*, ha dejado fama. Éste sabe distinguir al indio bravo y al manso; con él voy más seguro que con diez hombres.

El perro miró a su amo, como si le hubiese entendido y agradeciera el elogio. Acaricióle Balboa el lomo, y añadió:

—Seguramente os habréis ya resignado a volver a San Sebastián... Es fuerza resignarse, porque debéis saber que el alcalde mayor no se fía de vosotros.

—Así me ha parecido.

—Será lo mejor que no le llevéis la contraria, para seguridad vuestra. Es un buen hombre, pero poco entendido en estos negocios y demasiado receloso. Haced vos lo que podáis para tranquilizar a la gente, pues me temo una agitación, que podría ser perjudicial a todos.

—Me place vuestra prudencia.

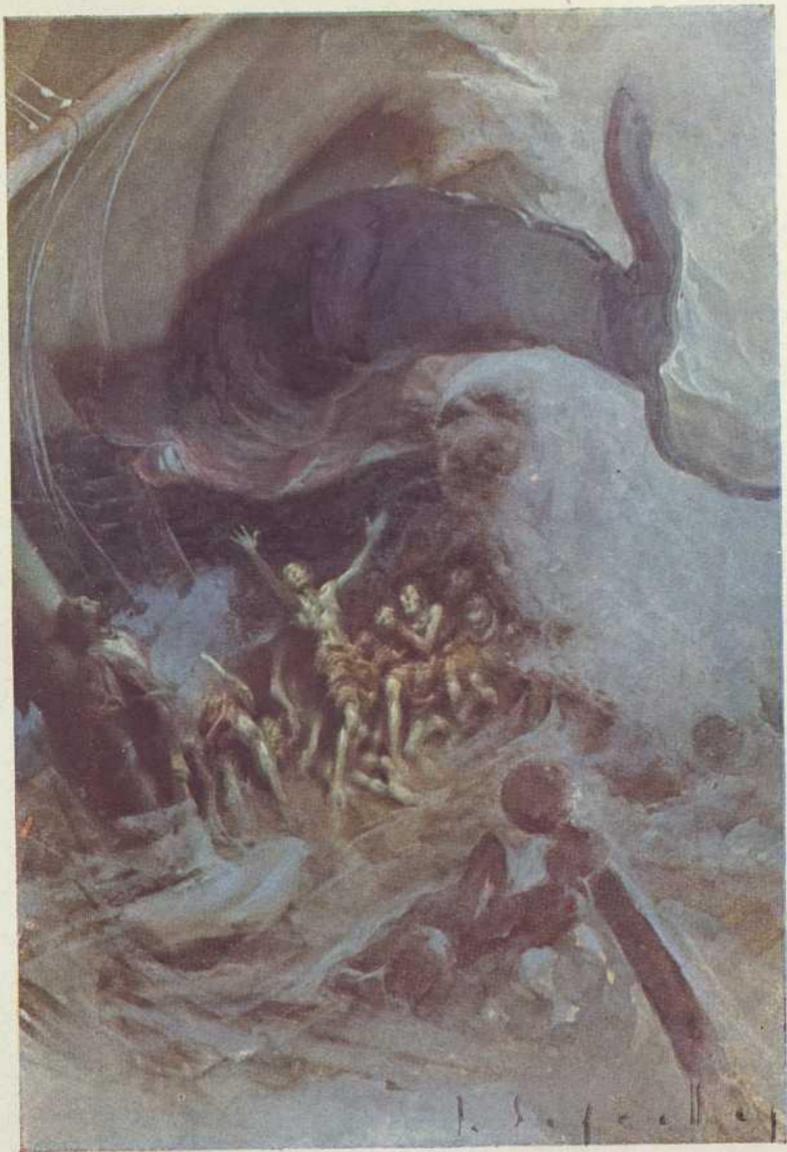
—Y yo os tengo por hombre muy discreto. De otro modo no hubiera osado aconsejaros. Me agradaría que me otorgarais vuestra amistad.

—Podéis considerarme desde ahora como el más fiel de vuestros amigos.

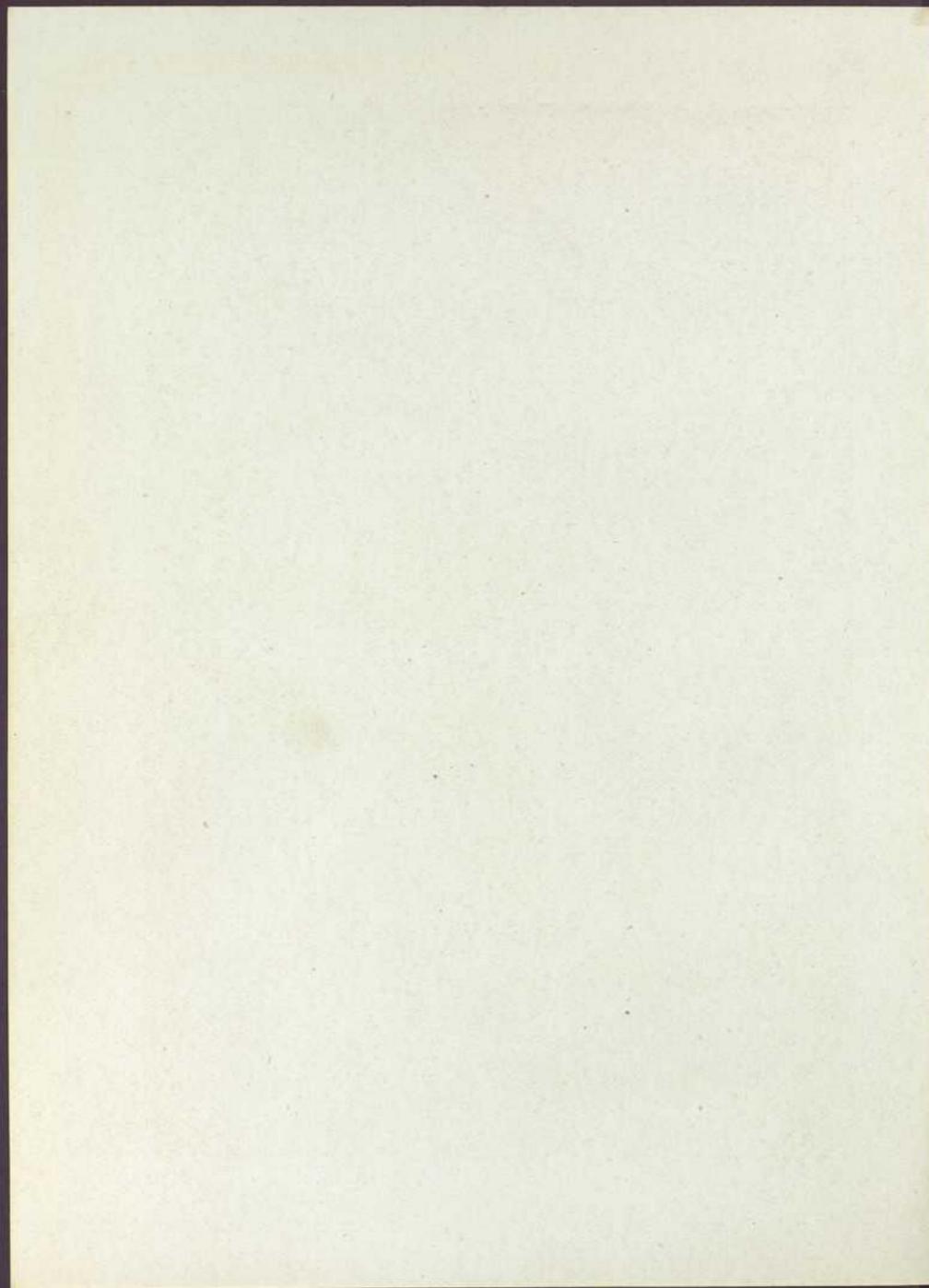
—Gracias, Francisco Pizarro.

El viento era contrario y fuerte; hubo que amainar tela. Algunos marineros se ocupaban en recoger las velas y tesar las jarcias. Desde la toldilla, el timonel daba órdenes, y aunque había marejada y el balanceo de proa a popa se hacía sentir mucho, algunos grupos de soldados jugaban, indiferentes al temporal; otros limpiaban sus armas, y algunos, tendidos, parecían dormir. Era al caer la tarde y estaba el cielo despejado. Se hundía el Sol en su ocaso, tiñendo de rojo y violeta algunas nubes perdidas en el inmenso azul.

Balboa dejó a su perro atado, porque le llamaba el capitán, quien le llevó al castillo de proa.



... salió el pez fuera del agua y pareció que iba a tragarse la nave ...



— ¿Qué pensáis vos de la historia de esa gente? — le preguntó, cuando estuvieron solos.

— ¡La creo verdadera! — dijo Balboa con firmeza.

— Y del teniente Pizarro ¿qué opináis?

— Le conocen muchos de vuestros hombres, y ellos podrán contestaros mejor que yo. A mí, Francisco Pizarro me parece un buen soldado, con más méritos que fortuna.

Enciso quedóse muy pensativo y Balboa volvió a donde estaban sus camaradas.

Durante toda la noche estuvieron capeando el temporal, y al amanecer, viendo la mar en calma, se acercaron a la costa a tomar tierra. Fué en la playa de Camairi, donde estuvieron algunos días para aprovisionarse de agua y reparar las averías que había sufrido el bergantín de los náufragos.

Los indios les vieron llegar sin inquietarse, circunstancia que aumentó las preocupaciones del bachiller; pues estaban cerca de la colonia abandonada, y, sin embargo, los naturales del país toleraban su presencia. ¿No habían dicho los náufragos que eran los más feroces de los caribes? Aquellos de Camairi demostraban la mayor mansedumbre. Debían ser pobres, advertido que no se engalanaban con plumas, ni llevaban adornos de oro ni cubrían los cuerpos sino con unos faldellines de paja, yendo muchos completamente desnudos. Los españoles les preguntaron por señas algunas cosas pertinentes al conocimiento del país; pero los indios o no entendieron o no quisieron contestar.

Reparadas las averías del bergantín y hecha buena provisión de agua en un río que la llevaba muy cristalina y fresca, los españoles se dispusieron a seguir su viaje sin haber hecho ninguna exploración del interior, por recelar una emboscada. Las pocas noches que pasaron en Camairi durmieron siempre en la carabela.

Se hizo ésta de nuevo al mar, siguiéndola el bergantín, ya reparado y extendidas las velas de sus dos palos. Se habían pasado al bergantín veinticinco hombres, entre ellos Arbolancha y Ezcaray. Les era el viento favorable y navegaron bien hasta llegar a San Sebastián; pero allí les sobrevino un desastre insospechado.

La nave del bachiller, que iba delantera, dió en un banco de arena y encalló, rompiéndose algunas de sus cuadernas. Fué una sacudida brusca, seguida de un crujido revelador de que el barco se desgarraba.

— ¡Estamos perdidos! — gritó el timonel, en medio de la confusión del primer momento —. ¡Hemos dado en un bajío!

Entraba el agua impetuosa por el boquete abierto y corrían los marineros y soldados de un lado a otro, intentando salvar lo que se pudiera de la carga. Entre imprecaciones y juramentos, se intentó descender a las bodegas, donde iban los caballos y los cerdos. Era demasiado tarde. Las bodegas estaban anegadas, y los pobres animales nadaban, tropezándose unos con otros en el estrecho espacio donde los tenía cogidos la muerte. No había tiempo para distraerlo intentando salvar a las bestias, cuando era inminente el peligro que corrían los hombres.

— ¡Dejad a los caballos! — ordenó Balboa, que, en aquellos terribles instantes, era uno de los pocos que se mantenían serenos —. ¡Cargad los bastimentos y las armas en las chalupas y que salve cada uno lo que pueda de lo suyo!

Luego fué a desatar a los perros, lanzándolos al agua. El suyo se mantuvo a su lado, impaciente, nervioso, siguiéndole los pasos y ladrando como si pidiera auxilio. Los otros iban ya nadando hacia la orilla, mientras los soldados cargaban en el batel y en otra lancha que había a bordo, las armas y las provisiones de boca.

La carabela, inclinada sobre la banda de estribor, se hundía por momentos. Se acercó el bergantín, que tenía menos calado; pero apenas pudo recoger una mínima parte del cargamento y al bachiller Enciso, a quien Balboa ayudó a transbordar. Los botes, abarrotados, se alejaron, por fin, del barco perdido, bogando sus remeros vigorosamente.

Se tuvo la precaución de permitir que embarcaran en los botes los hombres que no sabían nadar, que eran muy pocos. Los otros se echaron al agua, al grito de *¡Sálvase el que pueda!* y nadaban llevando la espada en la boca, cogida de través. Les había sido forzoso abandonarlo todo: caballos, yeguas, cerdos, barricas, armaduras, sacos de maíz, aperos de labranza, todos sus elementos de colonización y conquista. Enciso, puestó en salvo, gritaba desde el bergantín a sus hombres para que se llevaran lo que no podían. Nadie hizo caso a sus voces; era llegado el instante supremo de mirar sólo por su propia vida.

El único que, en momentos tan críticos, se había entretenido en proveer su zurrón y en atarse a la espalda una carga abrumadora, era Bartolomé Hurtado, el tranquilo *Tomé*, que fué el último en abandonar el barco. Balboa, antes de tirarse él al agua, le vio cñiéndose a la cintura, a guisa de salvavidas, una ristra de morcillas.

—¿Estás loco? ¿Qué esperas?—le gritó Vasco Núñez. Y el otro, muy sereno, contestó:

—Antes quiero morir ahogado que de hambre.

Cuando no hubo más remedio se arrojó al mar, con todas sus vituallas, y siguió a sus compañeros, quedando muy rezagado. La verdad es que tampoco tenía interés para llegar pronto a la playa. Allí esperaban los indios a los naufragos y les acometían con flechas y hachas de piedra. Por fortuna, se encargaron los perros, azuzados por sus amos, de contes-

tar los primeros al ataque de los indios. Protegidos por la vanguardia canina, lograron los españoles tomar tierra y dispersar a la turba de salvajes, contra quienes arremetían, furiosamente, en el delirio de su desesperación.

Esta lucha horrible y desigual duró poco tiempo, porque desembarcaron los hombres del bergantín y se asustaron los indios al oír los disparos de los arcabuces. Internáronse en la selva, perseguidos un buen trecho por los perros, verdaderos héroes de la batalla, que armaban una algarabía infernal con sus ladridos. En la arena candente, abrasada por el sol, quedaron tendidos algunos hombres de color cobrizo, destrozados sus cuerpos a dentelladas y humeante la sangre que brotaba todavía de sus heridas.

No se dieron los castellanos cuenta de su verdadera situación hasta después de haber huído los indios, al reunirse en la playa, medio desnudos muchos, sudorosos y jadeantes todos. Cuando, mirándose unos a otros, pudieron calcular lo grande de su desventura, pues acababan de perder todo cuanto tenían y sólo podían fiar su salvación a un milagro de Dios, sucedió lo que inevitablemente debía suceder, esto es: que reprocharon a Fernández de Enciso su temeridad, origen de aquel lance infortunado. Faltó poco para que se produjera un alzamiento; y el bachiller, convencido, al fin, de la lealtad de Francisco Pizarro y sus hombres, llegó a temer otra vez por su vida.

Le defendió Balboa generosamente.

—De la pérdida del barco no tiene la culpa el capitán, sino el timonel— dijo—. Si sois hombres de entendimiento, comprenderéis que no se remediarian nuestras desgracias con volvernos contra quien tiene títulos para mandarnos. El oro de las Indias no es como la fruta del árbol, que se puede coger con sólo alargar la mano. Otros trabajos nos esperan, quizá

peores que los pasados, y sólo teniendo sereno el ánimo y templado el corazón, se pueden esperar días más felices.

Pizarro, Arbolancha y Ezcaray aprobaron las discretas palabras de Balboa. El bachiller dijo que se le ensanchaba el alma, en medio de la adversidad, al verse rodeado de caballeros; y los soldados, si no satisfechos, al menos reducidos a la obediencia, abandonaron su inquietante actitud de protesta.

Subieron algunos al cerro donde Ojeda había asentado su colonia y construído una pequeña fortaleza. Se encontró solamente un montón de cenizas. Los indios habíanse aprovechado de la ausencia de los colonos para destruir aquellos elementos rudimentarios de la civilización del Viejo Mundo.

— Las gentes de este país no quieren extranjeros — manifestó Pizarro —, y no tardarán mucho en volver a tirarnos sus flechas envenenadas, que matan siempre, si llegan a clavarse en la carne. Debemos estar prevenidos.

Por efecto de esta advertencia, cayeron nuevamente los ánimos en el abatimiento y la desesperación.

— Contra las flechas no pueden nada las espadas — dijo un soldado —, y nada más que espadas tenemos para defendernos.

— Hay también ballestas y arcabuces — replicó Enciso.

— Sí; diez o doce. Pero somos cerca de doscientos hombres. Verdad es que podemos defendernos a pedradas.

— ¡Nunca le faltan armas al verdadero valor! — observó Balboa. Y añadió sonriendo, dando a sus palabras un tono que tenía por objeto provocar la reacción de los ánimos abatidos —: En último extremo, quedan los dientes. Allí veo a Tomé, enseñando sus dientes blancos a las moreillas.

En efecto, Bartolomé Hurtado, que se había puesto en seco con toda su carga, y que permanecía ajeno a las delibe-

raciones de sus compañeros, sentado en la arena y rodeado de cosas comestibles, sonreía de un modo beatífico, a la vista de aquel bien terrenal que salvara del naufragio.

Pero los esfuerzos de Balboa y Enciso para comunicar nuevos alientos a la hueste desmayada, eran inútiles. El destino trataba cruelmente a los buscadores de oro, que salieron de Santo Domingo con el alma henchida de ilusiones, y encontrábanse ahora, apenas comenzado su viaje, en una playa hostil, acechados por salvajes enemigos; sin techo donde cobijarse; sin armas suficientes con que defenderse; sin barcos para volver a su patria; perdidos todos sus recursos, sus provisiones, su hacienda, su esperanza y hasta su ambición de gloria y riqueza.

Llegó la noche, y pareció pesar su manto negro sobre las almas de aquellos infelices, que se amontonaron, para sentir el contacto de sus cuerpos en medio de sospechados peligros. Nunca el desengaño pudo mostrar una imagen suya más triste que aquella que ofrecía un grupo miserable de náufragos, en la desierta playa de Urabá y a la luz indecisa y pálida de las estrellas.



### III

## Cambio de ventura y primeras discordias

Para Vasco Núñez de Balboa era llegado el momento que no desperdicia nunca un hombre de ambición. Sin él pensarlo, sin haberlo podido prever, las circunstancias, a fuerza de ser dolorosas y adversas, le indicaban como el único, entre aquel puñado de aventureros descorazonados, capaz de superar el revés sufrido y devolver a los espíritus vacilantes que le rodeaban, el temple adecuado a las ocasiones heroicas. A él se volvían los ojos, pidiendo orientación y esperanza, como si él hubiese sido el capitán; por manera que Fernández de Enciso, acaso el más pusilánime de los expedicionarios, no tenía entonces mayor importancia que cualquiera de sus soldados o el último de sus marineros.

Y fué Balboa, con su serenidad y su experiencia adquirida en anteriores exploraciones, quien dió dirección a los desorientados, valor a los tímidos, esperanza a los escépticos, ansias de vivir a los que sólo hablaban de la muerte y a todos confianza y coraje para seguir avanzando en su camino.

— Yo conozco casi toda la costa de este golfo — dijo, cuando amaneció Dios —, porque la recorrí con Rodrigo de Bastidas hace algunos años. El lugar donde estamos es malo, como habéis visto. Los indios no dejarán nunca de untar sus flechas con el jugo de hierbas venenosas. Pero si segui-

mos metiéndonos más en el golfo, navegando hacia donde se pone el Sol, encontraremos lugares donde hay mucha fruta, agua buena para beber y un pueblo cuyos habitantes no envenenan sus armas ni se comen al prójimo. Allí la tierra es fresca y abundante; aunque sólo fuera de dátiles y palmitos podremos mantenernos. Pero, además de la fruta, hay caza, y se coge buena pesca en la mar y en los ríos. Uno de aquellos ríos debe ser el Darién, que tiene arenas de oro. No os dejéis abatir; tened confianza en Dios, que nunca abandona a los buenos cristianos, si son, al mismo tiempo, valientes y animosos.

Todos estuvieron conformes en aceptar a Balboa por guía y todos, hasta el mismo Enciso, generalmente taciturno y reservado, se confiaron a su iniciativa y conocimiento del país. Embarcaron en el bergantín cuantos en él cupieron, dispuestos a buscar en la orilla opuesta del golfo mejor ventura. Los otros se resignaron a quedarse en tierra y esperar, lo cual era enorme sacrificio; pues no tenían donde guarecerse y llovía con abundancia torrencial, pareciendo que se desprendían de las nubes verdaderas cataratas. Los castellanos aguantarían la lluvia a pie firme, en la playa desierta, y el sol, cuando lo hubiese, y los ataques de los indios, hasta que volviera a recogerles la pequeña nave. Guardáronse, para su defensa, la mayoría de los perros y las mejores armas.

El bergantín partió con dirección al lugar indicado por Balboa. Al llegar a las playas de Occidente, desembarcaron sus hombres y siguió el navichuelo costeano. Los expedicionarios avanzaron, siempre por la orilla del mar, explorando la tierra. Les ocurrió a unos pocos que se rindieron a las fatigas pasadas, muriendo en plena marcha. Los caminantes cavaron una fosa y enterraron a los muertos. Sobre la tumba clavaron luego una cruz, toscamente labrada; y

después de rezar, en tierra la rodilla y humillada la frente, una breve oración, siguieron andando.

El país se ocultaba, cerrado a trechos por espesos bosques, y a trechos se abría, pero para mostrar la superficie lisa y verduzca de extensas lagunas. Surgían de las aguas muertas enormes cocodrilos, gigantescos lagartos, de un largo hasta de veinte pies. Estos reptiles se tendían al sol, en las orillas de los pantanos y abrían sus bocas descomunales en un lento bostezo. Los había a millares, unos medio sumergidos, otros arrastrándose perezosamente y algunos aletargados en medio del sopor de una naturaleza tórrida. En los bosques, de árboles altísimos, cuyas ramas entrelazaban unos con otros formando una impenetrable y colosal maraña, la variedad y exuberancia de la vegetación hacían proferir a los españoles frecuentes exclamaciones de sorpresa y espanto. Salía de allí un vaho insoportable, un calor de infierno, y se agitaba, en el interior de la selva, un mundo misterioso de monos, serpientes y jaguares, así como una nube de insectos temibles. Los monos eran los únicos que parecían curiosos y un poco escandalizados a causa de la insospechada visita de los castellanos. Asomábanse en las ramas de los árboles próximos a la playa, para ver pasar a los forasteros, y como los perros se les mostraban hostiles, ladrando furiosamente, ellos respondían con agudos chillidos, tal vez queriendo poner en estado de alarma a toda la fauna tropical. Los caminantes les tiraban piedras, más por ganas de divertirse que con intención de causarles daño, y con esto los simios arreciaban en su chillería, saltaban por las ramas y hacían ridículos movimientos de burla, grotescas muecas que parecían una provocación.

Los monos distrajeron a los exploradores de su penosa marcha, dando lugar a que se manifestara en ellos el buen

humor característico de los hombres nacidos o criados en el sur de España.

Llegaron, por fin, los españoles, a una fértil llanura, extendida a las orillas del río Darién, donde vieron numerosos bohíos, agrupados como las casas de un pueblo. Los bohíos, contruídos con estacas, cañas y bejucos, eran grandes y ofrecían excelente refugio contra la lluvia, aunque tenían la techumbre de hierba seca. Seguramente eran sus moradores menos salvajes que los caribes de Cartagena, pues habían escogido para vivir un paraje fresco y hermoso y no les faltaba el sentimiento de la comodidad. El terreno, llano y vecino de un gran río, parecía a propósito para ser cultivado: abundaban en él los árboles frutales, sobre todo las palmas de dátiles, los cocoteros y los bananos. En las orillas del río, había bejucales muy espesos.

A los españoles se les ensanchó el corazón a la vista de aquel paisaje humanitario, prometedor de reposo y sustento. Cerraban el horizonte, por la parte occidental, un cordón de montañas, y la playa era de suave pendiente, ofreciendo a los barcos el abrigo de una hermosa ensenada.

Para llegar hasta allí, habían tenido que dar los exploradores un rodeo enorme, y, a veces, por oponerse a su marcha obstáculos invencibles, por ser el terreno, cuando no muy pantanoso, en extremo accidentado, se embarcaban en el bergantín o bien utilizaban las chalupas, avanzando a remo, hasta ofrecerse fácil, nuevamente, el paso por la orilla del mar. De este modo sufriendo mucho, pero fortalecidos siempre por las palabras alentadoras de Balboa y por su fe en la ayuda de Dios, llegaron al lugar que les pareció ser la tierra prometida. Allí se arrodillaron, dando gracias al Todopoderoso por no haberles abandonado, y en seguida se hubieran hecho dueños del pueblo, a no impedirlo los indios,

que no se mostraron dispuestos a dejarse invadir por los exploradores españoles.

Intentó el jefe de los castellanos, por vía diplomática, entenderse con los indios; pero éstos habían huído y esperaban a los invasores en un cerro próximo, que bien podía tenerse por fortaleza inexpugnable, según parecía difícil su acceso. Penetrar en el pueblo equivalía a ponerse al alcance de las flechas enemigas; era, pues, imprescindible desalojar a los indios del escarpado cerro y darles a entender de modo contundente, que más les convenía la paz y convivencia con los forasteros que la enemistad, seguida de sangrienta lucha.

Los españoles hacían señas a los indios, queriendo indicarles que no abrigaban la intención de causarles mal alguno; pero los indios no cambiaron por esto de actitud, sino que, por el contrario, pusieron sus arcos en movimiento, cayendo sobre los advenedizos una lluvia de flechas y piedras.

— ¡Hay que tomar el cerro! — dijo Balboa —. Si no logramos escarmentar a esa gente, no podremos quedarnos aquí.

— Son muchos — advirtió Enciso —, y el que los manda parece hombre resuelto.

En efecto, destacaba en lo alto del cerro la figura del que parecía ser el capitán, por las voces que daba y por lo muy adornado que iba con plumas de colores. Sus compañeros, o subordinados, eran más de quinientos.

Enciso, antes de ordenar el asalto, hizo poner de rodillas a sus hombres para que hicieran oración, y después que se hubieron encomendado todos a la misericordia de Dios, les dijo:

— Jurad ahora que avanzaréis sin miedo, prefiriendo morir a retroceder un solo paso.

Juraron, desnudas las espadas y puesta la mano sobre el

corazón. Luego, precedidos por Balboa y Arbolancha, que fueron los primeros en avanzar, lanzáronse todos denodadamente hacia el cerro y treparon por él como gatos monteses, llevando encogido el cuerpo y cubriéndose la cabeza con el escudo los que lo tenían.

La lucha fué tenaz por ambas partes; pero vencieron los españoles, porque sabían pelear mejor y porque eran superiores sus armas. Los indios tenían macanas de piedra; grandes espinas de pescado con muchos pinchos; lanzas con puntas de hueso, dardos agudos y otras armas primitivas y pintorescas. Pero las finas espadas españolas herían rápida y profundamente al enemigo, penetrando hasta las entrañas o hendiendo la cabeza de un tajo. Además, sabían los castellanos atacar y cubrirse, esquivando el cuerpo o desviando con habilísimas paradas los golpes del contrario.

Balboa, a falta de rodela, se defendía de las macanas de los indios con un palo empuñado con la mano izquierda, mientras con la derecha hundía su tizona, una y otra vez, en el pecho de cuantos osaban aproximarse. Trabajaban sus dos manos con rapidez maravillosa, una parando golpes, otra hiriendo, incansable. Le habían rasgado por distintas partes el jubón y le colgaban las mangas, hechas jirones, mostrándose así la reciedumbre y fortaleza de sus brazos musculosos. Se le rompió la espada, en lo más rudo del combate, y hubo de defenderse cogiendo al enemigo que tenía más cerca y arrojándole a la llanura desde lo alto del cerro. Otros tres o cuatro emprendieron el mismo vuelo fatal, lanzados al vacío, como muñecos, por el atleta.

El ejemplo bizarro de Balboa era seguido por todos los castellanos, cuyo ímpetu no lograban detener los indios, a pesar de ser muy superiores en número. El mismo Enciso se portó bravamente en esta lucha, sin haber vacilado un solo

instante, porque le arrastraban los demás en su embestida heroica.

Acometíanse indios y españoles dando grandes voces y aumentaban los perros el escándalo con sus ladridos, hasta que, perdiendo fuerza uno de los bandos, se inició la desbandada y fué cediendo poco a poco el griterío, según iban los hombres de Enciso haciéndose dueños del campo. Huyeron, al final, despavoridos, los salvajes; pero algunos no lograron escapar, bien por hallarse heridos o bien porque les había sido cortada la retirada. Quedaron prisioneras diez mujeres, que llevaban por toda vestidura unas sayas largas, de tejido de algodón, mostrando desnudo el resto del cuerpo.

Conséguida la victoria, era natural que aquellos aventureros no pensaran sino en el botín. Comenzaron muchos a registrar los bohíos y otros a preguntar, por señas, a los cautivos, dónde tenían enterrado el oro. Durante el combate, se había visto que los guerreros indios llevaban adornos de este precioso metal, especialmente los que parecían ser personajes de la tribu. Los prisioneros callaban; pero, en distintas casas, fueron encontradas ricas preseas, y luego Bartolomé Hurtado, que se había puesto a buscar por entre los bejucales del río, llevado de un instinto maravilloso, tropezó con el escondrijo y vino a dar la buena nueva a sus camaradas, saltando de alegría.

El tesoro de los indios era considerable, constituyéndolo principalmente adornos de metal amarillo y telas muy bien tejidas, las cuales dijeron los cautivos haberlas comprado a otras tribus del interior. Estas noticias y el oro obtenido, que los españoles, sirviéndose de una medida muy imprecisa y elástica, usada por todos los exploradores del Nuevo Mundo, calculaban en doce mil pesos, desataron la fantasía del bachiller Enciso y la de todos sus hombres.

Se acordó establecer una colonia en el valle, dándole el nombre de Santa María la Antigua, en recuerdo de una imagen de la Virgen que se veneraba en Sevilla. Decidióse también comenzar inmediatamente a instruir a los cautivos, lo mismo en religión que en lengua castellana, y se dejó para más adelante la exploración del interior; pues ello era empresa que requería tiempo y estudio.

Por los informes de los prisioneros, sujetos éstos al más pintoresco y divertido de los interrogatorios, pues era difícil entenderse con hombres de tan distinta condición, averiguaron los españoles que el país era rico; que estaba habitado por diversas tribus, enemigas entre sí, y que aquella a la cual acababan de vencer tenía por señor a un cacique llamado Cemaco.

Los indios eran muy lentos en sus explicaciones, parte por natural timidez y también por no tener medios de expresión, descontado por ininteligible su lenguaje de hombres primitivos. Pero esta dificultad enorme la superaban los preguntones con su porfía, ayudando a los indios a darse a entender con la presentación de objetos apropiados al caso y haciendo gestos y ademanes muy expresivos. En fin, triunfó la paciencia. Los prisioneros iban perdiendo el miedo, pero crecía su asombro al verse tan cerca de aquellos hombres blancos, contra quienes habían peleado horas antes y que ahora parecían querer tenerles por amigos; y contestaban a todas las preguntas en la forma extraña y complicada como eran hechas éstas.

Aquella noche pudieron los españoles descansar de sus pasadas fatigas y aun ver, en sueños, saciada su sed de oro. Las Indias eran otra vez, para ellos, un mundo encantado.

\* \* \*

Desde el día siguiente comenzaron los exploradores de Tierra Firme una obra siempre grata al hombre, como es la de labrarse su propio bien. La tribu de Cemaco no volvió a presentarse. Se atendía a los heridos con solicitud. Enciso contemplaba, arrobado, su tesoro. Los soldados exploraban el río y los bosques vecinos, volviendo siempre con abundante pesca y algún jabalí cazado en la espesura. Estábase dividiendo ya en parcelas la tierra de labor y se fabricaban, con piedras y barro, los muros de las nuevas habitaciones más confortables que los bohíos.

Pero los hombres, que, en los trances difíciles, saben unirse y resistir, ayudándose mutuamente, suelen ser esclavos de su egoísmo, apenas pasa el peligro, y caen sin pensarlo en el desconcierto de sus pasiones.

Llegada a este punto la narración de las primeras andanzas españolas en Tierra Firme de América, quien escribe este libro, glosador respetuoso de los antiguos cronistas, considera discreto referir los hechos inmediatos posteriores a la fundación de Santa María del Darién, sin detenerse en ellos sino lo justo para rendir acatamiento a la verdad histórica. Tiene derecho el lector a exigir esta verdad, y, por otra parte, los sucesos aparecen en la Historia lógicamente encañados unos a otros, de modo que no tendrían explicación los más notables si se ignoraran los precedentes, en apariencia, nimios, o, por su naturaleza, antipáticos. No abriga, pues, la intención, el autor de esta glosa, de callar lo que su deber le obliga a decir, y dirá cuanto deba decirse; pero ¿por qué detenerse en aquellos acontecimientos, derivados de mezquinos egoísmos, que empañan a veces el brillo de la epopeya

castellana en las tierras vírgenes del Nuevo Mundo? ¿Tendría ello interés para los que buscan en estas páginas emocionantes ejemplos de un valor heroico y de una voluntad titánica? Vulgares en la intimidad de sus pasiones lo han sido todos los héroes y lo fueron hasta los dioses del Olimpo, divinidades concebidas por el hombre a su imagen y semejanza. No sería, por lo tanto, interesante presentar a los exploradores españoles del siglo xvi en sus misérambles pugnas intestinas; pues, muy al contrario, nos atraen por sus cualidades excepcionales y por sus proezas dignas de recordación. Considerándolo así, quien escribe este libro quiere ahora ser breve al referirse a sucesos históricos que rebajaron a un nivel vulgar la vida de los héroes castellanos; y continúa su narración, sin más digresiones, pero prometiendo mayor amplitud narrativa cuando se trate de encarecer grandes hazañas y de exaltar extraordinarias virtudes, como es razón que se haga en un libro que se empezó a escribir precisamente con este objeto.

Como antes se ha dicho, estaban los españoles muy contentos por haber encontrado un hermoso valle donde establecerse, y hacían propósito de permanecer en él mucho tiempo, si otra vez no se torcía su ventura. Marchó el bergantín a buscar a los que se habían quedado en la costa oriental; regresó luego con ellos, y, reunidos de nuevo todos los expedicionarios, hecha la triste excepción de los que habían muerto durante las pasadas peripecias, comenzaron a disgustarse unos con otros y a vivir en plena discordia.

Principal culpable de sus desavenencias fué el bachiller Enciso, que se vanagloriaba del hallazgo del valle y del triunfo obtenido sobre los indios, cuando, en realidad, uno y otro se debían a Balboa. Pero el bachiller estaba envanecido. Prohibió a sus hombres que intentaran con los indios del interior

ningún trato comercial, y ello agotó la paciencia de los que hasta entonces habían soportado, bien a regañadientes, la dirección de un jefe más entendido en letras que habituado al manejo de las armas.

— A nosotros debía habernos mandado Alfonso de Ojeda — decían los descontentos —. Pero no sabemos dónde se encuentra Ojeda ni estamos tampoco en su jurisdicción. El bachiller no puede seguir siendo nuestro capitán ni vale ya su alcaldía mayor, que le otorgó Ojeda y no el Rey. Es un avaro que siempre quiere para sí toda la ganancia de los rescates.

Llamaban los españoles *rescates* al cambio que hacían con los indios de objetos traídos de España por oro. Lo que daban ellos a los naturales del país, trocándolo con el rico metal, era de escaso valor. Se trataba generalmente de vistosas zarrandajas, como cuentas de vidrio o prendas de ropa blanca, que agradaban mucho a los indígenas; de modo que el rendimiento del negocio era pingüe, pues se adquiría oro puro a cambio de oropeles y camisas. Pero las cosas valen más o menos según son escasas o abundantes, y es natural que los indios dieran lo que les sobraba a trueque de lo que no tenían, siendo por esto legítimo aquel comercio y hasta conveniente para ir penetrando en el país por senderos de paz.

La prohibición de negociar con los indios bajo pena de la vida, era absurda, impertinente, y parecía, además, interesada. Se lo dijo así Balboa al bachiller, dando ello motivo a un altercado que tuvo por consecuencia la división de la colonia en dos bandos.

— Los indios se están quietos — alegaba Vasco Núñez —. Nos importa mucho tener con ellos constante relación, para que se mantengan tranquilos y nos permitan ir conociendo estas tierras. Los rescates son el premio que tenemos me-

recido por nuestros sufrimientos, por nuestras hambres y miserias. Permittednos negociar en provecho de todos.

Enciso no dió su brazo a torcer y contestó a Balboa de un modo desabrido y áspero.

— Voy observando — dijo — que os metéis en mis asuntos y me habláis en un tono que no corresponde a vuestra humilde condición de soldado. Yo soy aquí el que manda. Si alguno osara desacatar mis órdenes, le haré sentir el peso de mi mano.

Balboa no pudo o no quiso contenerse. Era hombre de ánimo sereno y gran dominio sobre sí mismo; pero tenía orgullo, y ambición y conciencia clara de su valer. Como descendiente de hidalgos, no podía consentir que le humillaran; como soldado aventurero, sabía jugarse la vida siempre que hubiera ocasión y no aspiraba a parecer un santo por su paciencia.

— Sois desagradecido ¡pardiez! — contestó —. Y voy a demostraros cuán equivocado estáis en vuestras pretensiones. ¡Ea, se acabó el mando del bachiller don Martín Fernández de Enciso! Me niego a obedeceros en vuestras propias barbas. ¡A mí los amigos!

Desarrollábase esta escena en presencia de los demás colonos, la mayoría de los cuales se pusieron en seguida al lado de Balboa; y como no era Enciso hombre para imponerse en los momentos críticos, rindióse su orgullo en el acto y no supo sino aceptar la suerte como se presentaba, bien que guardando en el fondo de su corazón un odio que habría de acompañarle hasta la muerte.

Y estando así los ánimos, perdido el sosiego de la colonia, apenas había ésta empotrado los primeros cimientos en las tierras ribereñas del Darién; en peligrosa pugna los dos bandos y viéndose obligados a convivir los enemigos, iban aquellos hombres pensando cómo resolverían su pro-

blema de jefatura, cómo podrían restablecer la disciplina entre ellos y la necesaria comunidad de intereses, qué forma de gobierno era la adecuada a las circunstancias y al renacimiento de la paz. Se deliberó largamente; hablaron los prudentes y los insensatos; solicitóse el consejo de los más viejos; fué éste contrastado con el parecer de los más atrevidos; y a la vuelta de mucho discutir y mucho regatear, pareció a todos muy buena la idea de formar un cabildo, con sus regidores y alcaldes.

De esta suerte, por ser más numerosos los amigos de Balboa que los de Enciso, podría dejarse a éste sin mando como, en efecto, así resultó de la elección; pues las varas de justicia recayeron en Vasco Núñez y en un amigo suyo, Martín Zamudio, siendo también partidarios suyos todos los regidores. Esto demostró al bachiller su debilidad y acabó de amedrentarle, hasta sofocar en él toda intención de protesta.

Habíase manifestado muy clara, entre la mayoría de los colonos, la tendencia a entregar el mando a un solo hombre, no pudiendo ser otro el elegido que Balboa; pues era, entre todos, el más fuerte, el más experimentado, el más culto, el más valiente, el más diestro en el manejo de la espada, el más hábil tirador de ballesta y el que mejor sabía ganarse voluntades. Pero, contraria a esta tendencia, había otra también justificada; y era la de llamar a Diego de Nicuesa, a cuya jurisdicción pertenecían aquellas tierras, para que fuese él quien asumiera el mando, como en derecho le correspondía por títulos conseguidos de su majestad don Fernando.

Y esta segunda tendencia prevaleció, al fin, por encima del gobierno municipal, a consecuencia de un hecho inesperado que produjo en la naciente colonia un desbordamiento de alegría.

Ello fué que, una hermosa mañana, despertaron los espa-

ñoles de Santa María del Darién, inquietados en su sueño por un insólito ruido. ¿Qué ruido era aquél, que se dejaba sentir con secos estampidos semejantes a cañonazos? Los colonos acudieron presurosos a la playa y miraron hacia la parte oriental del golfo, viendo entonces que se levantaban a lo lejos grandes humaredas. Se repitieron los estampidos, y ello sacó de dudas a los castellanos.

— ¡Son cañonazos! ¡Son cañonazos! — gritaban —. Navega por ahí cerca una carabela, que nos hace señales.

Convencidos de que había en el golfo un barco español, encendieron fogatas en la playa, y arrojaron al fuego ramas verdes, para que aumentara el humo. De este modo llamarían la atención de los navegantes, indicándoles el rumbo a seguir.

Las humaredas del Darién dieron el resultado apetecido; pues llegaron, pasadas algunas horas, a la ensenada de Santa María, dos carabelas, que mandaba don Rodrigo Enríquez de Colmenares, amigo de Nicuesa, a quien andaba buscando para socorrerle. Sabíase en Santo Domingo que la expedición de Nicuesa había corrido mala suerte, y Enríquez de Colmenares obtuvo permiso del gobernador para acudir en auxilio de los que se hallaban en trance de perecer. Pero equivocó el rumbo, por haber tenido siempre el viento contrario, y se internó, buscando refugio, en el golfo de Urabá, haciendo salvas con los cañones, hasta que llamaron su atención las humaredas de Santa María la Antigua.

La llegada y el socorro de Colmenares parecieron providenciales a los colonos del Darién, que se hallaban sin ropa, casi desarmados y, además, divididos a causa de su pugna familiar. Venían las carabelas cargadas de cosas comestibles, armas y prendas de vestir, y aunque estas provisiones se destinaban a la gente de Nicuesa, no tuvo Colmenares inconveniente en repartirlas entre aquellos compatriotas que

con tanta necesidad las demandaban. Pero, enterado de la disputa política por la cual se había dividido la colonia, puso por condición, antes de entregar los bastimentos, que se buscaría a Nicuesa, para declararle, una vez hallado, jefe de todos.

No era razonable oponerse a esta justa petición, sobre todo viniendo acompañada de un abundante reparto de pan y vino, alimentos que los españoles del Darién no probaban desde hacía meses; y, además, las armas y vestidos les convenían tanto como el mismo pan.

Fué aquel, para la colonia, un día de fiesta; se comió y bebió sin medida; se abrazaron los colonos y los hombres de Colmenares, cuyo número no pasaba mucho del medio centenar, y se acordó en cabildo que se hicieran a la mar, en la mejor nave, yendo en busca de Nicuesa, tres mensajeros que serían el propio Rodrigo Enríquez de Colmenares y dos colonos de Santa María, Diego de Albítez y Diego del Corral, a quienes acompañarían sólo los tripulantes de la carabela y algunos soldados.

Ocurrió, sin embargo, como ocurre con frecuencia, lo imprevisto, aun cuando las cosas se disponían del modo más sensato. Fué encontrado Nicuesa en un punto de la costa de Veragua en situación tristísima. De siete barcos que tenía cuando salió de Santo Domingo, no le quedaba sino un miserable bergantín, y de ochocientos hombres que formaron su expedición, no vivían más de setenta. Refugiados los supervivientes en Nombre de Dios, cerca de Portobelo, esperaban, resignados, la muerte, cuando llegó el auxilio de Colmenares. Éste les recogió casi agonizantes, para trasladarlos a Santa María la Antigua; pero su extrema debilidad y la alegría de verse salvado, hicieron perder el juicio a Nicuesa. No se explica de otro modo que, al llegar al Darién y ver que le daban

el mando de una villa con cerca de trescientos españoles, comenzara a decir que iba a imponer a todos castigos ejemplares; que quitaría oficios a quienes los tuvieran sin haber contado con su voluntad; que nadie podía guardar oro en tanto él no averiguara cómo había sido adquirido; que lo mismo a Enciso que a Balboa les cargaría de cadenas, y, en fin, que era su propósito gobernar la colonia con mano dura, para hacer que entraran en la ley aquellos a quienes consideraba aventureros desmandados.

Loco, loco perdido debía estar el infeliz Nicuesa; pues no comprendió que sus baladronadas no podían ser menos oportunas y aun que habrían de ocasionarle nuevas desdichas sobre las que llevaba sufridas. Se produjo en la colonia primero una gran inquietud, a causa de las inconveniencias que decía Nicuesa, y estalló después la indignación, llevada a tales extremos, que todos, hasta el mismo Colmenares, fueron del parecer que se embarcara de nuevo al insensato capitán para alejarle de allí yendo a donde más quisiera: a Santo Domingo o a España.

Nicuesa comprendió tarde que su soberbia y su jactancia, en mal momento manifestadas, le iban a ocasionar la ruina. Era un valiente caballero, noble y generoso; acostumbrado al mando, conocedor de los defectos de sus compatriotas y en particular de aquellos trasladados al Nuevo Mundo, que solían rebelarse contra toda autoridad arbitraria, por hábito contraído en su vida buscona y errante. Indudablemente obedeció su arrebató a una crisis nerviosa, a una pasajera perturbación mental; pero cuando, dándose cuenta del peligro que corría, quiso borrar el mal efecto de su *ex abrupto*, fué inútil que se humillara y aun pidiera, por el amor de Dios, un poco de misericordia: aquellos hombres que le rechazaban de su compañía, hombres de corazón endurecido a fuerza de

pelear y de sufrir, no prestaron oído a sus súplicas, con mayor motivo al ver revolverse contra el infeliz Nicuesa a los mismos que le habían acompañado en su espantosa odisea. El veedor, Juan de Caicedo, parecía el más empeñado en que se condenara a su capitán, y acumuló sobre la cabeza del mismo tantas y tales acusaciones, sin duda dejándose llevar de un antiguo resentimiento personal, que el acusado sintió desplomarse el cielo sobre sí, mientras sus implacables jueces daban orden de que dispusiera el barco que había de llevarle.

Nicuesa fué embarcado en un bergantín, con otros diez y ocho españoles, y no se volvió a tener noticia de ninguno de ellos. O se los tragó el mar o, buscando refugio en alguna isla, cayeron en poder de los caníbales, que celebrarían un festín con sus cuerpos míseros.

\* \* \*

La colonia, aumentada por los hombres de Colmenares y los que habían quedado de Nicuesa, quería resolver definitivamente el problema de su gobierno. Otra vez andaban a la greña los dos bandos, y ahora más que nunca inclinábase la mayoría del lado de Balboa.

Éste, creyendo llegado el momento de hacerse el amo, intrigaba, hacia su política, codicioso del mando. La Historia no ha perdonado a Vasco Núñez las misteriosas maquinaciones de que se valió para que le dejaran libre el campo lo mismo Nicuesa que Enciso; pero de algún medio tenía que valerse el oscuro colono de Salvatierra, advertida su resolución firme de sobresalir y mandar, no por codicia solamente, sino más bien por méritos personales indiscutibles. Hubiera vivido él en la corte y habrían tenido un premio su inteli-

gencia y su valor. Pero nadie sabía en España ni siquiera que existiere. ¿Quién le ayudaría a subir y a dar a conocer sus condiciones excepcionales, si no eran aquellos mismos hombres que le vieron portarse siempre en los combates como el más diestro y audaz; en los momentos de peligro, como el más comedido y vigilante; en las disputas políticas, como el más cauto, y en toda empresa difícil como el más intrépido, activo, tenaz e inteligente director?

La superioridad de Balboa era tan manifiesta que el mismo Rodrigo Enríquez de Colmenares se declaró partidario suyo, gozando él en la colonia de un sólido prestigio, por haber sido quien trajo las carabelas de provisiones. Colmenares había entrado ya en la edad madura y se contaba entre esos hombres que en todas partes son a propósito para el desempeño de un cargo inmediato al primer puesto, pero a quienes falta iniciativa y necesitan de un superior que administre bien sus buenas cualidades. Como segundo de Balboa, esperaba realizar verdaderas hazañas; en cambio, poniéndose a las órdenes de Enciso o sumiendo él la suprema dirección, temía no hacer cosa de provecho. Era, pues, de los interesados en que se resolviera pronto a favor de Balboa el pleito de la jefatura, inclinándose por los procedimientos más expeditivos, como la mayoría de sus compañeros.

Sugirió a Vasco la idea de procesar al bachiller, acusándole sin razón de usurpador de poderes, y aquél dejóse llevar de su ambición, cerrado el oído a las voces de la justicia y de la prudencia: Fernández de Enciso, legítimo representante de Alfonso de Ojeda, se vió sujeto a un proceso, diz que por haber usado oficio de juez sin facultad del Rey; y como no pudo mostrar la provisión real, por no tenerla sino de Ojeda, hubo de pasar porque aquel tribunal arbitrario y pintoresco le confiscara los bienes.

Balboa quería solamente amedrentar a su rival y reducirle a obediencia, haciéndole aceptar su jefatura; pero el bachiller era demasiado altivo y rencoroso para someterse a la autoridad de un advenedizo. Cuando Balboa fué a proponerle una solución cordial de su pleito. Enciso estaba recluído en una choza que hacía las veces de cárcel. Le prometió Vasco Núñez mantenerle en su cargo de alcalde mayor, devolviéndole en seguida la libertad y la fortuna, si aceptaba que fuese él, Balboa, el capitán o adelantado, que así se llamaba entonces al que tenía el mando en las exploraciones por tierras indianas.

Esta proposición amistosa fué enérgicamente rechazada por Enciso.

—No deseo sino que me dejéis volver a Santo Domingo, donde me embarcaría para España—dijo—. Es necesario que dé cuenta de mi proceder a los únicos que tienen derecho a juzgarme. Si alguna merced queréis concederme, es ésta la única que yo aceptaría agradecido: dadme un buen navío que me lleve a La Española.

Por toda respuesta, Balboa ordenó que se pusiera a disposición del bachiller la mejor carabela, con su correspondiente tripulación y las provisiones necesarias. Sabía cuál era el pensamiento de su enemigo: acusarle ante el Consejo de Indias, por alzamiento y usurpación del mando; ponerle a mal con la corte; buscar su ruina a modo de venganza. Pero ya Vasco Núñez tenía pensado volver la pelota del saque, es decir: contrarrestar con otras gestiones, hechas por su cuenta, el efecto de las que empuñara el bachiller.

Así es que le vió partir sin inquietarse, seguro de que pararía el golpe que pudieran dirigirle desde el Viejo Mundo; y mientras miraba alejarse la nave que suponía cargada de malquerencia y odio contra su persona, murmuró sonriendo:

— ¡Anda con Dios, bachiller de mis pecados, y que te lleve buen viento! Vas a buscar mi muerte demasiado lejos para que pueda llegarme pronto. Quedo aquí con mis amigos, capitán de una hueste y señor de mis acciones. Nadie podrá ya mandarme, no siendo el Rey. Y al Rey he de convencerle con mis hechos de que merezco seguir siendo lo que he llegado a ser.

Esto ocurría en la primavera de 1512. Iban a cumplirse dos años desde que la gallarda carabela de don Martín Fernández de Enciso salió de Santo Domingo, llevando el origen de las desgracias del bachiller oculto en el interior de una barrica. El destino de los hombres parece naturalmente inclinado, muchas veces, a los lances de novela.

## La casa de Balboa y el palacio de un indio

El río Darién, o Atrato, pues también se le conoce por este segundo nombre, nace en la cordillera de Anserma, del lado del Pacífico, a unas trescientas leguas del valle donde se habían establecido los españoles compañeros de Balboa. Se parece dicho río a esos señores pródigos que derrochan sin tino sus caudales, más atentos a producir admiración por lo inusitado de su desprendimiento que movidos por un impulso generoso. La corriente del Darién, aumentadas sus aguas por las del Cauca, corre impetuosa hasta las sierras de Antioquia, donde se bifurca, yendo a perderse uno de sus brazos en el Magdalena y siguiendo el otro las cuencas de la cordillera de Abaide, hasta alcanzar las llanuras próximas al golfo. Allí se desborda, regalando rumbosamente las aguas recogidas de la parte de Panamá; pero su prodigalidad no aprovecha a la tierra, pues que la cubre en grandes extensiones y convierte los campos en lagunas. Con ello se multiplican sus brazos y acaba por verter su caudal al mar por varias bocas.

La que cortaba el valle donde los exploradores castellanos establecieron su colonia, no era la más importante. Situada ésta más al Sur, arrancaba de allí un cordón de montañas costeñas y extendidas hasta la punta occidental del golfo.

Entre dichas montañas de la costa y la sierra de los Andes, se fundó Santa María la Antigua, a distancia de la llanura pantanosa y en paraje que pareció a los españoles el más bello y saludable de cuantos llevaban descubiertos en el continente americano.

Era llano, fértil y abundaban en él los árboles frondosos, soberbios ahuehetes y altos hobos, cuya sombra preferían los indios, por estimar que daba el hobo frescura y salud. La tierra era excelente para plantíos; había en el valle muchas palmas de dátiles, cocoteros, guayabos, mameyes, guanábanos y otros árboles de fruta dulce y sabrosa. En el río, de aguas cristalinas, orillado de cañaverales y mimbreras, se cogía buena pesca, y en los montes vecinos se cazaban venados y jabalíes.

En cuanto a seguridad, los españoles tenían ya pacificados aquellos contornos, siendo su único enemigo temible el régulo Cemaco, que andaba huído, tal vez reclutando adeptos para intentar un ataque; y caribes feroces no los había sino en la costa oriental, a siete leguas de distancia. Los indios comarcanos, acostumbrados ya al trato de los españoles, visitaban con frecuencia la colonia, al objeto de cambiar cosas comestibles por abalorios de Castilla y también vigilando las costumbres de los forasteros, para tener bien informados a sus respectivos caciques. Demostraban siempre una mansedumbre conmovedora. El clima caluroso del país les permitía prescindir de todo abrigo. Con las plumas del papagayo se vestían y con tierras de color se pintaban las partes del cuerpo que era su costumbre llevar desnudas.

Nunca dejaban los castellanos de pedirles noticias, sobre todo de lo que había tras las montañas de Poniente, su constante obsesión. Era todo el afán de los exploradores internarse en aquellas sierras, ásperas y escarpadas, tras las

cuales veían ponerse el Sol; querían atravesar el istmo, aun ignorando que, pasada la cordillera, se agitaba otro mar, por ningún europeo conocido. Sin embargo, antes de acometer empresa tan difícil y superior a sus fuerzas, les era preciso afirmar bien su planta en la costa, tener en el valle buenas sementeras y cómodas moradas, para asegurar el porvenir y desarrollo de su establecimiento.

A los seis meses de haberse quedado solo en el gobierno de la colonia, Vasco Núñez de Balboa había conseguido hacer amistad con los caciques, cuyas tribus habitaban aquellos contornos; veía verdear, en el valle, hermosos y extensos maizales; estaba en buena relación con el tesorero de Santo Domingo, don Miguel de Pasamonte, verdadero árbitro y señor de las Indias, en aquellos tiempos; había repartido entre los colonos considerables cantidades de oro y un número crecido de hombres de color destinados a trabajar la tierra; tenía una casa amplia y bien ventilada, de paredes de tapia y con un huerto al que daban sombra los guayabos, de hojas como las del laurel; gozaba de la adhesión fervorosa y absoluta de sus hombres; le servían numerosos criados, y era atendido, hasta en los menores detalles de su bienestar, con ojo inquieto y corazón palpitante, por una india bella como el sol de los amaneceres, mansa como una ovejuela y dulce como el bálsamo que aplaca el dolor de las heridas.

Esta india, que le dió por compañera un cacique llamado Cáreta; Bartolomé Hurtado, a quien tenía alojado en su propia casa, y el perro *Leoncico*, amigo inseparable desde sus tiempos de colono de Salvatierra, constituían la familia de Vasco Núñez, y entre dichos tres seres, de tan distinta condición, repartía el capitán las efusiones de su intimidad, cuando descansaba en la colonia, después de largas correrías por los parajes costeros.

Mincha, la hermosa hija del indio Cáreta, tenía escaso cuerpo y éste del color de la piel del león; pero era tan dulce la mirada de sus ojos, negros y rasgados; tan graciosa su naricilla, un poco aplastada; tan fresca su boca, de labios rojos como la carne del mamey; y, sobre todo, había en sus gestos y ademanes, en su modo de caminar y en la forma como inclinaba, ruborosa y humilde, la cabeza, una distinción tan natural, al mismo tiempo reveladora de su honestidad y su mansedumbre, que la querían todos en la colonia. Llevaba el cabello, lacio y de un negro mate, recogido en dos largas trenzas, y envolvía todo su cuerpo en un amplio lienzo colorado, ceñida la cintura por una cadena de oro.

Mincha era quien servía a Balboa en la mesa; quien le alegraba las horas de tedio, bailando al son de una vihuela que tañía Tomé, a la sombra de un ahuehuate venerable o, por la noche, en el huerto, a la luz de la Luna; quien lavaba sus pies, al volver de sus casi diarias excursiones, con agua olorosa, sacada de los cogollos del hobo.

Tenía aprendidas algunas palabras del castellano y llamaba a Balboa *mi señor y amo mío*; en fin, su adhesión amorosa a la persona del capitán, le bastaba para comunicar su gracia al ambiente de la casa, que, de otro modo, habría sido ingrata y fría, falta de un encanto femenino y familiar.

Mincha, Tomé y el perro *Leoncico* eran grandes amigos, aunque Tomé tenía con el can frecuentes disgustos, a causa de haber aumentado la familia con dos monos intrusos, cazados vivos en la selva. A estos bichos les había declarado el perro una guerra sin cuartel y andaba persiguiéndolos a todas horas, con gran escándalo de los pobres simios y frecuentes sustos de Mincha, cuya voz era la única capaz de aplacar la furia del valiente lebel.

— Tú y yo acabaremos matándonos — gritaba Tomé al

perro, indignado ante aquella persecución, a su parecer injustificada y absurda —. El día que le muerdas a uno de los monos, tendrás que habértelas conmigo y prometo partirtte el corazón de una estocada.

El perro miraba a Tomé con desprecio y corría a esconder su cabeza en el regazo de Mincha. No le tenía miedo al defensor de los monos ni a nadie, pero tal vez deseaba evitar cuestiones con un amigo de su amo. Se había batido heroicamente en cien combates y ostentaba en el cuerpo gloriosas cicatrices, como un veterano de la guerra. Gozaba de mucha estimación entre la gente de armas, porque, aparte su bravura, le hacía ganar a Balboa el oro a montones, advertido que se le daba su parte en el botín, lo mismo que a un soldado, y la merecía más que muchos. No causaban al enemigo menos daño sus dientes que las espadas y las lanzas; no distinguían los hombres mejor al indio bravo del manso; no consiguió nunca en adelantarle en el ataque el más intrépido de los guerreros. Era uno de los orgullos de la colonia y, sobre todo, del que mandaba en ella.

Pero la forzosa convivencia con los monos de Tomé le sacaba de tino. ¿Por qué habían de gozar aquellos bichos danzantes y cobardes del mismo privilegio que él tenía, viviendo en la casa de su amo? Evidentemente había allí una sinrazón, una injusticia, una privanza odiosa.

Balboa, siempre inclinado, en estas disputas, del lado de *Leoncico*, amonestaba a Tomé, censurándole que se hubiese buscado una compañía tan exótica y antipática.

— ¿Qué les ves a esos animalitos que tanto les quieres? — solía preguntar.

— Son más divertidos que los hombres — contestaba Tomé —. Conozco todos los defectos de mis semejantes mejor que los míos propios, y lo que se conoce mucho no divierte. En

cambio, esos bichos no acaban nunca de sorprenderme con sus alegres costumbres. No he visto gente más aficionada a la burla que los monos. Mirad; ya se están burlando de vos, porque os habéis puesto serio.

En efecto, los monos parecían burlarse del amo de la casa, haciéndole ridículos visajes, y después se entregaban frenéticamente a los juegos acrobáticos, ante la indignación de *Leoncico*, que no alcanzaba a comprender el motivo de aquellas demostraciones de alegría, extemporáneas y excéntricas.

En sus ratos de ocio, Bartolomé Hurtado solía dar lecciones de esgrima a los cuadrúmanos, que empuñaban sendas espadas de palo; pero se acometían siempre a traición, dando grandes rodeos, o no osaban acercarse el uno al otro, aunque Tomé los azuzaba, increpándolos por su vergonzosa cobardía. Generalmente ponía término al asalto *Leoncico*, arremetiendo contra los simios, que rendían las armas y echaban a correr, completamente ajenos al sentimiento del honor.

Estos lances acaecían generalmente en el huerto, entre los guayabos y los rosales silvestres, o en el comedor, durante las veladas, después de la cena. El comedor era un rectángulo espacioso, de muros encalados y techo de cañizo, con un Santo Cristo en la pared testera, sobre un ventanal abierto a la brisa del mar. El ajuar no podía ser más modesto, pues se reducía a una mesa de madera fina, pero toscamente labrada, varios escabeles y un sillón con asiento y respaldo de piel de puma.

Iban algunas veces a cenar con Balboa sus amigos íntimos Pedro de Arbolancha, de modales aristocráticos y discreta conversación, joven, arrogante y bien parecido; Hernando Muñoz, hombre maduro y sencillo, que hablaba siempre con ruda franqueza, y Luis Botello, también de edad provecta,

aficionado a la caza y a las labores del campo, de temperamento apacible, por cuyo motivo nunca tomaba parte en las incursiones de sus compañeros.

Hablaban Balboa y sus amigos de los asuntos de la colonia o reíanse con las genialidades de Bartolomé Hurtado, cuando a éste dábale el humor por intervenir en la plática. A veces decía cosas muy peregrinas.

Por ejemplo, discutíase en cierta ocasión el derecho de un colono a quedarse con terrenos cuyo propietario legítimo había sido acusado por aquél de usurpador, y Tomé, terciando en la polémica, dijo:

— Observo que extremáis vuestro rigor en esos negocios, aunque todos tenemos bastante turbia la conciencia. ¿Cuántos han venido a estas tierras pensando sólo en apoderarse del oro de los indios? Habéisme recordado, con vuestra disputa los temores de ciertos dos ladrones de mi pueblo, que querían quedarse con lo ajeno, y ser fieles, al mismo tiempo, a las leyes. Para no faltar a la ley, cuando uno robaba un cerdo, dábaselo a su amigo y le decía: «Toma este cerdo que he robado, pues no quiero ser ladrón y no podría dormir tranquilo teniendo en mi pocilga una bestia que no me pertenece». El otro aceptaba el cerdo y daba, en cambio, una ternera. «Ahí tienes esta ternera; no es mía, y me pesa conservarla como si la tuviera siempre encima de mí. Quédatela, que no quiero que nadie pueda decirme que la he robado.» De este modo, el uno con su ternera y el otro con su cerdo, se quedaban satisfechos los dos, creyendo no haber faltado a las leyes.

Otra vez se hablaba de la muerte, por haber sido enterrado aquel día un camarada, y Tomé aseguró que el miedo a morir no lo había sentido nunca.

— La muerte es una puerta que se abre a nuestro paso —

explicó — y que se cierra en seguida a nuestras espaldas. Nos volvemos para ver qué ha sucedido, y nos encontramos encerrados, sin poder hablar con los que se quedaron fuera. Golpeamos horas y horas en la puerta, hasta que nos rinde el cansancio y nos quedamos dormidos. Entonces vienen Dios o el diablo, y nos llevan. De estas ratoneras está lleno el país que habitamos. El que tenga miedo a la muerte, que no venga a las Indias.

Quien más celebraba las ocurrencias de Tomé era Balboa, que tenía a su amigo y protegido por muy discreto, aunque también por muy maligno y empecatado. Y cuando alguien, molesto por algún abuso del valido, le acusaba ante Vasco Núñez, haciendo cuenta de sus defectos, éste, siempre benévolo y conciliador, solía advertir:

— Sí; esos defectos tiene, junto a dos buenas cualidades: su bravura de soldado y su entendimiento de pícaro. Hombre a quien se puede querer por su claro juicio al mismo tiempo que por su valor, merece ser perdonado si, alguna vez, peca de entrometido o de burlón. Dejadle, que a Dios dará cuenta de sus picardías, después que a nosotros nos haya aprovechado su ingenio en la paz y su coraje en la guerra.

Balboa se sentía demasiado bien con la grata compañía de su alegre Tomé, de su dulce Mincha y de su fiel *Leoncico*, para prescindir de alguno de estos elementos substitutivos de una verdadera familia. La vida azarosa del héroe no le impedía atender a los impulsos del corazón.

\* \* \*

El primer cuidado de Vasco Núñez después que, por huída forzosa del bachiller Enciso, se vió señor de la naciente villa,

fué enviar a Santo Domingo dos fieles embajadores, con buenos presentes para el tesorero Pasamonte, a quien el rey Fernando tenía otorgada su gracia. Fueron los mensajeros Martín Zanubio y Francisco Valdivia, y tenían el encargo de gestionar socorros para los colonos del Darién, debiendo Zanubio embarcar para España y llevar a la corte noticia de los descubrimientos hechos en Tierra Firme, así como razones por las cuales se había alzado Balboa con el gobierno de la colonia.

Mientras tanto éste exploraba la costa del golfo, con ciento treinta soldados y dos bergantines, y hacía un desembarco feliz en Coiba, donde halló una tribu de dos mil indios, a la cual hubo de vencer por sorpresa. El cacique, llamado Cáreta, le entregó todo el oro que tenía y muchas provisiones, a condición de que le ayudara a batir a Ponca, vecino y enemigo suyo, que huyó, cuando supo que los españoles iban a buscarle. Cáreta, agradecido y en prueba de amistad, dió por compañera a Balboa a su hija Mincha y un número considerable de esclavos.

Otro cacique vecino de Cáreta era Comogre, mucho más poderoso y rico, pues llegaban a diez mil sus vasallos. Éste quiso hacerse amigo de los españoles, porque había oído contar maravillas de su valor y del poder de sus armas, y también porque Balboa no perdonaba nunca ocasión de enviar emisarios a los jefes de las tribus, prefiriendo entenderse con ellos por vía diplomática que recurrir al ataque.

Tuvo la suerte Vasco Núñez de encontrar en Coiba a dos españoles que habían pertenecido a la armada de Nicuesa y que, por haberse aventurado tierra adentro, alejándose mucho de sus compañeros, habían caído en poder de los indios. Cáreta los había acogido en su casa, y allí vivieron durante un año, aprendiendo el habla de los indígenas y asimi-

lándose sus costumbres. Iban desnudos y pintados de bija, como los guerreros del país; se adornaban con plumas la cabeza y fingían adorar al Sol y a la Luna.

Por cierto que al ser hallados estos dos excelentes auxiliares, dieron un susto a Bartolomé Hurtado, a quien, mientras se metía en la faltriquera, a escondidas de su jefe, ciertas preseas de oro, cuando estaban los españoles saqueando la casa de Ponca, gritaron en buen castellano y cogiéndole las manos:

— ¡Tente, ladrón! ¡El capitán te ha visto!

En aquellos momentos palideció Tomé por primera vez en su vida, no arrepentido seguramente de su codicia, sino espantado de que le viera Balboa y más todavía de que le hablaran en lengua de cristianos dos salvajes embadurnados de rojo. Miró a su alrededor; vióse solo con los indios, que le tenían cogidas las manos, y recobró en seguida la serenidad.

— Facha de españoles ni de corchetes no tenéis, amigos — dijo mostrando su admirable dentadura, al sonreír maliciosamente —. ¡Pero juro a Dios que no hablaba mejor castellano mi abuelo, que nació en Valladolid! ¿Habéis dicho ladrón? ¿Se sabe en estas tierras quién es un ladrón?

— El que roba — se apresuró a contestar uno de los dos españoles disfrazados.

— El que pretende como tú, quedarse con lo ajeno — añadió el otro.

Tomé miró atentamente a los que le acusaban de haber intentado robar; comprendió que eran compatriotas suyos, aunque, por su facha, parecieran caribes, y soltó la carejada.

— Sabéis muy bien qué quiere decir ladrón, porque escapasteis de las galeras — dijo —, y a vuestra condición ruin queréis rebajar la mía de caballero. ¡Alto ahí! Por ladrones os tengo a vosotros, pues robasteis las plumas con que os

adornáis, si sois españoles, y si no lo sois, me robáis mi lengua amada de Castilla.

Diéronle a conocer su verdadera personalidad los que le habían sorprendido cometiendo una acción tan contraria a las buenas costumbres, y después de haber cambiado sendos abrazos, fueron los tres a presentarse al capitán.

Balboa experimentó una gran alegría al comprender los grandes servicios que podrían prestarle aquellos intérpretes, facilitando su labor diplomática, y en seguida los empleó en llevar mensajes al cacique Comogre.

Éste aceptó recibir la visita de los castellanos, y los esperó, con toda su familia y un gran séquito de servidores, en la puerta de su casa.

Balboa hizo marchar delanteros a unos cuantos indios de Cáreta y a sus intérpretes. Tras la vanguardia iba él, acompañado de Arbolancha y de Colmenares, y seguía su pequeña tropa de ciento treinta soldados.

El paisaje era pintoresco, ornado de hermosos hobos, palos santos, xaguas y cimbreantes palmeras. La casa de Comogre estaba montada al aire, sobre postes muy resistentes, clavados en la tierra. Era enorme, de unos ciento cincuenta pasos de largo y ochenta de ancho; tenía las paredes de madera labrada, amplios ventanales que le daban luz, escaleras de bejucos y cubierta pajiza, reforzada con cañas e inclinada en dos lados. Además, aparecía defendida, esta rica mansión, por un muro ciclópeo, formado con piedras muy bien unidas unas con otras, pero sin argamasa. El muro daba la vuelta a todo el edificio.

Comogre esperaba a los españoles rodeado de sus hijos, que eran siete, habidos de otras tantas mujeres y todos mancebos. Iban casi desnudos, con un faldellín de plumas vistosas y adornados los brazos y tobillos con brazaletes de oro. Lleva-

ban aretes del mismo precioso metal en las narices y en las orejas, de donde les colgaban también pequeños caracolillos de mar. Su color era el leonado, pero todo su cuerpo aparecía teñido fantásticamente de otros colores, predominando el rojo de la bija y formando dibujos arbitrarios. Sobre todo las caras, las tenían completamente desfiguradas por la pintura. El cacique llevaba sobre los hombros, a guisa de manto, un amplísimo lienzo de algodón, que le llegaba hasta los pies, asimismo adornado de caracoles marinos y plaquitas áureas y relucientes.

Los guerreros indios permanecían formados, alrededor de Comogre y sus hijos, enhiestos los penachos de plumas, abatidas las armas y grave la actitud, tan serios e impenetrables, tras la costra de sus pinturas, que parecían esfinges.

Al acercarse Balboa y su comitiva, algunos indios hicieron sonar sus trompas guerreras, que eran enormes caracoles, y batieron el parche de sus tambores, que también los tenían, muy bien hechos y sonoros.

Los españoles miraron un momento, recelosos, a la multitud de indígenas que les rodeaba. ¿Y si fuera aquello una emboscada? No tenía Comogre menos de tres mil hombres de pelea; pero los ciento treinta soldados de Balboa sabrían abrirse paso, repartiendo tajos y mandobles, tan presto como advirtieran señales de una traición.

Fueron presentados al régulo, por los indios de Cáreta, el jefe de los castellanos y sus tenientes Colmenares y Arbolancha. Comogre y sus hijos contestaron a las reverencias que aquéllos les hacían y quedáronse admirados viendo las armas, los vestidos y el semblante pálido y barbudo de los forasteros; porque es de observar que, en su mayor parte, eran los indios lampiños, creciéndoles sólo un poco el pelo en el labio superior, particularmente hacia las comisuras.

Balboa mandó a los intérpretes que expresaran a Comogre su mucha satisfacción al verse acogido con tantos honores y sus deseos de trabar amistad con un personaje de tanto poder, a lo cual contestó el cacique en términos muy cordiales, y presentó al capitán cristiano sus siete hijos y sus varias esposas; pues era permitido a los personajes indios casarse cuantas veces quisieran.

Las mujeres, todas ellas de poca estatura, pero no mal parecidas, pese a lo chafado de sus narices y a la excentricidad de sus afeites, vestían sayas cortas de algodón, de distintos colores, llevando, además, adornos de oro en el pecho, en los brazos y en las piernas. Ceñía su cuello la *chaqira*, una sarta de conchuelas mezcladas con cuentas áureas y olivetas, y les colgaban, como a los hombres, zarcillos de las orejas y del órgano del olfato. Tenían el cabello muy crecido, pero cortado sobre la frente, y todas mostraban, al sonreír, una hermosa y blanca dentadura.

Comogre quiso obsequiar a los forasteros con un banquete, y como tenía previsto que serían muchos a comer, ya los *cocineros* andaban muy atareados, por los alrededores de la casa, preparando los manjares. Se guisaba al aire libre, en pequeños hoyos hechos en la tierra, donde los indios ponían el fuego, cubriendo después el hoyo con unos palos, a guisa de parrillas, y allí se asaban la carne y el pescado. Había más de cien rescoldos ardiendo, pero el olor que despedían las viandas en cocción no era nada agradable, debido a que los indios no sabían desollar a los animales y se limitaban a cuartearlos y hacerlos pedazos con sus cuchillos de pedernal, aunque sin quitarles la piel; y así, se quemaba también el pelo, produciendo el mal olor.

No despertaron, por esta causa, el apetito de los españoles, tales preparativos de fiesta; la misma profusión de vian-

das, el ver por todas partes ciervos y jabalíes descuartizados, aves zancudas a montones, pescados en cantidad abrumadora, les tenía inapetentes, y desviaban la vista, con alguna repugnancia, de aquellas cosas suculentas que, en otros días de terrible necesidad, habrían provocado su entusiasmo.

Precedidos por Comogre y sus hijos, los españoles de más significación entraron en la casa, a la cual tuvieron que subir por unas escaleras de bejucos trenzados, no muy cómodas, pero sí resistentes. La casa se dividía en varios departamentos. Admiraron sobre todo, los españoles, la amplitud del salón principal y su techo de madera, que parecía artesonado. Habíanlo labrado los indios trabajosamente con sus pedernales y unos dientes de culebra que les servían de buril. Las maderas de que estaba hecha la casa eran todas finas, predominando la caoba y el palo santo.

Muebles apenas los había ni los indios los necesitaban, pues solían comer sentados en el suelo y dormir en hamacas, hechas de unas mantas de algodón, cuyos cabos, de fibra de cabuya y henequén, eran flexibles y resistentes como las cuerdas de cáñamo. Pero si no había muebles, en cambio abundaban las pieles de tigre y de león, animales cazados en las sierras próximas y nombrados *pumas*, más pequeños y menos feroces que los del Atlas.

No faltaba en la casa de Comogre una bien provista bodega, donde el cacique guardaba el zumo fermentado de ciertos granos y frutas, así como arropes y jaleas de dátiles y guayabas. Había vino blanco y tinto, dulce y agrete, que los españoles probaron, encontrándolo agradable al paladar.

Pero lo que más provocó la admiración de Balboa y sus compañeros, fué un departamento donde vieron numerosos cadáveres momificados, que eran los antecesores del dueño de la casa y señor de la tribu. Estaban apoyados en la pared,

todos en fila, y aparecían adornados con grandes penachos, tal como si fueran seres vivos y se dispusieran a marchar a la guerra; porque era costumbre, entre los indios, adornarse con plumas sobre todo para asistir al combate. Comogre, por medio de los intérpretes, explicó a Balboa que aquellos eran los cuerpos de sus padres y abuelos, no faltando sino los que habían muerto en las batallas y cuyos cadáveres se llevó el enemigo. Se hallaban allí, de cuerpo presente, los representantes de veinte generaciones, varones todos ellos, y el cacique los miraba con veneración, pues constituían toda su ilustre prosapia. Dijo que, cuando él muriera, lo sentarían sus hijos en una piedra, rodeándole de fuego, pero sin que le alcanzaran ni las brasas ni las llamas, para que su cuerpo fuera así secándose, por efecto del calor, hasta soltar toda la grasa y quedar pegada la piel a los huesos. Y una vez curado de esta suerte, le juntarían a las otras momias, ocupando el último lugar en la fila.

—Podéis, pues, llamar a esta estancia vuestro panteón de familia—observó Balboa—; y en esto no se diferencia mucho un cacique indio del rey de España.

Llevaban ya recorrida toda la casa. Comogre invitó a sus huéspedes a que pasaran al salón principal, donde los esclavos les darían de comer. Se conocía a los indios esclavos porque les faltaba un diente, y era esta merma su estigma. Todos habían sido hechos prisioneros en la guerra y a todos se les extraía el consabido hueso de la boca o se aplicaba a su frente un tizón ignominioso.

La comida la sirvieron los esclavos en unos recipientes redondos que parecían calabazas. Eran producto de un árbol, el higuero, que daba a los indios la primera materia para sus vajillas. Chocó aquel género de platos y tazones a los españoles, primero porque tenían una forma graciosa, y des-

pués por su resistencia y brillo, así como por estar ricamente adornados con aplicaciones de oro.

Sentados en el suelo, entre Comogre y sus hijos, los castellanos comenzaron a escoger de entre la profusión exagerada de viandas, aquellas cosas que más agradaban a su vista o a su paladar. Las mujeres del cacique permanecían de pie y les miraban comer en silencio. Los esclavos iban y venían, haciendo crujir el entarimado, aunque andaban descalzos. Llegaba del exterior un murmullo de voces alegres, señal de que también fuera de la casa había comenzado el festín, y la atmósfera del salón iba llenándose del olor de los condimentos y de los vinos aromáticos.

Cuando, terminado el banquete, se levantaron los comensales, Comogre y sus siete vástagos apenas podían ponerse en pie. Se les había subido el vino a la cabeza. Los españoles, más moderados, por recelar del efecto de aquellos caldos que probaban por primera vez, se mantenían serenos.

Bajaron todos al campo para ver bailar areitos a los indios y para que les diera el aire. La embriaguez no impidió al cacique ni a sus hijos descender por las escaleras colgantes con sorprendente ligereza; pero, al llegar al suelo, se tumbaron, quedándose dormidos como troncos.

En los alrededores de la casa se habían formado algunos grupos de soldados castellanos, donde se comía, bebía y cantaba alegremente. Los indios estaban en grupos aparte, también entregados a los placeres de la gula, y hacían frecuentes libaciones de un licor que llamaban *chicha*.

— ¿Qué es lo que beben esos hombres? — preguntó Balboa a uno de sus intérpretes.

Y éste explicó que la *chicha* hacía se poniendo a remojar el grano de maíz, el cual se reblandecía y se hinchaba, echando brotes por el lugar donde estuvo pegado a la mazorca.

Y en este estado, se ponía luego a cocer, cambiándole el agua y haciéndole dar varios hervores, hasta que, finalmente, se sacaba del fuego y se le dejaba reposar tres días.

—¿Y este brebaje se sube a la cabeza?— interrogó Vasco Núñez otra vez.

Por toda contestación, el intérprete señaló con el dedo a varios indios que andaban vacilando, completamente beodos.

Al aparecer Balboa en el campamento se deshicieron los grupos de soldados, viniendo éstos a juntarse a su capitán y a decirle que los areitos se bailaban al otro lado de la casa. Encamináronse todos al lugar indicado, y vieron un centenar de indios, cogidos de la mano, que evolucionaban, haciendo zigzags, como la cola de una serpiente gigantesca. Estaban mezclados hombres y mujeres, y el que iba delante se metía por entre las palmeras y cantaba su areito, de melodía cadenciosa y somnolinta. El areito era luego repetido a coro por todos los demás, y, mientras tanto, la extensa cola de danzadores sorteaba los árboles y se retorció, al son de los tambores, que marcaban el contrapaso.

Francisco Pizarro, que se contaba entre los compañeros de Balboa, dijo que había visto bailar una danza semejante en Portugal, y Bartolomé Hurtado, asimismo de la comitiva, recordó que en su pueblo también se bailaba de aquel modo.

—Hay bailes de este estilo en todas partes— dijo Balboa —, porque es ésta una forma de bailar natural, que se le ocurre a cualquiera. En mi tierra, bailan así los niños.

Pero lo verdaderamente interesante y característico del areito no lo habían visto todavía los españoles. Ello vino después, y fué que comenzaron los indios, según iba aumentando su alborozo, a servir chicha a los que danzaban, en grandes vasijas higueras. Bebían los bailarores el licor sin detenerse, derramándolo, muchas veces, y bañándose con él

la barba y el pecho. De este modo creció la algazara y menudearon más las libaciones, hasta que muchos acabaron tambaleándose y rodaron por el suelo.

Ya cerrada la noche, los alrededores de la casa de Comogre parecían un campo de batalla, después que ha terminado el fragor de la lucha y se ha extinguido el eco del último cañonazo. Por dondequiera había indios tumbados, más muertos que vivos, bajo el efecto de una descomunal borrachera; y, esparcidos por el campo, se veían igualmente penachos de plumas, mantas de algodón, lanzas y macanas, tamboriles, la vajilla descabalada y rota, las tinajas de chicha vacías.

Nunca los españoles, en sus incursiones y aventuras guerreras, cuando entraban en los poblados a sangre y fuego, habían causado más estragos que aquel día, al penetrar en los dominios de Comogre en son de paz y con aire de amigos.

\* \* \*

Durante el tiempo que Balboa y su gente fueron huéspedes del poderoso régulo, y estuvieron allí algunas semanas, no dejó nunca Comogre de festejarles, ni se olvidó un momento el capitán castellano de estudiar con toda atención las costumbres indias.

Uno de los hechos que más chocaron a Balboa fué que la gente del país le diera el nombre de *Tuira* y no el de *chui*, porque, para los salvajes del Darién, *Tuira* significa una voluntad suprema y divina, mientras que *chui* era el hombre pecador y mortal; y ello daba a entender que se tenía a los españoles por dioses o, cuando menos, por seres superiores emparentados con la deidad adorada en aquellas tierras. Aunque ambicioso, nunca pudo esperar el aventurero extre-

meño verse exaltado como un ídolo; y es lo cierto que, lejos de agradarle que le llamaran *Tuira*, más bien le despertaba este remoquete un sentimiento de repugnancia. Era un cristiano sencillo y ferviente, y el *Tuira* no podía parecerle sino el diablo, sobre todo habiéndolo visto representado como tal en toscas esculturas.

En efecto, la tribu tenía imágenes de su dios talladas en madera y también labradas en oro; pero en todas ellas aparecía horriblemente feo, como el demonio a los pies de san Miguel Arcángel. A Balboa y a cuantos españoles estaban con él les repugnaba el *Tuira*, mas no era empresa fácil sacar a los indios de su error y convertirlos a la verdadera religión. Creían ciegamente en el poder del ídolo y le adoraban, ofrendándole pan, frutas y flores, cuando no víctimas humanas, esclavos sacrificados a sus creencias abominables y absurdas.

Pero, si bien es verdad que a Balboa le producía profundo malestar verse en supuesta relación con el diablo, en cambio, aquella ingenuidad candorosa de los vasallos de Comogre convenía admirablemente a la realización de sus planes políticos. Pues que el *Tuira* tenía un poder sin límites, y creían los indios que eran obra suya las tempestades del mar y los huracanes de la tierra; que era él quien hacía retumbar el trueno y quien despedía el rayo, no le sentaba mal a Vasco Núñez la reputación de *Tuira*, para hacerse temer y adueñarse poco a poco de aquellos pueblos atrasados.

Reflexionando mucho sobre este asunto, acabó por dejar a los indios que creyeran lo que quisieran, cuando no hubiese en ello ofensa para el verdadero Dios, y prometiéndose emprender más tarde, con ayuda de los frailes, la conversión de toda la tribu, procuró desde luego despertar a la fe de Cristo el alma de Comogre, de los hijos del cacique y de los *tequinas*.

Tequinas se llamaban los médicos y sacerdotes, y, en general, todos los salvajes que se distinguían por su habilidad en tal cual arte o profesión. Venía a ser el título de tequina como el de maestro, y lo mismo lo tenía un adivino que un buen maestro o un diestro pescador. Formaban los tequinas, dentro de la tribu, una minoría selecta e influyente, o por mejor decir, una aristocracia directora. Si Balboa quería tener de su parte a los tequinas, era para ir infiltrando insensiblemente en la masa los principios de la religión cristiana y el acatamiento al poder de Castilla. Antes había conseguido que se bautizara Cáreta, el padre de Mincha, que tomó el nombre de Fernando, y ahora obtuvo igualmente la conversión de Comogre y de sus hijos.

Podía ocurrir con esto que los indios, sumidos en las tinieblas de su inmensa ignorancia, no llegaran a comprender bien la existencia del único Dios verdadero y siguieron relacionando el poder mortal de los españoles con el infinito de la Santísima Trinidad. En este caso de confusión casi inevitable, Balboa no creía ofender al Todopoderoso porque los indios le tuvieran por representante suyo en tierras del Nuevo Mundo, advertido que, de buena fe, había puesto al servicio de Dios todo su saber, y aun siempre atribuyó a la intervención de la Providencia las victorias que iba obteniendo en sus correrías. En fin, pedía a Dios que le perdonase si alguna vez se aprovechaba de los yerros de los indios, y con esto dejaba su conciencia de cristiano libre de sobresaltos y temores.

Recorrió todos los dominios de Comogre y observó que los indígenas le miraban en todas partes con un respeto en el cual iba mezclada la superstición. Este sentimiento extraño se hizo más patente cierta vez que Vasco Núñez, un poco distanciado del grueso de su tropa, necesitó comunicarse con Colmenares, que asumía el mando de la misma, durante su

ausencia; y con tal objeto, se sirvió de una carta y de un mensajero indio.

Éste mostróse maravillado viendo que dos hombres se entendían a distancia por medio de la escritura, progreso humano absolutamente desconocido en el país, donde no se tenía de las letras ni la noción más elemental; y cuantas veces se cruzaron cartas entre el capitán español y sus subalternos, siempre los mensajeros ponían cara de asombro, como si estuvieran presenciando un prodigio. Creían que el papel hablaba, por obra del *Tuira* o de otro poder desconocido, misterioso y sobrenatural; así que, siendo portadores de un mensaje vulgar, se consideraban depositarios de un secreto inescrutible y divino, y les entraba, al mismo tiempo que el orgullo, un gran sobresalto, una profunda inquietud.

—Mucho conviene a mis propósitos la sencillez de esa gente— pensaba Balboa—; pero algún día se habrá de enseñar a los indios a leer y escribir, para que sepan dónde está la verdad de las cosas y dónde el engaño. Necios no son, pues hacen bien aquello que les han enseñado, y, en lo que conocen, demuestran ingenio y habilidad.

Y así era, en efecto, como podía observarse por la construcción de sus albergues, por el tejido de las telas que vestían, por el arte con que tallaban la madera y labraban el oro, por su pericia en la caza y en la pesca.

Tenían sus poblados en la orilla del mar y en las márgenes de los ríos, porque de los ríos y del mar sacaban su principal sustento. Sus bohíos, contruídos con cañas y bejucos y cubiertos de una hierba larga y fuerte, ofrecíanles segura defensa contra las inclemencias del sol y contra la humedad; pero eran sus habitantes como piedra movediza y no se estaban quietos por mucho tiempo en un mismo sitio, debido en parte a sus frecuentes guerras y también a la nece-

sidad de buscarse buena proporción de pesquerías; pues no les agradaba el trabajo y apenas cultivaban un poco de maíz. Pescaban con red y eran todos, lo mismo los hombres que las mujeres, grandes nadadores, por razón de constituir el baño uno de sus placeres preferidos.

Además de lo que pescaban y cazaban, comían un pan hecho de maíz molido y harina de yuca, tubérculo no desagradable al paladar, que se acostumbraron a comer también los españoles.

Respetaban mucho al jefe de la tribu y a los tequinas, sobre todo cuando éstos revestían un carácter religioso y eran a modo de oráculos que interpretaban los designios del *Tuira*; por manera que no se iba a la guerra ni se tomaba esposa, ni se labraba la tierra, ni se escogía lugar para habitarlo, si antes el tequina, en relación misteriosa con el ídolo, no hacía las observaciones pertinentes al caso, asistiendo con su sabiduría y consejo a los guerreros, a los mozos en edad de casarse, a los labradores, a los errantes.

Sacó Balboa de sus correrías muy provechosas enseñanzas y algo decisivo para el conocimiento del país que esperaba dominar, algo que le serviría de orientación y meta para sus esfuerzos futuros: averiguó que, por la parte meridional, detrás de las cordilleras, se agitaba otro Océano, desconocido del Viejo Mundo, como lo fué el Nuevo Mundo hasta que llegaron a él las carabelas castellanas de Cristóbal Colón.

Estimó Vasco Núñez esta noticia en mucho más que el oro, y fué precisamente a causa del oro que se la dieron.

Disponíanse los españoles a regresar a Santa María, y quiso darles Comogre un nuevo y muy valioso testimonio de su amistad. Les entregó setenta esclavos y abundantes joyas, que el capitán mandó fundir en seguida para hacer un re-

parto equitativo. El oro entregado por el cacique lo evaluaron los castellanos en cuatro mil pesos, y una vez se separó del mismo la quinta parte, destinada al Rey, según se hacía siempre con todo botín, distribuyóse el resto entre todos los hombres de la expedición.

Pero surgieron protestas por si a unos les había tocado un poco más que a otros; levantaron el grito los perjudicados; cruzáronse amenazas; salieron a relucir los aceros, y hallábase porfiando Balboa por detener los desmanes de sus soldados, cuando el hijo mayor de Comogre cogió las balanzas en que se estaba pesando el oro y las arrojó al suelo, diciendo en su lengua:

— Si yo hubiese sabido, cristianos, que por el oro habíais de reñir, habría puesto cuidado en tenerlo bien oculto. No entiendo vuestra ambición; pues convertís las joyas, pacientemente trabajadas, en barritas que, a mis ojos no tienen valor. Tampoco acierto a comprender cómo, por cosa tan pequeña, podéis dejar de ser amigos, ni cómo, siendo tan noble vuestra patria y estando gobernada por hombres tan sabios, según vosotros mismos afirmáis, venís a estas tierras pobladas de gente grosera y salvaje, donde la muerte os va siguiendo los pasos. Pero veo que vuestra afición al oro os domina, y quiero deciros dónde podréis encontrarlo en abundancia. Id ahora a vuestro establecimiento, y volved cuando seáis más numerosos; porque, para alcanzar el oro que os digo, tendréis que hacer la guerra a señores que cuentan con muchos miles de vasallos y que defenderán su tierra y sus tesoros hasta morir.

Estas palabras fueron traducidas fielmente por los intérpretes, y viendo el hijo de Comogre que habían producido una gran impresión en el ánimo de los extranjerros, añadió, dirigiéndose a Balboa:

— Cuanto os llevo dicho es verdad, y lo juro por vuestro buen Dios, que ya es también el mío. Óyeme bien, capitán: distante seis soles de aquí, encontrarás un cacique que tiene mil veces oro que mi padre; luego verás el mar, detrás de las montañas, y, en el mar, grandes piraguas que navegan a remo y vela, como vuestros barcos. Allí la gente es rica y el país hermoso; en las entrañas de la tierra se encuentra el oro, y hay plantas cerca del mar, que producen la borra con que se tejen los lienzos de nuestras hamacas y vestidos. Busca el mar, capitán, que allí está la riqueza.

Balboa contestó:

— Iría en busca del mar desconocido de que me hablas, aunque no se encontrara oro en sus riberas; pues mayor fortuna que un nuevo mar abierto a los navegantes no puede hallarse. Más bien he recibido de ti, con las noticias que acabas de darme, que pude yo soñar nunca. Dios te lo tendrá en cuenta.

Abrazó al indio, lleno de entusiasmo, y, después, a todos sus soldados, a quienes la alegría recibida con nuevas tan halagüeñas había hecho olvidar la querrela de momentos antes.

Pasados ocho días. Desembarcaron los españoles en Santa María, donde les esperaba otra agradable sorpresa: había regresado de Santo Domingo, después de seis meses de ausencia, el regidor Valdivia, con una carabela cargada de víveres y armas. Traía, además, un refuerzo considerable de soldados y la promesa del gobernador de enviar nuevos socorros luego que llegasen navíos de la lejana España.

No faltaban, pues, a Balboa motivos para creer que se le abrían de par en par las puertas de la gloria y de la fortuna.



## Rebelión y aventura: el reyezuelo de los lagos

Erà por los alrededores de San Juan, y llevaban los colonos del Darién muchos días sin ver el Sol, por ser los meses de mayo y junio los más lluviosos del año, en aquellas latitudes, cuando cierta mañana de un día gris, húmedo y borrasco, le fué comunicado a Balboa que andaba revuelta la colonia y que podía estallar, de un momento a otro, una rebelión.

Ya el regidor Valdivia habíase embarcado otra vez, marchando a la isla La Española a entregar al gobernador, o almirante, quince mil pesos de oro, quinto real del último botín alcanzado, y a pedirle algunos centenares de hombres más, con los cuales podría emprender Vasco Núñez su anhelada empresa de buscar el mar a través de las abruptas montañas.

En la colonia no reinaba ya la alegría de algunos meses antes ni se tenían aquellas risueñas esperanzas que hizo concebir Balboa, a su regreso de los dominios de Comogre. Las sementeras, ahogadas por los temporales, habíanse perdido completamente, y era penoso y difícil, a causa también de las lluvias continuas, salir al monte a cazar. El tiempo inclemente producía asimismo su impresión en las almas, y estaban los colonos de muy mal humor, al ver agotados los

bastimentos y al sentir el estómago vacío, circunstancia esta última que, unida a los efectos de la humedad, les hacía creer que atravesaban por un invierno crudo, como los de España.

Se paseaba Balboa por el comedor de su casa, cabizbajo y pensativo, en tanto el escribano Andrés de Valderrábano, hombre de toda su confianza, le advertía del peligro de una sedición. Arbolancha, su grande amigo, escuchaba atentamente, apoyadas las posaderas en el borde de la mesa y pinchándose con la espada, que tenía desenvainada, la punta de una bota. Mincha trajinaba en los quehaceres domésticos, y *Leoncico*, el perro, seguía los pasos de su amo, también triste y meditabundo.

— ¿Y ha sido por culpa de Tomé? — interrogó Balboa.

Valderrábano se llevó la mano a la frente, haciendo pantalla sobre los ojos, ademán suyo muy frecuente, y dijo:

— Tomé es el pretexto, la excusa, el disimulo. Su merced sabe muy bien que Hurtado se burla de la gente y hace abuso del favor que le otorga su merced. Mas no es su culpa muy grande, la verdad esté en mi boca, y yo juraría que todo obedece a la ambición desmedida de Alonso Pérez de la Rúa y sus amigos. Son hombres de poco entendimiento, orgullosos, bravucones, espadachines; tienen ansia de mando, de autoridad, de gobierno.

Andrés de Valderrábano era un hombrecillo enjuto, que no mediría, ni con mucho, ocho palmos, ni pesaría arriba de cinco arrobas. De edad indefinida, lo mismo podía tener treinta y cinco años que cincuenta; pues, para sospechar lo primero, bastaba verle el pelo negrísimo y el brillo juvenil de sus ojillos de ratón, y a creer lo segundo inducían la ausencia de sus dientes y la abundancia de sus arrugas. Ornaban su cara un bigote fino y lacio y una barbita muy recortada y puntiaguda, y vestía jubón verde oliva, acuchillado y raído,

y trusas en lamentable estado de vejez. Hablaba ensartando sinónimos y redundancias, con placer de retórico, y no hacía afirmación alguna, ni aun la más baladí, sin añadir: *la verdad esté en mi boca*, creyéndose de este modo a salvo de juicios temerarios. Sentía por Balboa un respeto muy próximo a la veneración, y sin vacilar, habría dado por él la vida.

— Si queréis — dijo Arbolancha a Balboa — yo buscaré a Pérez de la Rúa, y haré por volverle a la razón a cintarazos. Puede hacerse la prueba.

Vasco Núñez movió la cabeza en sentido negativo, demostrando su disconformidad. Si fuera necesario adoptar una actitud bizarra, sería él quien afrontara el peligro. Pero una gallardía, aunque se viese coronada por la victoria, de momento, no podría sino dar una tregua al conflicto. Mejor era obrar con cautela, evitando toda efusión de sangre.

— ¿Está Colmenares con los descontentos? — preguntó, sin dejar de pasearse.

— Colmenares no puede olvidar que ha sido soldado de *El Gran Capitán* — observó Arbolancha —; conoce su obligación.

— No; Colmenares seguirá a vuestra merced — corroboró Valderrábano —. Le tengo por hombre entero, cabal, cumplido; la verdad esté en mi boca.

Entró en esto Bartolomé Hurtado, seguido de sus monos, que le servían de pajes. *Leoncico* comenzó a inquietarse y a gruñir. Los simios barruntando la tempestad, pusiéronse a salvo, uno subiéndose al hombro de su amo y el otro yendo a ponerse bajo la protección de Mincha.

— Oye, Tomé — dijo Balboa —; por tu culpa anda alzada la gente y vas a ser causa de que dejen de respetarme mis soldados.

— Culpa mía no es; vive Cristo! que el oro haga perder el

juicio a quienes habían ya perdido del todo la vergüenza — arguyó Hurtado, impenetrable —. Si es por mí que están quejosos Pérez de la Rúa y sus amigos, con pedirme a mí cuenta, y no a vos, de mis desafueros, se arreglaba este mal negocio. Pero a mí, culpable, no me dicen palabra, y contra vos, inocente, se alzan todos y claman castigo y venganza. Lo que yo adivino en la conspiración, es que hay algunos que tienen ganas de quedarse con el fruto de vuestros afanes.

— Esta es la verdad — confirmó el escribano, llevándose la mano a la frente, según su costumbre, como si buscara un objeto a gran distancia —. Tomé lo entiende, lo adivina, lo aclara todo. Es hombre listo, inteligente, astuto, entendido.

— Lo creo así también yo — dijo Balboa, cesando en sus paseos —. Sé ya lo que tengo que hacer. Vos, Arbolancha, decidle a Colmenares que esté prevenido, porque saldremos mañana mismo en persecución del indio Cemaco. Que tenga dispuestos los dos mejores navíos. Pero que no sepa nadie a dónde vamos, y mejor si creen Pérez de la Rúa y los suyos que nos marchamos para no volver. Espero que podremos cazar dos piezas de un solo arcabuzazo.

Y luego, dirigiéndose a Valderrábano, añadió:

— Vos me esperaréis esta noche en vuestra casa con Luis Botello, Fernando de Argüello y Hernando Muñoz, esos buenos amigos que tantas veces me han demostrado serlo de verdad. Y tú Tomé — siguió diciendo, esta vez fijando sus ojos en los de Hurtado —, despídete de tus monos y dáselos a Pérez de la Rúa, para que le quede memoria de ti. Vendrás conmigo a la guerra, pues no sirves en la paz, y quiero ver cómo haces burla de los indios bravos y de la lluvia de flechas que va a caer sobre nuestras cabezas.

Tomé sonrió, enseñando la doble fila de sus blancos y recios dientes, y se fué al huerto, a encerrar los monos en

una jaula. Arbolancha y Valderrábano despidiéronse del capitán, que se quedó murmurando:

— ¡Rayo de Dios! ¡Sería de ver que, por culpa de esos villanos codiciosos, me quedara sin descubrir el mar y se vinieran al suelo todos mis proyectos! Mi ausencia demostrará a los necios si hay diferencia entre yo y Pérez de la Rúa. Que se apoderen los rebeldes del oro del Rey, que gobiernen la villa como bandoleros, que hagan cuantas barbas sean de su gusto, y así se verá cómo he gobernado y a qué casta de caballeros pertenece Vasco Núñez de Balboa. Dios y el tiempo les ayudarán a salir de su error.

Una alteración de la disciplina era cosa natural y frecuente en aquellos tiempos y en tales circunstancias. Ocurría en la colonia que se había producido la discordia por efecto del hambre y de la inmovilidad. Aquellos hombres de hierro, mal avenidos con la ley, acostumbrados al peligro y al saqueo, sin amor a la vida, sin familia, sin hacienda y sin resignación para estarse mano sobre mano, soportaban a disgusto la tregua impuesta por los temporales y sentíanse mohinos y ganosos de pendencia. Unos cuantos malvados, los más disolutos, trabajaron misteriosamente, durante las semanas en que arreciaran las lluvias y se desatara, imponente, el huracán; habían laborado en la sombra, excitando los ánimos, ya corrompidos por el hábito del juego y por el afán de poseer, nunca completamente satisfecho. La sedición iba a estallar de un momento a otro.

Pero se supo que Balboa abandonaba la villa, con un número escaso de adictos, y esperaron los revoltosos que partiera el capitán, para apoderarse del mando sin necesidad de recurrir a las armas. Seguros de que Vasco Núñez dejaba en Santa María el oro guardado para el Rey, no había razón para oponerse a su marcha ni tampoco para descararse con

él, demostrándole hostilidad. Eran muchos aun los que le respetaban o, cuando menos, los que le temían.

Pareció, pues, que se sosegaban las pasiones cuando se hizo pública la orden de Balboa de tener preparados los navíos. En ellos embarcaron, voluntariamente, ciento sesenta soldados, a quienes debía repugarles la traición. Balboa estaba seguro de volver y de imponerse nuevamente como jefe indiscutible, y, en esta seguridad, rogó a sus amigos Botello, Argüello y Muñoz que se quedaran en la colonia, para vigilar a los facciosos y cuidar de Mincha, a la que no quiso llevarse consigo para no exponerla a los rudos azares de la guerra.

La partida fué triste, como correspondía al color del cielo y al estado de los ánimos. Había amainado el temporal, pero seguía siendo el aire húmedo y pegajoso. El matiz plomizo de las nubes, que parecían enredadas entre los picos de las montañas vecinas, comunicaba al mar y a los campos su gravedad melancólica. En medio de la niebla, apenas destacaban como manchas oscuras las copas de los árboles; las palmeras permanecían rígidas, desmayados sus penachos, por cuyas ramas resbalaba lentamente una lluvia fina, invisible, pero constante. El mar ensimismado en su continua queja, no se agitaba amenazador; pero su aspecto era hurafío y sombrío.

Embarcaron los soldados, sin que se produjera la greguería de otras veces, sin gritos y sin cantos. No bajaron los colonos a la playa, como tenían por costumbre, y al mismo Balboa le acompañaron únicamente, hasta el momento de partir, sus amigos íntimos. El desvío era tan manifiesto que Vasco Núñez, no obstante el dominio que tenía de sí mismo y su confianza en reconquistar algún día la adhesión de los ingratos, sintió que se le inundaba el corazón de amargura.

Dió prisa al timonel de su nave para que abreviara aque-

llos instantes dolorosos, y abrazó a Botello, a Valderrábano, Argüello y Muñoz, prometiéndoles guardar mientras viviera el recuerdo de su fidelidad.

Cuando los barcos zarparon, se vió asomar por la popa de uno de ellos la cabeza de un perro, que ladraba tristemente. *Leoncico* también iba a la guerra, como el primero de los soldados adictos al capitán. *Leoncico* tenía puestos los ojos en la playa, en una roca situada a cierta distancia del poblado, sobre la cual se recortaba la silueta de una mujer.

Era Mincha...

\* \* \*

Mandó Balboa dirigir las naves hacia la extremidad interior del golfo, pues le habían dicho que allí estaba refugiado Cemaco. Este régulo, que se resistió heroicamente, desde el primer momento, a la invasión española, continuaba insumiso y era un peligro constante para la colonia, dado su predicamento entre los indios habitantes de sus aldeaños.

Llegaron los navíos a la desembocadura principal del Darién, y creyó Balboa haber descubierto un nuevo río, aunque, como ya se dijo oportunamente, el Darién tenía varios brazos que inundaban la llanura en las proximidades del mar. Pero como quiera que los exploradores desconocían todavía el país, no pudieron pensar que el río donde se encontraban y el que regaba el valle de Santa María eran uno mismo, repartido al llegar a las cercanías del golfo, y de caudal tan abundante que endulza las ondas marinas en una extensión de varias leguas. Fué el día de San Juan cuando los españoles descubrieron la boca más caudalosa del Darién, y por esto la llamaron *río grande de San Juan*, solemnizando así la fiesta del Bautista.

Los navegantes remontaron el río y recorrieron algunos de sus brazos. No les sorprendió ver los poblados indios en las riberas, con bohíos redondos o de forma *caney*, según expresión de los naturales del país. Ya en sus correrías por los dominios de Cáreta y Comogre, habían visto que a los indígenas les gustaba vivir cerca del agua.

Fué penosa la exploración por el río, aunque los indios, lejos de oponer resistencia al avance de los extranjeros, abandonaban sus poblados al verles llegar, y huían, impulsados por el pánico y la superstición. Los españoles, cuando no podían avanzar con los bergantines, se servían de los botes y de las piraguas abandonadas por los indios, y así atravesaban las albuferas o anegadizos, vagando a la ventura, en busca del codiciado botín.

Duró la exploración muchos días, sin que diera fruto inmediato, toda vez que no pudo descubrirse el escondite de Cemaco ni se obtuvo de los saqueos cosa que valiera la pena de soportar tanta fatiga. *Leoncico* fué en estos días un excelente auxiliar, pues se lanzaba en persecución de los indios rezagados, teniendo a veces que atravesar a nado los pantanos, y casi siempre volvía trayendo un prisionero. Era admirable cómo obligaba al hombre a seguirle, tirándole de una muñeca, que tenía presa entre sus dientes, sin causarle el menor daño. Pero si el cautivo se resistía o intentaba huir, corría el riesgo de ser despedazado.

Este trabajo de *Leoncico*, secundado por otros perros, permitió a los exploradores apoderarse de algunos indios, cuyos informes eran siempre de estimar para orientarse en medio de la llanura inundada.

A trechos surgían de entre las aguas estancadas espesas masas de vegetación, abundando las palmeras, airosas y altivas, cerca de cuyos penachos tenían los indios, habitan-

tes de los anegadizos, sus *barbacoas*. Eran albergues aéreos, novedad pintoresca que llamó mucho la atención de Balboa y su gente. Admiraron la solidez de aquellas habitaciones, montadas como andamios y sostenidas sobre travesaños atados con bejucos al tronco de las palmas más altas. El pavimento de las barbacoas era de madera; las paredes, de cañizo; la techumbre, de paja. Había escaleras colgantes, hechas con mimbres trenzados; y al pie de las escaleras, tenían los indios amarradas sus piraguas.

Los exploradores castellanos intentaron ponerse al habla con los pájaros sin alas que habían construido aquellos nidos; pero los indios, recelando un mal trato, no querían descender de su refugio. Vista esta resistencia, Vasco Núñez se dirigió a la barbacoa que le pareció pertenecía al cacique, por ser la mayor de todas. Ocupaba con su andamiaje hasta medio centenar de palmas.

Llegaron al pie de este caserón, resbalando sus canoas por las aguas azules de la albufera, Balboa y veinte ballesteros. Colmenares habíasé quedado atrás, con el grueso de la tropa. El cacique que tenía colgado su palacio de las palmas, se llamaba Abebeida, y, como los habitantes de las otras barbacoas, no quiso responder al llamamiento de los extranjeros. Estos no podían subir a buscarle, por razón de estar levantadas las escaleras, circunstancia que les hizo recordar los puentes levadizos de los castillos españoles. En efecto, metidos en sus nidos, los moradores de aquellas casas lacustres, levantaban las escalas y se creían seguros contra toda amenaza de invasión.

Esto pareció a los hombres de Balboa una ingenuidad.

—¡Pardiez!— dijo uno—. Si no baja el capitán de la tribu, se pueden derribar las palmas.

Los indios ignoraban los efectos de los hachazos, descono-

cían el filo y el temple de la terrible macana española; pero cuando vieron, desde lo alto, saltar las astillas de los troncos que les sustentaban, comprendieron la fragilidad de su defensa y lo crítico de su situación.

Subían hasta la casa de Abebeida los gritos de los castellanos, impacientes por apoderarse del cacique y de su tesoro, si alguno tenía. Y el hacha implacable continuaba hincando su filo, una y otra vez, en los troncos de las palmas, abriendo en ellos heridas profundas, hasta que, al fin, crujió el primer árbol vencido, ante los ojos espantados del régulo. No tuvo éste más remedio que someterse a la voluntad de sus molestos visitantes y descender en demanda de misericordia.

Bajó Abebeida, todo tembloroso y acompañado de su esposa y dos hijos.

—¿Qué queréis de mí?—preguntó—. ¿En qué os he ofendido? ¿Por qué venís a importunarme y a derribar mi casa?

Sirviéndose del intérprete, contestó Balboa que deseaba conocer el paradero de Cemaco y de sus guerreros.

—Yo no he visto a Cemaco—dijo el cacique—. Dejadme tranquilo con los míos, pues que nada os debo ni tenéis motivo de queja contra mí.

El capitán castellano insistió en pedir noticias del indio rebelde y Abebeida negó otra vez que supiera dónde estaba aquél escondido. Entonces le preguntaron los españoles si tenía oro. Abebeida dijo que no, pero que podía ir a buscarlo, si le dejaban en libertad.

Mandó Balboa a cinco de sus soldados que subieran a la casa para registrarla. Abebeida, no sabiendo cómo tener contentos a los extranjeros, les ofreció vino de maíz, que tenía enterrado al pie de las palmas. Ponderó la calidad de la bebida y dijo que la guardaba en la tierra y no arriba, en

su albergue, porque éste se movía con el aire, y el movimiento echaba a perder los vinos, torciéndolos.

Rechazaron los españoles el ofrecimiento del cacique, negándose a beber; pero Balboa dijo que quedaba agradecido a la atención y que nada debían temer ni Abebeida ni su gente, si obraban con lealtad. Siempre procuró Vasco Núñez ganarse la confianza de los indios; no recurría a la fuerza sino en los casos extremos.

Descendieron los soldados que habían subido a registrar la casa. Ningún oro hallaron en ella, pero sí alimentos, sobre todo yucas, maíz y dátiles, provisiones que decidieron al jefe de los españoles a quedarse algunos días en la barbacoa.

— Tú irás a buscar el oro — dijo al cacique —, y aquí te esperamos nosotros. Por si acaso quisieras engañarme, se quedarán aquí también tu mujer y tus hijos. Mira si te tiene cuenta volver.

Abebeida no se hizo repetir la indicación. Resignóse a que los extranjeros se instalaran en su albergue, que más parecía vecindad de cigüeñas, y se despidió de los suyos. Dijo que iba a buscar el oro en las montañas vecinas, pues él jamás lo había necesitado para vivir, y esta era la razón de que no lo tuviera en su casa.

Se fué acompañado de algunos servidores.

A Balboa le interesaba menos, en esta ocasión, encontrar oro que proveerse de maíz. Sus hombres hambreaban, como acontecía casi siempre en las exploraciones, que solían durar muchos días. Algunos apenas podían tenerse en pie, enfermos de fiebres, contraídas en aquellas regiones pantanosas, y otros se quejaban por haber sufrido la mordedura de unos murciélagos, grandes como palomas, que pululaban en las riberas de los ríos y de los estanques.

Entre estos últimos contábase Bartolomé Hurtado, a quien

una de dichas aves nocturnas había mordido en una oreja, que le creció hasta alcanzar un tamaño descomunal.

— ¡Mala peste! — decía —. ¿Esto es la guerra? Que a un soldado le hieran o le maten es lo corriente en el oficio y hasta tiene lo que llamamos gloria; pero, si por ser esforzado en la campaña, le ponen a uno las orejas como las de un boricua, vale más ser zapatero, o alguacil o mejor fraile.

Instalados los castellanos en la casa de Abebeida, se preocupó Balboa, sobre todo, porque los enfermos recobraran la salud, y él mismo atendía a su cuidado con afecto paternal. Volvía la fortuna a mostrarse esquiva. La exploración de las regiones lacustres había sido hasta entonces muy triste y penosa. Agua en todas partes; pueblos abandonados en las orillas; víboras viscosas y escorpiones de aguijonazo mortal escondidos entre la hierba; caimanes en los anegadizos; murciélagos en el aire, y, por todo refugio, las viviendas colgadas de las palmas, tan altas que no las pasaba una piedra tirada con honda por el mejor bracero.

Aunque huyeran los indios o fuera su resistencia muy débil, era misión reservada a verdaderos héroes la de internarse en un mundo desconocido cuya naturaleza guardaba tantos y tan terribles secretos para sorprender y batir al invasor. Un centenar de hombres, perdidos entre los pantanos, avanzaban en la exploración de un continente que les había rechazado otras veces, y ni siquiera el temor de verse cercados por las aguas y por los indios, que podían acometerles formando ejércitos de miles de guerreros, les detuvo jamás en su porfía. Los indígenas se dejaban vencer ahora fácilmente, pero era siempre de temer una reacción, si se atendía a la dolorosa experiencia de exploraciones anteriores, que costaron la vida a muchos súbditos de Fernando *el Católico*. ¿Qué habrían podido hacer, para salvarse, los veinte

hombres que estaban con Balboa y los ochenta o noventa de Colmenares, si el régulo Cemaco, a quien perseguían, se hubiese presentado de improviso con numerosas huestes, cogiendo descuidados a sus perseguidores en medio de una albufera? Pero este peligro, aun con ser tan considerable y tan serio, no parecía el más inmediato y terrible. Era la naturaleza hostil, con su clima, con las emanaciones malignas de las aguas estancadas, con su fauna espantosa, lo que podía haber hecho vacilar a los españoles, si hubiesen sido simplemente hombres muy ambiciosos y muy valientes. No vacilaban, sin embargo, ni cuando veían morir a sus compañeros, vencidos por la fiebre o devorados por un monstruo, porque más fuerte todavía que su valor y que su ambición era su voluntad de titanes. No pudo ser empresa más difícil la de los hijos de Urano y Rea, al declarar la guerra a los dioses e intentar la conquista del Olimpo, que es el ejemplo de mayor osadía de cuantos ofrece la mitología clásica. Como Júpiter precipitó a sus enemigos en el Tártaro, iba el destino, quizá, a hundir a los intrépidos castellanos en la Muerte.

Balboa esperó inútilmente el regreso de Abebeida en la barbacoa de este reyezuelo de los lagos. Viendo que no volvía el cacique y habiendo ya recobrado los enfermos la salud, decidió el capitán español ir a reunirse con Colmenares, llevándose prisionera a toda la familia del indio desleal.

Colmenares esperaba a su jefe en las riberas de un brazo del Darién llamado el río Negro, donde estaban enclados los bergantines. Pero cuando, ya reunidos todos los expedicionarios, se disponían a embarcar, al objeto de seguir buscando a Cemaco por otro rumbo, cayó sobre ellos una nube de indios mandados por Abebeida y otro cacique, dicho Abraide, que se habían puesto de acuerdo para hacer pagar caras a los extranjeros su imprudencia y sus provocaciones.

Se peleó desesperadamente, viéndose los españoles cercados y viniendo decididos los indios a no dejar un cristiano vivo. Aquéllos, buscando el refugio de los árboles, para resguardarse de las flechas, dejaron que se aproximaran sus agresores, mientras los ballesteros, parapetados tras las piraguas, que habían sacado del agua, agotaban las municiones de su carcaj sin perder puntería. Y cuando se produjo el choque, por haberse los indios aventurado a la lucha cuerpo a cuerpo, comenzaron las espadas a cortar carne y a hender cabezas, en tanto vomitaban su fuego los arcabuces y saltaban los perros a la garganta del enemigo. Hubo varios españoles que, aislados unos de otros y rodeados de indios, fueron retrocediendo hacia el pantano y sintieron clavados sus pies en el limo del fondo; pero, aun así luchando algunos hundidos hasta la cintura, no dejaron de repartir certeras cuchilladas. Las aguas turbias se tiñeron de rojo y el pequeño espacio de tierra donde tenía el combate su máxima intensidad se llenó de muertos y heridos, con cuyos cuerpos exánimes tropezaban los luchadores al avanzar o al retroceder. Por fin, viéndose los indios empujados y en peligro de hundirse en el pantano o en los fangales de las orillas, huyeron a la desbandada. Entre los que pudieron escapar se contaban los dos caciques, pero más de cien indígenas rindieron las armas y más de doscientos quedaron muertos o maltrechos, perdiendo así unos la libertad y otros la vida.

\* \* \*

Conseguida esta victoria, que para los indios rebeldes significaba un duro escarmiento, Balboa accedió a los ruegos de Colmenares, partidario de aplazar la persecución de Cemaco

y de volver a Santa María con el botín obtenido, que no era ni rico ni abundante.

— Si encontramos allá las cosas de tal modo que sea preciso hacer con los cristianos lo que hemos hecho aquí con los infieles, se hace, y acabamos de una vez — decía el segundo capitán, inclinado a embestir de frente las dificultades —. Con colgar de las ramas de una xagua unos cuantos racimos de traidores, se deja aquello tranquilo como un convento de monjas.

Abundaban en este parecer los demás hombres de la expedición, cansados de correr tierras pantanosas y envalentonados por la victoria obtenida sobre los indios. No hay mejor acicate para el guerrero que el éxito alcanzado en el combate. Hervía la sangre de los expedicionarios, por efecto de la lucha y del triunfo reciente; era el vehemente deseo de casi todos volver a la colonia y restablecer por la fuerza la autoridad de Vasco Núñez.

Por su parte, Balboa creyó que había transcurrido ya el tiempo necesario para que se hubieran dado cuenta los colonos de su verdadera conveniencia, que un milagro sería si Pérez de la Rúa y sus partidarios se mantuvieran fieles a los sentimientos de justicia y equidad, y se portaran como jefes prudentes, después de haber sido traidores y facciosos.

El tiempo había mejorado, despejándose el cielo, donde volvía a mostrarse el Sol dominador y esplendente, irradiando fuego sobre las tierras anegadas.

— Voy a complaceros — dijo Balboa a Colmenares —; mas fío en Dios que los vecinos de Santa María estarán ya otra vez de mi parte y no se dará el trance doloroso de tener que luchar contra hermanos.

— Mejor que así sea — observó el teniente —; pero, por si acaso, bueno es que vayamos prevenidos.

Dejaron en Abenamaguey, uno de los pueblos sometidos, que pareció a Balboa lugar estratégico, una guarnición de treinta soldados, y otra vez se hicieron al mar, enfilando las proas de sus bajeles hacia Santa María.

Cerca ya de la colonia, encontraron un bergantín que había salido en su busca. Iban en él Fernando de Argüello y el escribano Valderrábano, portadores de albricias para Vasco Núñez; pues ya los colonos del Darién estaban arrepentidos de su ingratitud y deseaban que volviera Balboa cuanto antes a gobernarles. Se habían producido los acontecimientos exactamente tal como los profetizara Balboa, y éste tuvo la satisfacción íntima, imponderable, de ver fracasado el movimiento revolucionario sin haber puesto nada de su parte para impedir a los descontentos que probaran sus pretendidas aptitudes para el mando.

Alegre y efusivo, por efecto de la grata noticia, abrazó a sus amigos y les pidió pormenores de los sucesos acaecidos durante su ausencia.

— La verdad esté en mi boca — dijo el escribano —, pues tengo a Pérez de la Rúa y a sus cómplices por unos bandidos. Como a tales, viendo que se apoderaban del oro del Rey y que hacían mal uso de su poder, les encarcelamos a todos; y serán sometidos a proceso, con la venia de vuestra merced, que no debe contentarse con menos que con ahorcarles, por su traición y por otros muchos delitos que constan en el sumario.

— La buena gente — añadió Argüello, hombre enérgico, joven y con facha de alcalde mayor — comprendió en seguida la diferencia que va de un valiente como vos a unos necios espadachines con alma de galeotes. Conservan todavía la vida porque hemos querido reservaros el placer de verles danzar en el aire.

— ¿Y hay paz en Santa María? — interrogó Balboa.

— Más completa que la hubo nunca — dijo Argüello.

— Paz absoluta — corroboró Valderrábano —. No se mueve un mosquito; la verdad esté en mi boca.

Y se llevó una mano a los ojos, mirando hacia la colonia, tal como si temiera descubrir, a varias leguas de distancia, el vuelo de un mosquito irreverente, capaz de desmentirle.

El recibimiento que los vecinos de Santa María hicieron a su gobernador no se pareció a la despedida de algunas semanas antes; pues el desvío glacial habíase trocado en efusión cariñosa, y a la soledad de la playa sucedía ahora la afluencia de gentes entusiasmadas, que exaltaban con sus vítores a quien antes dejaron partir sin darle un adiós. Balboa, aunque contento de su victoria y de ver que volvían a la razón los temerarios, no se dejó conquistar por el halago de las adulaciones populares ni quiso tampoco ser vengativo. En medio del estupor general, dió orden de que se sacara de la cárcel a los principales promovedores de la sedición; les hizo traer a su presencia y hablóles de esta guisa:

— No temáis por vuestras vidas ni por los bienes que legítimamente os pertenecen. Habéis ya restituido lo robado, y quiero ser con vosotros no generoso, sino justo. Yo no soy gobernador por cédula real, sino por voluntad de todos los que me acompañasteis hasta esta tierra que conquistamos para España. Creísteis un día que yo abusaba de vuestra confianza o que no sabía gobernar como conviene a vuestros intereses, y os volvisteis contra mí los mismos que me habíais aclamado capitán. Estabais, entiendo yo, en vuestro derecho, al quitarme lo que me habíais dado, y por esto respeté vuestra actitud de revuelta. Ahora vuelven a mí los que se dejaron guiar por vosotros y participaron de vuestro error. Voy a ser otra vez aquí quien mandé, por voluntad de los más. Decidme si estáis dispuestos otra vez a aceptarme por jefe o preferís

volver a Santo Domingo. Yo dispondré un barco para que os lleve.

Los traidores humillaron la frente, abrumados por la lealtad de Vasco Núñez, y juraron después acompañarle siempre y dar por él la vida.

— Pues quedáis libres — dijo Balboa —, ¡y juro a Dios que si alguno osara molestaros, le haré sentir el peso de mi mano; que no quiero se haga leña del árbol caído ni debe impedirse a ningún hombre que vaya por el camino recto!

Algunos días después, días hermosos de sol, de paz y de satisfacción general por verse de nuevo la colonia bien regida y orientada hacia la prosperidad, supo Balboa por boca de la dulce Mincha que le acechaba otro peligro.

Fué al levantarse una mañana el capitán, y estaba todavía sentado en su hamaca, mirando tiernamente a su fiel esclava, que, de rodillas, le sujetaba la correa de las botas. Por una ventana, abierta al campo, entrábase a raudales la luz sonrosada de la aurora y se oían cantar, en competencia, al ruiseñor y al sinsonte.

De improviso, repentinamente, Mincha comenzó a sollozar, abrazada a las piernas de su amo, mientras repetía con voz entrecortada por la congoja.

— Señor y amo mío, vigilad... Vendrán los indios a miles... a miles... Quieren quemar todo el pueblo... Vigilad, señor; guardad vuestra vida...

Balboa, saltando de la hamaca, levantó a Mincha casi en vilo, aprisionó la graciosa cabeza de la india entre sus férreas manos y, mirándola en los ojos fijamente, preguntó:

— ¿Qué te han dicho? ¿Qué sabes? ¿Por qué lloras? ¿Qué indios son esos que van a venir y qué quieren? Di todo lo que sepas. ¡Habla!

Sorbiéndose las lágrimas, contó Mincha que cinco caciques

se habían puesto de acuerdo para cercar la colonia y dar muerte a todos los que en ella vivían. Eran los caciques Cemaco, Abebeida, Abraide y otros dos de las regiones pantanosas, y habían logrado reunir, entre todos, hasta cinco mil guerreros y cien piraguas. Pensaban venir unos por mar y otros por tierra. A Mincha se lo había confesado un hermano suyo, que venía a Santa María con alguna frecuencia, y éste sabía el lugar donde se estaba concentrando el enemigo.

Balboa sonrió y dijo a Mincha que no se inquietara. Conociendo el peligro, consideraba fácil conjurarlo y aun escarmantar a los reyezuelos que osaran buscar a los cristianos para moverles guerra.

En efecto, la asechanza de los indios le valió presto una nueva y gran victoria. Esperó que volviera el hermano de Mincha; le hizo confesar cuanto sabía, y solicitó su ayuda para que le guiara hasta los lugares donde los caciques rebeldes estaban esperando una ocasión propicia al asalto del establecimiento español.

Marchó él con setenta hombres a buscar a Cemaco, que le dijo el espía tenía su gente a tres leguas de la colonia y envió a Colmenares a un pueblo llamado Tiquiri, también indicado por el hermano de Mincha como punto donde se concentraban los indios. Colmenares se fué por mar, en cuatro barcos, llevándose otros setenta soldados.

Balboa no encontró a Cemaco, pero batió a sus guerreros, y, a los pocos días, regresaba triunfante a Santa María con un gran número de cautivos. Colmenares también venció al enemigo en Tiquiri, y, más cruel que Vasco Núñez, hizo asaltar a los indios que le parecieron ser los principales promovedores del levantamiento. Cargó en sus barcos todos los víveres que habían acumulado los rebeldes y se volvió con el botín a la colonia.

Fué tal el escarmiento, excesivo en cuanto a la sangre que hizo verter Colmenares después de obtenida la victoria, que no osaron los indios, en adelante, levantar cabeza, y Balboa, viendo pacificada la que llamaba provincia del Urabá, solía decir a sus amigos, pesaroso de obtener la paz con tan duros procedimientos:

—No deseo la muerte de los indios, Dios lo sabe; pero somos muy pocos y ellos son muchos. He de pedir cien veces al gobernador de Santo Domingo y al Rey que envíen más hombres. Cuantos más seamos, menos tendremos que valernos del castigo para hacernos temer; y entiendo que conviene a nuestros intereses antes ser amigos de las gentes de este país que parecer sus verdugos.

Pensaba y obraba Vasco Núñez no como un aventurero sin corazón, sino como un político hábil, perspicaz y prudente.



## VI

### Descubrimiento del Océano Pacífico

Corría el mes de agosto de 1513, cuando Vasco Núñez de Balboa, creyendo profundamente arraigada su autoridad en toda la costa del golfo y viendo engrandecida y próspera la villa que le tenía por señor, decidióse a emprender la grande empresa en la cual fundara todas sus esperanzas de gloria y de fortuna: iba a descubrir el mar Austral.

No contaba con los mil hombres necesarios, según los cálculos del indio Comogre; pero, faltándole los mil, se pasaría con doscientos, los mejor armados de la colonia; que mucho podía fiarse al valor y a la voluntad de todos.

Tenía Balboa motivos poderosos para no aplazar por más tiempo la realización de sus proyectos. En primer lugar, se le trataba en España de usurpador, de espadachín desalmado, de advenedizo ambicioso, según le escribía el amigo Martín Zamudjo desde la corte, donde el bachiller Enciso intrigaba, preparando su venganza. Ciertamente, vistos los hechos de tan lejos, no faltaban razones al Rey ni a los consejeros de la Corona para considerar a Balboa como un aventurero vulgar, y no como fundador de ciudades en Tierra Firme y pacificador de pueblos sometidos a la audacia castellana. Nadie le había otorgado títulos de mando, no siendo sus compañe-

ros de aventuras, y, en cambio, hubo de alzarse contra aquellos que los tenían del monarca o de sus representantes, como Enciso y Nicuesa. «No puedo conseguir que se reconozcan vuestros méritos — decía Zamudio en su carta —, y van a procesaros, haciendo pesar sobre vuestra cabeza muchos cargos criminales.»

— Es que todavía son escasos mis servicios — se dijo Balboa. Y se propuso desde luego realizar una hazaña que le colocara a la altura de Colón.

En Santo Domingo se tenía en más estima cuanto llevaba hecho, fuera por sus envíos de oro al tesorero Pasamonte, fuera por los informes del regidor Valdivia, quien, por cierto, debió perderse en el mar, pues no se volvió a saber su paradero. El gobernador de la isla La Española había enviado socorros a Santa María, repetidas veces, y el último recibido fué magnífico, consistente en dos barcos cargados de provisiones, doscientos hombres al mando de Cristóbal Serrano y, además, el título de Gobernador para Vasco Núñez.

Existía una contradicción entre la conducta observada por las autoridades españolas de América y las noticias que de España enviaba Zamudio, lo cual daba a entender que no habían llegado a la corte todavía los efectos de la generosidad de Balboa con Pasamonte, a quien el capitán del Darién había regalado un rico presente de alhajas preciosas y una carga de oro considerable.

Tentado estuvo por un momento Balboa de marchar él a España, yendo a defender personalmente su causa; pero se opusieron los colonos a que les abandonara, temiendo verse otra vez desgobernados y a merced de algún intruso atrevido. Y pues no podía ir él mismo a sincerarse ante el Rey, escogió a dos hombres que por su edad, su posición y su afán de ver engrandecida la colonia, ofrecieran garantías de portarse

como sinceros y leales, y disiparan la atmósfera hostil creada en Castilla, contra el esforzado capitán, por un letrado intrigante.

Fueron nombrados embajadores Juan de Caicedo y Rodrigo Enríquez de Colmenares, ambos ya en edad proveya, de buen talante y con disposición para tales menesteres. Caicedo era persona instruída y de fácil palabra; Colmenares, que en otro tiempo guerreó a las órdenes de *El Gran Capitán*, unía a su gravedad y a su experiencia del mundo, su prestigio de soldado viejo. Los dos tenían en Santa María mucha tierra de labor. Era ello garantía de su adhesión al país. Además, dejaba Caicedo en la colonia a su mujer, que, desde Santo Domingo, había ido a reunirse con su esposo en el Darién.

Dejando tales prendas, podía esperarse de Caicedo y Colmenares que no se quedarían en España. Llevaban la misión de reivindicar a Balboa; rendir informe de los descubrimientos hechos y de las tierras conquistadas; entregar al Rey la parte que le correspondía del botín, más otra fuerte cantidad de oro que le regalaban los colonos, y pedir auxilios para acometer nuevas empresas.

Vasco Núñez pensaba contribuir al éxito de aquellos diputados comenzando inmediatamente la exploración del istmo, como ya se ha dicho, hasta llegar al mar de que le hablara el hijo de Comogre. Esta hazaña decidiría su suerte, haciéndole merecer la gracia del monarca.

Por otra parte, pacificada ya toda la costa y viéndose nombrado gobernador por las autoridades de Santo Domingo, ¿en qué emplearía Balboa su inteligencia, su bravura y su tiempo, de no aventurarse a través de las montañas? Ya por temperamento no podía permanecer ocioso, y además, le hubiese parecido no merecer el título alcanzado, si no lo justificara en seguida, continuando su obra de exploración y conquista.

La colonia era una pequeña ciudad, con centenares de barracas y bohíos y miles de habitantes. Contaba ya con una capilla, donde se decía misa todos los días. Los indios dirigidos por españoles, labraban extensos campos, cultivando el trigo y el maíz. Pacían los pastos del praderal cerdos, vacas y caballos; se llenaban los corrales de gallinas; trabajaban en su oficio los colonos que lo tenían, y se hacía con los indios comarcanos un comercio continuo y provechoso. Esta actividad fecunda iría en aumento a medida que extendieran los españoles su radio de influencia y tuviesen los indios de las montañas conocimiento de las costumbres trasplantadas a su país desde las tierras remotas del Viejo Mundo.

Hechas, pues, todas las consideraciones que le sugería la prosperidad del establecimiento y habiendo ya partido para España sus mandatarios, se dispuso Balboa a dar cima a la magna empresa comenzada, y escogió a ciento noventa de sus soldados, los más intrépidos y mejor provistos de armamento, para salir en busca de un mar desconocido. Formaban parte de la expedición mil indios de carga, que debían llevar las provisiones necesarias; y embarcaron todos en un bergantín y diez grandes piraguas, para dirigirse a los dominios de Cáreta, el padre de Mincha.

Era el día 1 de septiembre, y estaba el mar tranquilo como un lago, lleno de reflejos de sol, bajo la inmensa bóveda del cielo azul.

\* \* \*

Cáreta, que era señor de una tribu playera, recibió a los expedicionarios con grandes agasajos y demostraciones de alegría; mas no quiso Balboa detenerse, no obstante los ruegos repetidos del cacique, a quien confió el cuidado de sus

barcos y pidió gente experta que pudiera guiarles a través de las sierras. Facilitó Cáreta en seguida los guías necesarios, y, reiterando a Balboa su amistad al mismo tiempo que le juraba vigilar los navichuelos como si fueran cosa suya, despidió a los castellanos con igual cariño e idéntica solicitud que les había demostrado a su llegada.

Iban subiendo por un senderillo empinado y apenas perceptible entre la espesa cortina de árboles, cuyos troncos había que sortear, como si anduvieran perdidos en un dédalo, hasta que salían a un claro del bosque, y se contaban entonces los españoles, a ver si estaban todos. Los árboles eran altísimos, abundando los cedros y las xaguas, y alguno hallaron tan elevado que recordó a los exploradores la torre de San Román, de Toledo; y aun de la comparación salía triunfante el árbol, pues no llegaría el remate de dicha torre ni siquiera al lugar donde un ahuehuate milenario comenzaba a extender sus ramas. Sucedió, pues, que, ni estando en pleno mediodía, se alcanzaba a ver la luz del Sol, por debajo del follaje; y en algunas partes era tanta la sombra que parecía noche cerrada, o tan juntos estaban los troncos que no se podía avanzar sino dando un rodeo.

Por fortuna, los indios delanteros conocían bien el camino y avanzaban sin vacilar, seguidos por los españoles, que ya otra vez habían atravesado aquellos bosques para llegar a los dominios del régulo Ponca.

Junto a Balboa iban Francisco Pizarro, Pedro de Arbolancha, Hernando Muñoz, el escribano Valderrábano, el clérigo Vera y el negro Nuño. Hernando Muñoz, un poco grueso y cargado de años, era el único que demostraba alguna fatiga, y, con su habitual franqueza, decía resentirse de las piernas.

Los exploradores, que avanzaban formando una larga fila, retorcida en zigzag, siguiendo la línea caprichosa del sen-

dero, salieron a un claro del bosque, donde se veía una quebrada profunda. Los guías se aventuraron por el tronco de un árbol tendido sobre el abismo de un ancho de más de treinta pasos. En el fondo, rugía, impetuosamente, un torrente.

Como quiera que se quedaran Balboa y sus amigos maravillados del puente, aunque ya en otra ocasión habían pasado por él, se acercó al capitán un intérprete, y le dijo:

— Estos grandes árboles sirven como palancas y también para canoas. De este tronco tendido sobre el barranco se podría hacer una piragua, toda de una pieza, donde cupieran ciento cincuenta o doscientos hombres.

— ¡No los hay así en España! — advirtió Hernando Muñoz —. Pero otros llevamos vistos tan grandes o aun mayores.

— ¿Y cómo pueden los indios cortar estos troncos, si no tienen hachas? — preguntó Valderrábano, mirando todo al largo del árbol caído con una mano puesta a la altura de las cejas.

— No cortan el tronco, sino las raíces — dijo Balboa —. Las raíces no calan hondo, pero se extienden mucho, quizá por el clima caluroso y por la condición de la tierra. Es por esto fácil socavar los árboles y tumbarlos, cortando las raíces. Yo he visto derribar así un ahuehuate muy alto que, al caer, quebró otros árboles más chicos y mató a diez hombres.

Estaban en esto y habían ya pasado los guías al otro lado del barranco, cuando se oyó una gran zalgarda que arrastraban los perros, y, a poco, vinieron dos soldados arrastrando un oso mal herido. Les seguían los alanos, alborozados con su presa.

— ¡Bah! ¡Es un oso hormiguero! — dijo Balboa.

Les era ya conocido aquel animal, del tamaño de un mas-tín y casi inofensivo. Otras veces le habían visto cazar hormigas, tendiendo en el suelo su lengua, que tenía extraordina-

riamente larga, y dejando que se le llenara de insectos rastreos, para después tragárselos y volver a repetir lo mismo con asombrosa paciencia. Era una pobre bestia cobarde, que huía, espantada de los perros, como un conejo.

Le echaron al fondo del barranco y pasaron el puente. Tendía el Sol a su ocaso, arrancando reflejos como llamas de los cascos o bacinetes de los soldados, que avanzaban alegremente y dejaban oír, a trechos, alguna copla, por encima de la greguería de sus voces. Seguíanles los indios en silencio, abrumados bajo su pesada carga, pero sin proferir una queja.

Ocho días después de haber embarcado en Santa María, llegaron los expedicionarios a los dominios de Ponca. Habían aprovechado también la noche para ganar camino, y al objeto de no extraviarse, en medio de las tinieblas y en el laberinto de los bosques, usaron de medio muy ingenioso. Se encontraban en la selva ciertos leños medio podridos, muy ligeros y blancos, que tenían una misteriosa fosforescencia, reluciendo de noche como las brasas vivas. Los soldados se colgaban un trozo de este leño en la espalda, y parecía así como que llevasen una luz. De este modo, yendo uno tras otro, atentos todos a la luz del camarada delantero, no había cuidado de perderse. Y se extendía a lo largo del bosque tenebroso, siempre en zigzag, una extensa procesión de estrellitas apenas perceptibles.

\* \* \*

No estaba Ponca en su casa cuando llegaron a ella los españoles. El cacique había huído con su familia y servidores, como la vez primera, por recelar que no se le buscaba para nada bueno. Pero como no tenía Balboa la intención de per-

judicarlo, indagó su paradero y le envió algunos emisarios de paz.

Entre tanto los exploradores acamparon en el lugar abandonado por los indios. El capitán español respetó la casa del régulo, que no quiso ocupar sin autorización de Ponca. Presto se convencería éste de que era de conveniencia trabar amistad con los extranjeros, más bien que huirles; y así Balboa, fiel a su propósito de evitar choques sangrientos, podría seguir avanzando sin temor de dejar enemigos a su espalda.

Estaban en un pequeño valle de forma oblonga, cruzado por un río que corría, medio oculto, bajo la ramazón de unos árboles parecidos al sauce. Sin embargo, no era el valle muy frondoso, por tenerlo los indios bastante cultivado, y abundaban en él las chumberas y las pitas. Las cabañas aparecían diseminadas por el valle y en las laderas de los montes.

A los tres días de haber acampado en el valle los castellanos, que se entretenían en cazar faisanes, picazos y perdices, llegó Ponca, todavía receloso, y se hizo presentar a Vasco Núñez. Era un indio viejo y tímido, al que costó mucho trabajo convencer de que debía mirar a los extranjeros como amigos. Balboa le comunicó su propósito de llegar hasta las riberas del mar del Sur, y le pidió gente experta que le guiara. Esto tranquilizó al cacique, que, además, fué regalado con cuentas de vidrio, cascabeles y otras bujerías muy de su gusto. Dió él, en cambio, joyuelas de oro, jaspe, cornalinas, ámbar de roca y zafros blancos; pero no supo decir de dónde procedían estas ricas cosas, que obtenía de su comercio con los indios del interior.

La estancia de los castellanos en los dominios de Ponca duró doce días, tiempo que necesitó Vasco Núñez para captarse la confianza y la amistad de aquél. Cuando se separaron, eran ya grandes amigos.

Y continuó la marcha por las cordilleras, subiendo y bajando, a través de los bosques y de los valles, siempre de frente a lo desconocido y siempre también esperando lo maravilloso.

Aprendieron los españoles de los indios cosas muy útiles para subvenir a sus mutuas necesidades y guardarse de peligros. Por ejemplo: en los bosques había leones, tigres, zorros, jabalíes, una variedad infinita de víboras y dragones, gatos cervales ferocísimos y otras alimañas dañinas; y como de noche había que descansar después de una fatigosa jornada, los indios encendían hogueras, para mantener distantes a las fieras, montando, además, la guardia. Por cierto que hacían lumbre sirviéndose simplemente de un palillo como una saeta, de madera muy fuerte, cuya punta frotaban largo rato entre dos leños de fácil combustión, hasta que salían chispas y prendía la llama. Y otras veces, cuando iban por lugares donde no había agua y se abrasaban los castellanos de sed, sabían los indios encontrar unas cañas vecinas de los árboles más altos, que crecían alrededor del tronco y se doblaban al tropezar con las ramas, descendiendo otra vez hasta el suelo; de aquellas cañas se sacaba una agua sabrosa y fresca como la del coco.

Era por cierto inapreciable la ayuda de los guías, conocedores de todos los secretos de la selva; y conmovía su buena voluntad, puesta al servicio del extranjero invasor, después que había éste demostrado su superioridad en la pelea; razón por la cual siempre quiso Balboa que se tratara bien a los indios, y sólo usaba con ellos la fuerza en los casos en que le oponían una resistencia tenaz.

Así le ocurrió con Torecha, señor de las tierras de Cuarecuá, que le recibió con las armas en la mano.

Los españoles habían caminado diez leguas en cuatro días,

venciendo innumerables peligros, en lucha continua con una naturaleza abrupta. Desde su salida del valle de Ponca, se encontraban con montañas más altas, de cumbres batidas por un viento huracanado, desnudas de vegetación; y apenas ganaban una cresta, que les parecía la culminante, veían luego levantarse otros obstáculos superiores, que les cerraban la visión del mar, su hermoso sueño. Descendían por laderas resbaladizas, donde hallaron muchos árboles corpulentos arrancados de cuajo por el huracán, y se internaban por cañadas sombrías, bordeando torrentés y simas profundas y espantosas. En los ríos vieron millares de cocodrilos, como ya los habían visto en los pantanos de las tierras bajas, y un extraño animal, del tamaño de una mula y parecido al búfalo, que los indios llamaban *beorí*, el cual sólo era peligroso estando en el agua; pues, en tierra, no sabía defenderse de los perros, y, en cambio, medio sumergido, les tiraba unos bocados terribles, hasta el punto de dejarles sin pellejo de una sola dentellada. Pero ni el *beorí*, ni los lagartos monstruosos, ni el tigre, ni el león, ni el fiero gato montés inquietaban tanto a los españoles como las víboras y los insectos, aquéllas de mordedura mortal, éstos de aguijonazo traicionero; y víboras las había en todas partes, así como densas nubes de insectos, cuyas trompetillas sembraban la alarma, en las huestes de Balboa, mucho más que los clarines de guerra.

Cuando, el 24 de septiembre, llegaron los expedicionarios a Cuarecuá, picados todos ellos por avispas, y tábanos, y mosquitos, y hormigas ponzoñosas; o por alacranes, o víboras, que atacaban al hombre dando un salto formidable; cuando, rendidos de tanto subir y bajar montañas escarpadísimas y de soportar alarmantes desazones, vieron a los indios de Torécha dispuestos al combate, su disposición de ánimo era la más a propósito para pasarlo todo a sangre y fuego.

El negro Nuño Olano había perdido la gana de reír que le caracterizaba, el cansino Hernando Muñoz estaba derrenegado y el escribano Valderrábano no habría acertado a escribir, con ilación, media docena de palabras.

Los indios de Torecha intentaron oponerse al paso de los españoles y daban voces en tono amenazador; pero Balboa tenía prisa por desembocar en el valle, y dijo a sus soldados que pasaran adelante. Los indios se hicieron a un lado, aunque sin cesar en su gritería, y siguieron al pequeño ejército castellano. El poblado pareció a Balboa conveniente para descansar unos días, advertido que allí el paisaje se humanizaba, con el verde de sus prados y el trino alegre de sus pájaros cantores. Todavía cerraban el horizonte, por Occidente, nuevas montañas altísimas.

— Si esta gente no se pone en razón — dijo Balboa a Francisco Pizarro, que era su segundo —, no habrá más remedio que pegar. Traemos muchos enfermos, y hay que subir todavía por aquellas montañas.

Pizarro fué del mismo parecer que el capitán. Los indios de Torecha rodeaban a los españoles, estrechando cada vez más el cerco. Luego apareció otro enjambre de guerreros cuarecuanos, con su cacique al frente, empenachado de plumas llameantes y arrastrando un majestuoso manto escarlata. Se negó a parlamentar con Balboa y dió el grito de guerra.

\* \* \*

El combate duró poco tiempo, porque los hombres de Torecha, creyendo demasiado fácil el triunfo, sucumbieron a las primeras sorpresas y dificultades. Les perdió el ímpetu con que se lanzaron sobre un enemigo muy inferior por su nú-

mero, pero mucho más fuerte por su modo de pelear y por sus armas.

Balboa había hecho retirar a los indios adictos, que formaban parte de la expedición y que estaban inermes. Les cubrió con sus soldados, para salvar el cargamento de provisiones, y esperó que los cuarecuanos atacaran. Cuando Torecha, al frente de sus huestes, avanzó resueltamente hacia los españoles, en medio de un vocerío ensordecedor, éstos dispararon sus arcabuces, y en el acto se vió ródar por el suelo al cacique y a muchos de sus guerreros, los que parecían tener mando, por marchar delante y ostentar más abundantes plumas.

La descarga cerrada, que los cuarecuanos no podían prever, ignorantes de las armas de fuego, les desconcertó. Sus jefes heridos, revolcándose en tierra y cubiertos de sangre, eran demostración espantosa del poder de aquellos extranjeros barbudos, que hacían relucir al sol el acero de sus espadas, corazas y bacinetes, y que avanzaban como demonios, lanzando rayos por la boca de sus armas detonantes. A la sorpresa sucedió el pánico cuando vieron los indios los estragos que hacían las lanzas y las tizonas, y al advertir que sus pobres macanas se rompían al dar contra los cascos y petos del enemigo; de modo que los españoles pudieron repartir cuchilladas a placer y dejar tendidos sobre la hierba, en muy poco tiempo, a más de seiscientos indios.

Esta victoria había de ser decisiva para el éxito de la expedición, pues afirmó el prestigio de los soldados de Balboa en toda la comarca, aconteciendo en las tierras de Cuarecá lo que en dominios de Comogre, esto es: que los indios relacionaron el poder humano de los españoles con aquel que atribuían a las grotescas deidades que adoraban.

Mandó Balboa que se enterrara a los muertos y se aten-

diera a los heridos, mientras él tomaba posesión de la casa de Torecha y de cuantas ofrecían alguna comodidad para alojamiento de los expedicionarios. Todas las casas eran bohíos de cañas. No se encontró en ellas oro ni objeto alguno de valor, porque el cacique, barruntando el desastre, había trasladado sus riquezas a un punto ignorado. Y en tanto los prisioneros cavaban las fosas donde iban a ser enterrados los muertos y se aplicaban los españoles heridos aceite hirviendo sobre sus llagas, resistiendo esta cura heroica como si fueran sus carnes insensibles, Balboa, ayudado de sus intérpretes, interrogó a los cautivos, pidiéndoles noticias del mar.

Un indio cuarecuano extendió su brazo, señalando con el dedo la barrera de montañas que se levantaba por el lado de Occidente. El valle era dilatado, hermoso y fértil, abundante en aguas hasta el punto de formarse regajales y lagunas, a cuyas orillas crecían los hobos y otros árboles de una hoja parecida a la del abedul. Poblaban el aire aves zancudas, algunas de muy vistoso plumaje.

— Aquella es la punta de Pirri — dijo un intérprete, traduciendo al castellano las explicaciones del indio que tenía extendido su brazo hacia la cordillera —. Desde allí se ve el mar.

Y Balboa se quedó largo rato contemplando, abstraído, la lejana cumbre, con ojos de visionario.

\* \* \*

De aquel arrobamiento vino a sacarle una escena de horror que sobrevino cuando se iba a dar sepultura a los restos mortales de Torecha, el cacique. Se acercaron al borde de la fosa algunas mujeres que llevaban la cabeza envuelta en un paño

oscuro y que pedían se las enterrara vivas, junto al cadáver del jefe de la tribu. Se opusieron los soldados españoles a su pretensión macabra, y entonces comenzaron ellas a lanzar alaridos de dolor y a retorcerse, levantados los brazos al cielo.

—Son las viudas de Torecha —explicaron los indios—, y es costumbre de esta tribu y de otras muchas que las viudas sean enterradas con su señor.

Las cuitadas, deshechas en llanto y puestas de hinojos, seguían retorciéndose y gritando, en actitud patética. Se quitaron el rebozo con que habían llevado envuelta la cabeza y soltaron al aire sus cabellos. Eran siete, todas jóvenes y agraciadas, de piel morena y lustrosa, por el unto de los afeites; llevaban faldas de colores vivos y el pecho cruzado por tirillas de oro. En medio de su desesperación, arrancábanse las galas, arrojándolas al fondo de la fosa, y se arañaban la cara y el cuello, sin cesar en sus gritos, agudos como el silbido de las serpientes.

Mandó Balboa que se encerrara a las siete viudas en lugar seguro y que se las vigilara para que por sí mismas no pusieran fin a su vida. Ellas se resistieron a dejarse conducir, diciendo que sus almas se salvarían si se las enterraba con el muerto. Comprendió Vasco Núñez que aquellas desdichadas mujeres obraban por superstición, no por amor; pues temían ver sus almas convertidas en aire si no se consumaba el sacrificio impuesto por una costumbre inhumana.

—¡Encerradlas presto! —gritó el capitán—. ¿Han de poder más ellas que nosotros? ¡Ea, acabemos!

Y mientras las viudas pataleaban en el aire, llevadas por los soldados, Balboa se entró en la casa de Torecha, huyendo del triste espectáculo que ofrecía el campo, sembrado de humanos despojos. Sobre el valle dilatado, donde relucía

el cristal de las lagunas y donde cantaban los arroyos su canción monótona y eterna, cerníase un cielo enrojecido por las luces crepusculares. Los resplandores del Sol, al hundirse en el ocaso, parecían enormes manchas de sangre como las que había en la tierra. El valle de Cuarecuá era como el atrio del Infierno.

¡Cuántas emociones para los obstinados aventureros que habían salido de la colonia del Darién tres semanas antes! No menos de veinte leguas llevaban recorridas, aunque el istmo es angosto, en algunos puntos, hasta poder cruzarse a pie en cuatro jornadas. Pero los españoles, andando a la ventura, tuvieron que dar un gran rodeo para llegar a los dominios del infeliz Torecha. ¡Y qué fatigosa marcha a través de los bosques enmarañados, teniendo que cruzar tajos profundos y trepar a las cumbres, para descender luego a los valles y seguir su camino, en lucha con los indios, con las bestias feroces y con la insuficiencia de bastimentos! Los reptiles, los insectos, lo fangales de los pantanos, donde se hundían los caminantes hasta la rodilla; los precipicios fragorosos, los torrentes desbordados, las noches pasadas al raso o en el fondo de la selva, y, finalmente, el combate y la victoria, y la desesperación de las siete esposas del cacique... Nervios de acero y un alma forjada a martillazos, sobre el yunque, eran precisos para resistir a todo y marchar adelante, reservando las últimas energías para ver lo soñado, el mar Austral, ilusión ardiente, como los esplendores del sol de la tarde...

\* \* \*

Aquella noche ni Balboa ni su gente pudieron descansar. Se les pasó el tiempo dando tierra a los muertos y acomodo-

dando a los heridos, entre los cuales se contaba Pedro de Arbolancha, en las chozas más confortables. Había también que montar guardias, tomar providencia contra posibles ataques de las tribus vecinas, hacer acopio de víveres para seguir la marcha. Al despuntar el alba, ya el caudillo castellano, al frente de sesenta y siete soldados que le quedaban sanos y recios, iba atravesando el valle, con dirección al macizo de Pirri. Detrás de los soldados, caminaba la recua de indígenas, con la carga de provisiones. Todos se mostraban animosos, como cuando salieron del puerto de Cáreta. Emprendieron la ascensión por las agrias cuestas de la sierra, olvidados ya de las escenas de horror que habían presenciado la víspera.

Balboa quiso ser el primero en ver el mar. Cerca ya de la cima, que indicaban los indios como punto desde donde podía dominarse la inmensa llanura azul, el capitán dió el alto, y la tropa se detuvo. Vasco Núñez siguió subiendo, entonces, solo, ante la expectación ansiosa de su gente. Llegó a la cumbre y miró hacia el Mediodía, puesta el alma en los ojos, en tanto el viento le azotaba, como irritado por la audacia del tenaz explorador.

En los primeros instantes, cegado por el viento y la emoción, Balboa no vió nada; pero luego enajenado, absorto, radiante el alma, trémulo el cuerpo, espació la vista por el panorama espléndido.

Eran las diez de la mañana de un día claro y hermoso, el 25 de septiembre de 1513. Desde el pico donde Balboa, clavado como atalaya, exploraba el horizonte, iban las montañas descendiendo, ondulantes, hasta tocar las aguas inquietas y espumosas del nuevo océano que se adentraba un poco en la tierra, como si ésta quisiera envolverle en un inmenso abrazo. El mar, visto en la lejanía, confundíase con el cielo, por efecto de la luz del Sol, que lo hacía resplandecer, igual que

si fuera de plata. Y asimismo el cielo, cernido y combado, abarcando mar y tierra, relucía como el cristal.

Balboa se sintió envuelto también él por ondas luminosas y le pareció que le crecía el alma hasta ponerse a tono con la inmensidad del espacio. Miró la cordillera de sierras, extendida de Norte a Sur, y luego la costa baja, cubierta de una vegetación exuberante. Sobrecogido y maravillado, cayó de rodillas. Le abrumaba la grandeza de Dios, después de haberse creído él, por un momento, el más grande de los hombres.

Por fin, dando gracias al Todopoderoso por la merced que le hacía y resbalándole por las mejillas curtidas las lágrimas que el gozo le había hecho verter, llamó a la hueste rezagada.

Cuando los soldados llegaron a la cumbre, en desordenado tropel y alegre algarabía, mirando a un lado y otro ávidamente, el capitán extendió hacia el mar los brazos y dijo con voz que apagaba la emoción:

— Ved allí, amigos míos, el objeto de nuestros afanes por fin logrado. Ved esta hermosura de Dios. Ya tenéis delante el mar que os prometí descubrir y ganar para gloria de todos. Demos gracias al que todo lo puede, por habernos reservado tanto bien y tanta honra, y pidámosle no nos abandone hasta poner digno remate a la empresa, conquistando estas tierras y este mar que jamás vió cristiano alguno antes que nosotros. A nuestro esfuerzo se deberá que puedan predicarse aquí el santo Evangelio y el Bautismo. Sedme fieles y seguidme siempre, que, con el favor de Cristo, yo os prometo haceros los más ricos españoles de cuantos han venido a las Indias, y haréis vosotros a vuestro rey el mayor servicio que nunca hicieron vasallos a su señor, con lo cual os alcanzará honra y prez de cuanto aquí se descubriere, conquistare y convirtiere a nuestra fe católica.

Todos se arrodillaron, siguiendo el ejemplo de su capitán, y recogieron en la oración, que duró unos instantes. Después abrazaron a Balboa, transportados, delirantes de entusiasmo, ante los indios atónitos, que no acertaban a comprender la razón de tanta alegría. Y mientras unos daban gritos y saltos, y tiraban al aire sus cascos y bonetes, otros cortaron el árbol más alto que allí pudieron encontrar e hicieron con él una gran cruz, para clavarla en la cumbre.

La cruz abriría sus brazos, extendidos hacia los dos océanos para unir a toda la Humanidad en el amor de Dios y en el deseo de civilización y progreso, renovado a través de las generaciones y de la edades.



## VII

### La isla de las perlas

Aunque querían todos los expedicionarios descender a la playa en seguida — y era natural y explicable esta impaciencia —, se opuso Balboa al deseo de su gente, fácil a dejarse llevar de los primeros ímpetus.

Hízose a un lado con Francisco Pizarro, Juan de Ezcaray, Hernando Muñoz, Alonso Martín, el clérigo Vera y el escribano Valderrábano, quienes, en ocasiones extraordinarias venían a ser a modo de sus consejeros o estado mayor; mostróles la distancia que todavía les separaba del mar y las tierras que se extendían alrededor de la cumbre donde se hallaban, tierras pobladas por diferentes tribus, según podía deducirse de los muchos bohíos diseminados por la vertiente; y les dijo:

— Primero que llegar a la playa, convendría hacer amistad con los habitantes de estas montañas, para que no nos cierren el paso ni nos amenacen luego por la espalda. Soy del parecer que nos quedemos aquí algunos días, a ver cómo nos tratan los indios. Al mismo tiempo, vos, Pizarro, y vos, Ezcaray, y vos, Martín, podréis ir con los soldados necesarios a explorar el terreno y buscar los caminos más cortos de cuantos lleven a la costa. Pero antes — añadió señalando con el dedo los bohíos más próximos —, hay que ganarse amigos por este lado.

Nadie osaba contradecir al capitán, sobre todo, apareciendo éste sobrado de razón y en pleno éxito de sus brillantes iniciativas; así es que se hizo todo tal como Balboa lo tenía pensado.

El primer cacique de los contornos a quien hubo que someter por la fuerza se llamaba Chiapes. Había querido echárselas de valiente, y le costó su bravuconería perder algunos hombres. Vasco Núñez le envió emisarios de paz, y el indio prefirió la guerra; pero cuando sus huestes se vieron acometidas por los perros, y oyeron el trueno de los arcabuzazos, y les llegó el olor de la pólvora a las narices, rindiéronse a discreción, enloquecidos por el terror. Balboa fué misericordioso con los prisioneros y regaló al cacique con las conchas baratas traídas de España; Chiapes correspondió con cuatrocientos pesos de oro labrado, y además se puso incondicionalmente al servicio del caudillo español jurando fidelidad al rey Fernando, de cuya existencia no había tenido hasta entonces la menor noticia.

Miraba a Balboa, que iba armado de todas armas, abriendo unos ojos tamaños, y tocaba, a la vez curioso y tímido, su armadura de hierro, asombrándose del movimiento giratorio de la visera, en el casco; de las coderas, rodilleras y guanteletes. Su estupefacción fué enorme al cerciorarse de la reciedumbre del camisote de malla. También se mostró maravillado viendo a uno de los perros de combate, el bravo *Leoncico*, acudir, sumiso, a la voz de su amo y brincar de alegría en torno suyo, en tanto Balboa le hablaba como a un camarada.

— ¡Ven acá, valiente! ¡A ver, quieto! Hoy has peleado como el mejor, ya lo sé, y tendrás tu parte en el botín. ¡Quietos! ¡Quietos!

El perro seguía dando saltos, queriendo acercar su hocico

a la cara del capitán, y el indio Chiapes temía por la vida de Balboa. Ya no era un enemigo de los castellanos, sino su admirador sincero, y sería muy presto un partidario fanático. Vasco Núñez sabía apoderarse del oro de los indios, quedándose al mismo tiempo con su corazón.

Como se había convenido, salieron a recorrer la comarca y a buscar los caminos más cortos y practicables para llegar a la costa, Francisco Pizarro, Alonso Martín y Juan de Ezcaray, llevándose cada uno doce soldados y los guías convenientes. El resto de los expedicionarios se instalaron en los bohíos de Chiapes, y esperaron allí hasta el día 29. Mandó Balboa a los indios cuarecuanos que regresaran a su valle trágico y que dieran la buena nueva del descubrimiento del mar a los españoles que allí quedaron enfermos. Éstos, alborozados, vinieron a reunirse con sus compañeros, sintiéndose repentinamente aliviados de sus quebrantos.

Chiapes, durante los días que estuvo Balboa en su casa, pareció desvivirse para contentar a sus huéspedes. Sólo Cáreta, el padre de Mincha, entre todos los régulos sometidos, había llegado a tales extremos de adhesión afectuosa y rendimiento voluntario. El capitán castellano sentíase conmovido por el amor que le tenía el cacique. Y cuando, finalmente, se decidió Vasco Núñez a bajar a la playa, ya explorado el camino por los hombres que envió delanteros, Chiapes comunicó que deseaba ir con él.

Veintiséis castellanos, el régulo y algunos indios acompañaron a Vasco Núñez al mar, el día de San Miguel, llegando al golfo, que desde entonces lleva este nombre, poco después del mediodía. La ribera les pareció hermosísima, por su fertilidad y el contorno gracioso de la ensenada.

Esperaron que el agua subiera, pues estaba a la sazón en menguante, y entre tanto se producía la pleamar, sentá-

ronse en la arena, celebrando con un modesto festín su feliz arribo a la playa.

— Me siento fuerte y ágil como cuando era mozo — dijo Hernando Muñoz, mientras comía un triste pan de maíz, pescado y frutas —; mis piernas se han curado, gracias a la alegría que me baila en el cuerpo, y ahora le apuesto seis pesos de oro al padre Andrés que le gano a correr.

— ¡Grande es el mundo! — exclamó Francisco Pizarro, hombre que nunca se excedía en palabras y a quien la vista del mar descubierto tenía absorto y maravillado.

— ¡Mucho más grande es Dios! — hubo de advertir el cura, tomando un aire apostólico —. Por ser Dios tan grande en su bondad, ha permitido que llegáramos a estas floridas riberas y permitirá también que se conquiste toda la Tierra Firme, y podremos redimir las almas de los indios ignorantes de la santa religión, y aumentarán en millones los vasallos de su majestad católica.

Balboa, sentado en la arena junto al cacique Chiapes, asentía a las palabras del padre Andrés con leves movimientos de cabeza. Los demás castellanos comían y charlaban, formando distintos grupos y haciéndose servir por los indios, los únicos en quienes no se manifestaba el alborozo. Iban de un lado a otro, atentos a lo que se les pedía o preguntaba, y aun resistían con paciencia y humildad ejemplares las bromas con que, frecuentemente, les importunaba más de un chusco.

Chiapes daba a Balboa, por mediación del intérprete, noticia de las tribus habitantes de la costa y de las islas, vistas éstas desde la playa y a pocas leguas de distancia. Ponderó mucho la riqueza de las tierras del Sur y dijo que, siguiendo dicho rumbo, hallarían los españoles a reyes y príncipes poderosos.

—¿Y hay oro en abundancia?—interrogó Muñoz, dejándose llevar de la avaricia, su pasión dominante.

—Oro hay para todos—afirmó el indio.

Le chispearon los ojillos al escribano Valderrábano, al oír esto, y se levantó del suelo, para mirar a lo largo de la costa, con la mano puesta a la altura de la frente.

—¡Dios sea loado!—exclamó—. O es un engaño del sol o ya me da en los ojos el brillo del metal. España será rica, grande, gloriosa; la verdad esté en mi boca.

Por fin, subió la marea, y aparecieron en el mar unas manchas negras muy extensas, como enormes paños funerales, que chocaron a los españoles hasta despertar en algunos cierto temor. Los indios explicaron el fenómeno: eran bandadas de cuervos marinos, que flotaban, pegados los unos a los otros, y hundían sus cuellos en el agua, buscando su alimento. Para espantarles, dispararon los soldados sus arcabuces, y se produjo un revoloteo infernal, que ensombreció el espacio.

Balboa se ciñó el coselete de su armadura y se caló el yelmo, donde flameaba un airón de plumas de color de la sangre. Empuñó la espada con la diestra, mientras con la otra sostenía el pendón de Castilla; de este modo, arrogante y solemne, avanzó hacia el mar. Le siguieron a distancia sus amigos y soldados, y empezó a marchar él por medio de las ondas, hasta que le llegó el agua a las rodillas. Entonces, levantando la espada y el pendón, donde aparecía pintada la imagen de la Virgen, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Vivan los altos y poderosos reyes de Castilla! Yo tomo posesión, en su nombre, de este mar y de las tierras que baña. De Castilla son desde ahora, y si otros príncipes, infieles o cristianos, dijera tener derecho a estas regiones y a estas aguas, yo juro defenderlas hasta morir.

Y volviéndose a sus camaradas, que le contemplaban emocionados, desde la orilla, añadió:

— Gritad, amigos: ¡Viva el Rey!

— ¡Vivaaa! ¡Viva Vasco Núñez de Balboa!... ¡Viva el más valiente capitán de las Indias!... ¡Vivaaa! ¡Vivaaa!...

Los vítores y aclamaciones se repitieron hasta enronquecer las gargantas. Poseídos de la solemnidad del acto, todos los soldados manteníanse en actitud bizarra, que no descompuso el ardor de su entusiasmo; y cuando Balboa, saliendo del mar, pidió juramento, cruzaron todos las espadas, puesta una mano sobre el pecho, y ofrecieron su vida por la gloria de España.

Luego grabaron en los árboles la señal de la cruz y los nombres de sus reyes; abrazaron al capitán, prometiéndole fidelidad; hicieron oración cuando se lo pidió el padre Andrés; cantaron romances heroicos, y dispararon al aire sus armas de fuego. Dieron a la ensenada el nombre de *golfo de San Miguel*; probaron el agua del mar, que el cura había bendecido, y se prometieron, llena el alma de ilusiones, ser los hombres más ricos del mundo. A muchos, el mismo gozo les hacía llorar, y otros besaban, agradecidos, la arena candente de la playa; todo ello en medio de la estupefacción de los indios, que debían preguntarse, en su fuero interno, si los extranjeros se habían vuelto locos.

Quiso Balboa que se extendiera testimonio del juramento solemne que allí acababa de formularse, y el escribano Valderrábano sacó sus papeles y un tintero de cuerno.

— Hazme la merced de servir de mesa — dijo al negro Nuño —, tú tienes buena espalda, y te cabrá esta gloria; pues barrunto, la verdad esté en mi boca, que esta escritura mía será leída y admirada por los hombres del porvenir, así pasen muchos siglos.

— ¡Que me place! — contestó el africano, hincando las rodillas en la arena —. Aquí está mi espalda.

Sobre ella extendió Valderrábano el papel, arrodillándose él también, cuando vió a Nuño adoptar la posición de los cuadrúpedos, y mojando la pluma en el tintero, que, a su lado y de pie, sostenía el clérigo Vera, comenzó a escribir: «Y hechos los autos y protestaciones convenientes, obligándose a defender el mar descubierta por el magnífico y muy noble señor capitán Vasco Núñez de Balboa, se pidió este testimonio. Y todos los que allí se hallaban declararon ser servidores de los reyes de Castilla y de León, estando prestos a defender lo mismo que defendiera su capitán, hasta morir, si conviniera, ya fuese en la tierra o en el mar, contra todos los reyes y príncipes y personas del mundo. Y los que allí se hallaban son los siguientes...»

— Que vayan pasando uno a uno para dar sus nombres — dijo el religioso, que se mantenía firme, con el tintero en la mano.

Comenzaron a desfilar los castellanos cuando ya Valderrábano había escrito los nombres de Vasco Núñez de Balboa y Andrés de Vera. Y siguió la lista:

«...Francisco Pizarro, Bernardino de Morales, Diego Albítez, Rodrigo Velázquez, Fabián Pérez, Francisco de Valdenebro, Francisco González de Guadalcama, Sebastián de Grijalba, Hernando Muñoz, Hernando Hidalgo, Alvaro de Bolaños, Ortuño de Baracaldo, Francisco de Lucena, Bernardino de Cienfuegos, Martín Ruiz, Diego de Tejarina, Cristóbal Daza, Juan de Espinosa, Pascual Rubio, Francisco Pesado, Juan de Portillo, Juan Gutiérrez, Francisco Martín y Juan de Beas.»

Terminado el desfile, Valderrábano continuó escribiendo: «Estos veintiséis y el escribano Andrés de Valderrábano fue-

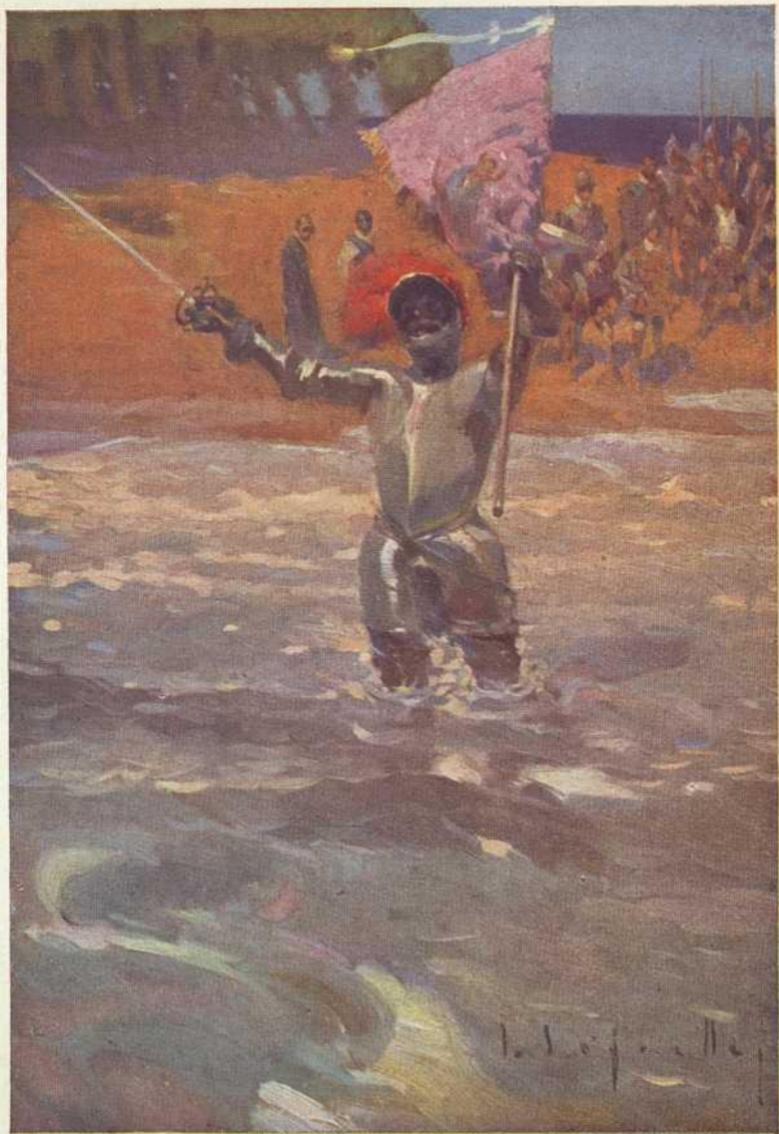
ron los primeros cristianos que los pies pusieron en la mar del Sur, y con sus manos todos ellos probaron el agua, que metieron en sus bocas, para ver si era salada como la de la otra mar; y viendo que lo era, dieron gracias a Dios...»

\* \* \*

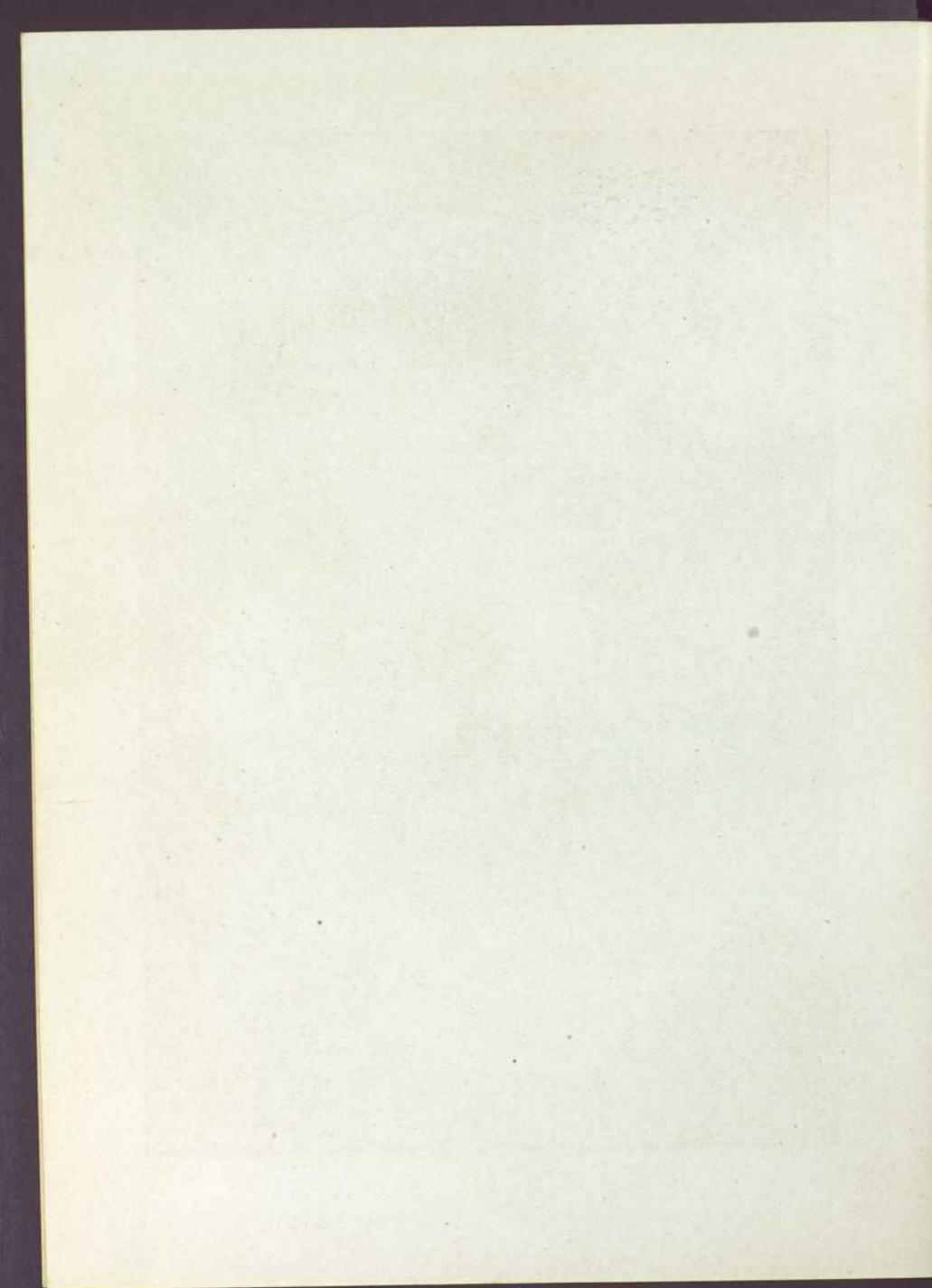
Los castellanos estuvieron aposentados en los bohíos de Chiapes todo el mes de octubre, y desde allí hicieron varias incursiones afortunadas, trabando amistad con el señor de otra tribu, de nombre Cuquera, a quien Chiapes convenció de que no le convenía presentarse como enemigo. Cuquera pudo cerciorarse de que el poder de los extranjeros blancos y barbudos era muy superior al suyo, cuando supo que Balboa había vencido a cuantos guerreros indios intentaron cerrarle el paso por las montañas. Guardóse, pues, de adoptar una actitud hostil, que habría sido insensata, y procuró, por el contrario, conquistarse la confianza de los españoles, como Chiapes le recomendaba discretamente.

Un día llegó Cuquera al platanar donde Balboa, tendido en una hamaca, disfrutaba del fresco de la tarde y de la sombra amable de los árboles. A su lado, sentados en sendos escabeles, estaban Muñóz, Pizarro y Arbolancha, ya repuesto este último de sus heridas. Hablaban de España, de la patria distante, y, poco a poco, había ido languideciendo la conversación, adueñada la nostalgia de los espíritus. El perro *Leoncico*, que gozaba de todo privilegio, habíase colocado en el centro del grupo y dormía con el hocico metido entre las patas delanteras.

Llegó Cuquera, acompañado de Chiapes y de varios esclavos, yendo a ponerse de hinojos ante el capitán español.



— ;Vivan los altos y poderosos reyes de Castilla!



Éste se incorporó en seguida y ayudó al indio a levantarse. Cuquera entrególe entonces, en señal de sumisión, un presente de oro y un puñado de perlas.

— ¿Qué es esto? — preguntó Balboa, sorprendido —. ¿Hay perlas en las Indias? ¿No se cansará Dios de otorgarnos nuevas mercedes?

Se aproximaron impulsados por la curiosidad, Arbolancha, Muñoz y Pizarro. En el rostro de todos ellos hubo de reflejarse la alegría, cuando fueron pasando las perlas de mano en mano.

— ¡Perlas son, por mi vida! — dijo Arbolancha —. Pero deben haber sido secadas al fuego, pues no es muy puro su oriente.

Balboa hizo llamar a un intérprete para que interrogara a Cuquera. A los pocos momentos, llegó el requerido, junto con varios españoles, a quienes se diera noticia del precioso hallazgo. Todos admiraron las perlas y dijeron que valían una fortuna.

— Pero ¿de dónde saca Cuquera esta riqueza? — preguntaron los impacientes.

El indio dijo que las perlas las cogían los hombres de su tribu en una isla no distante de la playa, y Chiapes, fiador de su vecino, confirmó la veracidad de esta declaración.

— ¡Pardiez, que la noticia es buena! — dijo Balboa —. Mañana mismo iremos a la isla de las perlas a cogerlas.

Todos los españoles, cuya ambición se exaltaba fácilmente en sus almas de aventureros, aprobaron con entusiasmo la resolución del capitán; pero no fueron los indios del mismo parecer; porque conocían los peligros del mar en aquella época del año, y temían una catástrofe.

En efecto, el tiempo era variable y peligroso. A los días apacibles sucedían otros en que silbaba pavorosamente el

huracán o volcaban las nubes un diluvio. La tarde en que Cuquera regaló a Balboa sus hermosas perlas, era una dulce tarde, de ambiente tibio y brisa sosegada, pero al día siguiente podía amanecer bramando el viento en la montaña y en el golfo.

Vasco Núñez, no obstante su habitual prudencia, mostróse ahora temerario, aplaudiéndole los suyos la terquedad.

— Digo que iremos mañana a la isla de las perlas — declaró —, porque, si esperamos a que llegue la estación benigna, tardaremos un año en volver al Darién. Necesitamos reconocer el golfo y sus islas antes de volvernos, aunque corran tormentas y vientos recios de travesía; que por otros mares no menos peligrosos hemos navegado, y Dios habrá de protegernos; pues hemos venido a predicar su santa doctrina.

Fué inútil cuanto argumentaron en contra Chiapés y Cuquera; Balboa no se dejó disuadir y mandó a sus soldados que estuvieran dispuestos para la inmediata expedición mar adentro.

Al día siguiente, cuando comenzaba a clarear, el caudillo bajó a la playa, con sesenta caballeros y algunos indios chiapeses. Iban también los caciques Chiapes y Cuquera, el primero porque quería correr la misma suerte que los españoles y el segundo porque se volvía a su casa, quizá felicitándose, en su interior, de la porfía del capitán extranjero, decidido a desafiar el poder de los elementos embravecidos.

En distintos lugares descubrieron los expedicionarios espantosas señales de reciente tempestad: árboles arrancados de cuajo, bohíos que deshizo el viento, charcos fangosos en las hondonadas, tierras y rocas desprendidas, animales muertos y las torrenteras rugiendo en los precipicios, entre remolinos de espumas rojas. Para llegar a los dominios de Cu-

quera, ya en la playa, hubo que atravesar un río grande, y precisó el empleo de las canoas, facilitadas por los mismos indios cuqueranos. El río que tenía su desagüe al mar, corría impetuoso y arrastraba ramazones desgajadas. No lo cruzaron los españoles sin correr peligro.

Pero Balboa y sus compañeros no cesaron por esto en su propósito de embarcarse, aunque era imponente el alboroto de las olas y silbaba el viento, al embestir los peñascos y arrecifes, cada vez con más furia. Los barcos que tenían los indios de Cuquera eran unas falúas deleznable. No podía darse mayor temeridad que aventurarse en ellas cuando se formaban en el mar verdaderas montañas de agua, que podrían cubrir en un instante la mísera escuadrilla.

— ¡A la mar! ¡A la mar! — gritó el intrépido Balboa.

Y ante los indios, que se maravillaban de aquel valor absurdo, los sesenta españoles y el abnegado Chiapes, con veinte indios, lanzáronse mar adentro, bogando con vigor asombroso. El capitán, sentado en la proa de la piragua delantera, sonreía.

Eran nueve las barcas, y en todas ellas había mandado cargar el capitán los víveres necesarios, por si la exploración del golfo duraba varios días. Sus tripulantes iban muy contentos, aunque dando tumbos, por efecto del furioso oleaje. No se inquietaron sino al advertir el riesgo de que chocaran unas falúas con otras, y en previsión de que no se produjera un encuentro fatal, se esparció la escuadrilla, marchando distanciados los temerarios buscadores de perlas.

Pero el mar estaba espantoso. El valor de aquellos hombres, aun siendo inconmensurable, tenía al fin que desfallecer, como sucedió al arreciar la furia de las olas encrespadas; de tal suerte que los esquifes ya no se podían gobernar y subían y bajaban, al pasar las olas, pero sin ir atrás ni adelante.

Chiapes aconsejó a Balboa que se ampararan en la isla que tenían más próxima. Era una locura contradecir al indio en aquellos momentos, pues se estaban tocando las consecuencias de un arrojó llevado excesivamente lejos. Accedió el capitán a desembarcar en una isleta que se veía muy cercana, y transmitió la orden a las otras barcas. Costó grandísimos esfuerzos hacerse oír, porque el viento bramaba con lúgubre clamor. Haciendo bocina con las dos manos, se avisaban los hombres desde una barca a otra gritando hasta enronquecer:

— ¡A la isla! ¡Acercaos! ¡Vamos a tomar tierra!

Y desembarcaron, al fin, trabajosamente, dejando las canoas atadas unas a otras, por consejo de los indígenas.

La isla era pequeña y árida, un arenal que apenas emergía del mar, con algunos trozos de roqueda pelada, y, esparcidos por ella, se veían abundantes caracoles y conchuelas.

— Bien está — dijo Vasco Núñez —; no podemos seguir adelante contra la voluntad de Dios, que de modo tan claro nos descubre sus designios. Esperemos a que amaine el temporal.

Pero esperaron en vano todo el día. Al llegar la noche, subió la marea, y las olas comenzaron a barrer la isla. Los náufragos, chapoteando en el agua, que seguía subiendo, corrieron a buscar refugio en la roca más elevada, y allí se estuvieron, confundidos indios y cristianos en un grupo apiñado y compacto.

— Esto es que el Señor quiere probar nuestra fe y castigar nuestra ambición — advirtió el capitán, temeroso de que vacilara el valor de su gente —. Esperad serenos; y si hemos de morir, que nos encuentre Dios arrepentidos de nuestros pecados.

A su lado estaban el cacique Chiapes, Arbolancha, Muñoz,

Ezcaray, Pizarro, Valderrábano, el religioso Vera, Olano el negro; pero no se veían por ser la noche obscurísima y no brillar en el cielo ni una sola estrella. Reconocíanse por la voz, y, frecuentemente, el capitán llamaba a todos por sus nombres, para cerciorarse de que ninguno de ellos se había perdido.

Las sombras del averno no se imaginan más densas, y aumentaban la pavora de la noche impenetrable los aullidos de la tempestad, en tanto iba subiendo el agua, que les llegó a los náufragos hasta los muslos.

El padre Andrés rezaba sus oraciones en voz alta, repitiéndolas la mísera tropa con verdadero fervor; y así pasaron horas y más horas, hasta que amaneció Dios en las alturas, alboreando el cielo y sosegándose el viento y el mar. Entonces, viendo que el agua había descendido y todos se habían salvado, los náufragos se arrodillaron y volvieron a dar gracias al Todopoderoso por su infinita misericordia. Sinceramente, creyeron que era aquello un milagro.

\* \* \*

No obstante haberse tenido la precaución de amarrar las barcas unas a otras, cuando los castellanos, desengañados de su porfía por llegar a la isla de las perlas, quisieron volver a la costa, encontráronse con que les faltaban los medios; pues las frágiles piraguas de Cuquera hacían agua por todas partes, viéndose algunas hechas astillas, y las demás tenían boquetes y hendeduras que no era fácil remediar.

Habíase perdido todo, las barcas y su cargamento de víveres, abandonado éste por los náufragos en los momentos de mayor peligro, cuando buscaron refugio en la isla, la tarde

anterior. Y a nado no podían llegar a la costa, distante más de dos leguas.

Pero era la ocupación normal de aquella gente vencer dificultades, siempre en lucha con los obstáculos que les creaba su propia temeridad. Así es que se resignaron, como otras tantas veces, y antes que entregarse a la desesperación, perfectamente inútil en circunstancias tales, hicieron otra cosa más eficaz y práctica, que fué calafatear las canoas todavía aprovechables. Taparon las grietas con hierbas y trapos arrancados de sus vestidos; utilizaron las astillas de los esquifes deshechos para remediar las heridas de los que aun podían mantenerse a flote; se embarcaron después unos cuantos, y así, en dos viajes, pudieron trasladarse todos al punto de la costa más próximo, al cabo de unas horas de esfuerzos inauditos, de trabajo tenaz, de terribles zozobras, de angustias infinitas.

Balboa, que había sudado como un bracero, ayudando a calafatear las barcas, sonreía animosamente al verse en tierra firme y comentaba con excelente humor los peligros vencidos.

— Hemos pasado la noche en vela — decía —; pero la verdad es que ninguno se habrá aburrido durante la noche ni en lo que llevamos vivido del día de hoy, que va siendo también muy agitado. Lo único que me da que sentir es no tener cosa buena que llevarme a la boca, porque el hambre no me deja.

Suspiraron los otros, aquejados del mismo mal, y comenzaron a mirar las hierbas y la corteza tierna de los árboles con alguna afición.

Por fortuna, no estaban en un desierto. Caminando sin rumbo por la costa, dieron en un poblado donde se manifestaban — o, al menos, así creyeron entenderlo los errantes exploradores — la abundancia y felicidad. Había cómodos bohíos de madera; árboles frutales, como el banano y el mamey; campos fértiles y hermosos; aves en las copas de los hobos

que cantaban dulcemente; arroyuelos murmuradores, y hombres de color atezado, pero robustos y de aspecto rozagante, señal inequívoca de que comían a satisfacción. Y por si esto fuera poco, vieron los españoles tumbadas en la playa, con la quilla puesta al sol, magníficas piraguas, cuyos remos, también abandonados — ¡oh, maravilla! — tenían adornos de perlas y aljófar, lujo suficiente a demostrar la riqueza fabulosa del país y el bienestar de sus habitantes.

Los míseros castellanos se pasaban la mano por los ojos, no atreviéndose a dar crédito a lo que veían. Sin embargo, Chiapes dijo que aquella debía ser la tribu de un reyezuelo nombrado Tumaco, de fama en la comarca por sus tesoros. Esta noticia devolvió a los españoles la confianza en sí mismos, pues habían creído ser víctimas de una alucinación, hija de su extrema debilidad.

Pero no les recibieron los vecinos del poblado en la forma cortés que corresponde a las personas bien nacidas; por el contrario, comenzaron a tirarles flechas y piedras, y a dar voces que, por lo estridentes, acusaban, no el placer, sino el disgusto, groseramente exteriorizado.

Aunque al principio, los españoles no querían repeler la agresión, necesitados como estaban de descanso y ansiosos por obtener de Tumaco una cordial hospitalidad, tanto arreció la pedrea, que echaron mano de sus arcabuces y espadas; dispararon algunos tiros y arremetieron contra los salvajes con la presteza y denuedo que ponían siempre en estos menesteres.

Y aconteció, como otras veces, que los indios se espantaron y huyeron, dejando a los intrusos dueños de sus hogares y en posesión de abundantes víveres.

Y en tanto la hambrienta y desesperada soldadesca registraba todo el pueblo y devoraba las tortas de maíz y frutas

halladas en los bohíos, Balboa envió a los indios chiapeses en persecución de Tumaco, con un mensaje de paz y un regalo de cascabeles y cuentas de vidrio, para convencerle de que se quería su amistad y no su daño.

La exploración del golfo, comenzada desastrosamente, terminaba con felicidad. Los españoles pudieron reponer en el pueblo, donde permanecieron varios días, sus agotadas fuerzas; Tumaco envió un hijo suyo, primero, y después vino él en persona, siendo muy bien recibido por Balboa y regalado con bagatelas; con la eficaz intervención de Chiapes, se hicieron, finalmente, amigos los vencedores y los vencidos, y el cacique playero, sintiéndose de improviso generoso, entregó al capitán español seiscientos pesos en diferentes joyas de oro y algunos puñados de perlas.

Dichas perlas, como las primeras que recibió Balboa de manos de Cuquera, habían sido secadas al fuego, y esta circunstancia rebajaba la pureza de su oriente. Preguntó Vasco Núñez a Tumaco si tenía otras perlas sin secar, y el indio contestó que podía enviar a sus hombres a pescarlas, como así lo hizo; y volvieron, a los pocos días, los pescadores, trayendo seis libras de perlas maravillosas.

— Ved aquí — decía Balboa a su gente — cómo la constancia obtiene siempre su premio. ¿Recordáis lo que nos dijo el hijo del indio Comogre al darnos noticia de estas riberas? Comprobado queda que no fueron engañosas sus palabras, y ahora mismo quiero que extienda testimonio el escribano de cuantas riquezas llevamos vistas; que esto ha de saberse en España, y así querrá el Rey recompensar nuestros servicios.

Tumaco dió luego informes de la costa que se corría al Sur, hablando del imperio de los Incas, considerados por el indio como los reyes más ricos del mundo. Dijo que tenían montañas de oro y unas bestias de carga que los españoles no co-

nocían. Dibujó groseramente, en la tierra, la figura del aludido animal, que era la llama, y acabó de encender la fantasía de los asombrados y ambiciosos aventureros con nuevos pormenores de aquellas tierras distantes. Después manifestó que, a seis leguas del lugar donde se hallaban, había una isla nombrada de Terarequi, la más abundante en perlas, por lo cual la llamaron desde entonces los castellanos la *isla rica*; y se ofreció, por último, a facilitar guías y bastimentos para las futuras expediciones.

Satisfecho Balboa con estas noticias, tan halagüeñas, comprendió que eran muy escasas sus fuerzas para lanzarse a correr nuevas aventuras; y como los descubrimientos hechos, sobre todo el del mar, bastaban a darle gloria y provecho, resolvió volverse al Darién y mandar desde allí mensajeros a España, al objeto de que el Rey, conecedor de los inmensos tesoros que encerraba el Nuevo Mundo, facilitara poderosos y eficaces elementos para su exploración y conquista.

— Ganado tenemos el descanso — dijo a sus amigos —, y hora es de que volvamos a nuestra querida Santa María. Lo que deba hacerse después lo dirá la corte, si se conmueve con las muestras de oro y perlas que pienso enviarle. El imperio más grande puede ser de España, y lo será con la ayuda de Dios.

Tres días después, ya de nuevo en la montaña donde Chiapes tenía su feudo, los castellanos se preparaban para el regreso a su colonia. Algunos tuvieron que quedarse, por su falta de salud, y el cacique ofreció atenderles en cuanto pudiera y supiese. Cuando recobraran las fuerzas irían a reintegrarse a la hueste, a cuyo efecto Chiapes facilitaría los guías necesarios. El indio lloraba al despedirse de Balboa, quien le abrazó, conmovido, prometiendo volver a visitarle, y aun le habló de llevarle a España algún día.

Los clarines y chirimías dieron el toque de marcha. Los indígenas conocedores del terreno ocuparon la vanguardia del pequeño ejército, que se agitaba con ruido de herrajes y entre alegres voces. Se despidió el capitán de los enfermos, abrazándolos a todos, mientras los esclavos venidos del Darién cargaban sacos y fardes, donde iban las provisiones de boca y el botín. Y en seguida comenzaron a descender los guías por la montaña, camino de Techoan, población todavía no visitada. Quería Balboa seguir un rumbo distinto en su regreso a las costas del Atlántico, para explorar nuevas tierras y hacerse con más numerosos vasallos.

Cuando la tropa, bajando la pendiente, serpenteaba al largo de la senda retorcida y pedregosa, mostrando al sol una algarabía de colores y dejando que el aire azotara sus banderas, los indios chiapeses, desde arriba, daban gritos extraños, despidiendo a su modo, pero con amor sincero, a los valientes que habían sabido ganarles, con derroche de audacia y bizarría imponderables, el oro, las perlas, el grano dorado de las mazorcas, las telas tejidas primorosamente y, sobre todo, la voluntad.



## VIII

### El capitán victorioso

Era una mañana triste, húmeda y fría. Iban caminando los españoles, ateridos, por una meseta yerma, barrida por el viento del Norte. En el cielo se amontonaban, hoscos y densos, los nubarrones, amenazando descargar sus iras con ímpetu infernal. El trueno retumbaba lejano, y en el espacio, sobre el fondo de nubes negras, trazaba el relámpago su rúbrica de fuego, seguida de fugaz resplandor.

—Vamos a tener tormenta —dijo Balboa a los amigos que marchaban a su lado, envuelto cada uno en su capuz—. Me asusta por los enfermos, que no pueden tenerse en pie.

—Les matará el frío —arguyó Arbolancha—. Es un frío que se mete en los huesos.

—Es que esta tierra está muy alta —advirtió Hernando Muñoz—. Además, el color del cielo ennegrece el alma. ¿Cómo sigue el clérigo? ¿Se le pasó la calentura?

—Detrás viene en una hamaca, en hombros de los indios.

—También el pobre escribano se retuerce en sus angarillas y se desespera, temiendo quedarse cojo. ¡Mala mordedura la de las culebras! A pesar de habersele sangrado, no reposa ni se alivia.

Estalló un trueno formidable, como si se hundiera el firmamento, y comenzaron a caer gruesos goterones.

— ¡El Señor nos valga! — exclamó Hernando Muñoz —. ¡Ya está aquí el diluvio!

Balboa separóse de sus amigos para acudir a los enfermos. La caravana siguió avanzando por la llanura gris, donde sólo crecían los adustos y espinosos cactus. A retaguardia, entre los indios de carga, venían los enfermos tendidos en hamacas, que se balanceaban rítmicamente al paso cansino de sus conductores. El capitán se metió entre los indios para pasar revista del triste convoy, sin detener la marcha. Preguntó a un viejo guerrero español, que hacía las veces de cirujano o curandero, si sería el remojón, para los dolientes, de consecuencias graves.

El pseudodoctor, perdido en las brumas de su empirismo, se encogió de hombros.

— Puede ocurrir que alguno no tenga tiempo para secarse — dijo —. El que más cuidado me da es el clérigo, que no vuelve en sí de su delirio.

Balboa acercóse a la hamaca donde llevaban tendido al sacerdote. Eran cuatro indios a llevarle, y el enfermo, en posición supina, manoteaba, muy agitado, y decía palabras incoherentes:

— *Spiritus promptus est*; la muerte viene. ¡Vivan los altos reyes de Castilla! ¡El mar, el mar!... Yo soy un apóstol y van a enterrarme. *Sit tibi terra levis*...

Tenía los ojos hundidos y los labios abrasados, blancos, con partículas de piel desprendida. Su mirada de loco y la palidez de su rostro, donde se enmarañaba el espeso matorral de las barbas, infundían espanto y compasión.

Balboa le echó encima varias pieles y recomendó a sus conductores que no le dejaran descubrirse. Después pasó a ver a Valderrábano, que parecía sumido en profundo sopor; y así fué recorriendo todas las hamacas y parihuelas donde

iban los enfermos, la mayoría de los cuales eran indios. A uno, que decía morir de sed, le sirvió agua con sus propias manos y en el mismo vaso que tenía para sí; a otro, que se quejaba de un fuerte dolor en la cabeza, le ató en ella un pañuelo con hierbas machacadas, y a todos acudía y animaba con palabras afectuosas y alentadoras, amontonando abrigos sobre cuerpos febriles y sobre los hombros de los que marchaban por su pie, encorvados bajo la lluvia, que les daba de través furiosamente.

Arreció la tempestad con truenos y relámpagos, horribos unos aquéllos, cegadores éstos, y cada vez más frecuentes unos y otros. Pasaban ráfagas formidables, que parecían barrer la lluvia y obligaban a la caravana a detenerse, envuelta en remolinos de viento y agua. Y el paisaje era triste, trágico, con su llanura dilatada y desnuda, que iluminaba a veces el fulgor del rayo, dando a los caminantes la sensación del infierno.

Llevaban andando por las montañas muchos días. De los dominios de Chiapes habíanse pasado a los de Techoan, otro reyezuelo indígena, que les dió gran cantidad de oro y perlas, provisiones, esclavos para el fardaje y hasta un hijo suyo, que se aficionó a Vasco Núñez y deseaba aprender su lengua. Pero las dádivas y buen trato de Techoan debíanse a que este régulo quería librarse de su enemigo Poncra, y utilizó a los castellanos como instrumento de venganza.

Les agasajó, les regaló, les prometió amistad y alianza perdurables; pero, en cambio, llevólos al poblado de Poncra, instigándoles a que satisficieran, con la ruina y muerte de este cacique sus anhelos vindicativos.

Poncra era un indio horriblemente feo, jorobado, maligno, vicioso y no menos pecador que Satanás. Se había erigido en tirano de toda la comarca y despojaba a los caciques veci-

nos de su oro, sus tierras y mujeres. Al saberse perseguido, procuró ocultarse, abandonando en su huída más de treinta libras de oro en diferentes joyas, que calcularon los castellanos en tres mil pesos. Balboa, siempre instigado por Techoan y otros notables del país, siguió buscando a Ponca, averiguó al fin dónde estaba escondido y le prendió, junto con otros tres indios principales, tan sucios, malvados y miserables como él. Acudieron muchos enviados de las tribus comarcanas, cuando se supo que los españoles tenían al tirano en su poder, y a gritos pidieron que se le diera muerte. Y Balboa, por ganarse amigos, permitió que Ponca fuese echado a los perros.

El caso de Ponca era el mismo de los cuarecuanos repetido; no fueron estos indios víctimas de la crueldad de los españoles, sino por malquerencia y feroz persecución de sus compatriotas. Entre los conquistadores hubo hombres crueles; pero nunca permitía Balboa que se maltratara a los nativos de aquellas tierras, no siendo en estos casos en que la crueldad venía a ser a modo de una medida política. Dos veces se encontró con indios que acusaban a otros indios, y el capitán español, en cuya conciencia levantáronse oleadas de indignación oyendo hablar de crímenes inconcebibles, acompañó su justicia a la voluntad de los más. Ponca, que murió despedazado por los perros de presa, había cometido delitos abominables, y Balboa, hijo de su tiempo, extremaba la justicia a fuerza de rigor.

Pero no era un desalmado ni siquiera un hombre cruel. Aquí estaba ahora cuidando a sus enfermos con tierna solicitud de padre o hermano, sin distinguir el color, atezado o blanco, de los que padecían, y olvidado de que la lluvia le calaba también a él hasta los huesos. Siempre se apresuraba a socorrer al caído; siempre había dado a los suyos, al par

que el ejemplo heroico, una lección de humanidad, de amor al prójimo, bien fuera éste cristiano o torpe idólatra del *Tuira*. Cuando hambreaban los exploradores, en sus largas correrías, era de los últimos en llevarse a la boca un puñado de maíz o un pedazo de pan, y en cambio, fué siempre el primero en salir con su ballesta, a buscar alguna caza con que aliviar las necesidades de sus soldados hambrientos. Su prestigio entre los hombres recios y aventurados de las exploraciones y conquistas se basaba en su valor, en su inteligencia y en su don de mando; pero el amor entrañable que le tenían lo mismo los españoles que los indios, era el eco encontrado en los corazones por su propio corazón, digno del héroe.

Así, cuando marchando por la meseta desolada, bajo una lluvia torrencial, cernido el rayo sobre sus cabezas y perseguidos por el trueno fragoroso, iban los exploradores pensando cada uno en sí mismo, en su necesidad personal y en su propio sufrimiento, Vasco Núñez pensaba en los que no se podían valer, y pedía a Dios calmara el viento, y la lluvia, y el trueno y el rayo, para no ver espantados a los que el mal hacía débiles.

El camino era largo, muy largo, y la lluvia duró todo el día. Antes de que acabaran de atravesar la meseta, cayeron extenuados tres indios, que los otros se cargaron en hombros. Pero al llegar la noche, después que hubo cesado la tormenta y cuando Balboa dió el alto para el descanso, vieron los que llevaban a los indios caídos, que, de éstos, dos eran ya cadáveres y el otro estaba agonizando.

— ¡Dios sobre todo! — dijo el capitán —. Mañana daremos tierra a los muertos.

En las parihuelas, bajo las mantas y pieles chorreantes, se encontraron otros cuerpos helados, rígidos, de infelices indios chiapeses y de Techoan. Los españoles habían resistido

mejor la prueba: el clérigo estaba sin calentura y el escribano se quejaba débilmente pero pedía que le dieran de comer.

Hallábanse a la entrada de un bosque; en el cielo comenzaron a parpadear algunas estrellas. Las hamacas de los enfermos fueron atadas a los árboles, al mismo tiempo que se encendían varias hogueras. Los soldados, desfallecidos, se arrojaban en tierra, junto al fuego, y lo mismo hicieron los indios, confundiéndose, en la promiscuidad del montón, infieles y cristianos. Pocos pensaron en cenar; los más se durmieron sobre el barro, y tan cerca estaban de las llamas, que se les llenaba la cara de pavesas y humeaban sus vestidos empapados.

Aquella noche fué Balboa uno de los que montaron la guardia, por ser, entre los fuertes, el más recio de todos. Y al amanecer, cuando todos dormían aún, el capitán y centinela se entretuvo en cazar un tigre, ayudado de su inseparable *Leoncico*. Acosó el perro a la fiera, saltando en derredor suyo y mordiéndola en las ancas y en la cola, pero cuidando de escapar a los zarpazos que le tiraba el tigre perseguido. Éste, huyendo del perro, se subió a un árbol, y allí le disparó Balboa el rallón de su ballesta, que fué a clavarse en el pecho del feroz animal.

Dos horas después, los indios le arrancaban la piel y los perros se disputaban su carne. Pero ya el cazador, tendido en una hamaca, dormía como un santo varón.

\* \* \*

Era mediodía cuando despertó Vasco Núñez, importunado por un gran escándalo de voces y ensordecedora zalagarda

de los canes. Saltó de su hamaca prestamente, y vió que se acercaban a él un indio muy enjoyado y plumífero y algunos españoles.

— Esos son los que dejamos con Chiapes — dijo Balboa, pasándose las manos por los ojos, que tenía aún medio cerrados.

Francisco Pizarro explicó el acontecimiento, diciendo al capitán:

— Este indio es Bonuvamá, señor de muchos vasallos, que ha querido conoceros. Tiene su tribu cerca de aquí y nos ofrece alojamiento hasta que los enfermos sanen.

Uno de los españoles recién llegados añadió:

— Aquí nos tiene vuestra merced a nosotros ya curados. Dejamos el poblado de Chiapes hace quince días, y andando despeados y a la ventura, dimos con la tribu de Bonuvamá, por favor de la Providencia. Bonuvamá nos ha tratado muy bien y viene a ofreceros cuanto tiene.

— ¡Bien venido sea! — exclamó Balboa.

Entonces el indio, acercándose más y extendiendo los brazos, a tiempo que hacía un ceremoniosa genuflexión, dijo:

— Aquí tienes, rey de los valientes, a tus soldados, que encontraron en mi casa abrigo contra la tempestad. Yo te los entrego sanos y alegres. Que así os conserve por muchos años, a ti y a ellos, el que nos da los frutos de la tierra, y lleva y trae las nubes, y fulmina el rayo sobre nuestras cabezas.

A Balboa le pareció providencial el socorro que le brindaba Bonuvamá, y regaló a su espontáneo amigo las bujerías de costumbre: cuentas de vidrio, camisas, cascabeles y cintajos. Y pues habían sido ya enterrados los muertos y eran muchos los enfermos que necesitaban cobijo y descanso, se trasladó la tropa, con sus jefes, al poblado del cacique, donde estuvieron un mes largo.

No habían pasado quince días cuando Valderrábano, re-  
puesto de su percance, contaba cómo le mordió la víbora en  
un pie, poniéndole a las puertas de la muerte.

— La verdad esté en mi boca — decía —, que por muerto  
me di al sentirme picado. Era una víbora de las llamadas  
*tiros*, que le saltan a un hombre a la cara como si fueran lan-  
gostas. Retrocedí, hurté el cuerpo, volví la espalda; pero el  
maldito reptil me alcanzó en un calcañar. Bendito y loado  
sea Dios, que me ha permitido salir con vida de este trance.

Al cabo de un mes, todos los enfermos habían recobrado  
la salud y se reanudaba la marcha por tierras estériles y  
despobladas. El rumbo escogido para el regreso al Darién  
aumentaba las dificultades del viaje; pero el capitán, acu-  
ciado por su afán de explorar tierras desconocidas, prefería  
los rodeos al camino recto. Y otra vez desafiaron las tem-  
pestades, y las fieras del desierto, y la inclemencia de las  
noches pasadas al raso, recorriendo casi todo el istmo con  
insuperable tesón.

Pero se agotaron las provisiones y se repitieron las tris-  
tes vigiliass en que los hombres morían de necesidad. Se suce-  
dían los montes pelados o carrascosos y se pasaban días, los  
hombres de Balboa, sin ver otras plantas que la coscoja, la  
pita y el nopal. Siendo la tierra estéril, en aquellas inmensas  
regiones, no la habitaban seres humanos; muy de tarde en  
tarde, se tropezaba con una tribu, generalmente nómada y  
miserable.

Todavía fué peor la marcha por valles pantanosos, de los  
que ya tenían los exploradores amargo recuerdo. El paso  
por los barrizales, donde los indios de carga se hundían, era  
más terrible que el de las cumbres cubiertas de nieve. Los  
españoles tuvieron que defenderse de los saurios a cuchilla-  
das, pero algunos indios imprudentes, o atascados en el fan-

gal, cayeron en las fauces de los terribles reptiles, que partían la pierna de un hombre de un bocado.

Aun más numerosas víctimas hicieron el hambre y las fiebres. A las fieras se las vencía con relativa facilidad; contra el hambre y la calentura no valían actos heroicos. A un cocodrilo se le metía una lanza, o la espada, por la boca; a un tigre, a un león, se le mataba a flechazos; a la serpiente se le aplastaba de un golpe la cabeza; pero ¿cómo iba a combatirse el hambre sin alimentos? ¿Qué se podía hacer ante los casos de fiebre ardiente, sino confiarse a la voluntad de Dios? Por esto los exploradores iban jalonando con cruces su camino; las huellas de su paso por los lugares desiertos eran tristes sepulturas. Los indios, menos hechos que los castellanos a las marchas forzadas y muy débiles para resistir tan largos ayunos, iban cayendo uno tras otro, desfallecidos, exhaustos, moribundos.

Por fin, según iban aproximándose a la costa, se humanizó el paisaje y comenzaron a ver caseríos. Los hallaron donde los habitantes, de buena voluntad, les prestaban socorro; en otras partes, tuvieron que aprovisionarse a mano armada. Tenían los españoles sobradas riquezas, llevaban un magnífico cargamento de oro y perlas; pero carecían de lo más preciso para subsistir. Si las gentes del país, por avaricia o malquerencia, se negaban a entregar el grano de sus silos y de sus trojes, los castellanos tomaban a la fuerza lo que más falta les hacía y de esta suerte eran sus frecuentes combates una lucha por la vida, que movía el hambre.

Los caciques Chioriso y Pocososa fueron prudentes y acogieron a la hueste de Balboa como convenía a los intereses de todos; en cambio, Tubanamá, régulo infatuado, por contar con muchos guerreros, hostilizó a los españoles y hubo de resignarse a sufrir las consecuencias de su temeridad. Le

costó la derrota cuantos bastimentos tenía y seis mil pesos de oro. Además, se le llevaron los vencedores todas sus mujeres y un hijo, de quien Balboa pensaba hacer un buen auxiliar, si aprendía pronto la lengua de Castilla.

Vencido Tubanamá y próxima ya la caravana a los dominios de Comogre, Vasco Núñez, el hombre de hierro, fuerte y valeroso como un héroe de leyenda, se sintió agotado. Había sido el último en desfallecer, pero desfalleció al fin, presa de la fiebre; y hubo de dejarse conducir en una hamaca, como eran conducidos los demás enfermos. En esta situación, con otros muchos compañeros y testigos de sus proezas, a quienes el mal tenía igualmente postrados, llegaron a la tierra de Comogre en los días en que toda la cristiandad se prepara a festejar el nacimiento del Salvador. Habían descubierto el mar del Sur, y sometido a todos los habitantes del istmo, y hecho catas en montes y valles, buscando minas, y conquistando un botín cuantioso de oro y perlas, explorando, además, dilatadas regiones.

Vasco Núñez, al verse junto al hijo de Comogre, a cuyos informes, reveladores de la existencia del mar Austral, debía en parte sus triunfos, abrazó al indio amigo, reiterándola así su estimación y su gratitud.

Aunque en la casa del cacique se lloraba en aquellos días la muerte del viejo Comogre, acaecida recientemente, no por esto fueron los expedicionarios menos agasajados. El hijo mayor del difunto régulo, que heredaba el señorío, era el ferviente amigo a quien Balboa retuvo entre sus brazos, considerándose su deudor. Le refirió el capitán español las peripecias de sus correrías y le mostró su tesoro: cien mil pesos de metal amarillo; gran cantidad de ricas estofas de algodón, primorosamente trabajadas y muchos marcos de perlas de diferentes tamaños.

—Y todo esto es nada— decía Vasco Núñez a Comogre, que miraba con asombro el magnífico botín—. El conocimiento que tenemos ahora de las sierras y del mar del Sur vale mucho más. Siguiendo tu consejo, buen amigo, acometí la empresa que ha de ser famosa en todo el mundo y que recordarán con orgullo, durante siglos, los hombres de mi patria. Que el cielo te colme de bienes por el gran servicio que has hecho al rey de España y a la santa religión de los cristianos.

Aposentados que estuvieron los huéspedes del régulo y atendidos con preferencia los que venían, como el propio Balboa, en situación de no poderse valer por sí mismos, se enviaron mensajeros al Darién, a notificar a la colonia el feliz retorno de los expedicionarios. Feliz hasta cierto punto, claro está; porque, entre los castellanos, apenas quedaban veinte hombres capaces de continuar el viaje por su pie. Y en cuanto a los indios de servicio, habían muerto muchos.

Algunos días después, con sus veinte soldados sanos, entre los que se contaban los fieles Arbolancha, Pizarro, Ezcaray, Muñoz, el clérigo Vera y el negro Olano, Balboa reanudaba la marcha, rumbo al puerto de Cáreta. Comogre les acompañó un buen trecho del camino. Doscientos indios llevaban, repartidos en sendos fardos, el botín y Vasco Núñez, todavía enfermo, era conducido en su hamaca.

Antes de llegar a la playa, se encontraron los viajeros con cuatro colonos de Santa María, que venían a darles excelentes nuevas. En la colonia todo era alborozo por los hechos hazañosos de su gobernador y, además, durante la ausencia de éste, habían llegado dos navíos de Santo Domingo, cargados de hombres, armas y víveres.

Estas noticias, en extremo halagüeñas, hicieron que Balboa apresurara la marcha, hasta el punto de no detenerse

en el puerto de Cáreta, sino para embarcar, con verdadero dolor del cacique, que hubiera querido recibir a los españoles con grandes fiestas y regocijos.

Embarcaron sin demora; pero dió el caudillo a Cáreta palabra de volver pronto a visitarle y le regaló valiosas joyas y lindas telas. Todos tenían prisa para verse otra vez en el Darién y explicar a sus amigos el éxito de la expedición. Había durado su ausencia cuatro meses y medio, y llegaron a Santa María, después de navegar dos días con buen tiempo, el 19 de enero de 1514.

\* \* \*

Cuando la escuadrilla de Balboa, compuesta de un pobre bergantín y algunas frágiles piraguas, penetró en el ancón de Santa María, toda la colonia esperaba en la playa, tremolando pendones y banderas. Era al caer de la tarde de un día templado y sereno. Declinaba el Sol, hundiéndose tras los montes, con resplandores rojizos. En el cielo ligeramente aborregado, las nubes tenues, finas, como velos nupciales, parecían envueltas en llamas. Y la villa se recostaba al pie de las montañas, bajo los airones inquietos de las palmas reales, estriada por los rayos oblicuos del Sol, coronada por el humo de sus chimeneas, henchida de alborozo.

El bergantín quedóse un poco atrás, adelantándose las canoas por el empuje de sus remeros indios. Desde la cubierta del barco velero, donde estaba Balboa, se oían, no obstante, los vítores de la gente que esperaba en la playa. Y al ver el capitán las flámulas que tremolaban los vecinos del Darién, mandó él colgar otras de los masteleros, empavesando el barco, e izó en la flecha del trinquete su pendón victorioso.

En la playa se hacían salvas con cañones pedreros, contestando los soldados de Balboa con sus arcabuces. Sonaron alegres, a bordo, clarines y chirimías, y empezó la tropa a dar gritos, como los daba la gente de tierra.

Lentamente, el bergantín continuó adentrándose en la pequeña bahía, al par que venían a su encuentro un enjambre de esquifes destacados de la ribera. Por fin, los botes, rebosantes de una multitud que no cesaba de vitorear a Vasco Núñez, llegaron hasta el bergantín, y le siguieron, como escolta de honor. Se cruzaban saludos y preguntas atropelladas entre los de uno y otros barcos; se pasaban obsequios con la punta de las pértigas y de los remos; se tiraban al aire los bonetes, y se repetían los gritos estentóreos de: — ¡Viva el Rey! ¡Viva Vasco Núñez de Balboa! ¡Vivan los valientes descubridores! ¡Viva el gobernador de Tierra Firme!

El caudillo, sentado en un banco de a bordo, todavía febril y trémulo ahora por la emoción de verse así recibido, miraba en torno suyo, espaciaba la vista por el ancón, sonreía con ingenuidad y azoramiento infantiles. Se inundaba su alma de alegría viendo ancladas en el puerto hermosas carabelas, llenas sus antenas y toda la arboladura de unos pajarracos negros, conocidos entonces en el Darién por el nombre de pájaros bobos, a causa de serlo tanto que se dejaban tomar con las manos.

El bergantín se había detenido y los marineros daban grandes voces, maniobrando la gavia.

— ¡Eh! ¡Apartaos! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Ahooooo!... ¡Ahooooo!...

Cayó la antena con estrépito, y en seguida saltaron al bergantín los que esperaban en las falúas, disputándose todos el honor de ser los primeros en abrazar a Balboa. El barco, no pudiendo contener a tanta gente, ahocicaba, se hundía por

la proa, y hubo un instante en que corrió serio peligro de zozobrar.

— ¡Quitaos de ahí! — gritó Arbolancha, abriéndose paso entre la multitud, a codazos y empujones —. ¡Ea, a las barcas!

Ayudado de Pizarro, Ezcaray, Muñoz y algunos soldados, logró Arbolancha que volvieran a pasarse a las canoas muchos de los que se habían subido al bergantín. Ya entonces estaba Balboa en brazos de sus grandes amigos Luis Botello, Fernando de Argüello y Bartolomé Hurtado. Continuaban los vítores y aclamaciones en las falúas y en la playa. Hurtado daba a Vasco Núñez interesantes noticias domésticas:

— Mincha está bien; os espera en vuestra casa, porque yo le dije que os esperara allí... ¡Cómo ha salido todo el pueblo a recibirnos!... Mincha habla ya castellano como vos... ¡Ah! Yo no seré más vuestro huésped, porque tengo mi cabaña. Me he casado con una india y vivo con ella y con mis monos, que ahora no son dos, sino siete, y tengo, además, una escuela de loros. Es cosa que merece verse, ¡por mi abuela!

— ¿Quieres callarte, pícaro? — decía Balboa, dando a Tomé un tirón en una oreja, y pasándole después la mano por la cabeza hirsuta y del color de la panoja.

— Este va para rico — manifestó Luis Botello, señalando a Hurtado —. Compra y vende armas, vestidos, pieles, cerdos, caballos, gallinas y cuanto Dios crió. Es mercader astuto, porque vende caro lo que adquiere regalado, y no hay bribón en la colonia que le pase de listo.

Se acercó Arbolancha para decir al capitán que iban a bajarle a una lancha.

— Yo bajaré por mi pie — advirtió Balboa.

Y en efecto, trasbordó sin ayuda. Llevaba coraza y casco

empenachado. Al verle descender del bergantín, la gente de las canoas arreció en sus gritos:

— ¡Viva el gobernador! ¡Viva el valiente Balboa! ¡Viva nuestro capitán! ¡Vivaaa!... ¡Vivaaa!...

Pareció que también una voluntad divina se sumaba, en aquellos momentos, al fervor con que el héroe era aclamado; pues se levantaron algunas ráfagas de brisa que hicieron flamear más intensamente las banderolas.

En la misma canoa que Vasco Núñez, iban Hurtado, Argüello, Arbolancha, Pizarro, el religioso Vera, Botello, Ezcaray y el negro Olano. Los remeros indios bogaban con tanto ardor y entusiasmo, que la canoa, deslizándose velozmente por las tranquilas aguas de la bahía, se adelantó mucho a las que le daban escolta y en pocos minutos llegó a la playa. Allí los soldados, metiéndose en el agua, cargaron en hombros al caudillo, que fué llevado así hasta su casa, precedido de alegres chirimías y en medio de un griterío delirante.

En la manifestación tomaron parte lo mismo los españoles que los indígenas, siendo de notar que estos últimos contestaban con un *viva* claro y castellano a las aclamaciones de los primeros.

Cuando llegó Balboa a su casa, le esperaba en los umbrales su numerosa servidumbre de esclavos, hombres y mujeres. Mincha, la mansa ovejuela, se arrodilló a los pies de su señor, y éste, alzándola del suelo, la besó en la frente.

Las indias de Tabunamá, cautivas de los españoles, que habían seguido la comitiva con la cabeza baja y las manos cruzadas sobre el pecho, se postraron de hinojos. En aquellos momentos, Balboa volvió a sentirse adorado por las gentes del país, que le creían encarnación del *Tuira*, su deidad gentílica.

\* \* \*

Mientras Vasco Núñez, en plena apoteosis, envuelto por el aura popular, iba sanando de sus fiebres, se ocupó en hacer un reparto equitativo de las riquezas logradas, entre los hombres que habían formado parte de la expedición y los colonos de Santa María. Se escogieron para el Rey doscientas perlas, las más finas y gruesas, que se sumaron a veinte mil pesos de oro, correspondientes al quinto real. Lo restante del tesoro se repartió bajo la dirección del caudillo, y todos, colonos y soldados, quedaron contentos, reconociendo justa la parte que hubo de corresponder a cada uno. Al perro *Leoncico* le fueron asignados, con aquiescencia unánime, quinientos pesos de oro, que, naturalmente, se guardaron en el arca de su amo; y a nadie se le ocurrió por esto tachar a Balboa de avaricioso. Tenía ambición, sí; pero era la suya una ambición muy grande, que le elevaba, y bien pudo escribir en su escudo la divisa clásica: *Aut Cæsar, aut nihil*; pues era capaz hasta de crear y regir un imperio.

No hubo general, entre los antiguos romanos, que, después de haber asistido a cien batallas, se encontrara, como Balboa, con sus huestes intactas: ni un solo español perdió la vida en la marcha a través del istmo, hecho imponderable, que había de producir, en su día, el asombro de la corte de España, y, más tarde, la admiración del mundo entero. Sin perder un hombre de su exigua hueste castellana, Balboa había atravesado cordilleras ingentes, y sometido pueblos, y explorado regiones pantanosas y selvas vírgenes, y descubierto un nuevo Océano, adquiriendo, junto con el dominio de una parte del Nuevo Mundo, desde entonces abierto al afán

de los hombres del viejo continente, un rico botín de oro, perlas y otros productos del país, como el algodón, riqueza cuyo valor ni aun el mismo Balboa podía calcular.

Y para que la calcularan hombres más entendidos en estos menesteres, el gran descubridor pensó enviar en seguida a España una relación amplia y detallada de sus hechos, junto con abundantes muestras de algodón, plumas exóticas, pieles de tigre, ejemplares de animales raros, telas trabajadas por los indios y aquellos veinte mil pesos de oro y las doscientas perlas que se destinaban al Rey.

Pedro de Arbolancha, más que amigo familiar de Vasco Núñez, sería esta vez el embajador. Era joven, apuesto, instruído en letras y había acompañado a Balboa en todas sus correrías. Lo que no hubiesen logrado Caicedo y Colmenares, que se enviaron anteriormente a gestionar el apoyo y favor del rey Fernando, podía conseguirlo Arbolancha con su elocuencia y su tesón.

El día que se trató de enviar a España un nuevo mandatario, estaban Balboa y sus amigos íntimos sentados en los arriates del huerto que cuidaba Mincha con sus manos de princesa india. Era una tarde tibia del mes de marzo, y los reunidos habían sido obsequiados por el gobernador con sendos vasos de vino español. Arbolancha, Hurtado, Muñoz, Botello, Argüello, Valderrábano y el clérigo Vera, todos ellos silenciosos y atentos, saboreaban el sabroso aloque, a pequeños sorbos, mientras Balboa les exponía su plan. En la colonia reinaba la alegría, porque habíase intensificado con provecho el cultivo de la tierra y porque se esperaba alcanzar más óptimos frutos de las costas del mar Austral, cuando se emprendiera su explotación. El prestigio de Vasco Núñez entre los colonos del Darién parecía inquebrantable. Ningún momento más oportuno para acometer nuevamente la con-

quista de la simpatía cortesana, empresa más difícil que explorar sierras, someter a las tribus salvajes y descubrir mares.

— Bien podéis haber observado — decía el caudillo a los notables de la colonia, reunidos en su huerto — que tenemos por delante mucha tierra y la nueva mar con sus islas. Si la corte de España nos ayuda, nuestras serán la mar, las islas y toda la Tierra Firme, con sus grandes riquezas. No ha de permitir España que otras naciones vengan a recoger el fruto de lo que sembraron españoles. Necesitamos ser algunos miles para mantener sometidas a las tribus, dirigir el cultivo de las tierras y trabajar las minas de oro. Y juro a Dios que si el Rey no se decide a protegernos, yo no he de renunciar a una empresa que tantos tesoros promete y tantas hambres y sufrimientos nos ha costado. Más nuestro que del Rey es lo que llevamos descubierto, y no sufriríamos con paciencia que el Rey desconociera esta razón, otorgando a otros el provecho y el honor que nos corresponde por derecho a los pobladores del Darién.

— Es tan de justicia lo que decís — declaró Arbolancha —, que yo conseguiré de la corte los socorros necesarios y las cédulas que corresponden a vuestros méritos, o perderé la vida.

— Temo que nos suplanten privados y cortesanos — advirtió Argüello —. Ha ocurrido otras veces; pues faltan en la corte hombres de conciencia y sobran intrigantes.

— Viviremos prevenidos contra la intriga y la traición — aseguró Hernando Muñoz. — ¿Es que se nos puede engañar como a rapaces? Somos soldados viejos.

— Esta es la verdad — confirmó Botello —. A nuestro lado combatirían los indios contra los cristianos.

Estas palabras alarmaron al cura Vera, que se levantó del

escabel donde estaba sentado y extendió los brazos hacia adelante, como para detener la embestida de un enemigo imaginario.

— ¿Queréis callaros? — dijo —. No querrá Dios que peleen hermanos contra hermanos. Siempre, aunque fueran injustas, respetaríamos nosotros las resoluciones del Rey.

— ¡Allá veremos!

— ¡La injusticia no se debe tolerar ni aunque lleve corona!

— ¡Nuestro derecho es lo primero!

— ¡Rayo de Dios! ¡Ya se andarán con tiento los que intenten quitarme lo mío!

— No hay razón todavía para temer un despojo — hubo de advertir Vasco Núñez, viendo que arreciaban las protestas —. Dios, que nos ha salvado tantas veces de la muerte, nos protegerá también contra la ajena ambición. Además, tendremos en la corte buenos diputados, como Caicedo, Colmenares y este grande amigo Arbolancha, que sabría morir antes que descuidar nuestra defensa.

— ¿Y dónde deja vuestra merced la influencia de mis relaciones y testimonios escritos con letra redonda y clara? — preguntó Valderrábano, levantando la cabeza y apuntando al cielo con la punta de su barbita recortada y respingona —. ¿Lo que cantan mis folios no vale nada?

Siguieron discutiendo toda la tarde, y al día siguiente se acordó en consejo que partiría Arbolancha para España en el mejor navío. Bartolomé Hurtado, el risueño filósofo, que la tarde anterior no pronunció palabra, mostrándose indiferente a todo cálculo sobre el porvenir, interrogado después por Balboa, dijo:

— Yo vivo al día de hoy, y hoy me encuentro bien. Si mañana se me torciera la suerte, ya buscaría el modo de burlar el peligro. Los hombres de aquí y los de España son iguales,

y de ninguno me fío. Dejadme que me entienda solo. Ya veremos mañana lo que sucede.

Vasco Núñez, que conocía mucho a Tomé, no se sintió dolido por su egoísmo.

—Es franco conmigo — pensó —; pero, sin hacerme nunca traición sería muy capaz de abandonarme si me viera correr a la muerte. Fuera más ambicioso, y subiría lo mismo que he subido yo. Ese no sirve para mandarle a España, porque le falta corazón.

Aquel mismo mes, marzo de 1514, partió de Santa María, rumbo al Viejo Mundo, un hombre que tenía sobrado corazón: Pedro de Arbolancha.



## IX

### Castilla del Oro

En marzo partió Pedro de Arbolancha de Santa María, y en junio aconteció en la colonia un hecho inesperado y trascendental. Era la época de las lluvias, si bien aquel año no descargaban los temporales continuamente; había treguas con sol y calor bochornoso.

Ya en las postrimerías del mes, pasado San Juan, Balboa, que andaba convaleciente de sus calenturas, observó ciertos resquicios en el techo de su casa, y, queriendo librarse de goteras, para cuando otra vez comenzara a diluviar, emprendió la reforma de toda la cubierta, que era de paja.

Todos los vecinos del Darién se preocupaban por combatir la humedad, muy peligrosa en aquellas latitudes. El país era malsano, a causa de los anegadizos. Ya Balboa soñaba con trasladar el establecimiento a orillas del mar Austral, viendo que los miasmas emanados de las lagunas y cenegales ocasionaban frecuentes enfermedades, muchas veces seguidas de muerte. Se criaban sapillos en cualquier charco, hasta en el interior de las casas, y una gota de agua que entrase en la vivienda era siempre mirada como un peligro.

Estaba, pues, Balboa, el día 29 de junio, ocupado en menesteres domésticos, extraños a su dignidad de gobernador y a su gloria de caudillo victorioso; y sin embargo, armoni-

zaban bien aquellos cuidados del héroe por su casa con la vida patriarcal de los colonos de Santa María. Muy ligero de ropa, todo vestido de blanco, con zaragüelles en los muslos y una camiseta de algodón sobre la de lienzo, Vasco Núñez ayudaba a los indios de su servidumbre y llevaba de un lado a otro grandes haces de paja como un bracero vulgar. Viéndole calzar alpargatas y vestido de aquella guisa, que más parecía estar en paños menores, ¿quién le sospechara gobernador y general aspirante al favor del rey de España y a ser él soberano, a su vez, de las tierras del Nuevo Mundo?

— ¡Eh, capitán! ¿Cómo estáis ahí tan ocupado? ¿No sabéis lo que pasa?

— ¡Bajad presto, que tenemos barcos a la vista!

Quienes esto decían eran Fernando de Argüello y Bartolomé Hurtado, que iban los dos vestidos con su colete de piel, a pesar del calor, y llevaban espada en el cinto.

Balboa, subido en la cubierta de su casa, miró hacia el mar, haciendo pantalla sobre los ojos.

— Mirad por el lado de Oriente — dijo Tomé —; yo he contado hasta quince navíos.

— Tantos no son — corrigió Argüello —; pero ocho o diez sí creo que vienen. ¡Una gran escuadra del Rey! ¡Loado sea Dios si vienen esos barcos para la paz!

Continuó Balboa atalayando desde su altura. También miraban los indios, olvidados de su labor, y Tomé, extendido un brazo hacia la costa oriental, repetía:

— Son quince barcos de gran porte y mucho árbol. Observad por allí, por allí...

— Sí; ya veo — declaró Balboa —. Y veo también un esquife que se acerca a la playa.

Descendió hasta el suelo por una escalerilla de mano y añadió:

— Esos deben ser barcos que envía el Rey. Sin duda nuestros amigos Caicedo y Colmenares lograron conmovier a don Fernando y al Consejo de Indias.

— ¿Queréis que nos acerquemos al mar? — preguntó Argüello.

— Id vos con Hurtado — contestó Balboa —; yo entre tanto acabaré esta faena. Falta poco para terminarla.

Y comenzó a dar órdenes a los indios para que apresuraran el trabajo.

— Haríais mejor en vestiros — observó Tomé —; pues no está bien que os hallen los forasteros en zaragüelles.

Balboa se echó a reír, mirándose los calzones blancos y las alpargatas.

— No creo que vengan a verme damas de la corte — dijo —. Pero, en fin, quizá tengas razón. Me vestiré en seguida.

Pasaron varios hombres, que se dirigían a la plaza, y a ellos se juntaron Argüello y Tomé. El gobernador se quedó dirigiendo la reconstrucción de la techumbre averiada, y, ocupado en este menester, se le pasó el tiempo, tanto que allí le sorprendieron, todavía sin mudarse de traje, los mensajeros de don Pedro Arias de Ávila, el capitán de la armada española arribada al ancón de Santa María.

Los emisarios, a quienes acompañaban Argüello, Hurtado y otros colonos, admiráronse mucho de ver al gobernador de la villa tan sencillamente vestido.

— ¿Sois vos acaso Vasco Núñez de Balboa? — preguntó uno, mirando al preguntado con aire entre receloso y despectivo.

Balboa comprendió las dudas y la servidumbre de los mensajeros, gente baja e incapaz de comprender la grandeza de un hombre, si no la revelaba un brillante exterior.

— Yo soy Vasco Núñez. ¿En qué puedo servirlos? — dijo.

Los mensajeros no volvían de su asombro. El más alto y arrogante de los dos, miró otra vez a Balboa con impertinente curiosidad, declarando a la vez su extrañeza con suma indiscreción.

— ¿Sabéis que es fama en España que tenéis el oro a montones? Nosotros esperábamos encontraros sentado en un trono resplandeciente.

Balboa soltó la carcajada y otro tanto hicieron Argüello, Tomé y todos los que asistían a la entrevista.

— A este país se le llama, en España, Castilla del Oro — siguió diciendo el emisario —, porque es fama que aquí son de oro las montañas.

Como se produjera una nueva explosión de risa, los mensajeros se sintieron corridos y palidieron un poco.

— La fama siempre exagera — dijo entonces Balboa —. Es cierto que hay oro en este país, pero no tanto que baste inclinarse al suelo para cogerlo. Mas decidme ¡por Cristo! quién es Arias de Ávila y qué misión le trae a mis dominios.

— Don Pedro viene enviado por el Rey, que Dios guarde, a gobernar en Tierra Firme — explicó un mensajero. Manda quince bajeles y dos mil soldados, y le acompañan, además, su esposa, doña Isabel de Bobadilla y otras damas, así como el obispo fray Juan de Quevedo y otros ministros del Señor.

— Él sea loado! — exclamó Balboa —. Se nos viene la corte encima. ¿Y en dónde alojaremos a gente tan ilustre y numerosa?

— Desea saber don Pedro — dijo el otro emisario — si estáis presto a recibirle como corresponde a quien tiene títulos reales para mandar sobre vos y sobre todos vuestros hombres, indios y cristianos.

— Yo y todos mis amigos haremos cuanto podamos para

servirle a su gusto — contestó Vasco Núñez —. Volveos a la nave capitana y decidle a vuestro señor que allá vamos todos los del pueblo a rendirle homenaje. Andad; no perdáis más tiempo, que don Pedro puede sentirse impaciente por vuestra tardanza.

Con esto se volvieron los emisarios, y Balboa, dirigiéndose a los colonos que habían presenciado la escena, les dijo, con cierto dejo de amargura:

— Ya veis, amigos; vienen hombres de España a gobernar-nos en nombre del Rey, y lo primero que nos piden es que les rindamos honores, cuando más los merecemos nosotros por nuestros trabajos y desvelos. No me coge de sorpresa su llegada, que ha tiempo esperaba yo de la corte enviados de ese jaez. Sed prudentes y avisad a todos los cristianos de la villa para que se reúnan conmigo junto al mar. Si hay motivo de queja, se verá después; pero ahora nos toca portarnos como buenos vasallos del Rey, nuestro señor.

Y sin decir más, se entró en su casa, para vestirse y armarse. No tenía un abundante ropero, pero Mincha le escogió las mejores calzas y un jubón sobrado de remiendos, ocultos bajo la coraza de ancho espaldar y abultado peto, brillante como el arnés de un justador. Colgó Balboa su tizona del tahalí, calóse la celada, donde llameaban vistosas plumas, y se fué camino de la playa.

\* \* \*

Se habían congregado junto al mar todos los principales de la villa. Estaban murmurando en grupos, desasosegados y expectantes, revelándose en todas las caras la preocupa-

ción. Al ver llegar a Balboa, le rodearon en seguida, para comunicarle sus inquietudes y temores.

—¿Queréis callaros?— dijo Vasco Núñez, ocultando el verdadero estado de su alma—. Esperad a ver cómo nos trata esa gente. En justicia, nadie puede intentar cosa alguna contra nosotros.

—¡Es que viene con esa gente el bachiller Fernández de Enciso!— advirtió Bartolomé Hurtado.

Balboa arrugó el ceño.

—Bien está; es un antiguo amigo— dijo—. ¡Ea, basta! Ved que ya comienzan a venir a tierra.

En efecto, algunos de los bajeles de la escuadra, los de menos porte, se habían acercado hasta clavar la quilla en la arena, y los marineros y soldados saltaron al agua. Balboa envió todas sus canoas a las carabelas, para facilitar el desembarco.

El cielo aparecía encapotado y oscuro, pero la mar estaba en calma y el calor era sofocante.

—¡Buenos pelotes llevan los ballesteros!— observó Tomé, refiriéndose a los casacones de piel de los soldados.

—¡Y buenas ballestas catalanas y lanzas de Tolosa!— ponderó otro, que estaba cerca de Hurtado.

Los que desembarcaban fueron llegando a la playa entre gritos y risotadas. Los colonos de Santa María, agrupados al largo de la ribera, cantaban el *Te Deum laudamus*, desentonando atrozmente; era un coro anárquico, que más parecía canto salvaje de guerra que saludo de bienvenida.

Balboa, a quien rodeaban sus amigos íntimos, parecía impaciente por verse de una vez frente al capitán de la expedición y miraba con envidia los vestidos y las armas de los soldados recién venidos de España. Eran hombres robustos y vistosos. Ceñían, unos, brillante plastrón o coracilla de hie-

rro, y, otros, brigantina de piel, con escamas sobrepuestas y clavazón de metal. En la cabeza llevaban celada, casco de cuerno o bonete de fieltro; pero todos mostraban magnífico equipo y armas poderosas, constituyendo la más lucida tropa que jamás pudo soñar un general en aquellos tiempos y en las Indias. ¡Qué distintos los aventureros del Darién, de porte miserable, que habían explorado y pacificado la barrera de montañas que separa los dos mares!

La actitud de los soldados llegados con la escuadra del Rey, era casi insolente. Llegaban a la playa, desperezándose, estirando los brazos y las piernas, sacudiéndose el agua de que estaban salpicados sus vestidos, y miraban a los colonos andrajosos con desprecio y lástima.

Uno se acercó a Balboa, sin conocerle, y le preguntó, entre burlón y provocativo, dónde estaban guardados los tesoros de los indios. Balboa permaneció callado. El otro repitió la pregunta con aire más zumbón, y dijo Vasco Núñez:

— ¡Después lo sabréis, amigo! ¡Dejadme en paz!

— ¿Sois vos el celador por acaso? Tenéis cara de avaro — se atrevió a decir el soldado irreverente.

Y como hiciera además de acercar una mano al penacho de plumas que llameaba en el casco de Balboa, le dió éste tan formidable bofetón, que el atrevido rodó por la arena, echando sangre por boca y nárices.

En aquellos momentos llegaba el bachiller Fernández de Enciso, que evitó con su presencia un choque de los soldados con los amigos de Balboa.

— ¡Buena mano! — casi gritó el bachiller —. Por ella sola y por la fuerza al pegar os hubiera reconocido.

Estaba delante del caudillo, rechoncho y vestido de negro, como antaño, y sonreía con aire bonachón, pareciendo el más inofensivo de los mortales.

— ¿Vos debéis venir de enemigo? — inquirió Balboa,

— Vengo de alguacil mayor. Nada temáis de mí. Me manda don Pedro Arias de Ávila, que no os quiere mal, porque hasta la corte llegaron noticias de vuestras hazañas. Yo tengo olvidada nuestra antigua querella y he de procurar que me estiméis.

— Sed, pues, bien llegado, ¡y que Dios os premie la buena voluntad! — dijo Vasco Núñez.

Continuaba el desembarco, y eran llevados en hombros de los marineros, de las barcas a la playa, los principales de la expedición: capitanes, letrados, sacerdotes. Los vecinos del Darién seguían cantando el *Te Deum*. Enciso iba presentando a Balboa y a sus amigos toda una cohorte de personajes, cuyos nombres sonaban pomposamente con arrastres reveladores de hidalguía. Se sucedían los apellidos unidos a nombres de ciudades y pueblos castellanos: Arias de Toledo, Fernández de Ureña, Enríquez de Benavente, Lobo de Sigüenza, Castillo de Almagro, Rubio y Arcos de Aragón, Pérez de Zafra, de Trujillo, de San Juan, de Segovia, de Córdoba, de Almen-dralejo...

Y entre tanto tocaban los clarines alegre fanfarria y se iba extendiendo por toda la ribera un vocerío ensordecedor. Se desembarcaban víveres, caballos, banderas, armaduras, muebles. Ante los ojos asombrados de los colonos pasaron camas y mesas labradas, arcones y arquillas de prolija taracea, estrados, pabellones, tapices, sillones de maderas preciosas y delicada labor, un menaje rico y ostentoso, como nunca se había visto en aquella tierras.

Y aumentó la admiración de la gente de Santa María viendo el lujo con que vestían los caballeros y las señoras, aquéllos con sus jubones de brocado, sus gabanes y tabardos, sus camisones randados, primorosos, que les salían por las

bocamangas y por la abertura del pecho, encordada con cintas; las damas con sus ricos briales, guarnecidos de alforzas, y la cabeza tocada con crispina de oro y seda. Sin duda se pensó, deliberadamente, hacer un alarde de ostentación, para tener propicios a los rústicos del Darién, y se habían vestido los viajeros nobles como si fueran a un baile. No era la ocasión para lucir tanta balumba de encajes, tanto brocado de Florencia, tanto raso y terciopelo, tan brillantes collares y zarcillos.

El mismo don Pedro Arias de Áyila, viejo altivo, de luegas barbas blancas y elevada estatura, iba vestido con lujo impropio y desmesurado. Sus ropas de color obscuro, muy ceñidas y finas, su airosa capa, su gorguera almidonada, su escarcela suspensa del cinto, su espada de preciosa empuñadura, le hacían parecer un cortesano, no un hombre de empresa, destinado a la exploración de tierras vírgenes.

Balboa le reconoció con sólo observar su aire autoritario de vacuo señorón y su paso solemne y majestuoso. Se acercaron el uno al otro, cada quien con su séquito, y quedáronse un momento los dos hombres mirándose cara a cara como dos enemigos.

— ¿Sois vos Vasco Núñez de Balboa? — preguntó, al fin, don Pedro, sin abandonar su arrogancia.

— El mismo soy. He venido a ponerme a vuestras órdenes. Mandadme en nombre del Rey.

Y añadió, dirigiéndose a doña Isabel de Bobadilla, que, rodeada de sus damas, le miraba con mucha curiosidad:

— ¿Me permitís, señora, que bese vuestra mano?

La dama sonrió complacida, alargando su diestra, que Balboa hubo de besar con respeto.

— Gran pena será para nosotros — dijo —, los que vivimos en esta pobre villa, no poder alojaros como merecéis; pues

nuestras casas son tristes cabañas y míseros bohíos. Bien comprendo que a tan ilustres huéspedes convendría un palacio; pero habrán de contentarse, lo mismo las damas que los caballeros, con lo que haya y con nuestra voluntad.

—Nadie os pide milagros, Vasco Núñez — observó don Pedro, siempre arrogante —. Quien ofrece lo que tiene merece gratitud, igual si tiene una choza como si tuviera un castillo.

Balboa presentó a don Pedro los hombres más notables de la colonia, quienes acordaron distribuirse, para darles albergue en sus casas respectivas, los personajes de la expedición. La casa más capaz y cómoda de la villa era la de Balboa, y ésta, junto con toda la servidumbre, quedaban a la disposición de don Pedro, doña Isabel y el obispo fray Juan. Vasco Núñez y Mincha se irían a vivir con Hernando Muñoz.

— Los demás se repartirán entre todas las casas — dijo el caudillo —, y haremos en seguida otras nuevas; pues indios sobrados tengo para emplearlos en tales menesteres y tampoco los castellanos sabríamos estar ociosos.

De este modo fueron recibidos en Santa María la Antigua, los hombres enviados directamente por el rey Fernando *el Católico* a poblar las regiones ya exploradas de Tierra Firme. Iban entrando en el pueblo los forasteros, y en cada huella de su paso veían los colonos un presagio de temidas desventuras.

\* \* \*

¿Qué había sucedido en España para decidir al Rey a formar una tan poderosa armada con destino al Darién? ¿Cuáles eran los méritos de don Pedro de Arias, o Pedrarias, como se le nombraba comúnmente? ¿Por qué Fernando *el Ca-*

tólico arriesgaba en aquella empresa, que otros acometieron por iniciativa individual, una suma tan considerable de intereses?

Balboa procuró informarse, y supo al detalle cuanto había acontecido en la corte de Castilla. No era posible que guardaran reserva los dos mil individuos llegados del viejo continente, ni el hecho requería cubrirse con velos de misterio. No permanecieron ociosas las lenguas, sobre todo en los primeros días, mientras se buscaba alojamiento para tanto huésped; y el menos curioso se habría enterado de los motivos que tuvo la Corona para intervenir directamente en la aventura comenzada con desgracia por Alfonso de Ojeda y Diego de Nicuesa.

Zamudio, alcalde de Santa María y primer embajador que Balboa envió a España, no consiguió vencer la influencia del bachiller Enciso, que intrigaba en la corte, llevado de su sed de venganza. Zamudio, por defender a Balboa, se vió perseguido y tuvo que esconderse. Esto ya lo sabía, por carta de su amigo, el descubridor del mar Austral.

Cuando el Rey y el Consejo de Indias tuvieron noticia de que Nicuesa, obligado a embarcar contra su voluntad por los pobladores del Darién, había perecido trágicamente, se formó proceso contra Balboa, considerado entonces como un aventurero, más aún, como un bandido, que, atropellando todo, rebelde a la autoridad delegada por el soberano, se alzaba con el mando de la colonia.

A la sazón andaban por Castilla muchos nobles desocupados, y uno de ellos, Pedrarias Dávila, caballero de Segovia famoso por su destreza y su fortuna en los torneos, pedía de la corte un empleo que se acomodara a sus aptitudes y a su rango. Estaba ya en edad provecta, pero todavía era conocido con los nombres de *el Galán* y *el Justador*, vestigios de

la gloria de sus tiempos mozos, cuando, ceñido el cuerpo gallardo por arnés de reluciente acero, solía salir triunfante de los juegos de armas.

La corte creyó adivinar en Pedrarias Dávila el hombre a propósito para poner término a los disturbios del Darién. Los reyes se equivocan muchas veces con la mejor intención. Pedrarias era un noble decorativo, una figura de cabalgata o, a lo sumo, un héroe de los juegos caballerescos; pero ni tenía dote alguna de gobernante ni valía su alma lo que el más modesto de sus fastuosos vestidos. Vacuo, imprudente, arrebatado por su necio orgullo, pronto demostraría que no pudo recaer la elección en persona de más funestas pasiones.

Llegaron a Castilla, mientras se preparaba la armada de Pedrarias, Juan de Caicedo y Rodrigo Enríquez de Colmenares, nuevos mandatarios de Balboa. Eran portadores de excelentes nuevas y de ricas muestras del metal amarillo, que deslumbraron a los cortesanos. Éstos ya no pensaron, en adelante, que fuera Vasco Núñez un bandolero; pero, de todos modos, quiso el Rey someterle a la autoridad de Pedrarias, recelando que un hombre hecho a correr aventuras y que no podía exhibir sino el recuerdo de sus títulos, como pobre hidalguelo, sería siempre más peligroso que un personaje distinguido entre la nobleza castellana.

Se apresuraron, pues, los preparativos que ya se venían haciendo, para enviar al Darién una poderosa escuadra, y se aumentó el número de naos y de soldados expedicionarios, oídas las referencias tentadores que daban Caicedo y Colmenares de las riquezas de los indios. Todos los nobles que no tenían en qué ocuparse, se alistaron en la expedición. Eran los mismos que pensaron irse a Italia con *El Gran Capitán*, cuando se quiso reparar el desastre de Rávena, y que, por haberse desistido de la empresa, se morían de tedio en la ocio-

sidad, nostálgicos de la gloria guerrera y del botín de las batallas. En los quince navíos dispuestos en Sanlúcar embarcaron dos mil, y más habrían sido si hubiera más barcos disponibles, porque la fama del oro indiano atraía a los hombres como la luz a los insectos.

Desde luego se concedió título de ciudad a la villa de Santa María la Antigua. El fraile franciscano fray Juan de Quevedo, predicador del Rey, fué consagrado obispo del Darién, para el arreglo y servicio del culto divino. Se nombró veedor a Gonzalo Fernández de Oviedo, que habría de hacerse famoso como cronista, y de tesorero iba Gaspar de Espinosa, joven licenciado que acababa de obtener el título en Salamanca. Y el Rey, que gastó en la armada hasta cincuenta y cuatro mil ducados, hizo prometer a Pedrarias solemnemente que miraría por la conversión y buen trato de los indios, requiriéndoles siempre para la paz y amistad antes de hacerles la guerra; que no consentiría pleitos; que daría siempre parte de lo que hubiese de hacer al obispo, clérigos y frailes que llevaba, y otras muchas cosas detalladamente expuestas en una larga instrucción, donde la Corona demostraba su prudencia, su sabiduría, su humanidad y su noble afán de civilizar a las gentes del Nuevo Mundo, sin apartarse un momento de la ley de Dios.

Uno de los enviados de Balboa, Juan de Caicedo, murió entre tanto, horriblemente hinchado, sin haber tenido la satisfacción de volver al Darién, como había prometido a los colonos y a su mujer, que no tuvo noticia de la desgracia sino cuando la armada de Pedrarias arribó a Santa María.

La situación en la que llamaban Castilla del Oro, después que se hubieron instalado en la colonia los soldados del Rey, cambió radicalmente. Balboa, que se fué a vivir con Hernando Muñoz, para dejar su casa a Pedrarias, ya no intervino en

el gobierno del país sino como consejero, a quien se prestaba a veces alguna atención; pero más frecuentemente se prescindía de su experiencia, obrando el nuevo gobernador por impulso espontáneo, es decir, a ciegas.

Terminó la vida patriarcal de los primeros pobladores, con la inevitable separación de clases y categorías. Sólo lograban la simpatía de don Pedro los que tenían títulos de nobleza; y como no había nobles entre los antiguos colonos, por fuerza iban éstos a sentirse postergados y aun despojados de sus derechos de prioridad y de sus intereses legítimos. Comenzaron a menudear las querellas a causa de hacerse injustas concesiones de tierras y abusivos repartimientos de esclavos; hubo frecuentes desafíos entre los caballeros que se disputaban el amor de las indias gentiles; fueron inquietadas las tribus comarcanas por la soldadesca imprudente, y en fin, se perturbaron el bienestar y buena administración de dicha colonia, con harto dolor de Balboa, que solía decir a sus íntimos:

— Nada puede esperarse de un hombre que, por sólo llevar la contraria a quien le aconseja bien, sería capaz de quemar el pueblo. Está el entendimiento de Pedrarias mucho más bajo que su orgullo. Yo confío en Dios que algún día habrá de arrepentirse ese gobernador que tenemos para castigo de nuestras culpas, y si no se arrepiente ¡ay de nosotros!

A los dos días de haber arribado la armada, Vasco Núñez presentó por escrito al gobernador un informe minucioso y claro de sus exploraciones y descubrimientos, tribus que había sometido y lugares donde sospechaba que se hallarían minas de oro. Intervino, para dar fe, el licenciado Gaspar de Espinosa, que era alcalde por cédula real; pero Pedrarias comenzó en seguida una pesquisa secreta, disgustando a Espinosa y a Balboa, y en este pleito estaban mientras se iban

pervirtiendo las buenas costumbres de la colonia con la irrupción de gentes advenedizas y perturbadoras.

Esto era lo que había conseguido la corte, obrando de buena fe, con el envío de sus representantes: despojar a Balboa del mando que le correspondía por sus merecimientos, dándoselo a un vanidoso incapaz, que ya comenzaba a perseguir al héroe por envidia torpe y ruin; hacer dos bandos enemigos de los oficiales reales y de los capitanes compañeros de Vasco Núñez en sus exploraciones y conquistas; molestar a los colonos y a los indios; entorpecer la obra de pacificación heroica y provechosamente emprendida, y preparar la tormenta que habría de estallar más o menos tarde.

Justo es advertir, sin embargo, que a su lado tenía Pedrarias el espíritu del mal, encarnado en la persona de un hombre que vivía sólo para vengarse: el rencoroso e implacable bachiller Fernández de Enciso, quien, con la sonrisa en los labios, esperaba sin impacencias el momento del desquite.

\* \* \*

Al contrario de Enciso, fray Juan de Quevedo, que asumía en la colonia la máxima autoridad espiritual, se inclinó del lado de Balboa desde el primer momento y fué su acérrimo defensor, por considerarle más cauto y más inteligente que ninguno de los brillantes caballeros que tenían cédula real.

Fray Juan de Quevedo alimentaba la ilusión de evangelizar todo el nuevo continente, sembrándolo de conventos franciscanos. Había advertido, a poco de llegar al Darién, que Balboa tenía firmes creencias religiosas, afición entrañable a la gloria de Castilla y excepcionales cualidades de general y organizador. Hubiera querido el obispo ver a Vasco Núñez

en el puesto de Pedrarias y destinado el oro de la opulencia indiana exclusivamente al servicio de Dios, bajo la sabia administración de los hijos del santo de Asís.

Balboa hubo de acudir al obispo, al verse perseguido secretamente por el gobernador, que quería enviarle a España cargado de grillos; y fray Juan de Quevedo prometióle interceder, tomando la defensa de su causa.

— Bien haces en fiarme tus cuitas y aflicciones, hijo mío — le dijo —, porque ya estaba pensando en ser tu abogado antes de que me hablastes. Es verdad que Pedrarias no te quiere bien, creo que por sugestión y envidia de los oficiales nombrados por el Rey; pero me parece que Espinosa, el alcalde mayor, está animado de un espíritu más justiciero, y yo, por mi parte, haré cuanto pueda en tu defensa.

Desde entonces el obispo Quevedo comenzó a decir públicamente en todas partes que era Balboa un admirable capitán, sin duda el más apto para conducir a las huestes castellanas concentradas en Santa María, y solicitó de Pedrarias benevolencia para su protegido.

El gobernador, a quien no podía agradar que otro hombre, con escasos antecedentes de familia y sin influencia, se destacara de su brillante séquito de oficiales, no se mostró propicio a complacer al prelado, y dijo que seguiría el proceso contra Vasco Núñez, aunque le pesara a toda la colonia.

— Pero vos, según instrucción que se os dió al salir de España — hubo de recordar el franciscano —, debéis consultarme todas vuestras providencias. Yo no me opongo a que hagáis justicia, mas ved que Balboa puede serviros mejor que ningún otro de vuestros capitanes.

— No piensa de este modo el bachiller Enciso — replicó Pedrarias, de muy mal talante.

— El bachiller Enciso — dijo el obispo — es hombre ren-

coroso y tiene antiguos agravios que vengar. Preguntad, en cambio, a los pobladores que primero llegaron a estas tierras, junto con Balboa y el bachiller. Todos ellos adoran a su capitán, porque conocen sus merecimientos.

Pedrarias se impacientaba e insistía en su propósito de enviar a España a Vasco Núñez, cargado de cadenas.

— Y conseguiréis con eso — advirtió fray Juan de Quevedo, recurriendo a la astucia — que se conozcan mejor en la corte las hazañas de ese hombre, cuyo valor despertará la admiración del mismo soberano. ¿Olvidáis que ha descubierto el mar del Sur y sometido numerosas tribus sin perder ni uno solo de sus soldados? Cuando esto lo diga él mismo en la corte, el Rey le hará gobernador, adelantado o lo que quiera. Acaso vuelva mañana a quitarnos a vos de vuestro puesto, por títulos reales. Más os valiera tenerle adicto y aprovecharos de su conocimiento de estas tierras.

Conmovieron a Pedrarias estas palabras del obispo y desistió de que fuera Balboa a Castilla, temiendo que allí encontrara el galardón y no la muerte. Pero su ánimo siguió siendo hostil al héroe, parte por mala voluntad, nacida espontáneamente, como la hierba correhuela de los campos, y parte por influencia maligna de Enciso. Se vió Balboa envuelto en una tupida red de pleitos, y se quedó, al poco tiempo de haber arribado al Darién las naves reales, más pobre que había salido de Salvatierra. El gobernador le despojó de todos sus bienes, no dejándole ni oro, ni casa, ni plantíos. Y si no intercedieran enérgicamente el obispo y el alcalde mayor, hubiese pedido Pedrarias que le quitaran la vida.

Era natural, por tanto, que los habitantes de Santa María se hubieran dividido en dos bandos: unos, los antiguos pobladores, partidarios de Balboa y de la justicia; otros, los advenedizos, aficionados a la arbitrariedad del gobernador, mer-

ced a la cual esperaban prosperar sin gran esfuerzo, aprovechándose del ajeno trabajo.

No tardaron en desengañarse los que se forjaban tan risueñas ilusiones. Vinieron días tristes de escasez espantosa y de dolor implacable, días en que faltó el pan y se hizo más intenso el azote de las fiebres.

Los antiguos colonos, habituados a semejantes crisis, las habían previsto y hallábanse en situación de vencerlas. Tenían reserva de víveres, pero sobre todo hubieran podido resistir un prolongado ayuno. Además, su adaptación al clima les defendía de los vapores palúdicos, de modo que no eran ellos los más castigados por las enfermedades.

En cambio, los otros, aquellos cuya inocente ambición les hizo confundir el Darién con un paraíso, esperando que les bastaría pisar tierra americana para verse ricos y poderosos, comenzaron a caer, víctimas del hambre y de la fiebre. El mismo Pedrarias estuvo enfermo mucho tiempo. No pasaba día sin que hubiesen de abrir nuevas fosas; el recinto sagrado donde se enterraba a los muertos iba ensanchándose rápidamente, formando un bosque de cruces.

El gobernador, hallándose postrado, no podía ocuparse en buscar remedio al mal, ni lo habría conseguido aunque estuviera rebosando salud, pues no acertaba a dar una orden oportuna y conveniente. Los indios se negaban a traer víveres a la colonia y los amigos de Balboa veían morir a los hambrientos sin conmoverse.

—¿No han venido a coger el oro con redes?—decían—. Pues que aprendan lo que cuesta el ganarlo o que se vuelvan a sus casas de Castilla.

En efecto, se volvieron muchos, todos aquellos que aun tenían ánimos para embarcarse y preferían los peligros del mar a las calamidades de la tierra. Otros, desesperados, ven-

dían sus vestidos y sus armas, dando, a cambio de unos menudrugs, toda su antigua balumba de encajes y brocados. La casa de Tomé habíase convertido en prendería de judío. El amigo de los monos era ahora un comerciante sin entrañas, y hacía negocios pingües, bienquisto de sus viejos camaradas y adulado continuamente por sus propias víctimas. En un mes murieron setecientos expedicionarios del Rey y se llenó el bohío de Tomé de ricos jubones, pellotes, coletos, capuces, balandranes, polainas, bonetes, armaduras, espadas, brigantinas, escarcelas.

— Ved aquí lo que son los sueños de los hombres — solía decir Hurtado a sus amigos, mostrando ora la abundancia de su ropero, ora las grandes zanjas del cementerio, abiertas como en tiempos de peste o de guerra —. La miseria y la muerte salen al paso de la ambición. Y los que supimos esperar sin impaciencia, somos, al final, los aprovechados.

Balboa le echó en cara su egoísmo, pero Tomé no se inquietaba por ningún reproche.

— ¿Vais a retirarme vuestra amistad, capitán, porque me dedico a estos rescates? — preguntaba sonriendo —. ¡Bah! Habéis visto morir a un hombre en la calle o a otros pacer la hierba de los campos, como bestias. Tenéis el corazón demasiado blando si os conmueven esas cosas. ¡Las hambres que tengo yo pasadas, vive Dios, y la hierba que llevo comida! Acordaos de nuestras andanzas por esos mundos, y cuidado de que no os corten mañana la cabeza los mismos que hoy os piden limosna, después de haberos quitado el mando y la fortuna. Yo me ocuparé de mi propio bien mientras me dejen, que no soy santo y mucho menos necio.

Sólo para el aprovechado Tomé, impasible ante el dolor ajeno, igual que ante los peligros de su azarosa vida, eran las costas de Urabá la soñada Castilla del Oro.

## Los buenos oficios de un obispo

La iglesia de Santa María la Antigua era una capillita de paredes de tapia, obra del clérigo Andrés de Vera, que trabajó en ella como peón antes de ofrecer en sus altares, ya revestido de sacerdote oficiante, el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Se ensanchó la capilla por orden del obispo Quedo, al poco tiempo de haber éste arribado de España con la expedición de Pedrarias, y se construyó, con obra de fábrica, un modesto campanario, donde volteaban alegremente, en horas matutinas, dos pequeñas y sonoras campanas.

Erguida en el centro del valle y rodeada de frondosos hobbos, la capilla tenía ambiente poético. Era una casita de Dios puesta sobre el césped y bajo un pabellón de follaje. Los bohíos de los colonos, diseminados en su derredor, pero a distancia, parecían guardarla, vigilantes; y sólo un albergue, entre tantos, la habitación de Pedrarias, que fué la de Balboa, estaba cercana al templo, turbando un poco su recogimiento y amable soledad. A cincuenta pasos, se deslizaba el río, entre bejucales, musitando interminable y misteriosa queja; y en torno al puntiagudo campanil, de ojos románicos, revoloteaban bandadas de palomas.

Había terminado aquel domingo, la misa mayor.

Salían ya los fieles del templo y se formaron animados

grupos bajo la sombra fresca de los árboles. No era así la costumbre; pues otros domingos, después de oír misa, íbanse los hombres a jugar a la pelota y las mujeres a pasear por la playa. Esta vez se quedaron aquéllos murmurando, fijos los ojos en el atrio, como si esperaran que saliera un personaje objeto de general curiosidad. Sólo los indios, desligados en absoluto de la política, salían del templo y cruzaban la pradera, sin detenerse, encaminándose a sus albergues.

Sobre el verde de la hierba destacaban las colorainas de los vestidos, que no eran los flamantes y fastuosos llegados de España dos años antes, sino otros más humildes, desteñidos y caducos, y con abundantes parches y remiendos. Las damas, sin embargo, vestían todavía sus ropas rozagantes, con muchas puntillas y avantales bordados, y solían ir cubiertas con mantos y capuces.

También ellas hubieran querido quedarse bajo los hobos, para ver lo que allí pasaba; pero no convenía a su recato y buena fama el figoneo, razón por la cual íbanse todas apresuradamente, dejando en el césped leve huella de sus chapines y el aire cargado de un vago olor de almizcle.

Al pasar junto a los hombres, muy tapadas y presurosas, éstos se inclinaban, quitándose el bonete y doblándose por la cintura, en un exceso de reverencia; pero no osaban decirles palabra, no siendo las formularias de un saludo: «¡Dios guarde a mi señora muchos años! ¡Vaya su merced con Dios! ¡Que la Virgen os guíe!»

En un grupo formado por el alcalde Espinosa, los colonos Botello y Muñoz y un viejo astrólogo veneciano a quien llamaban micer Codro, se discutía acaloradamente. Muñoz y Botello contenían a duras penas su coraje.

—Tiene razón el obispo— decía Botello, temblando de cólera—; dos años lleva Pedrarias esforzándose por hundir

a Balboa, y nos pierde a todos por igual con su condenada envidia. ¡Qué el diablo le lleve! Siempre detuvo las cartas venidas de Castilla y las abrió para enterarse de lo que no le importaba; no extrañéis que ahora haya detenido los despachos del Rey que nombran a nuestro capitán Adelantado del Mar del Sur. Es demasiada perfidia; no pueden tolerarla los hombres de corazón.

—Medid vuestras palabras, Luis Botello—observó el alcalde—; no vayan después a costaros la cabeza.

—Pues no ha medido el prelado las suyas en el púlpito—hubo de advertir Muñoz—. Fray Juan ha dicho bien claro que Pedrarias abusa de su poder y desobedece las órdenes del Rey. Nuestro soberano reconoce los merecimientos de Vasco Núñez y le nombra Adelantado. Lo sabe el obispo y lo proclama en el templo.

—Es verdad; pero el obispo no corre peligro—siguió observando el alcalde—. Vosotros os excedéis en vuestro amor a Balboa, sin pensar que es Pedrarias el que manda. Mientras cartas y emisarios van y vienen por los mares, se pasan meses; y basta un solo día para formaros causa y entregaros al verdugo.

—No se atreverá a tanto ese maldito viejo, saco de malicias y pecados—dijo Botello—. Todavía hay caballeros en el Darién.

—No fiéis demasiado en la caballería, amigo; que tal pueden venir las cosas que se ponga a los caballeros en el duro trance de escoger entre el honor y la cárcel—advirtió Espinosa.

Micer Codro, el astrólogo, que había permanecido callado hasta entonces, envuelto en su balandrán y con la barba pegada en el pecho, como sumido en una muy honda meditación, levantó la cabeza, fina y rasurada, y dijo sentenciosamente:

— Algo tiene el hombre de ángel, pero más tiene de hombre. Más espero llevar gente en mi entierro que verla venir a buscarme a la cárcel. Hay caballeros con honor, pero éstos son muy pocos junto al número de villanos que no lo tienen. No fiéis, mi señor Botello, no fiéis...

Se interrumpió micer Codro porque en otro grupo estaban riñendo dos hombres y se había producido un ligero alboroto. La gente daba voces, corriendo por el praderal, en el preciso instante en que se acometían, espada en mano el bachiller Enciso y un amigo de Balboa, Fernando de Argüello.

Al darse cuenta del lance, Botello no pudo contenerse, y gritó, fuera de sí:

— ¡Mátale, Fernando! ¡Mátale!

El alcalde Espinosa le tapó la boca con una mano; acababa de aparecer en la puerta de la capilla el gobernador.

— ¡Hola! ¿Quiénes riñen allí? — dijo, levantando mucho su voz autoritaria, el tirano del Darién.

Los que habían desenvainado los aceros refrenaron sus ímpetus homicidas al oír el grito de Pedrarias. Pero en aquel momento avanzó hacia el gobernador un hombre de talla descomunal, que vestía una raída sotana de clérigo y mostraba los puños crispados y amenazadores. Era el capellán Andrés de Vera.

— Vos sois el culpable de nuestras discordias y de nuestra ruina — vociferó —; vos, que trajisteis la guerra donde reinaba la paz y convertisteis en odio el amor de hermanos. Ya no somos ricos, ya los indios rechazan nuestra compañía, ya es un infierno nuestra tierra de promisión, ya siente uno vergüenza de ser castellano y no salvaje. ¡Marchaos! Dadle a nuestro capitán los títulos que escondéis, y volveos a la corte. Pensad que la ira de Dios se cierne sobre vuestra cabeza; pensad que sois viejo y tenéis un pie en el sepulcro; obrad como

cuadra a un caballero. Pedrarias Dávila, vuestro rencor siembra de malas pasiones la tierra que hallasteis cubierta de doradas espigas. Ante la cruz de este templo levantado por mis manos, yo os digo que sois traidor al Rey y a la doctrina de Cristo.

El gobernador aguantó el apóstrofe, pero estaba pálido y sus ojos tenían un fulgor siniestro. Su esposa doña Isabel, que le acompañaba, le detuvo, poniéndole una mano sobre el pecho y hablándole en tono suplicante:

— Señor, ved que es un sacerdote, tened piedad.

— ¡Está loco! ¡Está loco! — repetía Pedrarias, jadeante a causa del esfuerzo que le costaba detener su ira —. ¡No sabe lo que dice!

Intervino el obispo Quevedo, a quien había ido a buscar el alcalde Espinosa. El fraile franciscano reconvinó al capellán y dijo al gobernador:

— Yo castigaré al atrevido como merece; dejad este negocio a mi cuidado.

— No sucederían estas cosas si no dierais vos el ejemplo — replicó Pedrarias, despidiendo fuego por los ojos.

Cuantos presenciaban la escena se habían ido acercando; se levantó de entre ellos un rumor inquietante; doña Isabel de Bobadilla mostrábase por momentos más y más temerosa de lo que hubiera de acontecer.

Fué el bachiller Enciso quien, temiendo asimismo por el gobernador, procuró hacerle advertir la conveniencia de no prolongar por más tiempo aquella situación. Púsose a su lado y le murmuró al oído:

— Retirémonos de aquí, y os explicaré lo que pasa. No disputéis con el prelado.

El franciscano, severo y digno, no quiso contestar a la provocación de Pedrarias, y se limitó a decirle:

—Permitidme que os acompañe hasta vuestra casa. Doña Isabel se encuentra indispuesta. Vámonos.

Y entre fray Juan, Enciso, el alcalde Espinosa y doña Isabel, se llevaron al gobernador, que estaba a punto de cometer una barrabasada. Fué aquel un día de agitación en la villa, por hallarse los ánimos muy excitados y por haber sido preso y cargado de grillos el clérigo Andrés de Vera.

Llovía sobre mojado, porque en la cárcel estaba ya Balboa; y sus partidarios, al enterarse de que se quería encarcelar también al capellán, por haber salido en defensa de una causa indiscutiblemente justa, ardían en deseos de venganza.

Vasco Núñez estaba en la cárcel por haber querido escapar de Santa María, donde el gobernador le tenía postergado y en ociosidad forzosa. Hizo cuanto pudo por mantener la paz y porque le considerara Pedrarias, no como enemigo, sino como auxiliar estimable. Pero el gobernador, al mismo tiempo que le sometía a pupilaje, no le dejaba hacer nada. Los indios, antes amigos, se habían levantado en armas, irritados por el mal trato que les daba la soldadesca adicta al nuevo representante del Rey. Los oficiales Juan de Ayora, Luis Carrillo, el bachiller Enciso y otros, emprendieron expediciones funestas, cuyo resultado fué el levantamiento de todas las tribus sometidas por Balboa; y una vez que fué éste autorizado para marchar contra los rebeldes, en momentos de apuro, no consiguió sino ser herido gravemente y volver derrotado y maltrecho a la colonia.

Desesperado, quiso entonces Vasco Núñez valerse de su amistad con las autoridades de Santo Domingo y escapar de la tiranía de Pedrarias. Un amigo suyo, Andrés Garabito, fué a la isla La Española en busca de socorros y volvió con sesenta hombres y buena provisión de armas, deteniéndose a seis leguas de Santa María y enviando secretamente un aviso

a su amigo para que fuera a buscarle allí. La intención de Balboa era recomenzar, en las riberas del mar Austral, la obra que Pedrarias había destruído en la costa del Atlántico.

Desgraciadamente, el gobernador se enteró de sus planes, y, acusándole de traición, le encerró en la cárcel. Este abuso de poder había indignado a todas las personas de recto juicio y corazón noble, entre ellas el obispo Quevedo, sobre todo por saberse que el Rey otorgaba a Balboa el título de Adelantado y que Pedrarias se resistía a dar curso a los despachos reales. Se supo la perfidia del viejo envidioso, por haberle apostrofado fray Juan públicamente, desde el púlpito; y así estaban las cosas cuando los soldados se apoderaron del clérigo Vera e intentaron ponerle en prisión.

Los partidarios de uno y otro bando anduvieron todo el día a la greña. Se insultaban al tropezarse en la calle y echaban fácilmente mano de las espadas. Hubo gran zalagarda y varios desafíos; corrió la sangre; se dió una grita al gobernador ante su misma casa, y, en fin, no se permitió que el cura fuera llevado a la cárcel, arrebatándosele a los guardias a mano armada.

\* \* \*

Los tristes acontecimientos de aquel día los deploró Vasco Núñez con toda el alma. Sus mismos carceleros le comunicaron que un sermón del obispo, increpando desde el púlpito al gobernador, había dado origen a sucesos sangrientos.

—Todavía os quedan amigos poderosos— le dijo un celador oficioso y charlatán—. Yo no veo perdido vuestro pleito, sobre todo si lo defienden frailes.

Balboa no tenía ganas de conversación, y, por otra parte, siempre procuró mantener infranqueable la distancia que

mediaba entre el caballero y un esbirro. El guardián quiso en vano tirarle de la lengua; Vasco Núñez no contestó a sus insinuaciones maliciosas.

Estaba en la cárcel desde hacía dos meses; pero no le pesaba tanto su encierro como el desorden traído por Pedrarias a la colonia y el mal trato dado a los indios, causa de la rebelión de todas las tribus amigas. Era su labor de algunos años completamente deshecha. Sin embargo, aun entonces habría sacrificado su orgullo para llegar a una avenencia cordial con el insensato gobernador. Comprendía que una guerra fratricida entre cristianos sería fatal a todos, significando, para España, la pérdida del Nuevo Mundo, prometedora de incalculables riquezas. ¡Oh, si Pedrarias no hubiese contado con los numerosos partidarios que se trajo de Castilla! Otro había sido el caso del bachiller Fernández de Enciso, en los comienzos de la colonización de Tierra Firme: entonces la superioridad numérica del bando de Balboa evitaba el choque; ahora ambos bandos eran muy fuertes, y dos fuerzas iguales en pugna suelen destruirse las dos.

Sabía Vasco Núñez que, merced a las gestiones de su amigo Arbolancha, el Rey le había otorgado el título de primer capitán, y que el gobernador, envidioso de aquella gracia, se negaba a dar cumplimiento a las disposiciones del soberano. En medio de su amargura, al verse despojado, encarcelado y perseguido, le quedaba el recurso de recordar con cuánta fe, con cuánto entusiasmo y cuán noble ahinco, había defendido Arbolancha su causa en Castilla, trocando en elogios y mercedes lo que fueron antes furiosas invectivas, condenación y desprecio de los cortesanos para el aventurero explorador. Y he aquí los caprichos de la suerte veleidosa: cuando en Castilla llamaban a Vasco Núñez bandido y espadachín, él vivía la apoteosis de su triunfo en Santa María la Antigua;

mientras que ahora, al llegarle las primeras efusiones del patrio solar y del trono, se veía en una cárcel, cargado de cadenas.

A la cárcel había ido a verle algunas veces el obispo Quedo; mas el gobernador no autorizaba las visitas de amigos sospechosos, como Argüello, Muñoz, Valderrábano, el clérigo Vera, Pizarro, Botello, Ezcaray. En cambio, no había podido evitar Pedrarias que un íntimo de Balboa rindiera a éste todos los días tributo de amistad, sólo quebrantable por la muerte.

El estrecho recinto donde Vasco Núñez pasaba su cautiverio parecía una tumba. Era subterráneo y recibía un poco de luz por una pequeña abertura del techo, defendida con gruesos y férreos barrotes. Por la parte exterior, dicha reja quedaba casi al nivel del suelo; estaba un poco elevada, en forma de chimenea, para evitar que, en los días de lluvia, se inundara la cárcel, ahogando al prisionero. Generalmente, la reja era vigilada por los celadores, que no permitían acercarse a ningún ser humano; en cambio, dejaban que se aproximaran a la reja los perros. Esta benevolencia de los centinelas otorgada a la especie canina, la aprovechó *Leoncico* para visitar a su amo y aun para hacerle compañía.

El valiente lebrel, cargado de años y de cicatrices, era ya un pobre inválido, que no servía para el combate. La primera vez que le vió Balboa asomarse a la reja, jadeante, nervioso, gimiendo como un niño, experimentó el prisionero una alegría grande.

— ¡Hola! ¿Eres tú, mi valiente *León*?

Se empuñó Vasco Núñez sobre la punta de los pies y acarició la cabeza del perro, metiendo una mano por entre los barrotes. *Leoncico* chillaba, alborozado, con un palmo de lengua fuera y en medio de una gran agitación.

—¿Te desespera verme encerrado? —decía Balboa—. ¡Bah! Estas son cosas de los hombres que tú no entiendes. Ya saldré; ten paciencia. ¡Oh, pobre viejo!

La entrevista duró algunas horas, que, naturalmente, no pudo resistir Balboa sosteniéndose de puntillas. El perro no apartó su cabezota de la reja, al ver a su amo sentado en el fondo de la cueva, y le miraba con ojos tristes, como si tuviera conciencia de la iniquidad que el encierro significaba.

Al día siguiente volvió, repitiéndose sus visitas todas las mañanas. Para distraer su soledad, no tenía Vasco Núñez otra compañía que la de aquel fiel amigo, acaso capaz de entenderle, pero no de consolarle. *Leoncico* no podía sino gemir con infinita tristeza o ladrar desesperado. Y cuando se iba, no tanto por apretarle el hambre como por sentirse nostálgico también de las caricias de Mincha, ya no volvía a ver Balboa en la reja sino un cuadrado de cielo azul, convertido, al llegar la noche, en un leve rayo de Luna.

Por fin, un día, el prisionero esperó en vano la visita del lebrél.

—Debe estar enfermo —pensó—. Anda ya el pobre animal muy vencido; no vivirá mucho tiempo.

La ausencia de *Leoncico* dejó en el ánimo del prisionero una impresión melancólica. Le parecieron aquel día más estrecha y húmeda su cárcel, más pesadas sus cadenas, más triste su sino. Cuando le trajo el carcelero la comida, Balboa pidió a su guardián noticias del perro.

—Sí, ya sé —dijo el soldado—; le tengo visto muchas veces pegado a la reja. ¿Quién no conoce en Santa María al perro de Vasco Núñez de Balboa? Me han contado que asombraba su valor en las batallas. ¿No ha venido hoy? No os aflijáis por eso; pues, en cambio, vais a tener otra visita; no tardará en venir a veros el señor obispo.

Vasco Núñez se encogió de hombros. Sabía que el obispo gestionaba su libertad; pero hay días en que el espíritu, abatido, rechaza toda esperanza. Hallábase entonces Balboa en un momento crítico de cansancio espiritual, y le hubiera dado lo mismo morir que ser libertado. Por fortuna, esos deliquios eran pasajeros, y se operaba luego en el héroe una reacción violenta de su férrea voluntad.

Fray Juan de Quevedo estuvo a verle al atardecer y le abrazó con efusión.

— Os traigo una buena nueva, hijo mío — dijo —. ¿Sabéis que han ocurrido disturbios y que el pueblo anda revuelto por haber yo acusado a Pedrarias desde el púlpito?

El prisionero manifestó que la lucha fratricida de los dos bandos, lejos de agradarle, le producía un profundo dolor; pues se malgastaban con ello las energías y los hombres que debían emplearse en conquistar y cristianizar las tierras costeras del mar Austral.

— Así es en verdad — replicó el prelado —; mas he de advertiros que Pedrarias, temiendo un alzamiento, en vista de lo ocurrido, consiente en devolveros la libertad y en entregaros el título de Adelantado, que envió el Rey, nuestro señor.

Balboa miró al fraile fijamente.

— ¿Qué me pide en cambio? — preguntó.

Sabía que el gobernador no era hombre capaz de hacer justicia por humanitario y generoso impulso. Sin duda, a cambio de la libertad y de la cédula real, exigiría compensaciones.

— ¿Pretende tal vez que sacrifique a mis amigos? — insistió preguntando Vasco.

— No, hijo mío, no; no pide nada — dijo el franciscano, abrazándole nuevamente —. Sólo quiere la paz, y por ella está dispuesto a colmaros de mercedes. Preparaos a recibir

otra gran noticia: Pedrarias desea que entréis a formar parte de su familia, y os otorga la mano de una de sus hijas, que está en España.

Balboa abrió unos ojos tamaños, que revelaban el máximo estupor. Al punto, no supo qué contestar. Veía al obispo sonreír, más seráfico que su maestro, el santo de Umbría, y no osaba poner en duda la sinceridad de sus palabras. Después se miró él, encerrado en aquella mazmorra, con grilletes que le apretaban los tobillos, empapadas sus ropas en la humedad que rezumaban las paredes, arrastrando cadenas cuyo ruido sordo intimidaba el alma. Por fin, soltó la carcajada, y dijo al prelado, que seguía sonriendo beatíficamente:

— Esa es una maquinación vuestra, padre. La idea de casarme con una hija de Pedrarias no se le ocurre sino a un fraile. ¡Magnífica idea! Está bien; acepto ser yerno de mi enemigo, si con ello se logra la paz. Pero es ocurrencia muy peregrina y donosa ¡pardiez!

Y continuó dejando escapar su risa a borbotones.

Declaró entonces el obispo que, en efecto, él había sugerido a Pedrarias la idea de casar a Vasco Núñez con una de sus dos hijas, que residían en el solar castellano. Se efectuaría el enlace por poderes, y luego decidiría Balboa si debía su joven esposa continuar en España o venir a reunirse con él. Se trataba, naturalmente, de un matrimonio de conveniencia, para acabar de una vez con la funesta rivalidad del Adelantado y el gobernador, neutralizando el influjo pernicioso que ejercían sobre este último los oficiales reales y el bachiller Enciso. Porque debía Balboa tener presente que todos los oficiales nombrados por su majestad católica eran sus enemigos, y que sólo contando con la complicidad de dichos capitanes pudo Pedrarias atreverse a desobedecer las órdenes del monarca.

— Pero yo no conozco a la mujer que me destináis por compañera — observó el prisionero —. No sé si será de mi gusto ni si sabré amarla.

El fraile sonrió con paternal benevolencia.

— Sois un ferviente cristiano — dijo —, y seréis también un buen esposo. Y aunque fuera violentando los impulsos de vuestro corazón, también os casaríais, estoy seguro, para volver a la paz con el gobernador y contribuir a la prosperidad de los establecimientos castellanos de Tierra Firme.

Añadió fray Juan de Quevedo que también Pedrarias había vacilado antes de otorgar la mano de una hija suya a un hombre a quien consideraba su enemigo. Tuvo que encarecer el prelado las cualidades de Balboa, recordándole que era éste hijodalgo, joven y bien parecido, capitán valeroso y hombre de mucho entendimiento, que contaba ya con el título de Adelantado y la protección decidida de la corte.

— A los dos os conviene emparentar — acabó diciendo —, porque uniendo ambos vuestra autoridad y vuestra fuerza, haréis a la Corona un gran servicio.

— Pues sea como vos deseáis, padre mío — dijo Balboa —. Yo haré lo que me mande el gobernador, y si me acepta por yerno y me trata luego como si fuera hijo suyo, juro a Dios que ha de hallar en mí un hombre agradecido.

El franciscano abrazó a Balboa tiernamente, y se despidió. Vasco Núñez, que no se sentía muy ilusionado, se acercó a la reja, por donde entraba un rayo de Sol, y murmuró con dejo melancólico:

— ¿Por qué no habrá venido *Leoncico*? ¡Es extraño, es extraño!...

\* \* \*

El prisionero fué puesto en libertad dos días después de haberle visitado en la cárcel fray Juan de Quevedo. Con ello se apaciguaron los ánimos exaltados de los colonos y hasta trocáronse las censuras al gobernador en alabanzas, sobre todo cuando se supo que Balboa iba a obtener no sólo el título de Adelantado, sino también la mano de doña María, hija mayor de Pedrarias. El obispo quiso que las capitulaciones se concertaran en seguida, yendo Balboa a ponerse a las órdenes de su futuro suegro. En verdad, nunca había sido aquél un rebelde; si una vez intentó huir del Darién y campar por sus respetos, anhelo que le costó verse en la cárcel, fué sin intentar nada contra el tirano que le tenía sometido a dependencia y abusaba de su poder. No se mostraría, pues, reacio a dar nuevos testimonios de acatamiento y sumisión.

Recibióle Pedrarias con su arrogancia habitual; pero las afectuosas demostraciones del obispo y de doña Isabel de Bobadilla, la esposa del gobernador, que tenía a Vasco Núñez en gran estimación, dieron a éste paciencia para tolerar, sin alterarse, ciertos reproches impertinentes del infatuado y rencoroso viejo.

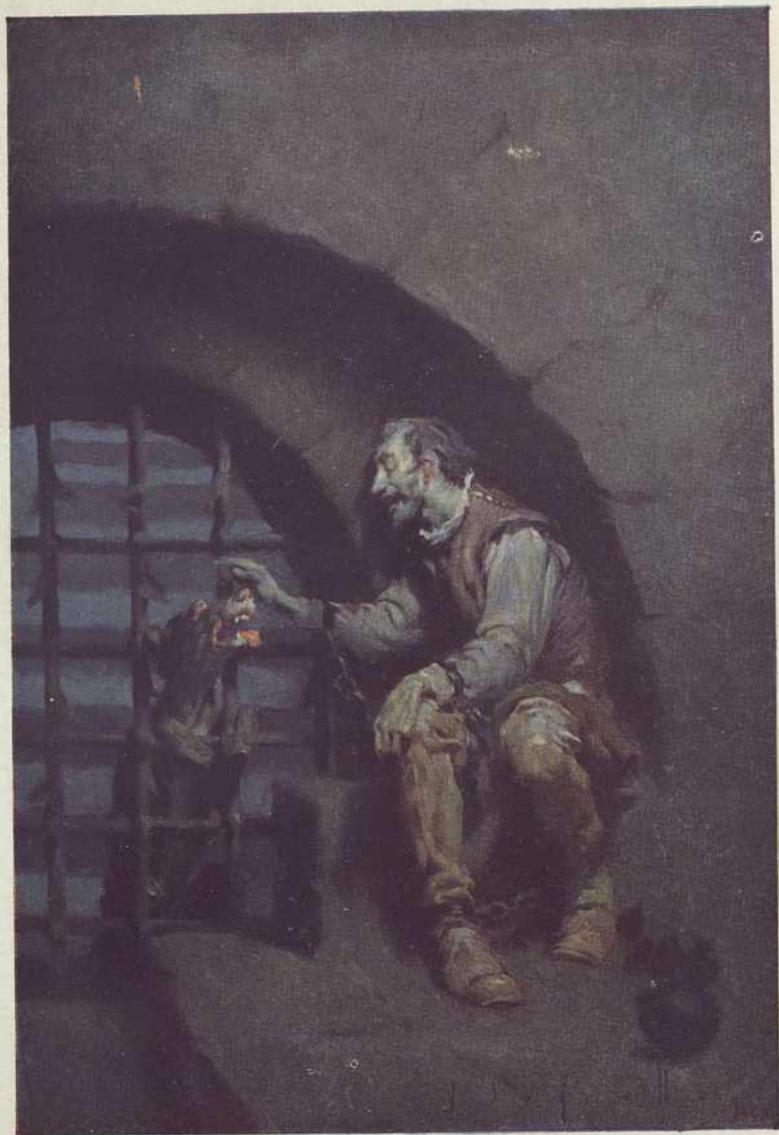
Éste había accedido a la reconciliación y al proyectado matrimonio, pensando, que, en adelante, los hechos hazañosos que realizara su yerno se reputarían como suyos. La pasión dominante en Pedrarias era su afán de honores y de gloria, una vanidad ridícula y sin freno. Quiso, por lo mismo, que Balboa acometiera en seguida nuevas empresas; y le propuso su traslado al puerto de Cáreta, donde podría preparar cuanto juzgara necesario para volver al mar Austral y continuar allí sus descubrimientos.

La proposición agradó al obispo y a Vasco Núñez: al

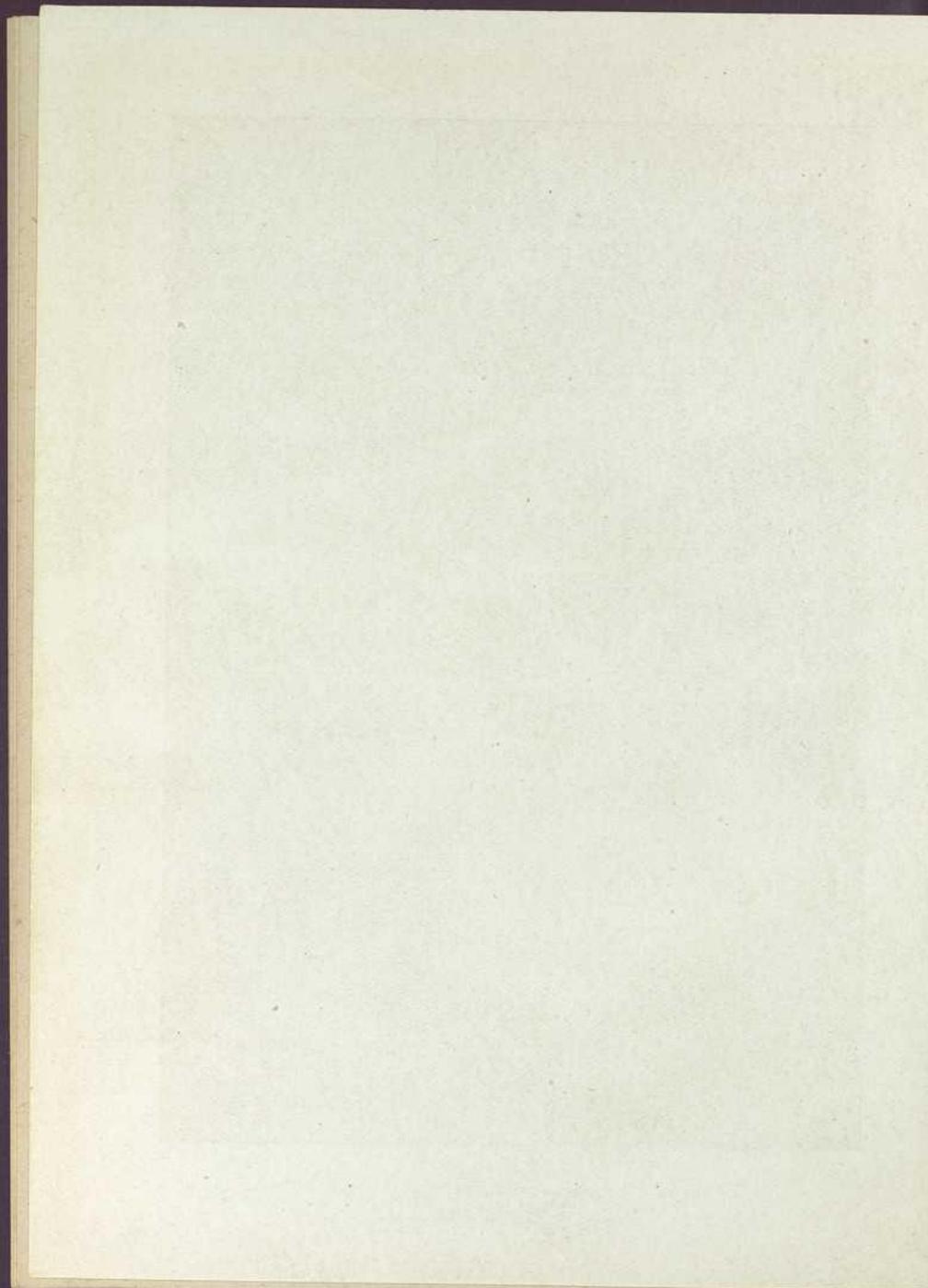
primero, porque quería marcharse a España, y embarcaría apenas se celebrara el desposorio, que estimaba como una seguridad de paz y alianza entre el Adelantado y el gobernador; al segundo, porque los sinsabores y peligros de las empresas más arriesgadas le atraían con fuerza irresistible, y porque el traslado al puerto de Cáreta convenía a la resolución de ciertos asuntos personales y muy íntimos.

Es el caso que Balboa necesitaba separarse de Mincha, la dulce ovejuela que le diera el indio Cáreta por esclava. Mincha estaba enamorada de su amo, y éste iba a contraer matrimonio con una dama de Castilla. No podía Vasco Núñez hacer burla del amor que, sin proponérselo, había inspirado a una mujer a quién él consagraba igualmente las tiernas efusiones de su corazón. Antes que engañarla, prefería devolverla a su padre. No la dejaba por otro amor; la sacrificaba y se sacrificaba también él por la paz y bienestar de la colonia, por el interés del Rey y de la patria. Balboa hubiese preferido tener por esposa a Mincha, y no a la hija de Pedrarias; pero no le era permitido elegir, y puesto en el trance doloroso en que se hallaba, quería liquidar, del modo más honrado posible, este negocio sentimental.

Por otra parte, Mincha era hermosa, y se veía perseguida, precisamente en aquellos días, por los requerimientos de Andrés Garábito, amigo de Balboa, que no tenía, como éste, sentimientos caballerescos ni mucho menos consideraciones exquisitas para con la dama objeto de su preferencia. Garábito estuvo importunando a Mincha, mientras duró el encierro de su amigo; y la virtuosa hija de Cáreta, para defenderse, hubo, al fin, de recurrir a la compañía constante de *Leoncico*, que le daba eficaz protección. Este fué el motivo de que faltara el perro en la reja de la cárcel, los tres últimos días que Vasco Núñez permaneció en ella.



... no tenía Vasco Núñez otra compañía que la de aquel fiel amigo...



Cuando el prisionero fué puesto en libertad, se enteró de la traición de Garabito por boca de otras indias esclavas de Hernando Muñoz, en cuya casa se hospedaban Balboa y Mincha desde la llegada de Pedrarias al Darién. Hernando Muñoz no estaba a la sazón en la colonia; había ido al puerto de Cáreta, la futura ciudad de Acla, donde ya los castellanos construían viviendas y tenían sementeras. De la ausencia de Muñoz y de la prisión de Vasco, se aprovechó Garabito para perseguir a Mincha.

Era esta otra de las razones por las cuales quería Balboa separarse de su compañera, poniéndola al abrigo de asechanzas, bajo el techo de la casa paterna. Tuvo con Garabito un altercado, y el amigo se convirtió en rival. Pero Balboa, preocupado entonces con otros asuntos, los de su próxima boda y empresas nuevas en que iba a emplear sus energías, no dió importancia a la pérdida de esta amistad. Sin embargo, no sería Garabito completamente ajeno a las causas que determinarían los tristes acontecimientos del porvenir.

\* \* \*

Después de celebrada la boda, por poderés, el obispo Quevedo se embarcó para regresar a Castilla, creyendo que ya no volverían a reproducirse más pleitos y contiendas a los cuales dió motivo la rivalidad de Balboa y Pedrarias. Las apariencias no contradecían la lógica del excelente fraile. El gobernador llamaba «hijó mío» a su yerno y escribió a la corte rectificando los malos informes que anteriormente diera de aquel a quien hasta entonces hubo de tener por enemigo.

Y por su parte, Balboa, satisfecho y libre de inquietudes, juntó un pequeño ejército, formado exclusivamente por ami-

gos suyos, y se trasladó al puerto de Cáreta, llevándose también a Mincha, con intención de devolverla a su padre.

Al despedirse de Bartolomé Hurtado, que se quedaba en Santa María por entender que así convenía a sus negocios, le dijo el astuto Tomé:

— Por primera vez, desde que salimos de La Española, os he visto pecar de incauto. Yo en vuestro lugar, me llevaría al mar del Sur todos aquellos castellanos sospechosos de quererme mal, no a los amigos. Observad que se queda Pedrarias rodeado de los oficiales del Rey y de hombres como Enciso y Garabito, malísimos consejeros. Mejor era que a esos hombres, pues conocéis su doblez y esquiva voluntad, los tuvierais siempre a la vista. Y aquí nos habríamos quedado los leales, para dirigir al gobernador, que es incapaz de pensar por sí mismo, con la calabaza que tiene por cabeza.

— ¡Pardiez! — replicó Balboa, en quien no había hecho impresión ninguna la advertencia —. Olvidas, amigo Tomé, que el gobernador es mi suegro. Vas demasiado lejos en tus malicias.

Hurtado demostró con un movimiento de hombros muy expresivo que, habiendo expuesto su parecer, lo que viniera después le tenía sin cuidado.

Ya en la mar y navegando rumbo al puerto de Cáreta, Balboa se acordó de la observación de su antiguo camarada; mas se distrajo pronto, sobre todo al tomar tierra, y la olvidó, al fin, absorbido por otros cuidados perentorios.

Había que preparar la nueva expedición a través del istmo, esta vez llevando los expedicionarios una carga formidable, todo el material necesario para construir buenos barcos en las orillas del mar Austral. Balboa pensaba recorrer la costa Sur y las islas, empresa que requería la posesión de algunos bergantines; pues era locura lanzarse a ex-

plorar mares procelosos embarcándose en deleznales piraguas. Llevarían, pues, en hombros, sus soldados, a través de las montañas ingentes, la madera indispensable, las áncoras, la clavazón, la jarcía, las herramientas. A otros hombres que no hubieran sido aquellos españoles compañeros de Balboa, cuya voluntad vencía toda suerte de obstáculos, les habría parecido ridícula pretensión la de su capitán; pero éste comunicaba a la tropa un ardor y un tesón heroicos.

Todos se pusieron a trabajar, a su llegada al puerto de Cáreta, con apresuramiento febril y con la convicción íntima de que les esperaba el éxito. Cortaban árboles y aserraban troncos, que después llevarían a cuestras leguas y leguas, sin darle casi importancia a su labor. Balboa, entre ellos, era un obrero más; manejaba el hacha y la sierra con igual entusiasmo que hubiera puesto en esgrimir la espada, en medio del combate. Y si fuera necesario que también él cargara con un ánora, llevándola al otro lado de la cordillera, lo habría hecho como cualquiera de sus esclavos.

Tenía ya resuelta la situación de Mincha, quien no se opuso a quedarse con su familia, bajo promesa de que volvería Balboa a buscarla. Este era el episodio triste de la expedición. Cáreta, el cacique, recibió a su hija con el mayor agrado; pero la joven se daba cuenta del abandono y sentía el fracaso de su hermoso sueño de amor. ¿Por qué hacerse ilusiones? El caballero español dueño de su voluntad, tenía ya otra esposa en Castilla, otra esposa a quien quizá no llegaría nunca a conocer, pero a la que juró, ante el buen Dios de los cristianos, serle fiel y constante. No confesó Mincha a nadie su desengaño, no exhaló una queja, no derramó una lágrima que no fuera a escondidas; pero Balboa, que sentía igualmente el dolor de la separación, hubo de comprender lo que pasaba en el alma de aquella dulce criatura. Por esto,

queriendo amortiguar el efecto doloroso del golpe, prometió volver.

Y ocurrió un hecho, aparentemente sin importancia, que nadie supo apreciar como el caudillo, porque sólo para éste tenía sentido y encerraba un ejemplo conmovedor. Ello fué al ponerse en marcha la caravana, cargados los hombres como las bestias de una recua, con maderas, fardes, y aparejos y cabos de navío, hierros, talegos, cuerdas y armaduras.

Ya caminaba delante la tropa, abrumada bajo el peso de todo un astillero llevado en hombros, cuando Balboa, que acababa de despedirse de Mincha y su padre, notó que su fiel amigo *Leoncico* no le seguía. Es decir; pareció, al principio, querer seguirle; pero retrocedió luego, y así se estuvo indeciso largo rato, avanzando y volviendo en seguida para atrás, a tiempo que gruñía tristemente.

—¿Qué le pasa a ese animal?— dijo Balboa. Y le llamó de lejos: — ¡León! ¡León!

El perro gimió y se agitó, dando vueltas en torno de Mincha. Después miró a su amo con ojos melancólicos y volvió a gemir.

— ¡Dejadle! — decía Botello al Adelantado—. Ya *Leoncico* está hecho una carraca y no sirve. Los años le han vuelto gandul.

— Pero no acude a mi voz. ¡Es extraño!

Y volvió Balboa a gritar:

— ¡León! ¡León! ¡En camino, valiente! ¡Hola!

Todo inútil; el perro continuó pegado a las faldas de Mincha.

Pensó el caudillo entonces que el viejo lebrél le daba una lección de amor y gratitud. *Leoncico* no quería abandonar a Mincha. ¿Era posible que una pobre bestia comprendiera sus deberes mejor que un hombre? Pagada le tenía a Balboa la

amistad, pues le hizo ganar más de mil pesos de oro; las atenciones de Mincha las pagaba ahora, prefiriéndola a su amo.

Y Vasco Núñez, tocado en lo vivo por este pensamiento, siguió a sus hombres, un poco avergonzado íntimamente y volviendo de vez en cuando la cabeza.

Estaban ya bastante lejos de la casa de Cáreta, y aun se oían, débiles y lejanos, tristes aullidos que parecían reproches.



## Muerte de Balboa

El año que vivió Balboa en el golfo de San Miguel, retornado a la vida de relación con los caciques cuya amistad conquistara en otro tiempo, fué acaso el más feliz de su vida. Al menos, tal hubo de parecerle, después de los sinsabores pasados, viéndose otra vez capitán de una hueste numerosa, lejos de la tutela odiosa de Pedrarias y poseedor, al fin, de un título que le otorgara el rey de España. Nuevamente podía batir las alas de su imaginación y emprender el vuelo por el ancho espacio de los mundos desconocidos: dilatados horizontes le ofrecían el mar inexplorado y las costas del Sur, donde sospechaba esperándole el áureo imperio de los Incas. Volvía a ser dueño de sus acciones y contaba con medios para llevar adelante sus iniciativas; veíase rodeado de viejos camaradas, que le hubieran seguido aún en la más temeraria de las empresas, y le ofrecían miles de guerreros indios los caciques ribereños: Chiapes, Cuquera, Tumaco, Techoan.

Pero lo que daba a Vasco Núñez la felicidad, y le habría hecho dichosos mil años, si pudiera vivirlos, eran el trabajo, la lucha, la agitación continua de un hombre nacido para buscar obstáculos. Había trasladado a las orillas del mar Austral todos los materiales necesarios para la construcción de una flota, y estaba construyendo, en el astillero improvi-

sado, barcos y más barcos. Merced a un esfuerzo titánico, mantenido durante algunos meses, los españoles habían logrado tener cuatro bergantines, que después no sirvieron, porque la madera fresca se pudrió en seguida, y fué inevitable el abandono de las naos tan heroica y tan dolorosamente armadas.

Cuando los pilotos y marineros, con la desolación en el alma, fueron a decirle a Balboa que las cuadernas de los bergantines estaban comidas de gusanos y que la obra, culminada a costa de tantas fatigas, era completamente inútil, el Adelantado arrugó el ceño, en un gesto de contrariedad; pero, sin inmutarse, replicó en el acto:

—Dios quiere probar nuestro tesón. Volveremos a empujar, ahora con más experiencia y cuidado. Mientras quede madera en los bosques de Tierra Firme, sería un flojo y un cobarde quien demostrara abatimiento.

Y se volvió a la tarea, escogiendo la madera seca, sin desmayos y redoblando las energías; toda la colmena de obreros se movía por una sola voluntad: la del capitán admirable.

Los meses no transcurrieron lentos para aquella gente aplicada al trabajo con un ardor que mantenía pujante la ilusión. Trabajaban los indios y los castellanos, los soldados y los jefes, Vasco Núñez entre todos y con más afán que ninguno. Se echaron los cimientos de la primera colonia que floreció en una playa del Pacífico, la cual lleva todavía en nuestro tiempo, pasadas cuatro centurias, el nombre de Balboa. Porque, si bien aquellos españoles más tenían de exploradores y guerreros que de colonos propiamente dichos, lo cierto es que levantaron casas y establecieron un arsenal, y cuidaron de enseñar y convertir a la fe católica a los naturales del país y entretuvieron sus ocios, que no eran sobrados, según se lleva dicho, ensayando algunos cultivos.

Recostada al pie de las montañas, la colmena cristiana, de cara al Sur, recibía la brisa del mar, fresca y estimulante por los halagos del ignoto. El ancón de San Miguel, de forma oblonga, señalaba la ruta a los aventureros soñadores, prolongando sus costas más de seis leguas hasta la desembocadura, abierta al Océano. Y todo el golfo aparecía moteado de pequeñas islas, rocosas unas, exuberantes y verdes otras, ceñidas todas por las aguas azules, que a veces eran mansas como las de un lago, y a veces se agitaban encrespadas, en el fragor de sus iras.

No era la costa donde se habían establecido los españoles lugar muy apropiado a los plantíos. También allí había lagunas, como en el golfo del Darién, aunque no faltaban rincones frondosos y amenos, poblados de cocoteros y tamarindos. La vecindad de las islas de las perlas hizo olvidar a los castellanos que se hallaban también cerca de una albufera, y aunque así no fuese, su intención era construir barcos y explorar el Sur; creíanse allí de paso y estaban, además, acostumbrados a toda suerte de inclemencias.

Balboa no pensó jamás limitar su ambición dentro de la angostura del golfo de San Miguel; esperaba descubrir otras inmensas regiones y someter pueblos regidos por príncipes poderosos. Por esto se afanaba en la construcción de sus naves. Que cuidara al mismo tiempo de inculcar a los indios la verdadera fe, de enseñarles la lengua de Castilla y el modo de hacer más fructífera la tierra, quiere decir que por doquiera sabía dejar huella provechosa de su paso.

Los súbditos de Chiapes, Cuquera, Tumaco y Techoan ayudaron a construir los barcos y aprendieron de los españoles que acaudillaba Balboa, un pequeño ejército de trescientos hombres, los rudimentos de la civilización.

Chiapes seguía siendo el cacique más adicto y el colabo-

rador más vehemente. Vasco Núñez le consideraba como uno de sus mejores amigos, comprendido entre los selectos que tenían mando en la hueste. Chiapes y los demás caciques vecinos, todos convertidos a la fe de Cristo, llegaron a entenderse con los españoles hablando el castellano.

Y es que estuvieron éstos, por no serles propicia la fortuna, conviviendo mucho tiempo con los habitantes de aquella región. Ya tenían armadas otras naves más grandes y mejores que las que se pudrieron apenas botadas al agua; ya se habían embarcado en ellas y explorado las islas; ya se preparaban a lanzarse mar adentro, atraídos por la leyenda de oro de los reyes peruanos, cuando un temporal vino a destruir una vez más sus ilusiones, como un niño destruye, arrojándolo al suelo con bárbara inconsciencia, la obra de arte más delicada y frágil. El mar embravecido se sorbió los nuevos navíos, y fué prodigio del cielo que respetara a sus constructores y tripulantes.

Todavía Balboa no quiso darse por vencido, e increpó a los que sentían agotada su voluntad.

—Haremos una tercera escuadra — dijo —. ¿Es acaso que estamos ya demasiado viejos para volver a la obra? Sólo gastamos un año de nuestra vida en armar los navíos primeros, que no sirvieron, y los segundos, que se llevó el diablo. Nos quedan aún algunos años para seguir trabajando.

Luis Botello hizo observar a Vasco Núñez, tímidamente, que se habían acabado los materiales traídos del puerto de Cáreta.

—Iremos a buscar otros al Darién — replicó el Adelantado, firme en su resolución de perseverar a costa de todos los sacrificios.

El escribano Valderrábano, tan pequeño, tan feble que su cuerpo pesaba poco más que su pluma, sentía como nadie la

sugestión de Balboa. Le pareció sentir dentro de sí el alma de un gigante, después de oídas las palabras del caudillo, y llevándose una mano a la frente, como tenía por costumbre, exclamó con energía:

— En las orillas del otro mar tenemos madera, y clavazón, y jarcia y áncoras. ¿No se han traído una vez? Pues las traeremos ciento.

— No servirán de mucho vuestros hombros — advirtió un oficial, dirigiendo una mirada de desprecio al enjuto escribano.

— Y los míos ¿no sirven? — preguntó Balboa.

Instintivamente, todos miraron al Hércules, que sonreía, satisfecho de su fuerza física, exacta representación exterior de la reciedumbre de su voluntad.

No fué necesario que Balboa se empleara como bestia de carga. Chiapes ofreció sus indios. El milagro había de repetirse: fueron los indios chiapeses y muchos soldados castellanos a buscar materiales al puerto de Cáreta y al Darién. Tardaron en volver muchos días, pero volvieron con lo que hacía falta, y otra vez se emprendió y terminó la construcción de la escuadra.

¿Cuánto tiempo se había perdido en esta porfía maravillosa? Vasco Núñez no llevaba la cuenta del tiempo. Tenía entonces cuarenta y dos años y sentíase en la plenitud de su vigor, al mismo tiempo que encontraba abiertas de par en par las doradas puertas de la fortuna. Por nadie en el mundo se hubiera cambiado. Con sus cuatro bajeles, sus trescientos soldados y el mar libre por delante, se consideraba el más favorecido de los hombres, el más regalado por la Providencia y el más venturoso.

— ¡Qué grandes cosas haremos ahora! — decía a sus amigos Valderrábano, Botello y el clérigo Vera, abrazándoles —.

Algún trabajo nos han costado estos barcos y algo más tendremos todavía que sufrir; pero ¡ya veréis el premio!

Y los amigos, los soldados y hasta los indios, a quienes comunicaba su entusiasmo y su embeleso, ante una perspectiva de gloria, reconocieron con él que nada valían los sacrificios hechos, creyendo ya tener el oro de los Incas al alcance de sus manos.

\* \* \*

Balboa recorrió todas las islas y costas hasta la entrada del golfo, pero no pasó del puerto de Piñas en este corto viaje preliminar. Los indios comarcanos se le sometían sin resistencia y le daban abundantes provisiones para la empresa grande de avanzar hacia el Sur. Parecían ya vencidas todas las dificultades. Sin embargo, el Adelantado cuidó de no exponerse, después de los fracasos sufridos, a un nuevo revés que podían acarrearle el apresuramiento y la imprevisión. Iba acumulando, con toda calma, cuantos elementos le proporcionaba su industria. Quería que no faltara detalle en sus barcos, que estuvieran todos sus hombres bien armados, que se embarcara maíz para muchos meses.

Por otra parte, sin llegar a inquietarse profundamente, sentía ciertos temores, a causa de mensajes secretos recibidos del Darién. Le había escrito Fernando de Argüello, desde Santa María, dándole noticias desagradables del estado de aquella colonia. Pedrarias había extremado hasta tal punto su injusto rigor con los antiguos colonos y con los indios, que unos y otros le consideraban ya un azote y le temían como a la muerte. Sirviéndose del terror, lograba al fin tener a todos quietos; podía imponer cualquier castigo, y por muy cruel

que éste fuera, aunque lo dictara contra toda razón, no había quien osase levantar la voz para reprobarlo. Muerto el rey Fernando *el Católico*, nadie sabía en el Darién cómo andaban las cosas en Castilla; pero, en cambio, pudo averiguarse que el gobierno de Tierra Firme estaba dado a don Lope de Sosa, y ello había de exacerbar forzosamente las funestas pasiones del gobernador preterido.

No paraban aquí las malas noticias; había más aún: Pedrarias, influido por el bachiller Enciso y demás personajes enemigos de Balboa, volvía a parecer ofuscado por el odio y no miraba ya a su yerno como a un hijo, sino otra vez como a un rival. «No volváis — decía Argüello en su carta —, porque nada conseguiríais, si fuera vuestra intención sacarnos de esta esclavitud, y, en cambio, quizá os costara caro el regreso. Pedrarias os tiene muy mala voluntad y sospecho que el alcalde Espinosa desea para sí el mando de vuestra escuadra. No esperéis que vayan a quitároslo. Idos mar adentro en busca de otros países más ricos. ¡Dios querrá que volvamos a vernos algún día!»

Balboa no se alarmó todo lo que debía alarmarse. Era entonces demasiado feliz, y no se resignaba a ceder parte de sus ilusiones para hacer lugar, en su alma, a la duda y al temor. Le pareció que Argüello daba a los peligros proporciones fantásticas; no podía ser que Pedrarias le quisiera mal, después de haberle otorgado, en matrimonio, a una de sus hijas. Pero tampoco se decidía a salir al mar sin saber a qué atenerse respecto a su verdadera situación ante los representantes del gobierno de España.

La muerte del rey Fernando era lo que más inquietaba a Vasco Núñez. ¿No tomaría la corte una nueva orientación, tocante a los títulos y derechos de los capitanes de Indias, una vez recogido el cetro por el joven emperador Carlos V?

El cardenal Jiménez de Cisneros, decrepito y relegado a su diócesis, ya no influía con sus sabios consejos en las decisiones de la Corona. ¿Y era cierto que don Lope de Sosa estaba indicado para substituir a Pedrarias?

Los motivos que tenía Balboa para preocuparse no pasaron inadvertidos de sus amigos y jefes principales de la expedición. Entre ellos se contaba el veneciano micer Codro, astrólogo y medio brujo, que pretendía adivinar el porvenir de los hombres consultando a las estrellas.

Una noche, hallándose en la playa con Valderrábano, Botello y el capellán Andrés de Vera, micer Codro señaló con el dedo un punto del espacio y dijo:

— Si apareciera por ahí una estrella muy brillante, podéis estar seguros que es la del capitán y que su aparición indica un gran peligro. No sé si este peligro lo vencerá nuestro gran Balboa, como ha vencido otros muchos. Si lograra dominarlo, sería entonces rico y poderoso como el más poderoso y rico de los príncipes.

— Eso es una superchería, micer Codro — replicó el clérigo Vera, con su agrio humor de siempre —. Encontraríais en Italia quien os creyera, pero aquí tenemos a los adivinos por charlatanes.

Sin embargo, las palabras del veneciano impresionaron a Valderrábano, a Botello y aun al propio cura, no obstante haber éste tronado contra la superstición. A los tres interesaba igualmente la suerte de Balboa, y enterados los tres de los horrores cometidos por Pedrarias en la Antigua, su estado de ánimo era el más a propósito para dar paso al recelo y caer en la inquietud.

Las palabras de micer Codro fueron sabidas luego de todos los soldados y aun de los caciques indios, los más propicios a darles crédito. Las supo también Balboa, quien hubo de reírse

con toda el alma de la sabiduría pintoresca del veneciano y de la credulidad de su gente. Mas otra noche, el indio Chiapes, que no apartaba los ojos del cielo, presa de una ansiedad superior a la de todos los españoles, vió aparecer la estrella tan esperada como temida, y alborotó el campamento con sus gritos y tristes lamentaciones.

Comprobado que la estrella estaba donde dijo micer Codro y que su fulgor era intenso, la consternación de Chiapes se comunicó a los cristianos. Todos acudieron al adivino, acosándole con sus preguntas; Balboa hubo de intervenir para poner freno a la alarma que iba creciendo por instantes.

— ¡Basta ya! ¿Estáis locos? — gritó a sus hombres —. ¿Hasta tal punto tenéis olvidados vuestros deberes para con Dios que hacéis caso de semejantes patrañas? Necio sería yo si creyera en micer Codro y necios me parecéis vosotros al tener por verdaderos sus augurios. Cuadra mal a hombres de nuestro oficio espantarse de cosas que sólo asustarían a las mujeres.

Y no toleró que volviera a hablarse de la estrella anunciadora.

Algún tiempo después, recibía una orden de Pedrarias, mandándole que volviera al Darién, al objeto de enterarse de importantes disposiciones relativas a su proyectado viaje por el mar Austral.

— ¡Ahí está el peligro! — dijo Luis Botello.

También el escribano Valderrábano y el clérigo Vera revelaron una emboscada, y opinaron que Balboa debía salir al mar, desobedeciendo la orden.

— ¿No están los barcos cargados de víveres y no se muestran los hombres impacientes por correr la aventura? — argumentaba el tonsurado —. Podemos hacernos a la vela en seguida. No vayáis al Darién, capitán.

Valderrábano era del mismo parecer.

—Recuerde su merced la carta de Argüello —dijo—, y recuerde también que ya estuvo en prisión sin motivo y contra justicia. Pedrarias, aconsejado por Enciso y los oficiales reales, es capaz de toda sin razón; está demostrado que es un hombre ruin y vengativo.

Pero Balboa opinaba que desobedecer las órdenes de su suegro y superior, era declararse en rebeldía.

—Yo no puedo consentir que me tengan por alzado —declaró—, ni puedo creer tampoco que se intente nada contra mí; pues cumplo mi obligación y obedezco al que tiene derecho a mandarme. Iré a Santa María, y ya veréis cómo mi suegro no quiere sino enterarse bien de mis proyectos. Receloso sí es; mas cuando me vea acudir a su mandato, comprenderá que le soy leal y que le engañan mis enemigos.

En vano porfiaron Valderrábano, Vera, Botello y todos sus soldados por disuadirle de un propósito que, en opinión de todos, le llevaría a la ruina. La carta de Argüello y las predicciones de micer Codro, las interpretaba ya la gente fiel como avisos del cielo. Pero Balboa no vaciló un momento.

—Cumplo una orden del gobernador —repetía—. Si hoy me vierais ceder a vuestros vanos temores y alzarme contra la autoridad de Pedrarias, mañana os alzaríais vosotros contra mí; pues yo mismo os habría dado el ejemplo.

Viéndole irreductible y hasta malhumorado a causa de la insistencia de aquellos que le aconsejaban con la mejor intención, ante el temor de perderle, pidieron entonces, los más amigos, que se dejara acompañar siquiera, que fuese prevenido contra una posible traición, que se llevara con él a sus trescientos soldados.

También a esto se negó Vasco Núñez, creyendo que una semejante exhibición de fuerza exasperaría a su suegro, si

en efecto, le guardaba mala voluntad. Sólo permitió que le acompañaran Botello, Valderrábano y unos cuantos indios, éstos para llevar los bastimentos. Con tan mísera escolta se puso en marcha un hermoso día, dejando a sus hombres con la inquietud en el alma.

Él iba tranquilo, porque no le pesaba culpa alguna en la conciencia y porque nunca, ni ante la muerte, hubiera vacilado su valor.

\* \* \*

Antes de llegar al puerto de Cáreta, después de unos días de penosa marcha por las sierras, Vasco Núñez y sus acompañantes se tropezaron con fuerzas castellanas que el gobernador había enviado, al mando de Pizarro. Éste, tartamudeando, todo confuso y sin atreverse a levantar los ojos del suelo, dijo a Balboa que tenía orden de prenderle.

— Me causan sorpresa vuestras palabras, amigo — contestó el Adelantado, sin perder la serenidad —. De otro modo solíais vos salir a recibirme.

Pizarro no osó pronunciar palabra. Era indudable que le pesaba enormemente la orden que tenía recibida de Pedrarias, y es seguro que, de habérselo propuesto Balboa, no la habría cumplido.

Echábanle en cara Botello y Valderrábano su infidelidad para con el antiguo capitán, cuando éste, viendo los apuros en que se encontraba Pizarro, acudió en su auxilio, diciendo:

— Soy vuestro prisionero; haced lo que os han mandado. Pero decidme de qué se me acusa.

Pizarro se encogió de hombros. Había oído decir que algunos oficiales y alcabaleros adictos a Pedrarias, sobre todo un

tal Alonso de la Puente, también cobrador de los derechos públicos, acusaban a Balboa de no tener al corriente sus cuentas con la Corona.

— Esto no es nada o es un disimulo — observó Vasco Núñez —; para arreglar esas cuentas con Alonso de la Puente, no había por qué enviarme a buscar ni mucho menos para hacerme prender. En fin, vamos a Santa María, y allí veremos qué me quiere el gobernador.

En los dominios de Cáreta, donde los españoles tenían establecidas varias alquerías, sabíase ya que Balboa iba a ser conducido preso al Darién. A nadie extrañó verle llegar escoltado; pero igual los colonos que los indios mostrábase pesados ante tamaña injusticia. Mincha y Cáreta, el cacique, lloraban amargamente; los castellanos, apretados los puños, decían que debía irse a la Antigua a matar a Pedrarias, a La Puente, al alcalde Espinosa y a todos los paniagudos que envió la corte, seguramente sin conocerles bien.

Balboa procuró calmar a los exaltados y consolar a Mincha y a su padre. Ni aun entonces, viéndose preso, sospechó el mal que le esperaba; considerábase limpio de culpa y creía firmemente que su suegro le devolvería la libertad, una vez comprobada su inocencia.

Embarcaron en un bergantín, con el Adelantado y los soldados que le daban guardia, Andrés de Valderrábano, Luis Botello y Hernando Muñoz, este último por habérseles unido al llegar aquéllos al puerto. Muñoz, como Botello y Valderrábano, que habían acompañado a Balboa en los días venturosos, no quisieron apartarse de su lado al verle caído en desgracia y perseguido.

Tres días después, Balboa entraba en la cárcel de Santa María, donde tan larga temporada pasó en otra ocasión, siéndole por esto familiares la penumbra del estrecho recinto; el

agua que rezumaban sus paredes; el ruido sordo de las cadenas; el montón de paja húmeda y casi podrida que le serviría de lecho; el ventanuco enrejado que permitía el paso de un rayo de luz. Había sido llevado del barco a la mazmorra sin darle explicación ninguna y sin permitirle ver al gobernador. Los colonos, sus antiguos amigos, parecían huirle, cuando le conducían los soldados por las calles. Muchos se encerraron en sus casas, por no verle pasar, y otros le miraron con tristeza infinita; pero ninguno protestó, nadie dijo nada. Pedrarias se había impuesto; dominaba a todos por el terror.

Y Balboa se dijo a sí mismo, dándose cuenta, al fin, de su verdadera situación:

— ¡Pardiez, que han cambiado las cosas en Santa María! Si a mi suegro le diera el humor por ahorcarme, creo que podría hacerlo con toda comodidad y sin que nadie intentara impedirsele.

Al día siguiente, recibió la visita de Pedrarias, que parecía asaz dispuesto a la benevolencia. Acaso el rencoroso viejo, viendo otra vez vencido al que era objeto de su envidia absurda y descomunal, sintióse un momento conmovido o espantado de su rigor. Ello es que estuvo cariñoso con el prisionero y prometió devolverle muy pronto la libertad.

Pero no cedía en su arrogancia y miraba a Balboa como suele mirarse al desgraciado que pide misericordia. Por manera que sus palabras afectuosas no armonizaban bien con el tono en que eran pronunciadas y menos con la mirada insolente del que las decía. Vasco Núñez advirtió el contraste y se sintió ofendido.

— Nunca pude pensar que me trataríais así, después de haberos probado que soy un hombre sin doblez y fiel a mis juramentos — dijo, sosteniendo la mirada de Pedrarias con dignidad —. Observo que me estáis perdonando la vida con

los ojos, y no es eso lo que de vos esperaba: yo no pido perdón, sino justicia.

Estaban los dos de pie, cerca el uno del otro y envueltos en la penumbra del tenebroso recinto; pero a Balboa le daba de cara la luz de la reja, destacando de la obscuridad su noble semblante donde los ojos habían adquirido la dureza de una justa y enérgica acusación.

— ¿Por qué me cargáis de cadenas? — insistió el prisionero, moviendo las que le sujetaban pies y manos, con lo cual se acompañaron sus palabras de un hórrido rumor —. ¿Qué culpas sospecháis de mí? Decid ¡vive Cristo! las razones que tenéis para tratarme de este modo.

— Reportaos, hijo mío — dijo Pedrarias, apoyando una mano en el hombro de Balboa, a tiempo que procuraba dulcificar la voz —. Ya os tengo dicho que no estaréis aquí mucho tiempo; pues sólo quiero dar satisfacción a la demanda de Alonso de la Puente y demostrar a todos los que os acusan vuestra fidelidad. Dejemos que siga el proceso su curso; yo os prometo velar por vos y por la ley.

Con esto dió el viejo por terminada la entrevista y salió de la mazmorra con paso lento y solemne. Tras él se cerró la puerta y se corrieron los cerrojos, ruidosos y pesados. Balboa, tumbándose en sus pajas, se puso a pensar en que hizo mal no siguiendo los consejos de sus amigos. Y recordaba aquel prudente aviso que le diera Argüello en su carta. No había justicia en Santa María la Antigua. Pedrarias, Enciso, La Puente, el alcalde Espinosa, los oficiales y publicanos, todos los que se llamaban mandatarios del poder real, eran sus enemigos y deseaban su muerte.

Que el descubridor del Pacífico no se equivocaba en sus tristes augurios, se vió luego, a medida que se acumulaban cargos y más cargos sobre su cabeza. Se hizo aparecer a Vasco

Núñez como alzado contra el gobierno de Pedrarias y culpable de la expulsión y pérdida de Diego de Nicuesa. Reclamaban los cobradores de los derechos públicos supuestas cuentas atrasadas, y reclamaba también, a su vez, Fernández de Enciso, por agravios recibidos en otro tiempo. Los íntimos amigos de Balboa, los fieles Hernando Muñoz, Luis Botello, Fernando de Argüello y Andrés de Valderrábano, fueron asimismo envueltos en la maraña de un proceso donde la pasión y el odio ocupaban el preferente lugar que correspondían al derecho y a la justicia. Y la causa, llevada a gusto de los que deseaban verse libres de la sombra de un gran capitán, terminó en muerte.

Sólo un hombre, entre los que intervinieron en este proceso amañado, el alcalde Espinosa, que no tenía resentimiento personal alguno contra Balboa y sólo deseaba substituirle en el mando de la escuadra del Pacífico, sintióse propicio a la piedad, y propuso a Pedrarias que perdonara la vida al Adelantado, en atención a sus muchos servicios prestados a la Corona.

Pero el gobernador estaba demasiado satisfecho con la sentencia para modificarla. Muy al contrario, quiso ser él en persona quien se la comunicara al reo, como así lo hizo, esperando gozarse con el espanto de Balboa.

Pero éste sabía ya por sus carceleros lo que le esperaba. Ni le asustó ni mucho menos se humilló a su enemigo. Al verle entrar en la prisión, precedido de una guardia de honor y exagerando la importancia del talante, tuvo por cierto el prisionero que aquel indigno español venía a notificarle su ruina.

— Os había prometido mi protección — dijo Pedrarias, acercándose, como si quisiera abrumar al cuitado con su presencia —. Pero vengo a deciros que todo ha cambiado y

que nada debéis ya esperar de mí. Los jueces os condenan a muerte. No quiero acordarme que os traté como a un hijo cuando esperaba hallar en vos la fidelidad que debíais al Rey y a su representanté en Tierra Firme. Mas me arrepiento de haber sido tan crédulo, ahora que está probada vuestra intención de rebelaros.

Balboa, sereno y digno, elevó la mirada, buscando el cielo, y replicó con entereza:

— ¡Bien sabe Dios que mienten los que tal dicen! Vos lo sabéis también. Si hubiera querido rebelarme, no habría vuelto a Santa María, donde me esperaba la mala voluntad de mis enemigos. Tenía a mis órdenes trescientos soldados y cuatro bajeles, con el mar abierto por delante para ir adonde no hubieseis sabido más de mí. No lo hice por seros fiel, y con vuestro rigor injusto correspondéis a mi lealtad. ¡Dios y los hombres de mañana nos juzgarán a los dos! No me importa morir; pues creo haber hecho ya lo bastante para que mi nombre no sea olvidado.

— Sois joven, Vasco Núñez, y en vano aparentáis no temer a la muerte — hubo de insistir el viejo Pedrarias, a quien desesperaba la serenidad de su víctima —. A vuestra edad la vida es todavía hermosa.

— Hay otra vida mejor para los que mueren arrepentidos — dijo Balboa —. Sólo una merced os pido, y es que me enviéis un confesor.

— ¿No pensáis que está en mi mano libraros del verdugo?

— ¿Para qué? Eso debíais haberlo pensado vos, que a mí de nada me serviría. Andad, don Pedro; volved a vuestros negocios, y dejadme a mí que me prepare para el acto de contrición. Necesito de la ayuda de Dios, no de la vuestra.

Pedrarias salió tan despechado de la mazmorra, que sentía arderle dentro del pecho, centuplicadas, sus iras. Habría de-

seado ver arrastrarse a sus pies al hombre cuya grandeza era su constante y dolorosa obsesión. Y aquel hombre tan grande como aborrecido, aun seguía creciendo en medio de la desgracia y a dos pasos del sepulcro. ¡Bah, tendría siquiera Pedrarias el placer de ver la cabeza del gallardo capitán clavada en la punta de un palo afrentoso!

\* \* \*

Balboa, a quien no se negaron los auxilios espirituales de un capuchino, supo por éste que con él iban a morir Botello, Argüello, Valderrábano y Muñoz, sus más fieles camaradas. Esta noticia le causó profundo dolor. Clamaba al cielo un castigo acomodado a la enormidad de aquella injusticia y se desesperaba al no hallar medio de salvar la vida a sus amigos inocentes. Supo también que había sido procesado Andrés Garabito, el perseguidor de Mincha, asimismo grande amigo suyo en otro tiempo, pero luego traidor a su amistad por afición amorosa a la hija de Cáreta. El procesamiento de Garabito debió obedecer solamente al deseo de cubrir las apariencias; pues se sospechaba que tomó parte en la intriga urdida contra Balboa, sospecha confirmada después, al saberse que era el único de los procesados que había salido absuelto. Esta perfidia de un desleal fué lo que tocó a Vasco Núñez más en lo vivo. Garabito le debía grandes favores y era hombre en quien, alguna vez, tuvo depositada su confianza. Le habría perdonado la traición si fuera él solo, Balboa, quien la pagara con la vida. Pero ¿por qué no defendió Garabito a Valderrábano, a Muñoz, a Argüello, a Botello, siendo estos también amigos suyos?

Las últimas horas que pasó el Adelantado en la cárcel

habían de ser amargadas por una cruel obsesión: la sentencia injusta, absurda, recaída sobre sus amigos. Señor, ¿era que, en el Darién, se castigaba siempre con pena de la vida a la lealtad? ¿Así cumplían las sabias disposiciones del Rey y del Consejo de Indias los que se titulaban sus mandatarios?

Balboa salió de la cárcel para encaminarse al patíbulo, y le golpeaba todavía en el cerebro esta idea, más tajante y terrible que el hacha del verdugo.

La fatal sentencia debía ejecutarse en la plaza de la iglesia, a pocos pasos de la casa que había labrado Balboa para sí y que habitaba ahora el gobernador. Desde los vallados del huerto, antaño sembrado de flores por las manos de Mincha, podría el infame Pedrarias ver cómo se truncaban cinco vidas humanas, que no transcurrieron sin provecho para la patria y para el Rey. Ya no había rosas entre las cañas del vallado ni el amor anidaba en el huerto. Ocupaba ahora su lugar el odio, y allí estaría, emboscado como fiera en acecho y esperando el momento de gozarse con la sangre que saltara a borbotones de los cuerpos decapitados y exánimes.

Era muy entrado el crepúsculo cuando redobló el tambor, señalando la hora fatal. Subido al cadalso y mostrando medio cuerpo desnudo, esperaba el verdugo, apoyada el hacha en la tajadera y mirando a la multitud con estúpida insolencia. Los soldados, armados de lanzas y ballestas, rodeaban el patíbulo; pero era inútil la guardia, porque el público, que se mantenía a distancia y en actitud contrita, no daba ni la menor señal de querer acercarse. Eran los indios los que miraban con más avidez, al mismo tiempo espantados y curiosos.

Extinguíanse sobre los picos de las montañas vecinas, vagas vislumbres de sol, revoloteaban, cruzando el espacio con vuelo desorientado y frenético, los murciélagos anunciadores

de la noche. No se oía sino el redoble del tambor en medio de una calma absoluta. Sin embargo, aunque era completa la quietud y profundo el silencio, latían aceleradamente, en torno al cadalso, miles de corazones, que agarrotaba la angustia.

Llegaron los condenados, con su escolta de arcabuceros, y se detuvieron junto a la iglesia. Entonces se levantó de entre la multitud un rumor sordo y misterioso, que hizo volver la cabeza, por un lado y por otro, al verdugo y a los soldados. Los indios estiraron el cuello para ver mejor y las mujeres se taparon con las manos los ojos, que tenían inundados en lágrimas.

Balboa se despidió de sus tristes compañeros, porque su ejecución debía ser la primera. Iban los cinco en mangas de camisa, descubierto el cuello, y llevaban atadas las manos por la espalda. El Adelantado, que había de serlo también a la hora de la muerte, tenía los labios ligeramente contraídos por una sonrisa leve y amarga. No demostraba, sin embargo, ni abatimiento ni esa falsa arrogancia que, en el instante supremo, suelen tener los hombres celosos de su fama de bravos. Botello y Muñoz sí parecían alardear de valerosos, llevando muy alta la cabeza y mirando el patíbulo con premeditada obstinación; y contrastaba su actitud con la de Argüello y Valderrábano ambos abatidos y mal dispuestos para un próximo y trágico fin. Sobre todo el escribano, se estremecía a cada momento y tenía el semblante del color de la cera.

— ¡Pobre amigo! — le dijo Balboa al despedirse —. Piensa que ahora vamos a estar juntos en la eternidad. Recuerda los trabajos que has pasado en esta mísera vida y no te pesará tanto el dejarla.

Y luego, dirigiéndose a todos, añadió:

— ¡Adiós... hasta el otro mundo!

Con paso firme, pisando recio y casi teniendo entornados los ojos, como si se abismara en sí mismo, avanzó hasta el cadalso y subió los escalones que hacen desfallecer la más fuerte voluntad y el valor más altivo. Balboa llegó sin vacilar a lo alto y se entregó al verdugo. Momentos después, rodaba por el tablado su cabeza ensangrentada. La gente lanzó un grito de horror, y otra vez se hizo el silencio, alterado sólo por el redoblar de los tambores. Vasco Núñez de Balboa ya no existía; el verdugo se ocupaba ahora tranquilamente en desatar las manos que habían empuñado mil veces la espada victoriosa, manos flácidas ya, donde las ligaduras dejaron surcos morados como el pendón de Castilla.

Pedrarias había presenciado la ejecución por entre las cañas del vallado de su huerto.

—¡Al fin!— exclamó, apretando un brazo del bachiller Enciso, quien, junto con otros privados, acompañaba al gobernador.

Enciso sonrió casi con embeleso.

Y rodaron luego, al golpe certero de un hacha vigorosamente manejada, otras cabezas: la de Muñoz, la de Valde rrábano, la de Botello... Pero ya la noche se había echado encima y Pedrarias no veía bien.

—¡Falta uno!— dijo—. ¿Qué esperan? ¿Por qué no le degüellan?

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando la multitud rompió las cañas del vallado, de una fuerte embestida, y se metió en el huerto. Los que estaban con el gobernador, creyendo que se trataba de un ataque, desenvainaron las espadas. Pero lo que movía a los horrorizados colonos del Darién era un sentimiento de caridad y no de venganza.

Los más viejos se arrodillaron a los pies de Pedrarias y le pidieron, llorando, que perdonara a Fernando de Argüello,

el único de los reos que faltaba ajusticiar. Mil voces a la vez clamaban misericordia.

— ¡Ved que Dios no da día para ejecutar la sentencia! — decían unos.

Y otros suplicaban con las manos juntas:

— ¡Por la Virgen Santísima, piedad!

Pero el gobernador se mantuvo sordo a las súplicas y no prestó atención a los lamentos. Le había enardecido la efusión de sangre.

— ¡Que muera! ¡Que muera! — repitió —. ¡Cúmplase la sentencia en todos, aunque sea a oscuras!

Y Argüello fué degollado.

El cielo, indiferente a la tragedia, apareció entonces como nunca adornado de estrellas. La noche mostraba la más bella y brillante de sus sonrisas. Todo era poesía en las alturas cuando los colonos del Darién, con el corazón angustiado y los ojos llorosos, comenzaron a desfilarse, buscando el refugio de sus bohíos. Habían visto morir, de horrible muerte, a cinco camaradas, y a sus espaldas dejaban, clavada en un palo y expuesta a la afrenta pública, la cabeza del que fué su amado capitán.

Se fueron los colonos; desfilaron también los soldados; apartáronse asimismo de aquel lugar de suplicio, los indios curiosos. Quedaron solos el patíbulo, todavía goteando sangre, y la noble cabeza de Balboa, en su estaca de ignominia.

Un hombre había permanecido medio oculto entre los hobos que rodeaban la iglesia, mientras hubo gente en la plaza; pero, al quedar ésta desierta, salió el hombre de su escondite y avanzó lentamente, como quien nada tiene que hacer, y no se detuvo hasta hallarse junto al palo afrentoso donde estaba clavada la cabeza de Vasco Núñez. Aquel hombre era Bartolomé Hurtado.

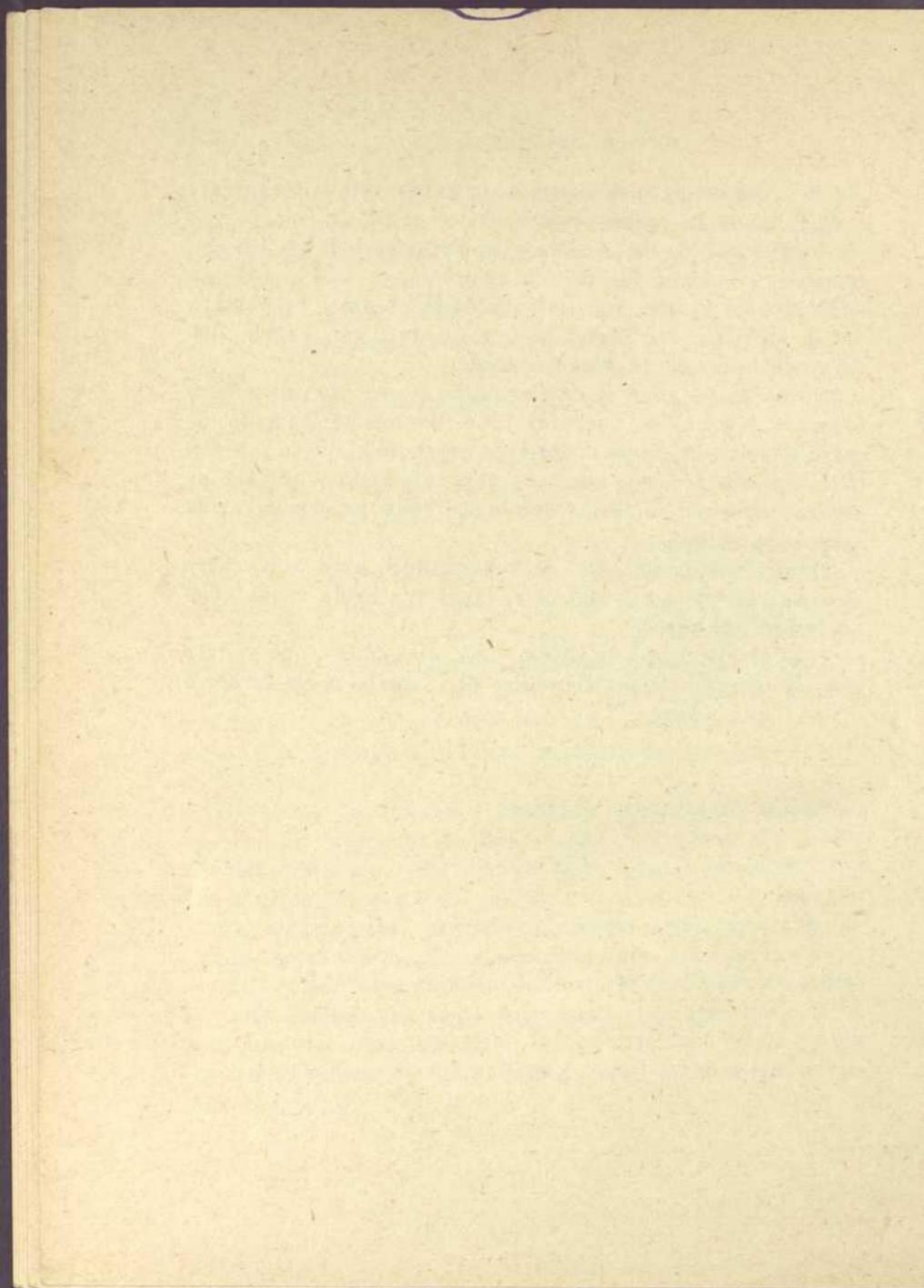
Cruzados los brazos, silencioso y grave, estuvo largo rato contemplando el sangriento despojo, y, al fin dijo:

—¿Por qué no diste oídos a mi experiencia? La fortuna, compañera inseparable de tus empresas, te hizo perder en malicia todo lo que ganaste en nobleza y fama. Se hablará mucho de ti, te lo aseguro; pero yo, en tu lugar, habría sido más cuidadoso de mi bien terrenal.

Había en el cielo tantas estrellas y era tan intenso su fulgor, que semejaba noche de luna. Bartolomé Hurtado observó que su sombra se proyectaba en el suelo, junto a la del palo trágico. Las dos sombras, muy alargadas, uníanse en sus extremos de tal forma que la de Tomé parecía besar la cabeza de Balboa.

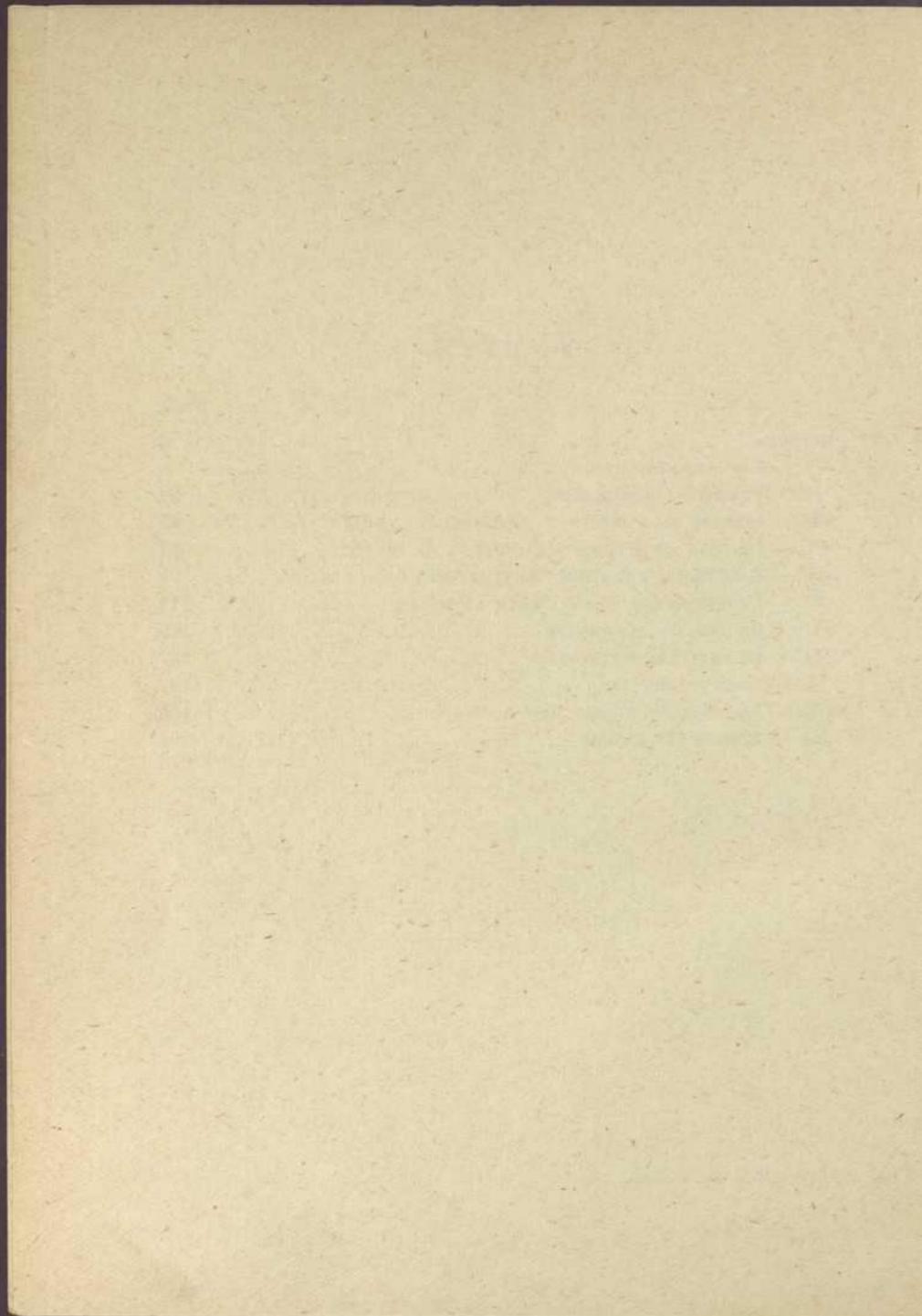
Hizo Hurtado un gesto de repugnancia, ante lo macabro de aquella ficción, y lentamente, igual que había venido, volvió sobre sus pasos.

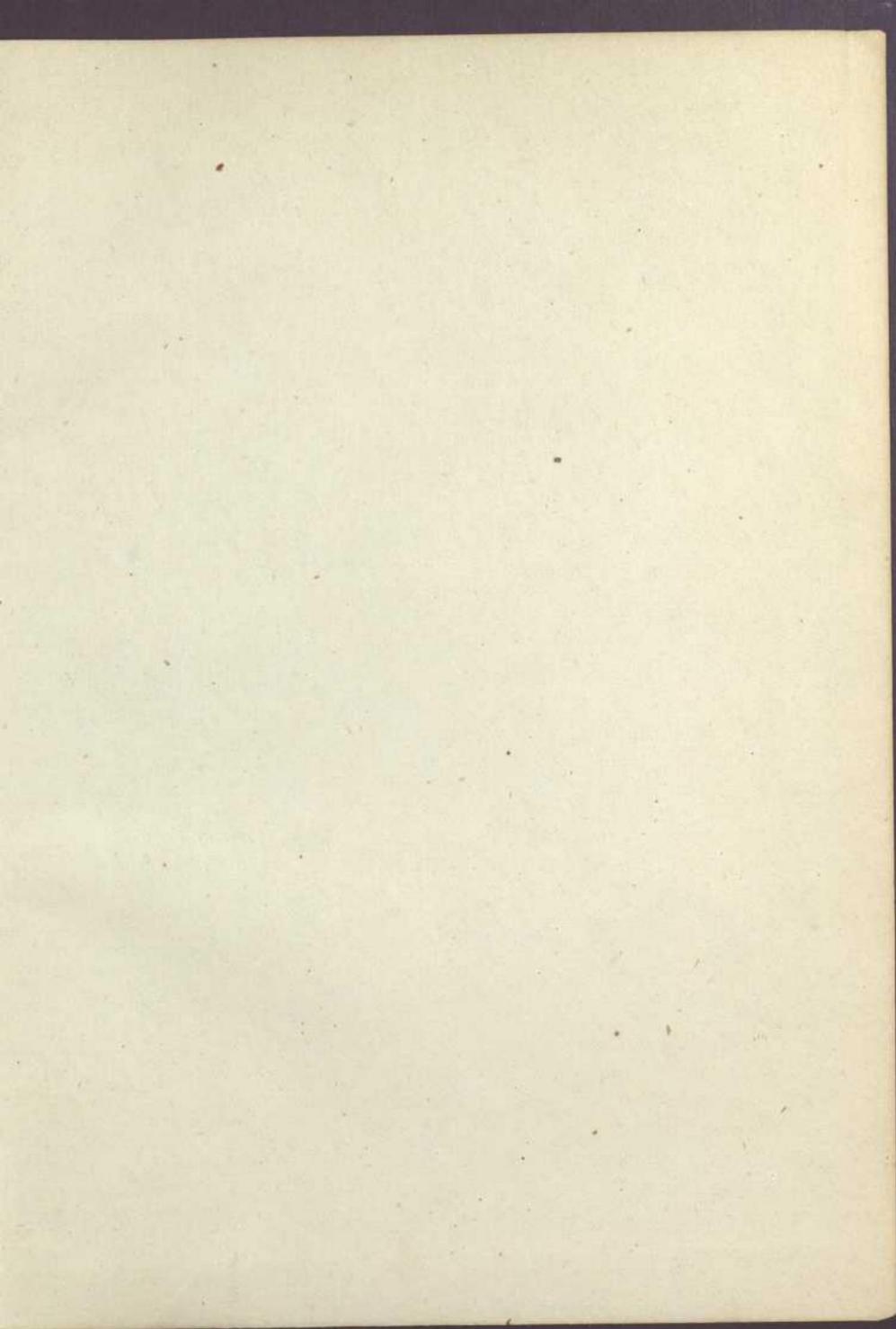
—¡Por los clavos de Cristo— iba diciendo —, que yo, tan seco de corazón como villano de cuna, amaba a ese hombre!



## INDICE

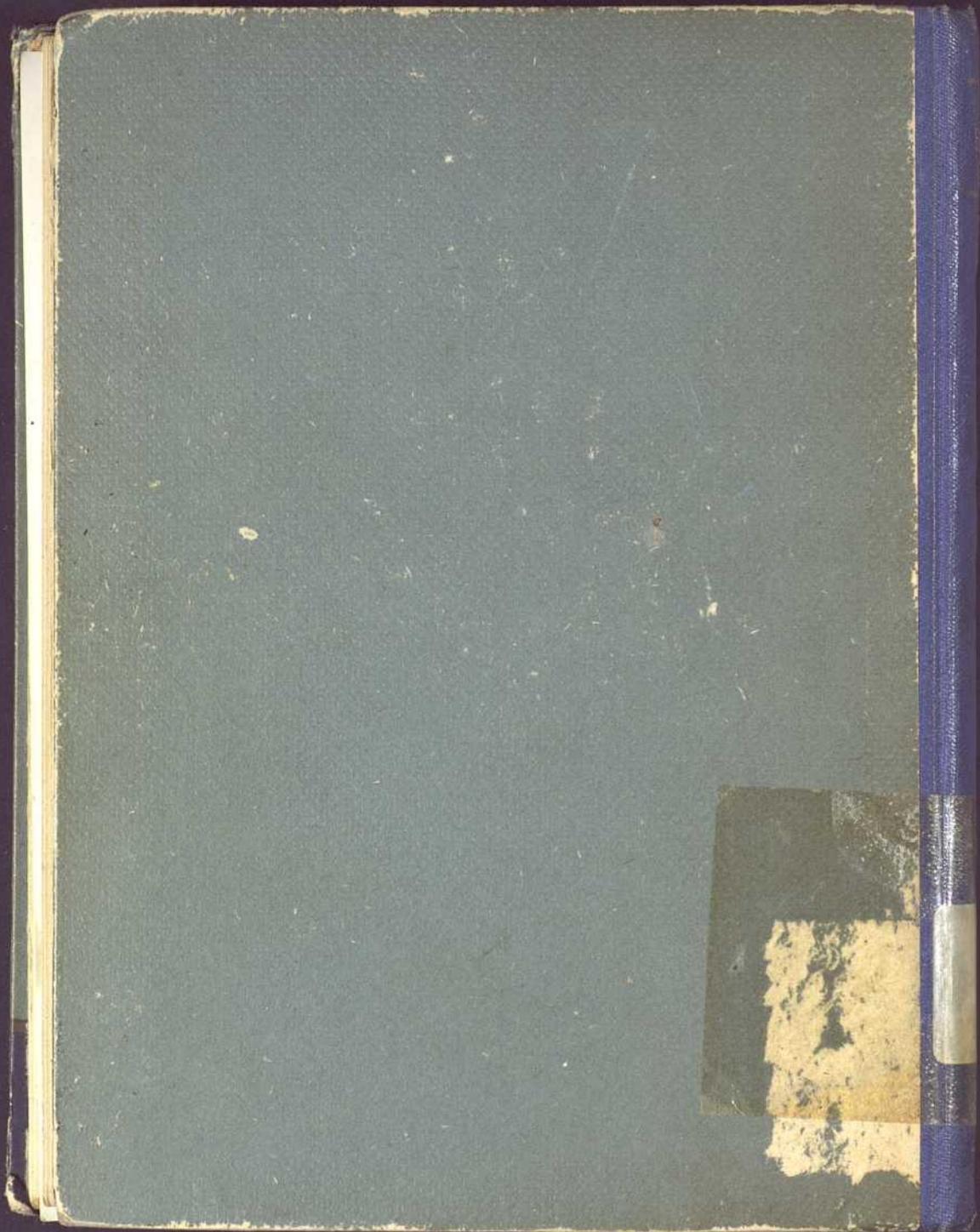
	<u>Págs.</u>
PREFACIO .....	5
I.—Los argonautas .....	9
II.—Primeros desengaños .....	24
III.—Cambio de ventura y primeras discordias .....	47
IV.—La casa de Balboa y el palacio de un indio .....	67
V.—Rebelión y aventura: el reyezuelo de los lagos .....	91
VI.—Descubrimiento del Océano Pacífico .....	111
VII.—La isla de las perlas .....	129
VIII.—El capitán victorioso .....	147
IX.—Castilla del Oro .....	167
X.—Los buenos oficios de un obispo .....	186
XI.—Muerte de Balboa .....	206











---

LES LIGNES  
DES DRAGONS  
ESPAGNOLS

---

F A

5556

UNIVERSITY OF  
TORONTO LIBRARY

---